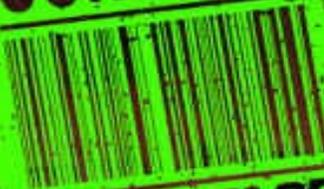


SEDA NEW ADULT

ROCK & LOVE
CONCERT



BACKSTAGE
PASS

SOLD OUT
UNJUEGO
KYLIE SCOTT

Libros de
seda



© *Jenny Ruddle Photography*

Kylie Scott es autora de best sellers del New York Times y del USA Today, Kylie Scott fue elegida escritora romántica del año 2013-2014 por la Australian Romance Writer's Association. Sus libros han sido traducidos a más de diez idiomas. Le encantan las historias románticas, la música rock y las películas de terror. Vive en Queensland, Australia, con sus dos hijos y su marido. Lee, escribe y nunca titubea cuando cuenta algo en Internet.

¿Puede un acuerdo de conveniencia entre una buena chica y un chico malo de los Stage Dive salir bien?

Mal Ericson, el batería de Stage Dive, necesita limpiar su imagen y rápido, aunque solo sea durante un tiempo. Y para conseguirlo, nada mejor que llevar del brazo a una buena chica que le haga el trabajo. Lo que no espera es que este arreglo temporal se convierta en algo permanente.

Anne Rollins nunca pensó que conocería a una estrella del *rock* como las que colgaban de las paredes de su habitación... y mucho menos en esas circunstancias. Anne está mal de dinero. Muy mal. Pero eso de aceptar que le paguen para interpretar el papel de la novia buena que sale con el batería de un grupo no puede acabar bien. ¿O tal vez sí?

Solo fue un juego
Libro 2 de la serie Stage Dive

Título original: *Play, Stage Dive, 2*

Copyright © Kylie Scott, 2014
© de la traducción: María José Losada

© de esta edición: Libros de Seda, S. L.
Paseo de Gracia 118, principal
08008 Barcelona
www.librosdeseda.com
www.facebook.com/librosdeseda
[@librosdeseda](https://twitter.com/librosdeseda)
info@librosdeseda.com

Diseño de cubierta: Mario Arturo
Maquetación: Rasgo Audaz
Imágenes de cubierta: © Rhythm Magazine/Getty Images
Conversión en epub: Books and Chips

Primera edición digital: febrero de 2017

ISBN: 978-84-16550-97-5

Hecho en España – *Made in Spain*

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos. Si necesita fotocopiar o reproducir algún fragmento de esta obra, diríjase al editor o a CEDRO (www.cedro.org).

Kylie Scott

SOLO FUE UN JUEGO

Libros de
scda

*Para Hugh.
Siempre, para siempre y todo lo demás.*

CAPÍTULO 1

Algo iba mal. Lo supe en el momento que entré por la puerta. Encendí la luz con una mano al tiempo que con la otra dejaba caer el bolso en el sofá. Después de haber atravesado el pasillo tenuemente iluminado, aquel repentino resplandor me deslumbró. Unas lucecitas bailaron ante mis ojos. Cuando desaparecieron, vi los huecos... Huecos que esa misma mañana estaban llenos de cosas.

Como el sofá.

El bolso cayó al suelo y se salió todo su contenido: tampones, monedas, bolígrafos y maquillaje. Una barra de desodorante rodó hacia un rincón; un rincón vacío en el que ya no estaban ni la televisión ni el mueble en el que se apoyaba. La mesa y las sillas *vintage*, que había comprado en una tienda de segunda mano, seguían allí, lo mismo que la librería repleta. Pero la mayor parte de la estancia estaba vacía.

—¿Skye?

No obtuve respuesta.

—¿Qué coño...? —Menuda pregunta tan estúpida. Era evidente lo que había pasado allí. Justo delante de mí vi abierta de par en par la puerta de la habitación de mi compañera, y allí dentro no había nada más que polvo y oscuridad. No tenía sentido negarlo: Skye me había dejado sin nada.

Tragué saliva y hundí los hombros bajo el peso de dos meses de alquiler atrasado, y me pasó por la cabeza la idea de que acabaría dependiendo de

comedores u otros servicios sociales. Incluso noté cómo se me cerraba la garganta. «Así que esto es lo que se siente cuando te la juega un amigo», pensé. Apenas podía respirar.

—¡Oye, Anne!, ¿puedes prestarme tu abrigo de terciopelo? Te prometo que te lo... —Lauren, la vecina de al lado, entró como una exhalación. No, llamar a la puerta nunca había sido su estilo. Y, al igual que yo había hecho hace un rato, se detuvo en seco—. ¿Dónde está el sofá?

Respiré hondo y solté el aire muy despacio. Pero no sirvió de nada.

—No sé. Supongo que se lo habrá llevado Skye.

—¿Skye? ¿Se ha marchado?

Abrí la boca, pero en realidad, poco podía decir.

—¿Se ha marchado sin avisarte? —Lauren ladeó la cabeza, provocando que su larga melena oscura se ondulara en el aire. Siempre había envidiado su pelo. El mío era rubio, con matices rojos, y demasiado fino. Me llegaba hasta algo más abajo de los hombros y era demasiado lacio, como si lo hubiera impregnado en aceite. Por eso no me lo dejaba crecer nunca por debajo de las orejas.

Aunque tampoco me importaba el pelo. Qué demonios.

Lo que me importaba era poder pagar el alquiler.

Lo que me importaba era comer.

¿La falta de estilo de mi peinado? No, ya no me importaba en absoluto.

Me ardían los ojos. Su traición me dolía sobremanera. Skye y yo éramos amigas desde hacía muchos años. Confiaba en ella. Habíamos compartido confidencias sobre chicos y secretos, muchos secretos; habíamos llorado la una en el hombro de la otra... Aquello simplemente no tenía sentido.

Aunque era real.

Era real de una manera muy dolorosa.

—No. —Mi voz sonó rara en aquel espacio semivacío. Tragué nuevamente saliva, aclarándome la garganta—. No, no me dijo que pensara marcharse.

—Qué raro... Parecía que os llevabais muy bien.

—Sí.

—¿Por qué se habrá ido de esta manera?

—Me debe dinero —admití, arrodillándome para recoger el contenido del bolso. Sin duda no me ponía de rodillas para rogar a Dios. Hacía mucho tiempo que sabía que eso no servía para nada.

Lauren gruñó levemente.

—¿En serio? ¡Pues menuda amiga!

—¡Cielo, vamos a llegar tarde! —Nate, el novio de Lauren, llenó el umbral de la puerta, mirándola con impaciencia. Era un tipo alto y fuerte. Por lo general, también envidiaba a Lauren por la pareja que tenía, pero en ese momento no lo encontré nada atractivo. Estaba realmente jodida.

—¿Qué es lo que ha pasado? —preguntó Nate, mirando a su alrededor—. Hola, Anne.

—Hola, Nate.

—¿Y tus muebles?

Lauren levantó las manos en el aire.

—¡Skye se los ha llevado!

—No —la corregí—: Skye se llevó sus muebles y, además, mi dinero.

—¿De cuánto dinero estamos hablando? —preguntó Nate. El enfado hacía que su voz fuera todavía más grave.

—Bastante —confesé—. Yo he estado pagándolo todo desde que perdió el trabajo.

—Joder... —murmuró Nate.

—Sí. —dije casi en una exhalación.

Busqué la billetera dentro del bolso y la abrí. Sesenta y cinco dólares y un reluciente centavo solitario. ¿Cómo había llegado a esto? Después de pagar en la librería, había agotado el saldo de la tarjeta de crédito. Lizzy me había pedido dinero para pagar los libros de texto y jamás se me hubiera ocurrido negarme a ello. Lo más importante para mí era que mi hermana acabara sus estudios universitarios.

Recuerdo que por la mañana le había dicho a Skye que teníamos que hablar. Después pasé un día horrible por ello, incluso se me había revuelto el estómago. La charla que tenía pendiente con ella implicaba pedirle que recurriera a sus padres, o incluso al estúpido de su nuevo novio, para poder devolverme el dinero. Yo no podía mantener el apartamento y además pagar

la comida de las dos durante más tiempo mientras ella buscaba otro empleo. Así que también debía pedirle que se buscara un nuevo alojamiento. De manera que sí, realmente mi intención era ponerla de patitas en la calle. Y la culpa hizo que sintiera una piedra en el estómago.

Lo cual era realmente irónico: pensaba decirle que se marchara, pero ella se marchó antes. ¿Qué probabilidades existían de que ella sintiera remordimientos por haberme dejado tirada? Seguramente ninguna.

Terminé de recoger el contenido del bolso y cerré la cremallera.

—Lauren, por cierto... —dije, volviendo a la realidad—, el abrigo está en mi armario. O al menos espero que siga estando allí. Puedes buscarlo tú misma.

Dentro de ocho días tenía que pagar el alquiler. Quizá ocurriera un milagro. Tenía que haber alguna manera de que una mujer inteligente de veintitrés años pudiera ahorrar algo de dinero, ¿no? Únicamente necesitaba un lugar donde vivir. Antes de esto, todo iba bien, pero siempre supe que mi hermana y yo necesitábamos cierta estabilidad financiera: libros, ropa, salir a cenar... Todas esas pequeñas delicias que hacen que la vida valga la pena. Ya nos habíamos sacrificado suficiente. Sin embargo allí estaba, arruinada y de rodillas.

Supongo que si lo miraba retrospectivamente, debería haber tenido otras prioridades... ¡Qué asco!

En el peor de los casos, si nos lo montábamos bien, podía dormir en el suelo de la habitación que Lizzy ocupaba en la residencia universitaria. Estaba claro que nuestra madre no tenía dinero, así que pedírselo estaba fuera de toda cuestión. Tal vez si vendiera las perlas de la tía abuela, podría hacer frente al aval de otro apartamento más pequeño, uno cuyo alquiler pudiera pagar yo sola.

En fin, ya arreglaría esto de alguna manera. Claro que lo haría. Solucionar problemas era mi especialidad.

Pero, eso sí, como volviera a ver a Skye, la estrangularía con mis propias manos.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó Nate, que estaba apoyado en el marco de la puerta.

Me levanté y me sacudí el polvo de las rodilleras de los pantalones negros.
—Ya me las arreglaré.

Nate me miró con intensidad. Le sostuve la mirada con toda la calma que pude reunir. Más valía que lo próximo que él dijera no fuera una frase compasiva. El día ya estaba siendo lo suficientemente malo. Meforcé a sonreír con determinación.

—Bien, ¿a dónde tenéis pensado ir?

—¡Hay una fiesta en casa de David y Ev! —contestó Lauren desde el interior del dormitorio—. ¡Deberías acompañarnos, Anne!

Ev era la hermana de Nate y antigua compañera de piso de Lauren. Se había casado hacía pocos meses con David Ferris, dios del *rock* y guitarrista del grupo Stage Dive. Era una larga historia y, si he de ser sincera, todavía me costaba bastante entenderla. Ev era la rubia simpática de la puerta de al lado, iba a la misma universidad que Lizzy y preparaba un café de infarto en Ruby's Café, y de repente la calle se llenó de *paparazzis*. Skye llegaba a hacer declaraciones en la puerta, como si supiera algo, mientras yo me limitaba a entrar por la puerta trasera.

En general, mientras vivió en el edificio, mi relación con Ev se limitó a saludarnos cuando nos cruzábamos en las escaleras, y también le solía comprar un café doble en Ruby's camino del trabajo. Así que no es lo que yo consideraría una amistad. Además, dada la costumbre de Lauren por pedirme ropa prestada, era a ella a quien conocía mejor.

—Nate, ¿no crees que debería venir con nosotros?

Nate soltó un largo gruñido. No sé si de afirmación o desinterés. A veces era difícil interpretar a ese chico.

—Da igual —protesté. Vi bolsas con cosas para tirar a la basura, apoyadas en la pared donde habían estado el sofá y la librería; los deshechos de Skye—. Tengo un libro nuevo para leer, pero seguramente me pasaré el rato limpiando. Parece que hacía tiempo que no pasábamos el aspirador por debajo del sofá. ¡Bueno! Lo mejor de todo esto es que no tendré que trasladar muchos muebles cuando tenga que mudarme.

—Vamos, acompañanos, Anne...

—Lauren, a mí no me han invitado —reliqué.

—Tranquila. La mitad de las veces tampoco nos invitan a nosotros — argumentó Nate.

—¡Nos adoran! Claro que quieren que vayamos. —Lauren salió de la habitación y le lanzó una mirada airada a su novio. La cazadora negra *vintage* le sentaba mucho mejor de lo que a mí me quedaría jamás, pero, a pesar de eso, no la odiaba. Si eso no me hacía ganar puntos para acceder al cielo, nada lo haría. Quizá se la regalara como despedida antes de dejar ese apartamento.

—Venga, Anne —me animó, rodeándome con un brazo—. A Ev no le importará.

—¿Preparada? —Nate hizo tintinear las llaves del automóvil con impaciencia.

No creía que alternar con estrellas del *rock* fuera la respuesta adecuada a mi situación; estaba claro que pronto me encontraría en la calle. Puede que algún día, cuando estuviera en mi mejor momento y la suerte me sonriera, asistiera a una de esas fiestas. Pero hoy no. Definitivamente no era mi mejor día. Sobre todo porque me sentía cansada y derrotada. Aunque, pensándolo bien, llevaba sintiéndome así desde que cumplí los dieciséis, de modo que esa tampoco era la mejor de las excusas, claro que Lauren no tenía por qué saberlo.

—Gracias —me excusé—. Pero acabo de llegar a casa y estoy muy cansada. De verdad.

—Mmm... Cielo, en este momento tu casa no es un buen refugio — aseguró Lauren, mirando de soslayo las pelusas de polvo y los espacios vacíos que habían dejado los muebles—. Además, ¡es viernes! ¿A quién le gusta quedarse en casa un viernes por la noche? Venga, ¿Qué te parece? ¿Vas a ir con el uniforme del trabajo o te pones unos *jeans*? Yo te recomiendo los últimos...

—Lauren, es que...

—No, ni hablar —me cortó, tajante, pero sonriente.

—Pero...

—No. —Lauren me agarró por los hombros y clavó los ojos en los míos—. Escucha. Una amiga te ha traicionado. No tengo palabras para expresar lo furiosa que me siento. Pero precisamente por eso mismo vas a venir con

nosotros. Si quieres, al llegar allí te quedas el resto de la noche en un rincón. Pero al menos no estarás aquí sola, pensando en esa maldita ladrona. Ya sabes que nunca me gustó. Y te lo dije, ¿recuerdas?

Sí, lo sabía. O al menos lo comprobaba ahora. Bah, me daba igual.

—¿Verdad que te lo decía a veces, Nate? —insistió Lauren, mirando a su novio.

Él se encogió de hombros e hizo sonar las llaves un poco más.

—Venga, ve a arreglarte. —Lauren me empujó en dirección al dormitorio.

Dada mi situación actual, esta podría ser la única oportunidad de conocer a David Ferris. Sabía que Ev todavía seguía viniendo de vez en cuando por aquí, aunque nunca lo había visto a él, a pesar de que a veces me «entretenía» en las escaleras a propósito, por si acaso. No era que David Ferris fuera mi favorito de los cuatro miembros de Stage Dive. Ese honor estaba reservado para el batería, Mal Ericson. De hecho, hace años estaba totalmente colgada por él. Aun así, David Ferris era David Ferris. Por eso tenía que acudir a esa fiesta, aunque solo fuera por la oportunidad de conocer a uno de ellos. Tiempo atrás había sido una incondicional admiradora del grupo, lo que se dice una auténtica forofa, pero no porque fueran unos magníficos dioses del *rock*, no, sino por otros motivos. Yo era una purista en lo referente a la música.

—Está bien, dadme diez minutos. —Era el tiempo mínimo que requería para prepararme mental y físicamente, si quería alternar con gente rica y famosa. Por suerte, en este momento estaba tan baja de moral que nada me importaba ni me alteraba demasiado, así que sin duda era el momento óptimo para conocer a alguien guapo y famoso como David Ferris. Estaba segura de que podría mantener la calma y no comportarme como una admiradora embelesada.

—Cinco minutos —regateó Nate—. Va a empezar el partido.

—Oye, ¿por qué no te relajas? —Lauren le dio un codazo cariñoso a su novio.

—Porque no —replicó él, haciéndola reír, y la besó.

No los miré, no quería saber más de lo que ya sabía. Las paredes de aquel edificio de apartamentos eran demasiado finas, y las costumbres de

apareamiento nocturno de Lauren y Nate no resultaban precisamente un secreto. Por suerte, durante el día solía estar trabajando. Así que desconocía lo que hacían durante esas horas e, insisto, tampoco quería saberlo. Bueno... ¡de acuerdo! De vez en cuando me lo imaginaba porque hacía mucho tiempo que no disfrutaba con nadie en la cama. Además, al parecer, poseía una vena *voyeur* reprimida que necesitaba dejar salir de alguna manera.

¿De verdad me apetecía pasar la noche mirando cómo algunas felices parejas se metían mano?

Otra opción era llamar a Reece, aunque me había dicho que esa noche tenía una cita. Cómo no, Reece siempre tenía alguna cita. Era perfecto en todos los sentidos, por no hablar de que era un auténtico mujeriego. A mi mejor amigo le gustaba compartir su amor con todo el mundo, por decirlo con suavidad. Parecía mantener una relación de primer grado con la mayoría de la población femenina de Portland entre los dieciocho y los cuarenta y ocho años. Es decir, básicamente con todo el mundo menos conmigo.

Lo cual estaba muy bien. Yo lo prefería así.

No estaba mal eso de ser amigos. Aunque, para ser sinceros, tenía la esperanza de que algún día acabaríamos siendo la pareja perfecta. ¿Por qué ocultarlo? Era fácil estar con él y, con todo lo que teníamos en común, seguro que mantendríamos una relación duradera. Pero mientras tanto, me sentía feliz esperándolo, concentrada en mis cosas. Tampoco es que últimamente él hubiera estado saliendo con alguien en serio... En fin, yo me entendía.

Por otro lado, a Reece no le importaría alentarme en un momento así. Estaba segura de que cancelaría su cita, vendría corriendo a mi casa y me haría compañía mientras limpiaba. Sin embargo, acabaría soltándome un «te lo dije». Skye nunca le gustó del todo. Se enfadó cuando descubrió que yo le prestaba dinero. De hecho, la acusó de utilizarme. Y al final resultó que tenía toda la razón.

Aun así, la herida era demasiado reciente para que nadie, ni siquiera él, hurgara en ella. Así que no, Reece quedaba descartado. Lizzy, por su parte, me recriminaría con la misma vehemencia. Porque, por lo visto, a ninguno de mis amigos nunca les gustó demasiado mi plan de «salvar a Skye». Después de darle vueltas, tomé una inteligente decisión: iría a la fiesta y me divertiría

antes de que mi mundo se fuera a la mierda.

Muy bien.

Podía hacerlo.

CAPÍTULO 2

No, no podía hacerlo.

David y Ev vivían en un apartamento de lujo en uno de los mejores barrios de la ciudad. Era un piso muy grande que ocupaba la mitad de la última planta de un antiguo edificio de ladrillo oscuro. Para ella debió de haber resultado surrealista pasar de su minúsculo apartamento, lleno de corrientes de aire y paredes finas como el papel, a todo aquel esplendor y diseño. A diferencia de nuestro complejo de viviendas, que estaba situado a las afueras de la ciudad, cerca de la universidad, David y Ev vivían en el centro del exclusivo y carísimo Pearl District.

Por suerte, Ev se mostró encantada de verme. El primer momento, que sin duda es potencialmente el más incómodo, quedó neutralizado al instante. El marido de Ev, la famosa estrella del *rock*, me saludó alzando la barbilla mientras yo intentaba no mirarlo con intensidad. Me moría por pedirle un autógrafo; es más, me valdría incluso con que me firmara en la frente.

—Anne, allí está la cocina. Entra y sírvete lo que quieras —me invitó Ev—. Tenemos un montón de bebida, y las *pizzas* están a punto de llegar.

—Gracias.

—¿Así que vives en el apartamento de al lado de Lauren y Nate? —me preguntó David, dirigiéndome la palabra por primera vez. ¡Santo Dios! Su pelo oscuro, sus rasgos esculpidos... Ese hombre era impresionante. La gente no debería ser tan acaparadora. ¿Es que no era suficiente con que tuviera

mucho talento?

—Sí —contesté—. De hecho, yo era vecina de Ev, y soy cliente habitual de Ruby's Café.

—Es cierto, viene a por su café todas las mañanas sin faltar ni un solo día —confirmó Ev al tiempo que me guiñaba un ojo—: un *latte* desnatado doble con caramelo.

David asintió moviendo la cabeza y pareció relajarse. Rodeó la cintura de su esposa con un brazo y ella sonrió. El amor les sentaba bien. Esperaba que duraran.

Yo había amado, me refiero a amar de verdad, a cuatro personas en toda mi vida. No todos mis amores fueron románticos, claro está. Pero a todos les entregué mi corazón. Tres me fallaron, pero aun así siempre esperaba tener un veinticinco por ciento de éxito.

Cuando David y Ev empezaron a darse un beso con lengua, pensé que era el momento de que fuera a explorar la casa. Y eso hice. Primero me apropié de una cerveza en la cocina (de alta tecnología y muy elegante) y me dirigí al salón con determinación. Podía hacerlo. No es que se me diera muy bien socializar, pero iba a intentarlo.

Había una docena de personas por aquí y por allá, y en la enorme pantalla plana estaban emitiendo un partido. Nate estaba sentado justo delante y parecía ensimismado en el desarrollo del juego. Reconocí algunas caras entre la multitud, la mayoría eran personas a las que jamás me hubiera atrevido a acercarme. Di un sorbo de cerveza para aliviar la sequedad de mi garganta. Ser la única persona distinta, digamos ajena al mundo del *rock*, en una fiesta, es una especie de tortura, y teniendo en cuenta los acontecimientos del día, me faltaba valor para iniciar una conversación, por frívola que fuera. Dado mi talento natural para elegir en quién confiar, seguro que acababa hablando con el único asesino en serie que hubiera en aquella fiesta.

Por suerte, Lauren me hizo un gesto para que me sentara a su lado justo en el mismo momento en que empezó a sonar mi teléfono en el bolsillo trasero de los pantalones. Noté la vibración en la nalga y me estremecí. Le hice una seña a Lauren y saqué el teléfono. Con rápidas zancadas me dirigí al balcón, escapando del ruido del partido y el jaleo de las conversaciones. Me alegró

ver el nombre de Reece en la pantalla mientras cerraba la puerta que salía a la terraza.

—Hola —respondí con una sonrisa.

—Al final mi cita me dio plantón.

—Vaya. Qué pena...

—¿Qué haces?

El viento me azotaba el pelo, haciéndome temblar. Era el clima típico de Portland en esa época del año; octubre era un mes frío, húmedo, oscuro y triste. Me acurruqué en la cazadora de lana azul y me tapé más el cuello.

—Estoy en una fiesta. Así que hoy vas a tener que buscar consuelo en otra parte. Lo siento —bromeé por primera vez en todo el día.

—¿Una fiesta? ¿De quién? —preguntó. La curiosidad le agudizaba la voz.

—Una en la que he acabado de rebote, así que no puedo invitarte.

—¡Maldición! —Bostezó—. Da igual. Podría irme a dormir temprano por una vez en la vida. No está mal, ¿no?

—Es una buenísima idea. —Me acerqué a la barandilla.

Los automóviles se movían a toda velocidad en la avenida. Pearl District estaba lleno de *pubs*, cafeterías y gente famosa. Eran pocas las personas que paseaban por la calle, desafiando al frío. A mi alrededor, las luces de la ciudad se comían la oscuridad, y el viento aullaba en mis oídos. Y dada mi crisis existencial, resultaba casi encantador, muy acorde, la verdad. No me importaba el tiempo frío; adoraba Portland. Era muy diferente al sur de California, y eso me gustaba. Aquí las casas estaban preparadas para la nieve y el hielo, y no para el sol castigador de Los Ángeles. Además, la vida cultural era más diversa, más original. O seguramente es que tenía problemas para recordar algo bueno de mi ciudad natal... ¿Tal vez porque escapé de allí? Para mí eso era lo único que contaba.

—Reece, escucha... Debo volver a la fiesta.

—Pareces triste, ¿qué te pasa?

Gemí.

—Ya hablaremos mañana en el trabajo, ¿de acuerdo?

—¿Y por qué no ahora?

—No, Reece. Tengo que fingir mi mejor sonrisa y hacer que Lauren quede

bien. Me ha traído ella.

—Anne, déjate de tonterías. ¿Qué pasa?

Arrugué la frente y tomé otro sorbo de cerveza antes de responder. Llevaba casi dos años trabajando con Reece. Al parecer, el tiempo suficiente para que fuera capaz de averiguar, solo por mi voz y sin verme, lo que intentaba ocultarle.

—Skye se ha largado.

—Bien. Ya era hora. ¿Te ha pagado lo que te debía? —dijo, sin la menor afectación.

Dejé que fuera mi silencio el que contestara a su pregunta.

—¡Joder, Anne! ¿Lo dices en serio?

—Ya, ya lo sé.

—¡Mierda! ¿Qué te dije? —gruñó—. ¿No te había dicho que...?

—Reece, no sigas. Por favor. En aquel momento pensaba que hacía lo correcto. Era mi amiga y necesitaba ayuda. No podía pasar por alto...

—Sí. Claro que podías. ¡Estaba utilizándote! Todos lo sabíamos.

Respiré hondo y solté el aire lentamente.

—Muy bien, de acuerdo. Skye estaba utilizándome, ¿contento? Tenías razón.

Murmuró una larga serie de maldiciones mientras yo esperaba pacientemente a que acabara. No era de extrañar que hubiera querido retrasar esta conversación lo máximo posible. Era imposible contar lo ocurrido y que sonara bien. La frustración que sentía hacía que me hirviera la sangre a fuego lento, calentándome por dentro y consiguiendo ahuyentar el frío.

—¿Cuánto necesitas? —me preguntó con resignación.

—¿Qué? No, no... No pienso permitir que me prestes dinero, Reece. Tener más deudas no es la solución. —Además, aunque él fuera el dueño de la empresa, no estaba segura de cuánto dinero disponía. A Reece ahorrar no se le daba mejor que a mí. Sabía que parte de sus ingresos se lo gastaba en la ropa de marca que usaba cada día para ir a trabajar. Por lo visto, ser el mejor amante de Portland requería un amplio vestuario, y siendo justos, lo cierto es que le sacaba bastante partido.

—¿Sabes? —suspiró—, para ser una persona que siempre está ayudando a

los demás, no se te da nada bien dejarte ayudar, Anne.

—Ya me las arreglaré. De verdad, te lo agradezco mucho.

Otro suspiro lleno de aflicción. Me apoyé en la barandilla y alcé la cara hacia el cielo, dejando que el viento frío y húmedo me azotara la piel. Me sentía bien, la brisa que me envolvía frenaba el dolor de cabeza que empezaba a notar a la altura de las sienes, fruto de la tensión acumulada.

—Reece, tengo que colgar —le avisé—. Aquí hay *pizza* y cerveza. Te aseguro que dado mi estado, esas dos cosas van a hacerme muy muy feliz.

—Te irás del apartamento, ¿verdad?

—Sí, es probable que tenga que mudarme.

—Vente a mi casa, Anne. Puedes usar una temporada el sofá.

—Es muy amable por tu parte. —Traté de reírme, pero solo me salió una especie de tos estrangulada. La situación era demasiado patética para que resultara divertido. ¿Dormir en el sofá de Reece mientras él se tiraba a otra mujer en la habitación de al lado? No, ni en mil años. Ya me sentía bastante estúpida por dejar que Skye se burlara de mí. Así que ser testigo de la activa vida sexual de Reece sería la gota que colmaría el vaso—. Te lo agradezco, Reece. Pero estoy segura de que habrás hecho cosas, que ni podría nombrar, a muchísimas mujeres en ese sofá. No creo que nadie pudiera dormir allí.

—¿Piensas que está embrujado por los fantasmas de los polvos pasados?

—No me sorprendería nada.

Soltó un bufido.

—Pues nada, que sepas que mi asqueroso sofá está a tu disposición, por si lo necesitas.

—Gracias. De verdad.

—Lámame si necesitas algo.

—Hasta luego, Reece.

—¡Ah! Otra cosa. Anne...

—¿Sí?

—Oye, ¿podrías trabajar el domingo? A Tara le ha surgido algo. Le dije que tú la sustituirías.

—Paso los domingos con Lizzy —dije muy despacio—. Ya lo sabes.

Su única respuesta fue un largo silencio que me hizo sentir culpable.

—¿Qué te parece si la sustituyo en otro turno? —proseguí—. ¿Se trata de algo que pueda hacer otro día o es urgente?

—De acuerdo. Mira... No importa. Ya me encargaré yo.

—Yo... Lo siento, Reece.

—No te preocupes. Ya hablamos mañana.

Y me colgó.

Guardé el teléfono, tomé otro trago de cerveza y clavé los ojos abajo, en la ciudad. Arriba unas nubes oscuras flotaban atravesando la luna en cuarto creciente. El aire parecía más frío y los huesos me dolían como si fuera una anciana reumática. Necesitaba beber más. Eso lo resolvería todo, al menos por esa noche. Casi había terminado la cerveza, pero no me apetecía regresar adentro otra vez.

«¡Aggg!»

Ya basta.

En cuanto acabara mi cerveza, mi solitaria fiesta de autocompasión llegaría a su fin. No era mi idea esconderme en las sombras, no, entraría ahí con la cabeza bien alta. No pensaba dejar escapar esta oportunidad, no después de todas las veces que deseé cruzarme con cualquier componente del grupo. Acababa de conocer a David Ferris. Así que era evidente que mis deseos podían hacerse realidad. Ya que estaba de suerte, quizá debería pedir unas tetas más grandes, un trasero más pequeño y mejores amigas, ¿por qué no? Ah, y el dinero suficiente para pagar la universidad de mi hermana y, por supuesto, conservar un techo sobre mi cabeza.

—¿Quieres otra? —interrumpió mis fantasías una voz profunda, haciendo que me sobresaltara. Alcé la cabeza con los ojos muy abiertos. Pensaba que estaba sola, pero en la esquina había un hombre sentado, acurrucado por el frío. Acerté a ver el brillante y ondulado cabello rubio que le cubría los hombros, pero el resto de su cuerpo permanecía entre las sombras.

«¡Guau!»

No, no podía ser él.

Es decir, podía ser, por supuesto. Pero no me creía que fuera él, claro está.

Fuera quien fuese ese tipo, acababa de escuchar íntegramente mi conversación telefónica con Reece, lo cual hacía que pudiera considerarme

una de las mayores idiotas de todos los tiempos. Oí un tintineo y algo que no acerté a descifrar mientras él abría una cerveza, luego me la ofreció. La luz del interior iluminaba en contenido ámbar de la botella, haciendo que brillara al trasluz.

—Gracias. —Me acerqué un paso, lo suficiente como para verlo algo mejor, a pesar de la tenue luz, y agarrar la cerveza que me ofrecía.

¡Santo Dios! Era él, Malcolm Ericson.

Había llegado el momento culmen de mi vida. De adolescente tenía un par de carteles de Stage Dive en la pared de mi habitación. Bueno, quizá fueran tres. O una docena... ¿Qué más da? La cuestión era que había un gran póster del grupo: Jimmy se encontraba delante, con la cara contorsionada mientras gritaba al micrófono. A su derecha, medio envuelto en las sombras y el humo, estaba David, concentrado en su guitarra. A la izquierda, pero adelantado, estaba Ben, tocando el bajo. Pero nada de eso importaba, porque, de todos, el único que captaba mi atención era él, Mal, con las luces de colores brillando sobre la batería, desnudo de cintura para arriba y con la piel cubierta por una fina pátina de sudor. La imagen lo había congelado a punto de hacer sonar los platillos. El potente brazo derecho doblado por delante del cuerpo, cayendo directo sobre su objetivo: el platillo que iba a aporrear, a hacer estallar.

Ese hombre tocaba la batería con absoluto éxtasis, con el aspecto de un dios.

¡Santo cielo! ¿Cuántas veces habría mirado esa foto acostada en mi cama después de cuidar de mi madre y de mi hermana, de trabajar lo mejor posible, de ser una buena estudiante, de ser responsable? Y ahora, él, mi ídolo, estaba aquí, conmigo.

Nuestros dedos se rozaron de esa forma inevitable cuando se entrega algo a otra persona. Tuvo que darse cuenta de cómo me tembló la mano. Por suerte, no hizo ningún comentario. Regresé con rapidez al lugar que había ocupado antes, contra la barandilla, donde me recosté de forma casual con mi cerveza en la mano. La gente más guay actúa así. Siempre parece relajada.

Se rio con suavidad, haciéndome ver que no le podía engañar. Luego se inclinó hacia delante y apoyó los codos en las rodillas. La luz iluminó su

rostro y me quedé cautivada, atrapada. Literalmente, con la mente en blanco.

No había lugar a dudas. Era Mal Ericson, en carne y hueso.

Ese hombre tenía unos labios para ser besados, no podía negarlo. Pómulos altos y afilados y un hoyuelo en la barbilla. Esa característica era algo que nunca antes había considerado atractiva, pero ahora entendía su poder. Sin embargo, lo que más me impactó fue el conjunto, todo él. Las partes por sí solas no significaban nada sin el brillo de diversión que había en sus ojos, sin la insinuante sonrisa de suficiencia. ¡Dios!, odiaba a la gente que sonreía de esa manera, pero, no sé por qué, la suya quería lamerla. Al instante se me hizo la boca agua.

—Me llamo Mal —dijo con sencillez.

—Lo... lo sé —tartamudeé.

—Sé que lo sabes —apuntó mientras la sonrisa se hacía más grande.

Mmm... Permanecí callada.

—Parece que alguien ha tenido un mal día —añadió.

¿Cómo? No, de malo no tenía nada. Y para rematarlo, tener la mente en blanco era lo mejor que podía ocurrirme.

Pero ¿qué hacía ahí fuera, solo, con tanto frío y en la oscuridad? Por lo que yo sabía, ese hombre era el alma de las fiestas. Sin embargo, allí estaba, bebiendo a solas, escondiéndose de la gente, como yo. Se estiró lentamente y se levantó de la silla. ¡Gracias a Dios! Ahora él entraría y yo podría seguir con lo mío, ajena al mundo. No tendría que mantener una conversación, lo cual no dejaba de ser una suerte, dado mi repentino ataque de estupidez.

Pero no se marchó.

Se acercó a mí, moviendo su cuerpo fibroso y musculoso con descuidada elegancia. Me sacaba unos quince centímetros, una altura suficiente como para intimidarme, si ese era su propósito, claro. Sus bíceps tensaban la tela de la camiseta. Sin duda, eran unos brazos de batería y tan impresionantes como otras partes de su cuerpo, también tatuadas y musculadas de la mejor forma posible. Estaba segura de que acariciarlas sería muy agradable.

Y las estaba mirando tan embobada que necesitaba que me dieran un buen bofetón.

Si seguía así de encandilada, lo haría yo misma. Y con fuerza.

—¿Cómo te llamas? —me preguntó, acercándose a la barandilla en la que estaba apoyada. ¡Oh, Dios mío! Incluso su voz era sexi, tan sexi que se me erizó el vello de la nuca.

—¿Quieres saber mi nombre?

Se detuvo tan cerca de mí que nuestros codos se rozaron; su codo desnudo, ya que solo llevaba unos *jeans*, unas Chucks en los pies y una ceñida camiseta de *Queens of the Stone Age*. Mal Ericson me había tocado. No me volvería a bañar.

—Sí, tu nombre —repitió sonriente, arrastrando las palabras—. Si te he dicho el mío, aunque sabía que lo sabías, es para que me digas el tuyo. Así funcionan las cosas.

—¿Sabías que yo lo sabía?

—Te hacían chiribitas los ojos.

—Ah...

—Da igual —susurró un momento después—. Estás tardando mucho. De acuerdo, me inventaré uno. Por ejemplo...

—Anne —le interrumpí.

—Anne, ¿y qué más?

—Anne Rollins.

Esbozó una brillante sonrisa.

—Anne Rollins. ¿Ves? No ha sido tan difícil.

Apreté los dientes e intenté sonreír. Seguramente le parecía una chiflada. Una chiflada que pasaba demasiado tiempo imaginándolo desnudo. ¡Dios, qué vergüenza!

Hizo chocar su botella contra la mía con extrema delicadeza.

—A tu salud, Anne. Encantado de conocerte.

Di otro sorbo con la esperanza de que la cerveza sosegara mi nerviosismo, pero la bebida no actuaba con la suficiente rapidez como para lidiar con esto. Quizá debería pasarme a algo más fuerte. Estaba segura de que una primera conversación con una estrella del *rock* debería ser acompañada con licores, como mínimo. Ev estaba hasta las cejas de tequila cuando conoció a David en Las Vegas. Y no había más que ver lo bien que le había ido.

—Y... ¿qué te ha traído aquí, Anne?

—He venido con Nate y Lauren. Son los que me invitaron. Soy su vecina. Viven en la puerta de al lado.

Movió la cabeza, asintiendo.

—¿Eres amiga de Ev? —preguntó.

—Sí. Bueno... Siempre nos hemos llevado bien. No quiero presumir... Es decir, no éramos amigas íntimas ni nada de eso, pero...

—¿Sí o no?

—Sí —repliqué. Luego apreté los labios para acallar otro brote de incontinencia verbal.

—Ev es una buena persona. Dave ha tenido mucha suerte al conocerla. — Observó en silencio las luces de la ciudad. Cualquier rastro de diversión desapareció de su rostro y frunció el ceño. Parecía triste, quizá un poco perdido. Y no, no hacía honor a su fama como alma de las fiestas. Debería habérmelo imaginado.

La gente consideraba a Ev una nueva Yoko Ono, que seguramente se aprovecharía del éxito de David y le arrebataría su fama y su fortuna hasta dejarlo seco. Pero no era necesario ser la mejor amiga de Ev para saber que eso no era cierto. Y de la misma manera, quizá el verdadero carácter de Mal tampoco tenía nada que ver con los chismes y la fama que fluía libremente por Internet.

Rebobiné, recordando lo que había dicho. ¿Me puse tan en ridículo como él acababa de insinuar?

—No me hacían chiribitas los ojos, ¿verdad? ¿Tú crees? —pregunté, temiendo la respuesta.

—Sí, te las hacían.

«¡Mierda!»

—Así que eres amiga de Ev. Es decir, no perteneces a la industria musical ni nada por el estilo, ¿verdad? —siguió, concentrándose en mí. Su rostro tenía una expresión más amable, su humor había cambiado. No era capaz de seguirle el ritmo. Se puso a tocar un rápido acorde con las palmas de las manos en la barandilla.

—No. Trabajo en una librería, a pocas manzanas de aquí.

—Muy bien. —Bajó la mirada hacia mí; parecía satisfecho con la

respuesta—. Y, cuéntame, ¿de qué hablabas por teléfono?

—Oh, de nada en concreto.

—¿En serio? —Se acercó a mí—. ¿Qué te pasó en la nariz?

Al instante subí la mano para impedir que me viera la cara. Solo tenía un pequeño bulto en la nariz, pero en aquel momento me parecía más grande.

—Me la rompió mi hermana cuando éramos pequeñas.

—No la ocultes. Es muy bonita.

—Bueno. —Bajé la mano. Enseguida se dio cuenta de ese defecto, ¿qué más daba?

—¿Por qué te la rompió?

—Un día se enfadó y me lanzó un camión de juguete.

—No te he preguntado cómo, sino por qué.

Contuve un suspiro.

—Ella quería tener un gatito y yo soy alérgica.

—¿Y no le regalaron un perrito?

—Yo quería un perro, pero mi madre se negó. Mi hermana todavía sigue echándomelo en cara.

Frunció el ceño.

—¿No tuviste una mascota cuando eras pequeña?

Negué con la cabeza.

—¡Vaya putada! Todos los niños deberían tener una mascota. —Parecía realmente indignado por mí.

—Sí, ya, bueno. Pero eso ya pasó y no me ha ido mal. —Fruncí el ceño y bebí un poco más de cerveza. Tenía la impresión de que iba a necesitarla; la conversación estaba empezando a parecerme surrealista.

Permaneció en silencio frente a mí con una leve e intencionada sonrisa. Solo eso, y volví a sentirme fascinada. Noté que se me curvaban los labios en una especie de media sonrisa idiota y esperanzada.

Mal.

Mal Ericson.

¡Dios, era guapísimo! Mis hormonas, que llevaban inactivas demasiado tiempo, empezaron a bailar de alegría. Algo empezaba a ocurrir debajo de mis *jeans*... Algo que hacía mucho tiempo que no pasaba.

—¡Ahí están! Otra vez te hacen chiribitas los ojos —murmuró él.

—¡Mierda! —Cerré los ojos y los apreté con fuerza.

Cuando Lizzy me descubrió con mi novio siete años atrás, fue un momento muy vergonzoso para mí, sobre todo porque se fue corriendo a contárselo a mi madre. Y aunque mi madre no se encontraba en un estado... digamos «capaz» de preocuparse por ello, me avergoncé igual. Sin embargo, esta situación era todavía peor.

—Te has sonrojado. Anne, no estarás imaginándote haciendo guarradas conmigo, ¿verdad?

—¿Yo? Nooo.

—Mentirosa —se burló en voz baja—. Estás imaginándome sin pantalones.

Sin duda.

—Y eso, amiga mía, debería darte vergüenza. Es una invasión a mi intimidad. —Se acercó todavía más. Su aliento me calentaba la oreja—. Solo te diré una cosa: no sé qué estás imaginándote, pero en realidad es todavía más grande.

—No estoy imaginándome nada.

—Lo digo en serio. Es casi monstruoso. Tanto, que no puedo controlarlo.

—Malcolm...

—Vas a necesitar un látigo y una silla para domesticarlo.

—Ya basta.

—¿No te parece bien?

Me cubrí con las dos manos la cara ruborizada. Pero no me reí. No solté ni una risita, porque las mujeres hechas y derechas no lo hacen. ¿Acaso tenía dieciséis años o qué?

Dentro del apartamento vi a los chicos gritar y levantar los brazos. El sonido quedaba matizado por las puertas correderas de cristal. Abrí los ojos de par en par cuando, de pie, Nate se puso a lanzar insultos a la pantalla al tiempo que agitaba los brazos como si se hubiera vuelto loco. Lauren se reía y de repente recuperé la razón, haciendo que mi cerebro lanzara señales de advertencia a mi cuerpo. Tenía que salir de allí lo más rápidamente posible antes de hacer más el ridículo. El lóbulo frontal es un buen consejero, sí

señor. Al menos ya no pensaba en Mal ni lo miraba fijamente.

Sin duda era un descubrimiento oportuno y acertado.

Y funcionó... Hasta que él se inclinó y puso la cara a la altura de la mía, haciéndome sentir que me iban a estallar los pulmones.

—Tienes un hueco entre las palas —dijo, estudiando mi boca con los ojos entornados—. ¿Lo sabías?

—Sí.

Me observó como si yo fuera una extraterrestre que acababa de aparecer ante su puerta. Bajó la mirada por mi cuerpo, aunque tampoco podía ver nada, cubierta como estaba por el abrigo y las botas altas. Eso tampoco me consoló. Su sonrisa de apreciación me debilitó las rodillas. Me pareció que tardaba una eternidad en volver a mirarme a la cara.

¡Dios, ese hombre sabía lo que hacía! Me había desnudado por completo sin quitarme ni una sola prenda de encima.

—Tus ojos tienen un bonito tono... ¿son azules? —preguntó—. Me resulta difícil asegurarlo con esta luz.

Carraspeé.

—Sí. Tengo los ojos azules. Oye, ¿puedes dejar de hacer eso?

—¿El qué? —Ahora parecía algo ofendido—. ¿Qué estoy haciendo?

—Me miras de una manera que hace que me ponga en tensión. No me gusta.

—Has sido tú la que ha empezado. Además, ya estabas tensa mucho antes de venir aquí. Es más, si me preguntas, yo diría que te pasas el día en tensión. Pero tranquila, te ayudaré. Venga, cuéntale al tío Mal todos tus problemas.

—Caray... Qué considerado por tu parte... Te lo agradezco, pero estoy bien.

Se acercó un poco más y me eché instintivamente hacia atrás. Un fastidio, que no hubiera sitio para escapar.

—¿De qué estabas hablando por teléfono, Anne?

—Oh, ya sabes... Asuntos personales. No me apetece hablar de eso ahora.

—Me pareció oír que una amiga te había robado algo y que ibas a perder el apartamento. ¿Es así? ¿Es eso?

—Cierto. —Me dejé arrastrar por la preocupación. Me dolía el corazón.

¡Maldita Skye! No es que yo fuera una completa ingenua, pero me ocupaba de la gente que quería. Pensaba, estúpida de mí, que era lo que tenía que hacer. Cuando mi madre se puso enferma, asumí la responsabilidad de cuidarla como una obligación. No me quedó otra opción. Sin embargo, el estado actual de mis finanzas sugería que no era un hábito demasiado bueno—. Sí. Has hecho un buen resumen.

—¡Joder! No, Anne, no te pongas a llorar —me pidió alarmado, abriendo los ojos como platos—. Que yo no soy Dave, y no sé qué hay que hacer.

—No voy a llorar. —Parpadeé con furia, volviendo la cara a un lado—. Ya te he avisado de que no quería hablar de esto.

—Perdona. Dios, no se me ocurrió que te pondrías a llorar.

Se me había acabado la cerveza. Era el momento de marcharme. Además, necesitaba salir de allí antes de que mis ojos me traicionaran y me empezaran a caer lagrimones. Y seguramente Mal tenía mejores cosas que hacer que hablar conmigo, que tomarme el pelo. La conversación estaba poniéndose muy incómoda, a pesar de que era la más sorprendente de mi vida. Por un momento hasta conseguí olvidarme de todos mis problemas.

Por ello precisamente me obligué a sonreír.

—Así que... —Le tendí la mano, anhelando un contacto final. Necesitaba tocarlo una última vez. Hay que comprenderme, su foto había estado colgada durante años en la pared de mi habitación, pero ya tocaba despedirse, aunque no quisiera—. Ha sido un placer conocerte.

—¿Estás dejándome colgado? —me preguntó, riéndose.

—No, yo...

—Deja de mirar al infinito, Anne. Se valiente y mírame a los ojos —me ordenó.

—¡Ya lo estoy haciendo!

—¿Te da miedo volver a contemplarme y que te hagan chiribitas los ojos?

—Sí, claro... —Ironiqué antes de chasquear la lengua, exasperada—. ¿Sueles reírte así de tus *fans* o qué?

—No. Pero jamás hubiera pensado que podía ser tan divertido.

Me fijé en que seguía tendiéndole la mano, a la espera de la suya. Estaba a punto de retirarla cuando me la agarró. Lo miré a la cara, pensando que no

iba a volver a enfadarme. El problema era que Mal Ericson tenía un físico imponente. No se apreciaba ni la más leve imperfección. Sin embargo, como siguiera riéndose de mí, comenzaría a ver sus defectos.

—¿Y qué significa ahora esa mirada? —me preguntó, acercándose—. ¿Qué estás pensando?

—Nada —repliqué a toda velocidad. Sentí mariposas en el estómago y todos aquellos pensamientos violentos desaparecieron.

—Mmm... No se te da nada bien mentir, ¿lo sabías? —Traté de soltarme de él, pero él retuvo mis manos con firmeza entre las suyas—. Bien, solo una pregunta más: eso que te ha ocurrido con tu amiga, ¿suele pasarte a menudo?

—¿Eh?

—Porque cuando estabas hablando por teléfono, con tu amigo, parecía que sí. —Me miró, bloqueando el cielo nocturno—. Me dio la impresión de que supone todo un problema para ti; que la gente suele utilizarte.

—No me apetece hablar de esto. —Retorcí el brazo, tratando de liberarme, pero incluso con la palma húmeda me resultó imposible.

—¿Te has dado cuenta de que tu amigo te pidió un favor a pesar de que sabía lo afectada que estabas por lo ocurrido? ¿Cómo te sientes al pensarlo? —Tiré de mi brazo, pero él siguió reteniéndomelo. ¿Cómo podía ser tan fuerte?—. Eso ha sido un golpe bajo. Es más, voy a decirte una cosa y perdóname: no creo que tengas muy buenos amigos.

—Mira... Tengo muy buenos amigos.

—¿Estás de coña? Unos te roban y otros te piden favores cuando estás jodida. De verdad, solo unos cabrones harían eso.

—Mal...

—Pero lo peor de todo es que lo permites. No lo entiendo.

—Yo no les permito nada.

—Sí, lo haces —afirmó en voz más alta—. Te aseguro que lo haces.

—¡Dios! ¡Es que no puedes callarte! ¿No tienes un botón o algo así para poder apagarte?

—¡Es acojonante! ¡Señores, me siento acojonado! —gritó, dirigiéndose a todo el condenado barrio—. ¡Esto tiene que terminar! No pienso soportarlo durante más tiempo. ¿Me has oído, Portland?

—Suéltame —ordené con los dientes apretados.

—Señorita Rollins, dejas que te traten como a un puto felpudo.

—No es cierto —gruñí. La idea me resultaba espeluznante. Me rebelaba contra ella. No lo sabía, y me sentía tan alterada que no podría admitirlo.

Mal puso los ojos en blanco.

—Venga, sabes que es así. Lo puedo leer en tu cara.

Sacudí la cabeza con firmeza. Pronunciar palabras coherentes estaba fuera de mis capacidades en aquel momento.

—Desde que oí tu conversación telefónica, supe lo que necesitabas: límites. Anne, necesitas poner límites a tus amigos. —Hizo hincapié en cada una de las palabras tocándome la punta de la nariz mientras las pronunciaba —. ¿Me has entendido? ¿Te está entrando en la cabeza?

En ese momento algo se rompió en mi interior.

—¿Quieres que ponga límites? ¿Qué te parece si, para empezar, dejas de hablarme justo delante de mis narices? ¿Qué tal eso como límite? Mis asuntos no son de tu incumbencia, capullo.

Abrió la boca para responder, pero no se lo permití.

—No sabes nada sobre mí. ¿Crees de verdad que puedes llegar y psicoanalizarme para divertirme? Pues no. Mira, que te den. ¡Que te den por culo!

Se hizo el silencio, incluso la música que sonaba dentro pareció dejar de oírse. Un horrible silencio. La gente nos miraba a través del cristal con cara de curiosidad. La boca de Lauren formaba una O perfecta.

—Joder —murmuré.

—Anne...

¿Estaba chiflada o qué? ¿Qué había hecho? Lauren me invita a una fiesta de gente famosa y yo me porto como una psicópata con uno de los invitados. Sin duda, había llegado el momento de marchitarme y morir, lo notaba.

—Por favor, suéltame la mano.

No lo hizo.

—Venga, mírame a los ojos.

Me volví hacia él lentamente. Una sonrisa iluminó sus labios poco a poco.

—Eso ha sido cojonudo. En este momento estoy muy orgulloso de ti.

—Estás como una cabra.

—No.

—Sí, lo estás.

—Eso lo crees ahora, pero date tiempo. Piensa en lo que te he dicho.

Sacudí la cabeza sin decir nada.

—Ha sido todo un placer conocerte, Anne. Pronto volveremos a hablar —
aseguró, depositando un sutil beso en el dorso de mi mano antes de
soltármela. Había cierto brillo en sus ojos, y no quería saber qué significaba,
pero me inspiraba confianza—. Te lo prometo.

CAPÍTULO 3

Acababa de entrar de la terraza cuando David Ferris me agarró por el codo, seguramente para ponerme de patitas en la calle. Sin duda, discutir con una estrella del *rock* debía de estar mal visto en ese tipo de eventos.

—Hola —me dijo mientras miraba al otro lado de la habitación, donde Lauren y Ev hablaban con las cabezas muy juntas. Había un pequeño problema: Lauren movía mucho las manos cuando hablaba, así que cada poco tiempo, golpeaba a Ev con el brazo. Sin embargo, a esta no parecía importarle.

—Hola —reliqué.

—¿Estás divirtiéndote? —me preguntó David.

—Mmm... sí, claro.

Movió la cabeza, asintiendo, con una actitud tan fría y ausente como antes.

—Estupendo... —susurré por lo bajo, casi para mis adentros.

Las dos botellas de cerveza y la extraña discusión me habían dejado un poco mareada. Quizá beber no fuera tan buena idea, después de todo, en especial si tenía que seguir codeándome con esa gente tan importante, diciéndoles cosas con sentido en vez de gritándoles. La música volvía a sonar otra vez y la gente charlaba sin preocupaciones. Nadie me miraba. Esperaba que lo que acababa de ocurrir, eso de que Mal eligiera a desconocidos al azar para discutir con ellos, fuera algo habitual en él. Algo que no extrañaría a nadie, supuse.

—¿Has hablado con él? —dijo David.

—¿Con quién? ¿Con Mal?

—Sí.

—Ah... sí. He estado charlando con él. —Pensaba que lo había visto todo el mundo.

—Mmm... —Al otro lado del salón, Ev se reía a carcajadas, lo que hizo que David esbozara una sonrisa—. ¿Y habéis discutido por algo?

—No, en realidad no. —Vacilé—. No ha sido nada.

David se volvió hacia mí con el ceño fruncido. Su sonrisa había desaparecido. Me estudió durante un buen rato.

—Da igual... —Se alejó, dejándome hundida en un mar de dudas.

¿Acaso no debía haber hablado con Mal? Fue él quien me dirigió la palabra en primer lugar. Quizá yo lo miré..., pero la conversación, definitivamente, la inició él. Y también la discusión, aunque no importaba. No era culpa mía haber intercambiado impresiones con uno de los baterías más famosos del mundo. Sin embargo, recordé de repente el momento en que Mal se quedó mirando la ciudad. Había fruncido el ceño antes de burlarse de mí otra vez. Pareció haber pasado de un estado de ánimo a otro de una forma rara, casi inmediata. Y que ahora hubiera venido David a preguntarme...

Aquello era raro. Verdaderamente raro.

Si tener dinero y conquistar a las mujeres lo fueran todo, Mal estaba bien servido. Había visto algunas fotos de él en la preciosa casa a pie de playa que tenía en Los Ángeles, rodeado de mujeres bastante ligeras de ropa. El dinero no compraba la felicidad, eso yo ya lo sabía, pero dada mi situación actual, saberlo no era lo mismo que comprenderlo. Además, era famoso, lo adoraban en todo el mundo y tenía un trabajo increíble con el que viajaba a todas partes. ¿Cómo era posible que ese tipo no fuera ridículamente feliz? ¿Qué le ocurría?

Buena pregunta.

—Oye, ¿a qué viene ese ceño fruncido? —Lauren enlazó mi brazo con el suyo y me arrastró al apogeo de la fiesta—. ¿Te encuentras bien?

—Sí, claro.

—He visto que has discutido con Mal.

—Imagino que lo habré visto todo el mundo. —Hice una mueca—. Lo siento.

Se rio.

—Tranquila, Mal vive para sacar a la gente de sus casillas.

—Sin duda conmigo lo ha conseguido.

—¿A ver si lo adivino? La llamada que recibiste es de tu amigo Reece. — Su voz destilaba desdén. Lauren y yo habíamos comenzado a pasar más tiempo juntas cuando Ev se casó y se mudó. Eran muchos los fines de semana que Nate tenía que trabajar, y Lauren era de esas personas que se aburrían cuando estaban solas. Así que solíamos salir a tomar algún café o a ver una película, lo cual a mí también me venía muy bien. Sobre todo porque mi relación con Skye había ido de mal en peor durante los últimos meses. Ella me evitaba con la disculpa de que quería estar más tiempo con su novio, pero ahora dudaba de que fuera por eso.

Dios, cómo odiaba dudar de todo. La sensación de perder la confianza es muy incómoda y desagradable.

—La cita de Reece le dio plantón —confesé a Lauren—. Me pareció que Ev decía algo sobre que aquí habría *pizza*, ¿no? Tengo un hambre...

—Espero que algún día dejes de ser el plan alternativo de ese tipo.

Enderecé la espalda.

—Lauren, solo somos amigos.

Me acompañó hasta la cocina. Sobre la encimera de mármol había una amplia variedad de *pizzas*.

—Ya, claro —repuso con ironía—. Reece es un manipulador. Es consciente de que a ti te gusta y se aprovecha de ello.

—No, no es cierto. Te repito que solo somos amigos. —Acababa de hacer el ridículo delante de Malcolm Ericson, así que pensar que me comportaba como una tonta en lo que a Reece Lewis se refería, podía esperar a mejor ocasión.

O también podía olvidarlo por completo. Sí, eso estaría mejor.

—Si tuvieras un poco de confianza en ti misma, podríais aspirar a algo más —aseguró.

Hice un gemido vago mientras daba un bocado a la *pizza* con la esperanza

de que fuera suficiente para poner fin a la conversación. En ese momento, mi estómago gruñó ante el olor del queso derretido. Mmm... delicioso. A la hora de comer había estado tan preocupada por la perspectiva de tener que hablar con Skye, que me había saltado el almuerzo. Con dos cervezas y el estómago vacío, necesitaba comer algo ya. Sin embargo, las *pizzas* no eran como yo esperaba.

—¿Esa es de alcachofas y espinacas? —pregunté a Lauren.

—Seguramente. —Movié la cabeza con disgusto y me sirvió una porción de *pizza* de jamón y piña sobre una servilleta—. Ten, cómete esta. Evelyn todavía sigue obsesionada con esa idiotez de pedir las de verduras. La quiero mucho, la verdad, pero tiene muy mal gusto en lo que se refiere a elegir los ingredientes de las *pizzas*. Mezcla cosas muy raras.

Mordí mi porción de inmediato, quemándome la lengua y el paladar. Algún día aprendería a esperar un poco hasta que se enfriara, pero sin duda no sería esa noche.

En el salón la música subió de repente un millón de decibelios. Comenzaron a zumbarme los oídos, las paredes se estremecieron y Black Rebel Motorcycle Club resonó en el apartamento. Alguien había elevado el volumen casi al máximo.

—¡Fiesta!

Lauren sonrió y se acercó para que pudiera oírla.

—¡Parece que Mal ha decidido unirse a la juerga! —me gritó al oído—. ¡La verdadera diversión comienza ahora!

Ben Nicholson, el bajo de Stage Dive, acababa de llegar, incrementando mi sorpresa. Mal y él comenzaron a servir copas, pero yo me quedé con mi cerveza, aún casi llena. Así tenía algo que hacer con las manos: sostenerla. A partir de aquel momento la velada fue todo lo que uno podría esperar de una fiesta de estrellas del *rock*. Bueno, tampoco era que hubiera drogas o *groupies*, pero sí gente emborrachándose y haciendo ruido. Se parecía un poco a las juergas universitarias a las que Lizzy conseguía arrastrarme de vez en cuando, solo que en vez de cerveza barata en vasos rojos de plástico, había

botellas de Cîroc y Patrón. Casi todos los presentes usaban exclusivamente ropa de marca, y la fiesta se desarrollaba en un apartamento que costaba un millón de dólares. Así que no, definitivamente no era como las fiestas a las que acompañaba a Lizzy. Pero mejor olvidar tal cosa.

Estuve bailando y charlando con Ev y Lauren. Resultó divertido. Mi vecina me había hecho un gran favor al obligarme a salir esa noche. Lo estaba pasando mucho mejor que si me hubiera quedado en casa sola. Aunque no estaba pendiente de él, noté que Mal desapareció un momento con David y Ben y se metían en otra habitación.

Pasé un buen rato en la cocina, hablando con un técnico de sonido que se llamaba Dean. Al parecer, trabajaba con un tal Tyler, que acompañaba al grupo desde sus inicios, al que consideraban casi de la familia. Dean era muy guapo, inteligente, tenía el pelo negro y un *piercing* en el labio. Sí, sin duda me ponía a tono. Me pidió que me fuera con él a la habitación que había reservado en un hotel, y me resultó muy tentador. Pero estaba demasiado estresada para olvidar lo que pasaba por mi mente; se podría decir que hubiera necesitado que fuera un dios del sexo para que consiguiera que me relajara con él. De modo que le deseé buenas noches en la misma puerta de la cocina.

Entonces Mal regresó con sus compañeros y volvieron a subir la música. Finalmente ocurrió lo que sucede inevitablemente en todas las fiestas: las parejas comenzaron a juntarse. David y Ev desaparecieron, aunque nadie dijo nada. Lauren se sentó en el regazo de Nate, en una esquina del sofá, y se pusieron a meterse mano. Contuve un bostezo. Sí, me lo había pasado genial, pero eran las tres de la madrugada y ya no me quedaba energía. Seguramente nos marcharíamos pronto.

O eso esperaba. Solo unas horas después me tocaba levantarme y rendir en mi trabajo. Aunque quizá sería un poco difícil, porque las palabras de Mal todavía me daban vueltas en la cabeza. ¿Yo, demasiado confiada? Sí, seguramente. ¿Yo, un felpudo? No, eso ni de coña.

—¡Benny, colega! —gritó Mal. Estaba bailando sobre la mesita del café con una morena de piernas largas. La joven parecía empeñada en envolverlo con su cuerpo como si fuera una enredadera. Él tuvo la habilidad suficiente

para mantenerla a una distancia decente. Bueno... casi.

—¿Qué? —repuso Ben con una voz grave y masculina.

—¿Te he presentado a Anne, mi novia? —Mal señaló el lugar donde yo estaba sentada, en un extremo del sofá. Me quedé paralizada. Había estado ocupado durante horas, pensaba que se había olvidado de mí por completo.

—¿Cómo? ¿Te has echado novia? —preguntó Ben.

—Sí. ¿A que es guapa?

Ben me lanzó una mirada antes de mover la barbilla, asintiendo. Su gesto resultaba muy similar al que había recibido de David. Quizá era una señal secreta que solo hacían entre ellos las estrellas del *rock*.

—Hemos estado hablando en la terraza un rato. Creo que pronto nos iremos a vivir juntos —le informó Mal. La morena que tenía entre sus brazos frunció el ceño, pero él ni se dio cuenta. De todas formas, ¿de qué narices estaba hablando?—. Lo digo en serio, colega. Muy en serio. Tiene algunos problemas con sus amigos... La pobre es un desastre. Lo que quiero decir es que necesita mucho apoyo y toda esa mierda, ¿sabes?

Estrangulé con los dedos a la pobre botella de cerveza.

—¿Va a ser igual que lo de Dave y Ev? —se interesó Ben.

—Exacto. ¡Joder! Voy a sentar cabeza, colega. Soy un hombre nuevo. Me he enamorado y todas esas cosas.

—Bien. Parece interesante —aseguró Ben—. ¿Y cuánto tiempo crees que te durará?

—La lujuriosa pasión que siento por Anne será eterna, Benny. Espera y verás.

Ben arqueó las cejas.

—¿Estás dispuesto a hacer una apuesta?

—¡Pon tú el precio, capullo!

—Mis cinco mil dicen que no conseguirás seguir con ella hasta que nos vayamos de gira.

—¿Estás de broma? ¡Apuesta algo que valga la pena, colega! Que sean veinte mil.

Ben soltó una carcajada.

—Serán los veinte mil dólares que más fácil me han resultado ganar en

toda mi vida.

—Entonces, ¿vas a venir a vivir conmigo? —le pregunté, interrumpiendo aquel alarde masculino de dinero. Ni siquiera le di importancia a lo que un momento antes había dicho sobre mis amigos.

—Sí, bomboncito —confirmó Mal muy serio—. Iré a vivir contigo.

Me encogí ante aquel horrible apodo, pero decidí concentrarme en lo más importante.

—¿Cuándo hablamos acerca de ello? Porque no lo recuerdo...

—De hecho, es posible que te hubieras ido ya. Pero eso no cambia los hechos. —Mal se volvió de nuevo hacia Ben—. Es el momento perfecto, mi madre está a punto de llegar y Anne le va a encantar. Seguro. Siempre ha querido que yo conociera a una buena mujer, sentara la cabeza y todas esas mierdas.

—Pensaba que no te gustaba Portland —comentó Ben.

—Y no me gusta, pero Anne me gusta un montón. —Me guiñó un ojo—. Además, Dave no tiene ganas de regresar a Los Ángeles. Incluso Jimmy ha insinuado la posibilidad de establecerse aquí. Quizá compre el apartamento de al lado. No sé.

—¿Lo dices en serio?

—Sí. Por cierto, ¿has conocido ya a su nueva niñera? —Al fin Mal cambió de tema, pero no dejó de prestarme atención.

—No, todavía no —repuso Ben—. ¿Qué le pasó a la anterior, a aquel enorme negro?

—Ja, ja, ja. Esa no fue la última. Desde él ha habido muchas. La nueva comenzó hace un par de semanas. —Se rio entre dientes. El sonido consiguió distraerme—. Cuando Jimmy no quiere tener cerca a alguien, conoce maneras muy creativas de hacerle la vida imposible.

—¡Joder! Ya me lo contarás más tarde.

Mal volvió a reírse y me miró fijamente.

—Volviendo a lo mío: hay algo muy intenso entre Anne y yo. Quizá también me quede por aquí un tiempo.

La mirada de la morena se volvió todavía más fulminante. Estaba segura de que la mía solo reflejaba confusión. ¿Quizá se refería a otra Anne? Una

que sí supiera de qué estaba hablando, digo yo...

—¿Y a tu novia no le importa que otra mujer te sobe así? —preguntó Ben arqueando una ceja—. Joder, yo también necesito una novia así.

—¡Ah, mierda! Tienes razón. Sinceramente, llevará mucho tiempo acostumbrarse a esto de la monogamia. —Mal se separó sin pensárselo dos veces de la irritada morena flexionando los músculos de los brazos y la dejó con cuidado en el suelo—. Perdona. Estoy seguro de que eres muy simpática y tal, pero mi corazón late solo por Anne. Lo comprendes, ¿verdad?

La morena me lanzó una mirada airada, hizo ondular su cabello y se dio la vuelta para marcharse. Ignorando su indignación, Ben la agarró por la cintura para sentarla en su regazo. A la chica no le llevó ni un segundo conformarse con el cambio. Para ser justos, debía decir que Ben también era muy atractivo. Pocas mujeres le dirían que no.

Mal se arrojó a mis pies, haciendo que yo me echara hacia atrás por la sorpresa.

—¡Perdóname, Anne! No era mi intención alejarme de ti.

—De acuerdo. —No sabía cuánto había bebido Mal, pero supuse que muchísimo.

—¿Sabes qué, bomboncito? —Mal se sentó a mi lado en el sofá y me puso sobre sus rodillas—. Cuando miras a Ben no te hacen chiribitas los ojos.

—¿Y cuándo te mira a ti sí? —preguntó Ben.

—¡Oh, sí! ¿verdad, Anne? —Me puso un dedo debajo de la barbilla y me la subió con suavidad, obligándome a mirarlo a la cara.

Mal me escudriñó fijamente y yo le sostuve la mirada a pesar de que no tenía esa intención. Su expresión se suavizó. Realmente no parecía la de un borracho. Únicamente me miró, y al instante todas esas cosas que había escuchado acerca de ver el alma de otra persona comenzaron a tener sentido. Era aterrador. Casi podía sentir cierta conexión entre nosotros. Como si pudiera extender la mano y tomar la suya físicamente. Eso era imposible, lo sé. Sin embargo, no sé cómo, fue un momento perfecto; solo contábamos él y yo. Estábamos dentro de una pequeña burbuja y no existía nadie ni nada más. Fue inquietantemente tierno.

—¿Ves? —dijo Mal, sin apartar sus ojos de los míos, y adquirió un tono

muy bajito—: Sin embargo, no mira así ni a Dave ni a ti. Sus chiribitas solo son para mí. Porque soy especial.

Ben le dijo algo que no llegué a escuchar. Luego Mal apartó la vista y el momento íntimo se evaporó. El hechizo se rompió.

—Es muy dulce, de verdad. No puede vivir sin mí. —Volvió a dirigirse a Ben.

—Es evidente, colega. —Ben se empezó a reír.

Apreté los dientes. Mal Ericson y sus juegucitos podían irse a la mierda.

—Por cierto, todavía no he conocido al cantante, a Jimmy Ferris —dije. Había encontrado la manera de luchar. Era con palabras o con puños, y dada la forma en la que acababa de ponerme en ridículo delante de todos, me valía cualquiera de las dos—. Quizá eres especial o quizá solo seas el segundón. ¿No se te ha ocurrido eso?

Me miró con la boca abierta.

—Sé que no quieres decir eso.

No respondí. Solo quería comprobar si a él le gustaba ser el objeto de burla.

—Anne, no estarás tratando de ponerme celoso, ¿verdad? ¡No te gustaría nada verme celoso! —rugió el chiflado de Mal y empezó a golpearse el pecho como si fuera *King Kong* o *El increíble Hulk* o quien demonios estuviera imitando—. Retira lo que has dicho, vamos.

—No.

—No juegues conmigo, bomboncito. Retira lo que has dicho o te obligaré a hacerlo.

Lo miré con incredulidad. ¿Y decía que yo estaba loca, o mejor dicho, que me hacían chiribitas los ojos? Bueno, lo que fuera.

Él sí que estaba loco de verdad. Se encogió de hombros.

—Muy bien, Anne. Luego no digas que no te lo advertí.

Sin mediar palabra, se lanzó sobre mí. Solté un grito de alarma. El ruido fue increíble y la botella de cerveza salió volando por los aires.

Puedo asegurar que tengo muchas cosquillas, así que odiaba que me las hicieran. Y él no paraba de mover los dedos sobre mí, clavándome los en los puntos más sensibles. ¡Maldición! Era como si alguien le hubiera facilitado

un mapa secreto de mi cuerpo. Comencé a jadear y a retorcerme al tiempo que trataba de alejarme de él.

—Ya basta, idiota —farfullé presa de una risa que intentaba contener.

Sin embargo, la risa que emitió en respuesta fue bastante maligna.

En ese momento empecé a deslizarme por el sofá.

Lo reconozco, intentó evitar que me cayera, e incluso usó su propio cuerpo para impedirlo. Me agarró para darme la vuelta en vez de para torturarme, y caímos al suelo en un enredo de brazos y piernas. Por suerte, yo aterricé encima. Mal soltó un gruñido cuando su cabeza chocó contra el suelo.

¡Uy! Eso debió de dolerle.

A pesar del impacto, siguió apretándome entre sus brazos, estrechándome contra él. Sentirlo debajo de mi cuerpo era bueno, mucho mejor de lo que podía haber imaginado. De hecho, mi imaginación se había quedado muy corta en la terraza. Me miró sin parpadear, con los labios un poco separados. Me dio la impresión de que estaba esperando a ver qué era lo que yo hacía a continuación. Si llevaba las cosas más lejos... Así que me concentré en la respiración, hasta que me miró directamente a los labios.

Dejé de respirar.

No podía querer que lo besara. Sin duda, se trataba de otro jueguito más, salvo que no lo parecía, al menos no lo parecía del todo. Notaba cómo su miembro se estaba poniendo duro contra mi muslo. Mis zonas bajas se tensaron en respuesta. Hacía años que no sentía nada parecido.

¡A la mierda con todo! Me apetecía ir a por ello. Tenía que conocer el sabor de esos labios. En esos momentos lo que estaba fuera de toda cuestión era no besarlo.

—¡Malcolm, no! —Ev nos estaba mirando, tumbados en el suelo, con una expresión de profunda consternación—. ¿Qué haces? Suéltala. Con mis amigas, no. Me lo prometiste.

Cualquier señal de tensión sexual se desvaneció cuando la vergüenza me inundó. Todos a nuestro alrededor se reían. Bueno, todos menos David y Ev, que, por desgracia para mí, habían elegido ese momento para regresar al salón.

—Por favor, tu amiga y yo estamos destinados a estar juntos. Acéptalo. —

Mal me apretó por un instante—. ¿Sabes?, yo pensaba que eres de esas que reconocen el amor verdadero cuando lo ven. Me decepcionas profundamente, Evelyn.

—Suéltala, Mal.

—Dave, controla a tu esposa, está pasándose al montarme esta escena. — Con aquella distracción, Mal aflojó su agarre y yo me las arreglé para liberarme. Por suerte para él, no le puse la rodilla en la ingle.

—Eres tú el que está tirado en el suelo, colega —replicó David.

—No-con-mis-amigas —repitió lentamente Ev con los dientes apretados.

—Por cierto, Evelyn, llevas la camiseta del revés —comentó Mal, curvando los labios con una media sonrisa—. ¿Qué habéis estado haciendo?

Evelyn cruzó los brazos sobre el pecho mientras sus orejas se ponían rojas. David no se molestó en reprimir una sonrisa.

—Lo que hemos hecho no es asunto tuyo —replicó David con la voz ronca.

—Qué asco dais... —Mal se levantó y luego me tendió una mano para ayudarme a ponerme de pie—. ¿Estás bien? —me preguntó.

—Sí. ¿Y tú?

Esbozó una sonrisa tonta al tiempo que se frotaba el cuero cabelludo.

—Seguramente me dolería la cabeza si pudiera sentir algo —dijo, ya más calmado.

Ahí estaba la respuesta que buscaba: estaba borracho y yo solo había sido una diversión. Cualquier señal romántica que hubiera detectado era cosa mía. Sí, sin duda era la historia de mi vida. Una vez más, mi imaginación me jugó una mala pasada.

Por fin las risas cesaron, aunque seguíamos siendo el blanco de todas las miradas.

—Malcolm, ¿es tuya la cerveza que está derramada por el suelo? — preguntó Ev, señalando el desastre que había causado mi botella.

Mal respondió antes de que yo pudiera abrir la boca.

—Sí, es mía. Pero no te preocupes, ya lo limpio ahora. —Se quitó la camiseta y se puso de rodillas para absorber el líquido con ella. Ante mis ojos aparecieron muchos músculos duros y una piel bronceada. Muchísimos.

Tenía un tatuaje en la espalda, una escena en la que un pájaro levantaba el vuelo con las alas extendidas, abarcando la anchura de sus hombros. Un suspiro colectivo recorrió el salón ante su imagen: medio desnudo de rodillas. No fui la única que suspiró, lo juro. Aunque confieso que contribuí de buena gana.

—¡Por Dios, Mal! —intervino Lauren, riendo—. Vístete antes de que alguna se desmaye.

Él alzó la mirada y sonrió.

—Creo que ha llegado el momento de que nos vayamos. —Lauren se levantó del regazo de Nate—. Ha estado bien. Pero, a diferencia de vosotros, músicos perezosos, mañana tenemos que madrugar para ir a trabajar.

—¿Qué? ¿Ya? ¿Vas a llevarte a mi Anne? —preguntó Mal a Lauren con una triste mueca en los labios. Se levantó, dejando la camiseta empapada en el suelo—. No puedes llevártela. La necesito para hacer... cosas privadas. En mi habitación.

—En otra ocasión. —Lauren le dio una palmada en la espalda.

—Anne, quédate a jugar conmigo.

—No —repitió Ev.

—Mal, buenas noches —me despedí.

No sé si él lo decía en serio o no. Pero no había ni la más mínima posibilidad de que me arrastrara fuera de su cama por la mañana e hiciera la salida de la vergüenza por el pasillo de mi amiga. Ni soñarlo.

—Anne, bomboncito, no me dejes —gimió.

—Venga, vete. —Ev me empujó hacia la puerta—. Cuando se pone así, es imposible. Si no lo conociera, juraría que no recibió suficientes abrazos cuando era niño.

—Me alegro de haberte visto de nuevo, Ev —me despedí.

—Yo también. —Me dio un beso rápido en la mejilla.

—Necesito terapia sexual —empezó a quejarse Mal detrás de nosotras, y acto seguido se puso a bailar. Sus movimientos consistían en mover la pelvis mientras su mano surcaba el aire, como si estuviera dando unas palmadas en algún trasero. El «oh, sí» y el «más duro, nena» solo hizo que fuera mejor. No creo que ninguna mujer presente pudiera pasar aquello por alto. Aquel

hombre sabía cómo mover la pelvis. Vaya que sí.

—Necesitas controlar tus impulsos y una buena taza de café. Eso es lo que necesitas —intervino David, frunciendo el ceño. Empujó a Mal con una mano y puso fin a su espectáculo porno de baile—. Mejor dicho: ¿cuánto tiempo llevas sin dormir una noche de verdad?

—Dormiré con Anne.

—No, no lo harás.

—Sí. Claro que lo haré. —Alzó una mano—. Soy Malcolm, ¡el dios del sexo!

David murmuró una grosería por lo bajo y fue a por él. Al instante, Ben se levantó del sofá, tirando a la morena al suelo. La pobre no estaba teniendo la mejor noche de su vida.

—Ya has oído a Ev —advirtió David, con cara de pocos amigos, pegando la nariz a la de Mal—. No con sus amigas. ¿Está claro?

La expresión de Mal se endureció.

—¿Me estás impidiendo que tenga sexo, Dave?

—Sí.

—Eso no está bien, colega.

Ben le pasó un brazo por los hombros y le revolvió el pelo.

—Ven, vamos a buscarte otro juguete.

—¡Hey, que no soy un niño! —protestó Mal haciendo pucheros exagerados.

—¿Qué te parece esta? —Ben señaló a una rubia que sonrió y meneó las caderas en respuesta—. Apuesto lo que sea a que le encantaría conocerte, Mal.

—Oh... cómo brilla.

—¿Por qué no le preguntas cómo se llama? —sugirió Ben, dándole una palmadita en la espalda a su amigo.

—¿Es necesario que sepa su nombre?

—He oído que suele ayudar.

—Quizá a ti sí —se burló Mal—. Yo solo grito mi propio nombre cuando me corro.

La habitación estalló en risas. Incluso David no se pudo contener y curvó

los labios.

Pero estaba claro: cuando se trataba de mujeres, a Mal le valía cualquiera. Había visto más que suficiente para asegurarlo. David y Ev me habían hecho un gran favor al alejarlo de mí. No eran celos lo que me retorció el estómago cuando veía cómo miraba a otra mujer. No sé qué era, pero sin duda era otra cosa.

Estaba siendo la noche más rara de mi vida. La ganadora absoluta de todas mis veladas.

Apenas podía esperar a llegar a casa para contárselo a Skye. Iba a partirse de risa. ¡Oh, mierda! No, ya no lo podía hacer. Las payasadas de Mal habían hecho que me olvidara por completo de ella. Por sorprendente que pareciera, y a pesar de lo pesado que había sido, consiguió hacerme reír. Y eso era todo un logro.

Aquel hombre volvió a acordarse de mí estando entre Ev y Lauren, casi como si necesitara que ellas me protegieran de él. Quizá fuera así. Lo único que sé es que cuando me miró, mi mente se quedó en blanco.

¿Qué tenían los tipos malos? Alguien debería encontrar una cura contra ellos.

El objeto de mis pensamientos me guiñó un ojo.

—Hasta luego, chiribitas —me dijo, mientras salía por la puerta.

CAPÍTULO 4

—La muy zorra me ha eliminado —dijo Reece, con la mirada clavada en el ordenador de la librería, sentado detrás del mostrador. En la pantalla se podían ver los relucientes tonos azules de Facebook.

—Menuda zorra... —murmuré por lo bajo.

Le habíamos puesto otro nombre a Skye, uno que no era demasiado bueno. Merecido, pero nada bueno.

Desde aquel instante empezamos a llamar a todos los que podían saber dónde se encontraba. Por suerte, hasta ese momento estaba siendo una mañana de sábado tan tranquila como siempre. Sin embargo, no estábamos teniendo suerte con nuestras averiguaciones. La gente no sabía nada de ella, o quizá no nos lo quería decir. Cada uno de sus amigos parecía lamentar la situación, aunque eso no nos servía de ayuda. En absoluto. A veces los seres humanos son una mierda.

—Creo que deberíamos dejarlo —comenté.

—¿Por qué? ¿Qué pasa?

—Piénsalo un poco. Siendo realistas, imagínate que la encontramos, ¿qué puedo hacer? —Crucé los brazos y apoyé la cadera en el mostrador. Fue la única pose que se me ocurrió en ese momento para conservar la dignidad—. Empezar a darle puñetazos hasta cansarme sería ilegal. A pesar de lo satisfactorio que sería vengarme de ella, así no recuperaré mi dinero. Y tampoco tendría sentido ir a la policía, porque sería su palabra contra la mía.

Reconócelo: estoy perdida.

—Oh, Anne... Esa es la actitud de derrota que conozco y adoro.

—Venga, ya basta. —Sonreí.

Reece me devolvió la sonrisa y unas pequeñas arruguitas aparecieron en las esquinas de sus ojos, detrás de las gafas cuadradas de pasta negra que le hacían parecer un tipo bueno y encantador. Clavé los ojos en el hoyuelo que le apareció en la mejilla. Tenía una sonrisa muy atractiva; daba igual cuántas veces la viera, nunca lograba acostumbrarme. Sin embargo, si lo pensaba bien, no me volvía loca como la pícara sonrisa presumida de Mal.

Mmm... interesante pensamiento.

Aunque tampoco era recomendable tener en cuenta a un hombre que me dejaba la mente en blanco, totalmente a merced de mis revolucionadas hormonas. Al contrario, Reece y yo manteníamos una amistad sólida. A pesar de que, por alguna razón desconocida, no sentía la familiar emoción que me embargaba cuando estaba con él, Reece era real, y a Mal apenas lo conocía; era solo un sueño que estaba anclado a la pared de mi habitación adolescente.

Pero ¿desde cuándo comparaba la sonrisa de Reece con la de otro hombre?

—¿Qué tal estuvo la fiesta de anoche? —me preguntó Reece al tiempo que se pasaba la mano por el pelo de aquella manera tan adorable. El cabello oscuro le cayó sobre la frente, haciéndome pensar en los preciosos bebés que haríamos juntos algún día. No es que pensara en el matrimonio; sin duda, eso no era para mí. La Iglesia en sí no significaba nada para mí, así que prefería vivir en pecado. Siendo compañeros en el largo camino de la vida. Sí, Reece sería un compañero perfecto. La noche pasada, cuando Lauren insinuó que yo sentía algo por Reece, era posible que tuviera razón.

¡Oh, Reece!

Comencé a trabajar en la librería Lewis cuando me mudé a Portland dos años atrás. Lizzy me había pedido que me trasladara durante un tiempo para ayudarla a instalarse... y aquí me quedé. Me gustaba vivir cerca de mi hermana, y además Portland me pareció una ciudad maravillosa. Me encantaba mi trabajo, estaba haciendo buenos amigos... Sin duda, todo era mucho mejor aquí.

—¿La fiesta...? Ah, sí. Lauren me invitó a una fiesta informal en el nuevo

apartamento de Ev —expliqué a Reece.

Me miró con algo que parecía sorpresa.

—¿Estás hablando de la chica que se casó con el miembro de los Stage Dive, David Ferris?

—Sí, esa misma.

—¿Y por qué no me invitaste? ¡Joder, Anne! Me gustan algunas de sus canciones. Ese disco suyo, *San Pedro*, estaba fenomenal. Aunque sus nuevas canciones me parecen una mierda, sinceramente.

—¿Sí? Pues yo adoro el último disco. *Over me* es una canción preciosa.

Se rio por lo bajo, curvando los labios.

—Anne, por favor, ¡habla de que alguien se lo está montando con su mejor amigo!

—Yo no presto mucha atención a las letras.

Se abrió la puerta y entró una mujer mayor con una blusa estilo *hippy* y se dirigió a la sección de Autoayuda y Filosofía. En ese momento dos adolescentes empezaron a besarse al lado de los libros de cocina. Aunque resultaban muy tiernos, no era el lugar más apropiado para ello, la verdad. Cuando vi que comenzaban a meterse mano, carraspeé de forma contundente. Me miraron algo avergonzados.

—Chicos... Las manos por encima de la cintura, ¿de acuerdo?

La campanilla de la puerta comenzó a tintinear con frenesí cuando salieron zumbando de la librería. El muchacho parecía haberse puesto muy colorado y casi lo lamenté por él. Imagino que solo estaba intentando hacerlo bien con su chica.

Reece se rio entre dientes. Claro que se reía; él ligaba continuamente dentro de la librería, le parecía un excelente lugar para conocer mujeres. Aun así, era un hábito que esperaba que desapareciera algún día no muy lejano.

—Vamos, Anne... No le hacían daño a nadie.

—No era el momento ni el lugar apropiado.

La campanilla volvió a sonar, dando paso a la última persona que esperaba ver allí. Evelyn se aproximó con una taza de café en la mano y una sonrisa tímida en la cara. A pesar de que trabajaba a solo dos manzanas de allí, no recordaba que hubiera pisado nunca la librería. De lo que sí estaba segura es

de que nunca me había traído un café, si es que eso era lo que estaba a punto de ocurrir.

La miré, sorprendida.

Reece se enderezó, sorprendido y visiblemente animado. Luego vio el enorme anillo de compromiso y dejó caer los hombros. Al vivir al otro lado del río, Reece no era cliente de Ruby's Café, así que no conocía a Ev.

—Hola, Anne. Te hemos echado de menos esta mañana —me dijo, poniendo la taza de café sobre el mostrador, frente a mí—. Así que como no has pasado a por tu café, te lo he traído yo misma.

—Oh, Ev. No deberías... Eres muy amable. Es que hoy me he levantado tarde.

—Lo he supuesto. —Sonrió.

Tomé un sorbo de aquella bebida calentita. Mmm... Estaba en su punto. Un café perfectamente preparado. Evelyn era una maga con los granos de café. ¿Qué haría yo cuando ella se fuera de gira con el grupo dentro de un par de semanas? No lo quería ni pensar. Seguramente, llorar amargamente.

Ev se había recogido la larga melena rubia en una bonita trenza. Al igual que yo, iba vestida de negro de pies a cabeza, solo que ella llevaba una falda de tubo, mientras que yo me había puesto unos pantalones negros ceñidos. Sobre sus generosos pechos aparecía el letrero de RUBY'S CAFÉ, y encima de los míos —mucho más modestos— se podía leer LIBRERÍA LEWIS. Si no fuera por el pedrusco tan brillante que llevaba en el dedo, sería una chica cualquiera de barrio. Pero ¿por qué seguía trabajando en una cafetería cuando estaba casada con un millonario? No me cabía en la cabeza, aunque sinceramente tampoco era asunto mío.

Me di la vuelta para presentarle a Reece, pero él ya había desaparecido en la trastienda. Cualquier interés que hubiera tenido en ella, desapareció en cuando vio el anillo de casada.

—Además... quería pedirte perdón por lo que ocurrió anoche —añadió Ev, apoyando los brazos en el mostrador.

—¿Por qué?

—Aquella escenita de Mal... No estuvo bien que cayera al suelo contigo. ¿O hay algo más que yo no sepa por lo que también debería disculparme?

—¡Oh, no, no...! ¡Qué va! —Le quité importancia a sus palabras con un gesto; si no se había enterado de que le grité a su amigo, tampoco era necesario que yo se lo dijera—. No pasa nada, Ev. Solo estaba jugando conmigo.

—Bueno. Me alegro. Mal es como un cachorrillo, pero con esteroides. No controla su fuerza. —Miró a su alrededor con curiosidad—. Oye, me gusta este sitio. ¿Por qué no había entrado antes?

—Seguramente por falta de tiempo. Te pasas el día trabajando y estudiando. Y a estas horas ya estás cansada, ¿verdad?

—Cierto. —Sonrió muy animada—. Me alegró mucho verte ayer por la noche, Anne. Y me alegro mucho de que Mal no te haya hecho daño.

—No, en serio, estoy bien. Muchas gracias por el café. Lo necesitaba, de verdad. No sé cómo eres capaz de levantarte tan temprano después de estar hasta las tantas de fiesta.

Se encogió de hombros.

—La fiesta acabó justo después de que os fuerais. Ben y Mal se largaron, arrastrando con ellos a todos los demás. David y yo caímos rendidos en la cama. Pero no vayas a pensar que damos fiestas todos los días. Si fuera así, no podría con mi alma.

—Ah...

—Bueno... David me ha comentado que te vieron hablando con Mal en el balcón... —Mmm... Comenzaba a encontrarle una razón a que me hubiera traído el café.

—Sí, es cierto —confirmé, algo esquivada—. De hecho, cuando volví a entrar, David me preguntó sobre esa conversación. Pero no llegué a saber qué quería averiguar.

—Mmm... —Ev apretó los labios.

—¿Ha sido él quien te pidió que me preguntaras? —adiviné. Y no iba desencaminada si me fiaba del destello de culpabilidad que brilló en sus ojos.

—De todas formas, me alegro de haberte traído el café, te lo mereces. Y sí, él me ha pedido que te pregunte.

—Está bien. —Me humedecí los labios para ganar tiempo y ordenar mis pensamientos. Sin embargo, fuera del alcance de su mirada, yo no podía dejar

de mover el pie, que amenazaba con hacer un agujero en el suelo—. Sinceramente, no hablamos demasiado. Y la conversación no se centró en nada personal ni privado. Solo comentamos algo sin sentido sobre la faena que me ha hecho mi compañera de piso.

—Vaya. Es verdad. Lauren me lo comentó. —En los ojos de Ev apareció una mirada de empatía.

Me encogí de hombros.

—Ya, no importa. Me las arreglaré. Volviendo a lo que te preocupa, Mal y yo no hablamos sobre él. ¿Sabes? Sobre todo se dedicó a tomarme el pelo.

—Es lo que suele hacer. —Me miró durante un buen rato, supuse que tratando de averiguar si lo que le decía era cierto. Era evidente que estaba preocupada por Mal, pero el hecho era que ella y yo no nos conocíamos lo suficiente como para intercambiar intimidades, y estaba comenzando a sentirme incómoda.

—Gracias por contármelo —suspiró Ev—. Mal está actuando de una forma muy rara desde que regresó, hace una semana. No sé... Está más histriónico que de costumbre, y luego de repente se queda ensimismado, mirando al infinito. Hemos intentado hablar con él, pero siempre asegura que no le pasa nada.

—Lo siento.

—No sabemos si está deprimido, si está tomando drogas o qué... Pero después de que Jimmy tuviera que someterse a un rehabilitación hace tan poco tiempo... —Esbozó una sonrisa triste—. Te agradecería que esto no se lo contaras a nadie.

—Por supuesto, tranquila.

—¡Bueno! Lo mejor es que ya he terminado por hoy. Me voy a casa ya. David estará preguntándose dónde me he metido. Me alegro de haber venido a verte, Anne.

—Yo también.

—Y vuelve pronto por casa, ¿de acuerdo? —Se dirigió a la puerta, donde se despidió con la mano. Su invitación parecía sincera, y eso sosegó mi corazón. Después del desengaño sufrido con Skye, pensé que aún me quedaban buenos amigos.

—Lo haré. ¡Gracias por el chute de cafeína! —exclamé mostrándole el café que me había traído.

Levantó la barbilla tal como hacían las estrellas del *rock* y luego se marchó.

Al cabo de un rato Reece apareció con su propia taza de café.

—¿Ya se ha ido tu amiga?

Regresé de nuevo a la realidad, relegando al fondo de mi mente todas las preguntas que de repente me surgían sobre Mal. Parecía que suponía toda una distracción, a pesar de las dificultades que estaba encontrándome.

—Sí, Ev tenía que volver ya al trabajo.

—Tienes el ceño fruncido. ¿Sigues preocupándote por la zorra de tu ex amiga?

Moví la cabeza para asentir, aunque era mentira. Bueno, no era realmente mentira. Siempre me preocupaba por todo. Mal se había equivocado: no es que estuviera siempre tensa, solo preocupada. Y ahora mismo lo que me inquietaba era él. Bebí un poco más de café al tiempo que intentaba borrar las arrugas de mi frente.

—Venga, ¿por qué no trabajamos un poco, jefe?

—¿Ves? Por eso mismo deberías ser tú la jefa. —Reece soltó un dramático suspiro.

Él era licenciado en Empresariales, mientras que yo solo había terminado Secundaria. Sin embargo, de los dos, era la que demostraba más ética laboral. Cuando mi madre se enfrentó a sus peores días, después de que mi padre nos abandonara, no fui capaz de dejarla sola. Lo supe el día que regresé a casa y me la encontré alineando en su mesita de noche una larga fila de pastillas para dormir y codeína. Así que decidí quedarme en casa, con un programa de escolarización a domicilio. Una vez vinieron los de Servicios Sociales a comprobarlo, pero hicimos un simulacro bastante aceptable y acabaron creyéndoselo. A pesar de aquello, me aseguré de que Lizzy asistiera a todas las clases en el instituto.

Reece dejó una caja con libros encima del mostrador para que les pusiéramos el precio.

—Anda, cuéntame algo más sobre la fiesta de anoche —dijo, sacando el

primer montón.

—Ah, pues he conocido a un par de miembros del grupo. Fue muy guay.

—¿Pudiste hablar con ellos? —Reece me miró con expresión de éxtasis. Por lo general nuestras conversaciones en la librería se limitaban a sus aventuras y las insinuaciones de broma que me lanzaba. Mi vida era aburrida, según él, claro; para mí no. Y todo, porque yo pensaba que no era necesario tirarse a cualquier bicho viviente para mantener una conversación interesante. Quizá esa era la razón de que no estuviéramos juntos. Nuestras ideas sobre la diversión eran muy diferentes, casi opuestas.

Pero aquel día mis pensamientos eran bastante amargos y retorcidos.

¿Dónde había dejado mi sonrisa? Seguramente en la puerta del apartamento, donde desapareció dieciséis horas antes. Aunque, a decir verdad, Malcolm Ericson la hizo reaparecer por arte de magia antes de soltarme aquella lista de mis supuestos defectos. Aun así, pensar en él hacía que me sintiera más ligera.

¡Qué sensación tan rara!

Lizzy seguía sin responder a mi mensaje, pero no me sorprendía. El estilo de vida universitario la mantenía muy ocupada. Aunque también podía ser que se hubiera olvidado de cargar el móvil. Sin embargo, sabía que podía contar con mi hermana siempre que la necesitara. Con ella y con el suelo de su habitación. También le dejé un mensaje al propietario del apartamento, y tampoco me había respondido. Incluso aunque encontrara una compañera de piso con rapidez, me temo que no iba a poder pagarle mi parte del alquiler. Estaba llegando el momento de admitir mi derrota, le gustara o no a Reece: había llegado el momento de mudarme.

Hablando de él, agitó una mano ante mi cara, posiblemente para bajarme a la realidad.

—Anne, venga, cuéntame algo más. ¿Llegaste a hablar con ellos o qué?

—Lo siento. Sí, hablé con un tal Mal, el batería.

—¿Ah, sí? ¿Sobre qué?

Otra vez. Parecía que esa era la pregunta del día.

—Pues... de nada en particular. Estaba ocupado. Había mucha gente en la fiesta. —Por alguna razón, a él no quería contarle nada más. En realidad

había varias explicaciones: para empezar, era raro hablar con Reece sobre otro hombre. Además, hice el ridículo de una manera increíble con Mal Ericson, ahora me daba cuenta. No existe la conexión instantánea con nadie; nadie ve el alma de otra persona. Sin duda, mi imaginación tan desmesurada hizo horas extras la noche anterior—. Pero, ¿sabes? David Ferris me ha parecido un tipo muy agradable. ¡Ah, sí! Ben también estaba presente, pero no hablé con él.

—Vaya, estás presumiendo de haber conocido a gente famosa. —Se rio por lo bajo.

Le di un codazo en las costillas.

—Oye, ¿has sido tú el que ha preguntado! No estaría presumiendo de nada si no estuvieras cotilleando.

—De acuerdo, de acuerdo. Tienes razón, no me pegues más. Entonces, ¿qué, vas a poder colarme en la próxima fiesta?

—Dudo mucho que asista a otra, Reece. Que estuviera en esta ha sido pura casualidad.

—¡Pues vaya! ¿Para qué me sirves, entonces? —bromeó.

La mujer con la camisa estilo *hippy* se acercó al mostrador arrastrando los pies. Llevaba un ejemplar de *El alquimista* en la mano.

—Es un libro magnífico. Estoy segura de que le gustará. —Le cobré y le entregué la compra para que la guardara en una bolsa reutilizable. ¿Hay algo mejor que alguien se vaya a su casa con un libro que te encanta? No, definitivamente no lo hay.

Me volví hacia Reece, que estaba guardando los recibos de las tarjetas de crédito.

—¿Quieres que pasemos un rato juntos esta noche? —le pregunté—. Si no tienes nada que hacer, puedo intentar perfeccionar mi Martini.

—Mmm... Todavía no lo sé. He conocido a una chica y me gustaría quedar con ella.

Claro, por supuesto...

—Perooo... —alargó la palabra—, si no sé nada de ella, me pasaré por tu casa a beber ese maravilloso Martini. ¿Te parece bien?

Noté una opresión en el pecho. De nuevo, mi estúpido corazón. Forcé una

sonrisa.

—Claro, Reece, como si no tuviera otra cosa que hacer que estar esperándote toda la noche.

—¡Perfecto...! —dijo. Y no supe si estaba bromeando o no.

Me pregunté qué demonios me pasaba, qué estaba buscando y por qué. La respuesta más evidente era que perseguía un sueño porque era simplemente estúpida. Quizá Mal tenía razón y permitía que todo el mundo me utilizara. Había cuidado de mi madre durante tanto tiempo, que ya se había convertido en una costumbre.

Reece se puso a escribir en su teléfono móvil con una sonrisa tonta en la cara.

—¡Guau, sí! ¡Quiere quedar conmigo! —confirmó casi aullando—. Anne, por favor, necesito que me hagas un favor enorme. ¿Puedes cerrar esta noche tú, ya que no tienes planes?

—De verdad, Reece, debería decirte que no. No soy una colgada, ¿sabes? Tengo ciertos límites. —No importa lo que hubiera dicho al respecto Malcolm Ericson.

—Oh, lo siento. Perdóname. No debería habértelo pedido. Y respeto tus límites, de verdad. Soy un capullo, y tú una pedante que conoce a gente famosa y asiste a las fiestas de las celebridades. ¿Podrás perdonarme? —No parecía arrepentido, solo desesperado. Pero fuera como fuese, era Reece, el tipo que me había ofrecido su sofá la noche pasada cuando de repente me encontré en estado de emergencia.

Además, ya era hora de que me enfrentara a los hechos: él estaba en lo cierto, yo no tenía planes para esa noche.

—De acuerdo, cerraré yo —repuse, aunque el resentimiento me quemaba el alma.

La sensación que me quedaría al final sería una profunda tristeza. Quizá debería comprar chocolate o alcohol de camino a casa. Ese sería un buen destino, el más inteligente, para el dinero que había conseguido haciendo horas extras. Martini y chocolate... ¡allá vamos!

—Gracias, Anne. Te debo una —dijo, dándome un beso cordial en la mejilla.

—No te preocupes. Como decías, tampoco iba a hacer nada especial.
No pensaba volver a ver a Mal.

CAPÍTULO 5

Había algo raro en el ambiente. Otra vez. Lo supe en cuanto crucé la puerta.

Por la tarde el trabajo se multiplicó por dos. No me quedó tiempo para preocuparme ni para recrearme en pensamientos negativos ni desoladores. Sin duda, eso fue muy bueno para mí. Pero estaba increíblemente cansada. Haber dormido solo dos horas y el estrés que estaba pasando por la falta de dinero, me habían dejado exhausta. Cuando salí de la librería el viento helado me congeló la cara, especialmente la punta de la nariz. Cualquier esperanza que me quedara de llevar a la práctica mi superplán de Martini y chocolate se desvaneció. Lo único que me apetecía era darme un largo baño caliente y dormir. Se convirtió en mi único deseo para esa noche. De hecho, me parecía lo más maravilloso.

En el momento que introduje la llave en la cerradura, la puerta se abrió sola. Ni siquiera estaba cerrada. Perdí el equilibrio, y en la oscuridad caí justo encima de un torso duro, caliente y cubierto de sudor.

Solté el aire.

Y él gruñó.

Unas manos fuertes me sujetaron por la cintura para que no acabara en el suelo. Una suerte, porque si no hubiera sido por eso, me habría caído de bruces. ¿Me había equivocado de apartamento? Después de todo, mi mente llevaba ya varios días a años luz de la realidad. Sin duda, era lo único que

explicaría que me encontrara apoyada contra aquel cuerpo tan robusto y, por cierto, tan magnífico.

¿Desde cuándo olía tan bien el sudor?

Tuve que reprimirme para no frotar mi nariz contra él e inhalar. Olisquearlo un par de veces tampoco sería para tanto, ¿no? Sobre todo si lo hacía con discreción.

—¡Anne, amiga mía...! —El pectoral vibró debajo de mi mejilla—. ¡Bienvenida a casa!

Conocía esa voz. La reconocí de inmediato. Pero ¿qué demonios hacía ese tipo en mi apartamento, y a oscuras? Encendí la luz.

—¿Mal? —Aturdida, aparté la cabeza para mirar su hermoso y familiar rostro.

—Pues claro que soy yo. —Soltó una carcajada—. ¿Estás drogada o qué? No deberías tomar esas cosas. No es bueno.

—¿Qué dices? Yo no me drogo. —Aunque esas sustancias podrían explicar lo que veían mis ojos. Porque lo que había ante ellos me resultaba surrealista—. Mal, estás aquí..., en mi casa...

Sin duda. Lo estaba. Lo sabía porque tenía las manos todavía sobre su cuerpo medio desnudo. Mis hormonas enseguida tomaron el control y me impidieron alejar los dedos. ¿Quién podía reprochárselo?

—Lo sé, bomboncito —replicó—. ¿No es estupendo?

—Sí, estupendo.

Movió la cabeza, asintiendo, mientras yo lo miraba. ¿Cómo había entrado? Quizá no cerré la puerta cuando me marché.

—¿Qué tal en el trabajo? —preguntó.

—Bien. Gracias, pero...

—Llevo horas esperándote —aseguró con una sonrisa.

—Ya. Es que me tocó hoy cerrar y llegaron algunos clientes justo en el último minuto. Pero ¿qué haces en mi apartamento sin camisa? ¿Cómo has entrado aquí?

—Es que sudé un poco al mover algunos muebles. —Estiró el cuello, haciendo ondular los músculos—. Además, vives en un segundo piso, ya sabes, y las escaleras cuestan lo suyo. Nate y Lauren me echaron una mano al

principio, pero luego tuvieron que marcharse. De todas formas, tampoco eso importa, ¿no crees? ¿O es que tengo que seguir alguna norma específica a la hora de vestirme?

Seguí mirándolo. Las palabras salían de su boca, pero no tenían ningún sentido. Nada tenía el más mínimo sentido.

Me estudió con los ojos entornados.

—Un momento, un momento. Estoy sin camisa y no te hacen chiribitas los ojos. ¿Qué te ocurre?

—Bueno, supongo que estoy demasiado sorprendida de que estés aquí. Y cansada.

Bajó las cejas al tiempo que la comisura de los labios. Sin duda parecía decepcionado.

—Anne, llevo esperándote todo el día... No importa. Ven, echa un vistazo.
—Me hizo entrar en el apartamento, mi apartamento, y cerró la puerta sin haber respondido a mi pregunta. Seguía sin saber qué hacía allí. Sin embargo, lo que más me molestó fue la forma en la que apartó mis manos de su cuerpo. Parecían estar llorando por él... Era eso o que me sudaban las palmas. Seguramente se tratara de esto último. Mal tenía un efecto muy extraño en mí —. ¡Tachán! —cantó haciendo un gesto grandilocuente con los brazos para mostrarme el pequeño salón.

—¡Guau!

—Es magnífico, ¿verdad?

—Desde luego.

—¡Sí! Sabía que te iba a encantar.

Volví a mirar y luego me froté los ojos, que empezaban a dolerme. Seguramente era por lo hinchados que los tenía, pero no estaba segura.

¿Qué demonios había pasado?

—¿Te... te has venido a vivir conmigo? —No encontraba otra explicación a que hubiera una batería en un rincón, por no hablar de todo lo demás. Aquello parecía oficial: acababa de entrar en una dimensión desconocida—. ¿Es eso?

Hizo una mueca y se balanceó sobre los talones.

—Ya sé lo que vas a decir: que todo va muy rápido. Pero es que, ¿sabes?,

Dave me ha echado de su casa, así que pensé que ¿para qué esperar más?

Bajé la vista a sus Chucks y parpadeé. El resto de mi cuerpo estaba demasiado paralizado para responder.

—De acuerdo —continuó—. Es una larga historia. La cosa es que he pillado a Ev desnuda, pero ha sido sin querer. —Levantó las manos con un gesto de inocencia—. Ha sido solo el lateral de un pecho, te lo juro. No le he visto el pezón ni nada. Pero ya sabes cómo es David en lo que respecta a ella, siempre tan dramático... Se puso como un loco y perdió los papeles por completo.

Moví la cabeza para asentir, realmente fascinada. En realidad no entendía nada, pero debía dar alguna respuesta. Mientras tanto, él seguía hablando.

—¡Exacto! Como si fuera culpa mía... Además, ¡ha sido en la cocina! Quería ir a buscar algo de comer y allí estaban ellos, haciéndolo contra la pared. Ni siquiera sabía que ella había vuelto del trabajo. ¿De verdad piensan que me interesaba ver cómo se lo montan? Es como pillar a tus padres. Aunque, bueno... Ev tiene unas tetas de infarto. —En sus ojos apareció una mirada culpable—. De acuerdo, es posible que haya visto un pezón de refilón... pero, de verdad, lo prometo, ¡no era mi intención! No es culpa mía que ella estuviera desnuda. De todas formas, Dave se puso como una fiera.

—¿De verdad?

—¡Oh, sí! Estaba muy cabreado y ha soltado algunas palabras fuertes. Confieso que incluso nos hemos pegado un poco. De todas formas, le he perdonado. El amor a veces te vuelve un poco loco.

—Cierto... —Sin duda era un sentimiento que no me importaba admitir. Cuando a los dieciséis años mi novio rompió conmigo, mi mundo se vino abajo. Por no hablar de mi madre, que se derrumbó cuando mi padre nos dejó.

—Mmm...

—Entonces, ¿te has venido a vivir aquí, conmigo? —pregunté para que continuara con la historia.

Se encogió de hombros.

—Pues sí.

—Solo quería confirmarlo. Te has mudado aquí, a mi apartamento. Pero

insisto: ¿cómo has podido entrar? Es simple curiosidad.

—¿Hay algún problema? —indagó con un largo suspiro—. Venga, Anne. Ya hablamos de esto ayer por la noche. Si no querías que viniera a vivir aquí, deberías habérmelo dicho entonces, no ahora.

—Es que pensé que era una broma.

—Amiga mía... Me parece muy mal que pienses eso. ¿Me crees capaz de bromear sobre algo tan importante?

—Estabas borracho.

—Siempre se me ocurren las mejores ideas cuando estoy bajo la influencia del alcohol.

—Pensé que ni siquiera lo recordarías.

—Oh, vuelves a ofenderme —me advirtió—. No soy un adolescente de quince años. Sé cuánto puedo beber.

—Lo siento. —Ni siquiera sabía por qué me disculpaba. De todas formas, no me importaba. Comenzaba a notar las piernas débiles, así que me senté en el borde del sofá. Era muy cómodo, por cierto, aunque no aliviaba mi repentino mareo.

Mal Ericson.

Iba a vivir conmigo.

En efecto, parecía que hablaba en serio al respecto, o al menos eso indicaba el surco que se le había formado en la frente al fruncir el ceño. Me di sutilmente una patada para comprobar que estaba despierta y no en un sueño. ¡Caray, me hice daño! Un ramalazo de dolor atravesó mi tobillo y me estremecí. Sí, estaba despierta. Además, la suela de mis Docs era muy dura.

—Me estás mirando de una forma muy extraña —observó.

—¿De verdad?

Puso los ojos en blanco.

—¡Mujeres! En serio, Anne. Te lo juro. Apenas le he visto un pezón y nada más. No era mi intención faltarle al respecto a Ev.

Me incliné y me froté con disimulo el tobillo.

—Te creo.

—Bien. Entonces, ¿podemos de una vez por todas dejar de hablar de ese tema, por favor?

Abrí la boca para negarme, pero me pareció que era mejor que no lo expresara en voz alta. A saber con qué divagación me salía esta vez. Mal Ericson era un hombre difícil de entender.

—¡Joder! No te gusta este sofá, ¿es eso, verdad? —preguntó—. Por eso me miras así.

—¿El sofá...?

—¡Hombre! —Bajó la cabeza y apoyó las manos en sus delgadas caderas—. Me puse en contacto con Ev para preguntarle de qué color lo preferirías, pero empezó a hacerme preguntas y luego a gritarme, así que todo acabó en un puto desastre. No es posible entrar en una tienda de muebles mientras discutes por teléfono, ¿sabes? Uno tiene una reputación que mantener. Así que luego llamé a Lauren, porque se me ocurrió que podía tener una llave de tu apartamento.

—¿Entonces, fue Lauren quien te abrió la puerta?

—Sí. Y también fue la que me aconsejó que eligiera este sofá. Me dijo que te encantaría.

—Ya. Es... Mmm... Es muy bonito. —Pasé la mano por el terciopelo. Era suave y cálido al tacto. No quería ni saber cuánto le había costado.

—¿Lo dices de verdad? —Me miró con los labios apretados de preocupación. Pero aun así, destacaba el color verde avellana de sus ojos. Ese hombre parecía un niño vulnerable—. ¿Te gusta, Ev? ¿Lo dices en serio?

No podía apartar los ojos de él para estudiar el sofá de una forma más intensa. No obstante, seguro que era tan bonito como parecía.

—Sí. Es precioso, Mal.

—¡Guay! —Fue como si su repentina sonrisa iluminara mi mundo.

Se la devolví con tanta intensidad que me dolió la cara.

—Oye, escucha: no es que no quiera que te mudes aquí. Imagino que todavía estoy tratando de entender la razón. Pero ¿podrías explicarme por qué has venido a vivir conmigo?

—Me caes bien —respondió con suma sencillez.

—Pero si apenas me conoces...

—Eres amiga de Ev y de Lauren. Estuvimos hablando. Te hice cosquillas. Rodamos juntos por el suelo... Fue una experiencia de unión absoluta.

Créeme.

Parpadeé.

—¿Necesitas más razones? ¿De verdad? —preguntó sorprendido.

—Sí, me encantaría.

—¿Sabes, Ev? Yo nunca he vivido con una mujer. Bueno, al menos desde que dejé de hacerlo con mi madre y mis hermanas, pero ellas no cuentan. Dame un minuto, por favor, esto es más difícil de lo que parece. —Se hundió en el sillón de cuero negro, frente a mí. Era un sillón magnífico. No tanto como el hombre que estaba sentado en él, pero aun así, era un mueble estupendo. Esperé mientras Mal hacía algunas muecas y luego se pellizcó el puente de la nariz—. Y lo fundamental: pareces una buena chica.

No sabía si reír o llorar. Imaginé que sería mejor reír.

—Gracias.

—Un segundo... —Gimió por lo bajo—. No estoy acostumbrado a tener que convencer a las mujeres para nada. Por lo general se sienten tan felices a mi lado que me dicen a todo que sí.

Y no las culpaba por ello. Sin embargo, estaba bastante convencida de que ese sería el camino directo hacia el desastre. Dentro de poco acabaría siguiéndolo como un perrito enamorado. No, definitivamente no era el camino que me convenía.

Observé que comenzaba a mover los dedos sobre los brazos del sillón, siguiendo un ritmo que existía solo en su cabeza. Malcolm Ericson era un alma inquieta. Nunca estaba parado. Y era evidente que todo ese derroche de energía lo convertía en un maestro de la batería.

—Mira, anoche me divertí mucho estando contigo. Lo pasé muy bien. Fue un alivio que no fueras una psicópata de esas que acosa a los famosos. A pesar de que estás loca por mí y te hacen los ojos chiribitas y todas esas cosas, me resulta tranquilizador tenerte cerca en este momento.

Percibí una sombra en su rostro pero desapareció al instante. Si Ev no me hubiera visitado, habría pensado que ese encuentro tan surrealista era cosa de mi alocada imaginación. Pero no era así: este hombre estaba aquí, a mi lado, y le pasaba algo.

—Tú no me agobias con preguntas. Al menos no lo hiciste anoche. —Se

reclinó en el respaldo de la silla en una postura regia, con un tobillo apoyado en la rodilla contraria. La energía, o quizá la tensión, lo envolvían como un halo, mientras seguía tamborileando los dedos de forma interminable—. Mira, veámoslo de otra manera. Necesitas dinero, ¿no es cierto?

Vacilé un momento, pero era la pura verdad, y los dos lo sabíamos.

—Sí.

—Y yo también necesito algo.

Entorné los ojos. Si comenzaba a hablar de nuevo sobre sus costumbres sexuales, lo echaría a patadas, junto con los maravillosos sofás, la batería y todo lo demás. O lo lamería de pies a cabeza. Dado mi nivel actual de confusión y de estrés, las posibilidades estaban empatadas al cincuenta por ciento. Tener la oportunidad de lanzarme sobre Mal Ericson era algo demasiado bueno para dejarlo pasar. Después de todo, ¿volvería a tener la ocasión alguna vez? La suerte acabaría por agotarse. Cosas así no pasaban todos los días.

—Y, además, creo que eres perfecta para mis necesidades —continuó.

—¿Tus necesidades?

Cuando curvó la comisura de la boca, las posibilidades se pusieron en cuarenta-sesenta.

—Cada hombre tiene las suyas, mi dulce Anne. Por cierto, ¿cuántos años tienes?

—Veintitrés. Y soy plenamente consciente de que todo el mundo tiene sus necesidades. Pero te aseguro, Mal, que no voy a satisfacer las tuyas. —Elevé la nariz. ¡Santo Dios! Tenía muchísimas ganas de saber cuáles eran sus necesidades, pero tenía mi orgullo, sobre todo cuando él esbozaba esa sonrisa de suficiencia.

—Por supuesto que serías capaz de satisfacerlas. —Se rio por lo bajo de forma maliciosa, leyendo mi mente a la perfección (veinte-ochenta)—. Estás deseando hacerlo. No puedes apartar la vista de mi exquisito cuerpo medio desnudo. Empezaste a tocarme por todas partes cuando te abrí la puerta. ¿Recuerdas? Parecías bastante excitada o algo así.

¡Mierda!

Cerré los ojos un instante, bloqueando sus palabras para intentar responder

algo ingenioso. Si no se me detuviera el corazón cuando lo viera y lo oyera, todo sería mucho más fácil.

—No, Mal. Cuando tú abriste la puerta, perdí el equilibrio. Eso fue todo. Me sorprendió mucho encontrarte aquí. ¿Sabes? No estoy acostumbrada a que nadie venga a vivir aquí sin haberlo acordado antes conmigo.

Cuando abrí los ojos de nuevo, me miraba en silencio. Me examinaba con atención.

—Y no me puse a tocarte por todas partes —insistí.

La expresión de su rostro, demasiado tranquila para mi gusto, lo decía todo. No me creía ni por asomo.

—Eh, no tienes que avergonzarte por eso.

No era una virgen ingenua. Dejé de serlo con el primer y último novio con el que mantuve una relación larga, a los dieciséis años. Cuando me establecí en Portland, empecé a salir de vez en cuando. ¿Por qué no? Era joven y soltera. Me gustaba el sexo. Tampoco me pasaba la vida pensando en montar a un hombre medio desnudo en un sillón. No.

¡Un momento, un momento! Estaba empezando a perder el control. Sin embargo, no iba a dejar que él lo supiera.

—De acuerdo, bomboncito. No me importa que me toques. Me parece fenomenal que sea esa la manera que tienes de transmitir tu afecto.

—Mal... —Esto iba cada vez peor. No sé por qué empecé a reírme—. Por favor, ¡deja de hablar! —le grité—. Necesito que me des un minuto, ¿de acuerdo? Considéralo uno de mis límites, esos que me animaste a poner a los demás. ¿Recuerdas?

Sus ojos se iluminaron.

—Bien —dijo con alegría—. Has estado pensando en lo que te dije. Es estupendo. Respetaré tu límite, Anne.

—Entonces, ¿por qué no te has callado todavía?

—Lo siento.

Traté de encontrar la calma. ¿Por qué no había ido nunca a yoga? Saber controlar la respiración me habría venido muy bien en aquellos momentos.

Cuando abrí los ojos, Mal me sonreía tan tranquilo. Menudo idiota arrogante. Se le veía tan confiado... tan guapo... tan desnudo... ¿Qué le

pasaba? Estábamos en otoño, en Portland, y hacía frío, incluso a veces llovía. La gente normal iba vestida en esa época del año, no con el pecho al aire.

—Oye, ¿te importaría ponerte la camiseta?

—Mmm... No. —Se rascó la barbilla—. Ese es uno de mis límites. Lo siento. Me gusta demasiado que te hagan chiribitas los ojos como para ponérmela.

¡Mierda! ¿Qué le pasaba a mis ojos?

—Ann, eres perfecta —musitó, esbozando una sonrisa llena de prepotencia.

¡Maldición! Era normal que mi mirada me delatara.

—¿Cuáles crees que son mis necesidades, Anne?

—Soy consciente de que estás refiriéndote al sexo. Es evidente. Pero ¿por qué me has elegido a mí, con todas las mujeres que tienes a tu disposición? No lo entiendo. Y tampoco comprendo que quieras vivir conmigo. No me conoces. Podrías haberte ido a un hotel o alquilar un apartamento mucho mejor que este. Tú no tienes problemas de dinero.

—No. —Se deslizó por el asiento y apoyó las manos entrelazadas en su vientre plano—. Y no estoy hablando de sexo. Prefiero pensar que tú y yo estamos por encima de todos esos caóticos impulsos físicos, a pesar de que estés obsesionada conmigo, claro. No es eso. Lo que necesito es que seas mi novia... Bueno, que finjas que eres mi novia. Porque eres realmente perfecta para eso.

—¿Qué?!

Empezó a reírse.

—Estás tomándome el pelo —concluí, aliviada. Bueno, entre enfadada y aliviada. ¿Es que ser una estrella del *rock* resultaba tan aburrido como para llegar a esos extremos?

—No, Anne, no estoy bromeando. Veo que has reaccionado de una forma muy divertida. —Se pasó los largos dedos por el pelo rubio, retirándolo de la cara—. Estoy hablando muy en serio. Totalmente. Verás, se trata de una transacción comercial, pero me tienes que guardar el secreto. A cambio, te pagaré el alquiler y te compraré los muebles necesarios para sustituir los que se llevó esa idiota que vivía contigo. Pero tendrás que fingir que eres mi

novia durante un tiempo. ¿Qué te parece?

Lo miré boquiabierta.

—No lo dices en serio.

—¿Por qué nunca te crees nada de lo que digo? Anne, estoy hablando completamente en serio.

—¿Y por qué recurres a mí? Seguro que tienes muchas amigas.

Suspiró y miró al techo.

—No lo sé. Imagino que porque tienes buen corazón. No te importó ayudar a tu amiga aunque después te lo pagara de esa manera.

—Mal, eso no me convierte en una buena persona. Me convierte en una idiota, una ingenua idiota. —Teniendo en cuenta cómo resultó todo, no era ni más ni menos que la pura realidad—. Tú mismo me lo dijiste ayer por la noche: dejé que mi amiga me utilizara.

Mal me enseñó los dientes.

—Oye, yo jamás te he llamado idiota, y no quiero que hables así de ti misma. Es otro límite que no quiero que traspases, ¿entendido?

—De acuerdo, pero cálmate.

—Estoy muy calmado. —Hizo una pausa mientras se rascaba la barbilla—. Mira, Anne, todos tenemos nuestros problemas. Nunca he dicho que seas perfecta. Espera... Bueno, sí, eso sí lo he dicho. Bueno, no es lo que quería decir exactamente... No es que no seas maravillosa y todo eso, pero... Sí. Sigamos.

—No. Vamos, estrella del *rock*, sigue. ¿qué querías decir exactamente? —pregunté, conteniendo la risa.

Así era él. No podía evitarlo; era un hombre muy divertido.

Hizo caso omiso a mi pregunta.

—Lo siento, ya pasó el momento. Solo por curiosidad, ¿no se te ha ocurrido pedirle a Ev el dinero que necesitas?

Me eché hacia atrás, sorprendida.

—¿Cómo dices? ¡No! Jamás lo haría.

—Seguro que te lo hubiera prestado. Ya sabes que Dave y ella tienen mucho dinero.

—Mis problemas son asunto mío, de nadie más.

Me lanzó una mirada presumida.

—Pero eso no prueba nada —añadí—. Además, si me has elegido por mis principios éticos, ¿crees de verdad que soy la persona más indicada para mentirle a tus amigos y a tu familia?

—Bomboncito, no vamos a hacerle daño a nadie. Solo nos ayudaremos el uno al otro. Nada más. Los dos saldremos ganando. Ya verás.

—Has asegurado varias veces que no sé mentir.

—Todo saldrá bien —dijo, poniendo punto final a mis protestas.

Permanecí sentada, mirándolo.

—¿Crees que lo podremos hacer? ¿De verdad? —pregunté.

—Claro. Confía en mí.

—Y a todo esto, ¿para qué necesitas una novia falsa?

—La necesito.

—Mal...

Puso los ojos en blanco y me miró muy serio.

—No es de tu incumbencia para qué la necesito, ¿de acuerdo? Pagaré el alquiler y no tendrás que mudarte. A cambio, solo te pido que me mires con adoración cuando estemos con otras personas. Y como ya lo haces de todas formas, no veo ningún problema en que lo sigas haciendo.

—¿No me lo vas a decir?

—¿Has ido a revisarte los oídos últimamente? Solo te diré que tengo una buena razón, una razón... personal. Vamos a dejarlo ahí. De verdad, comienzas a ser tan pesada como Dave y Ev: «¿qué te pasa, Mal? ¿estás bien, Mal?». Hasta que me harté de que me preguntaran lo mismo una y mil veces.

—Se levantó y comenzó a caminar por la habitación. Dada la longitud de sus piernas, la recorría enseguida. Tres pasos hacia delante..., tres hacia atrás. Después de dar un par de vueltas, se detuvo y miró por la ventana—. Dime, Anne, ¿por qué todo el mundo es tan irritante? La vida es demasiado corta para andar revelando detalles insignificantes de mi vida personal. Tú estás aquí y yo también. Podemos ayudarnos el uno al otro y divertirnos juntos mientras lo hacemos. Punto. Eso es lo único que importa. —Dio media vuelta sobre sus talones con los brazos abiertos de par en par—. ¡La vida es como una magnífica canción, Anne! Vamos a tocarla.

Pero mi vida no era como ninguna canción, y mucho menos maravillosa... Al menos no lo había sido hasta ese instante.

Durante un momento, ninguno de los dos dijo nada. Él vibraba de expectación e impaciencia. De hecho, yo tenía el mal presentimiento de que volvía a burlarse de mí. Sin embargo, no era por maldad; ese hombre no le haría daño ni a una mosca. Aunque podía aplastar a una por accidente, eso sí.

Visto desde fuera, parecía un buen trato. Yo necesitaba de verdad el dinero y me gustaba estar con él. Me divertía más de lo que lo había hecho jamás en toda mi vida. Pasara lo que pasase, iba a ser un camino difícil, pero si sabía desde el principio que aquel trato tenía fecha de caducidad, no correría el riesgo de encariñarme demasiado con él. Me limitaría a disfrutar del tiempo que estuviéramos juntos, y luego... si te he visto no me acuerdo. Podía resultar muy bien. ¿Por qué no?

—De acuerdo, Mal —accedí finalmente—. Me vas a solucionar un problema. Muchas gracias. Pero todavía no me convence mucho ese plan de tener que fingir que soy tu novia. Supongo que ya veremos cómo nos va.

Se puso a dar palmas, feliz.

—No te arrepentirás. No voy a complicarte la vida, Anne... Al menos no demasiado.

—¿No demasiado?

—Ya sabes que es muy guay estar conmigo. No todo el mundo lo consigue. Además, sirvo para abrir los botes que se resisten y para trasladar cosas pesadas. He oído que ambas cosas suelen ser un problema para las mujeres. —Dio saltitos por la habitación. ¡Dios mío! Ese hombre tenía un exceso de energía. Debía dejar de tomar azúcar—. Bien, ¿qué hacemos esta noche? ¿Qué te parece si pedimos algo de comida? ¿Qué te apetece?

Me derrumbé en la silla, agotada con solo mirarlo.

—Mal, no tengo dinero para pedir nada. Pero pide lo que quieras para ti.

—¿Por qué no dejas de preocuparte por el dinero? Ya estoy aquí. Todo irá bien a partir de ahora. Vamos, dime, ¿qué te apetece cenar?

—Lo que tú quieras estará bien.

—Esa es la respuesta perfecta. Vamos a ser la mejor pareja falsa de todos los tiempos, bomboncito.

—Por favor, deja de llamarme así.

—Bomboncito, bombonciiiiitooo... —canturreó arrastrando las palabras al tiempo que arqueaba las cejas—. Es un mote fantástico. Eres así de dulce, y resulta que ahora somos novios. Los novios siempre se ponen motes estúpidos. Venga, piensa tú en uno para mí.

—Tranquilo, ahora mismo me pongo a ello.

—Bueno. Luego podremos meternos mano. —Se frotó las palmas—. En realidad da igual, eso podemos hacerlo más tarde, en la cama.

Mi mente despertó de su letargo.

—¿En la cama? ¿Meternos mano? Es un eufemismo, ¿verdad? Pensaba que no íbamos a tener sexo. Me acabas de decir que todo sería fingido.

—Vamos, venga, tranquilízate. No vamos a tener sexo, solo vamos a dormir juntos. El plan se iría al carajo si nos pusiéramos a follar. Lo único que necesito es una relación respetuosa. Si empezamos con el sexo, todo acabaría siendo: «¡Oh, Mal, no sabía que se podía sentir este éxtasis! ¡No puedo vivir sin ti! ¡Fóllame, Mal! ¡Por favor!». —Dobló las rodillas y se dejó caer en el suelo como suplicando. Resultó una actuación digna de un premio. Aquel hombre sabía cómo mover las pestañas.

Me reí como una adolescente. Casi me dieron ganas de pegarme un tiro en defensa de mis principios al oír el sonido histriónico que emití.

—Y al final serías como la psicópata de *Atracción fatal*. Créeme, ya lo he visto y no es nada bueno. Así que mantengamos las cosas por encima de la cintura. ¿entendido? Anne, saca de tu mente todas esas sucias ideas, por favor.

—Eres muy bueno, ¿no?

Me sostuvo la mirada.

—Señorita Rollins, no se hace usted una idea.

—¿Sabes? Con sinceridad, todavía no puedo distinguir si tu ego es repelente o solo impresionante.

—¿Prefieres que te mienta?

—Mal, ni siquiera sé cuándo me estás hablando en serio.

Avanzó a cuatro patas hacia mí mientras me lanzaba una mirada llena de malicia.

—Cuando hablo contigo, siempre voy en serio. Es evidente que vamos a tener que besarnos en público. ¿Qué pensaría la gente si vamos a cenar por ahí y te tensas cuando te meta la lengua en la oreja? Podrían preguntarse qué te ocurre. Así que tenemos que practicar y meternos mano, ya sabes...

—¿La lengua en la oreja? ¿Lo dices en serio? No sé si...

—Por suerte para ti, estoy aquí y sé lo que es mejor... —Se levantó y sacó el teléfono móvil. Se puso a deslizar el dedo por la pantalla—. Y lo mejor es que nos aseguremos de que parezca que estamos prometidos. Lauren se pasa por aquí a todas horas, ¿verdad? Pues no podemos arriesgarnos a dormir separados y que nos pille. ¿Sabías que ni siquiera llama a la puerta y que se limita a entrar como si fuera la propietaria del apartamento? Alguna gente no tiene modales. ¡Hay que ver!

Me sentía demasiado abrumada para indicarle lo irónico de esa declaración.

—Sí, pero podríamos limitarnos a bloquear la puerta —sugerí, notando que volvían a sudarme las palmas de las manos. Aunque, si era sincera, no habían dejado de hacerlo en ningún momento.

¿Compartir la cama con Mal?

No. No era una buena idea. Tenerlo paseándose por el apartamento medio desnudo ya era suficiente para mí. Si lo tocara en la oscuridad, acabaría lanzándome sobre él a pesar de mis buenas intenciones. Y si teníamos en cuenta que íbamos a vivir juntos, llevar la situación hasta el límite sería jugar con fuego.

—No podemos contar con que cerrar la puerta sea la solución —aseguró—. Lauren tiene una llave de repuesto. Es necesario que mejoremos la seguridad.

—Cierto.

—Oye, no roncarás, ¿verdad?

Le lancé mi mirada más fulminante.

—Solo era una pregunta. —Dio un paso atrás sin levantar la mano de la pantalla del teléfono—. Ah, y llevaré con discreción cualquier rollo que tenga, ¿de acuerdo? No quiero avergonzarte ni nada de eso.

—Gracias. —No sabía de qué me sorprendía. Me sentía idiota,

rematadamente idiota—. ¿Y todo esto se te ocurrió ayer por la noche? ¿Por eso te comportaste así conmigo?

—Bueno... Sí.

Abrí mucho los ojos. Como platos. Respiré profundamente por la nariz. En realidad no me importaba. Mi orgullo acababa de recibir un duro golpe, pero al menos tendría un techo sobre mi cabeza en un futuro cercano. Solo debía aguantar un poco.

De algo estaba segura: lo de dormir juntos no iba a funcionar. Ni hablar. Que me pusiera rígida cada vez que pensaba en ello, era buena prueba de ello. Pero ¿y comportarme como si fuera su novia? Al menos eso tenía que intentarlo. Podría llegar a ser divertido. Muy, muy divertido. Y bien sabe Dios que necesitaba un poco de diversión en mi vida.

Me senté con la espalda muy recta, y respiré hondo.

—Bien, de acuerdo... Estoy conforme con todo, menos eso de que nos andemos tocando y besando.

Abrió la boca para protestar, pero atravesé el salón firmemente antes de que pudiera decir una palabra.

—Mañana pondremos un pestillo en la puerta para que Lauren no pueda entrar cuando quiera, y dormirás en la habitación de invitados. Mis condiciones son esas.

—Vaya, vaya... qué exigente. Me gusta. Aunque lo cierto es que preferiría que pensaras que yo estoy más allá de tus límites.

—Hablo en serio, Mal. Lo tomas o lo dejas. Acabo de tener una mala experiencia con mi compañera de piso... No voy a meterme en otro problema con un desconocido.

Cruzó los brazos y bajó la vista para mirarme con los ojos entornados. Al principio pensé que iba a discutir... La parte más loca de mí esperaba que lo hiciera, por lo menos que se mantuviera firme en lo de dormir juntos. Pero no lo hizo.

—De acuerdo. Acepto tus condiciones —admitió despacio—. De hecho, ¿por qué no duermo en el sofá esta noche?

Relajé los hombros, seguramente de alivio.

—Eso estaría muy bien. Gracias.

—De nada. —Me miró con cierta diversión—. Lo que sea, por facilitarte las cosas, Anne.

—Estupendo. Ahora voy a darme un baño —dije, saliendo del salón.

—Disfrútalo.

—Lo intentaré.

Tardé muy poco en cerrar la puerta del baño. Luego me senté en el borde de la bañera, antigua, gastada y con patas, mientras la sangre me palpitaba en los oídos. Me sentía muy confundida. Acababa de negarme a dormir con una estrella del *rock*. ¿Me había vuelto loca?

La decepción hizo que me doliera el corazón.

Pero era la decisión más acertada. Necesitaba pensar en lo mucho que me gustaba Reece. Él era una opción mucho más segura que un enamoramiento alocado y sin futuro. Algún día Reece y yo tendríamos una oportunidad de verdad.

En cuanto desapareció el ruido que estallaba dentro de mi cabeza, me miré en el espejo. El pelo caía lacio alrededor de mi cara. Tenía los ojos muy abiertos y una mirada que no reconocía. Durante las últimas veinticuatro horas mi vida se había puesto patas arriba. No pensaba dormir a su lado... pero sin duda iba a vivir con una estrella del *rock*. Dios... ¿cómo pueden cambiar tanto las cosas en unas pocas horas?

—¿En qué coño me he metido? —pregunté a la mujer que me miraba desde el espejo, esa joven de sonrisa aturdida y sorprendida. Estaba claro que era una admiradora de la extraña locura de Mal. Menos mal que era una mujer madura.

Me quité la camiseta por la cabeza y comencé a desatarme las botas. De pronto, unos golpes intensos en la puerta casi me hicieron caer al suelo. Apoyé una mano en las baldosas y me sostuve para no darme de bruces.

—¿Anne? —dijo Mal, desde el otro lado de la puerta.

—¿Qué? —Me senté e instintivamente crucé los brazos sobre el sujetador negro, cubriéndome, aunque sabía que él no me podía ver, ni entrar.

—Me he olvidado de darte las gracias por dejar que viva aquí contigo, por aceptar ser mi novia. Lo aprecio mucho, de verdad.

—De acuerdo. Gracias a ti, por pagar el alquiler, los muebles y todo lo

demás.

—De nada. Lo hubiera hecho de todas formas. No me gustó nada verte tan triste anoche.

—¿De verdad? —Se me puso un nudo en la garganta y clavé los ojos en la puerta, muy sorprendida.

Era brutal. No sabía qué decir. Apenas nos conocíamos y, sin embargo, ¿había venido a rescatarme? Mal Ericson podía ser un poco gamberro, pero al margen de eso era una buena persona. Un hombre que me gustaba muchísimo.

—Sí. Claro. Será divertido, Anne —dijo, sonando muy cerca, como si estuviera pegado a la puerta—. Ya lo verás.

—De acuerdo.

Me dio la impresión de que necesitaba que le creyera. Y lo más curioso de todo era que lo hice. Le creí completamente.

CAPÍTULO 6

Empecé a recibir mensajes de texto de Mal justo antes de la comida.

Mal: Ya estoy despierto.

Yo: ¡Buenos días!

Mal: Voy a correr con Jim.

Yo: ¡Disfruta!

Mal: Ya he vuelto de correr. Voy a comer.

Yo: Genial!

Mal: Dónde guardas lo de la limpieza?

Yo: Q tienes q limpiar?

Mal: El microondas. La *pizza* explotó dentro.

Yo: Debajo del fregadero.

Mal: A q hora llegas?

Yo: 5:30

Mal: Me aburro.

Yo: Lo siento.

Mal: ¿Q haces?

Yo: Trabajando. Me están llamando. Hablamos luego.

Mal: Te gusta una música horrible.

Yo: Gracias.

Mal: Tenemos que hablarlo pq es muy muy mala. Tienes q borrarla toda

menos la de Stage Dive.

Yo: Alto. Q estás haciendo?

Mal: Intentando arreglarlo.

Yo: Q COÑO ESTÁS HACIENDO?

Mal: Otra lista de reproducción con canciones buenas. Cálmate.

Yo: De acuerdo. Gracias.

Mal: Va a venir Ben para jugar al Halo.

Yo: Guay! Mal, no es necesario que me cuentes todo lo que haces.

Mal: Dave me dijo q es importante comunicarse.

Mal: Cuanto te va a venir la regla? Dave dice q tengo q saber si prefieres helado o pasteles.

Yo: Es un tema tabú.

Mal: Sigo aburrido. Ben se retrasa.

Mal: Deberíamos tener un perro.

Yo: No dejan tener mascotas en el edificio.

Mal: Me gusta tu sujetador de encaje verde.

Yo: Cierra mis cajones!!!

Mal: Tienes bragas a juego?

Yo: CIERRA YA EL CAJÓN!!!!!!

Mal: ;)

Háblame de sexo...

Venga, será divertido...

Porfa!!!

Alto nivel de codependencia insana por ambas partes de la relación, que podría considerarse casi tóxica.

Yo: Q COÑO DICES?

Mal: He hecho el test de una revista. Necesitamos ayuda profesional.

Sobre todo tú.

Yo: Paso.

Mal: He reservado cita para terapia de pareja. El martes a las 16:15, ¿de acuerdo?

Yo: No vamos a ir.

Mal: Q te pasa? Ya no me quieres?

Yo: Voy a apagar el móvil en 3, 2, 1...

—¿Algún problema? —me preguntó Reece, atravesando la librería en ese momento y mirando por encima de mi hombro.

—No. Nada. —Me metí el teléfono en el bolsillo trasero—. Estoy acabando ya con las facturas, no te preocupes.

—Claro que sí... —Me guiñó un ojo. Ser amiga del jefe valía la pena algunas veces—. ¿Qué tal ayer por la noche? ¿Algo interesante?

Lo más interesante que me ocurrió en mi vida. Aunque Mal llevaba todo el día intentando volverme loca, la noche anterior había sido increíble. Al final hicimos un picnic en el suelo del salón. Tomamos unas *tapas*^{*}, de las mejores que había probado, con una cerveza también española. Me contó historias muy divertidas sobre músicos famosos, y muchas sórdidas hazañas sexuales. También me ilustró sobre las demandas más raras que había visto detrás de un escenario. Resultó una agradable compañía.

Sin embargo, no me sentía preparada para hablarle a Reece sobre Mal. Y al mirarlo, decidí que quizá nunca lo estaría. ¿Cómo se lo podría explicar? Incluso aunque lograra mantener la seriedad mientras se lo contara, él me conocía lo suficiente como para saber que establecer una relación con un hombre que acababa de conocer no es nada propio de mí. Por suerte, Reece desvió la atención y no tuve que preocuparme. Su mirada cayó sobre una chica que se debatía entre dos libros, uno en cada mano; estaba eligiendo una novela policíaca. Y finalmente Reece debería haber tenido suficiente sentido común para alejarse al ver que ella se decidía por un libro sobre una asesina en serie, pero no fue así.

—Ayer por la noche no hice nada especial —mentí sin sentirme culpable.

Él movió la cabeza asintiendo de forma vaga. Seguramente ni me escuchó, atento como estaba vigilando cada movimiento de la joven clienta.

—Voy a ver si necesita que le eche una mano para decidirse, disculpa —dijo sin mirarme.

—De acuerdo... —Saqué el teléfono del bolsillo y lo encendí otra vez. En cuanto la pantalla se iluminó, empecé a escribir a Mal con una sonrisa.

Anne: Ya ha llegado Ben?

Mal: Sí. Cómo estás? Llegarás pronto?

Anne: Sí.

Al entrar en el apartamento encontré a Ben tumbado en el sofá de dos plazas con un mando de consola entre las manos. En la pantalla de televisión había mucha sangre y vísceras. Estaba segura de que jamás desaparecería la sorpresa de entrar en mi apartamento y encontrarme con gente famosa. De hecho, esperaba que no desapareciera. Lamenté que Mal no estuviera a la vista. Me había apresurado a salir lo antes posible del trabajo para reunirme con él. Cuando me llamó Lizzy tuve que contenerme para no contárselo todo, pero no sabía cómo contarle de forma verosímil la repentina aparición de Mal en mi vida, ya que se había puesto muy furiosa al saber que Skye se había largado. Es curioso, pero ya no era capaz de enfadarme tanto como antes al pensar en ello. La suerte me sonreía, y Skye ya era cosa del pasado.

Por fin estaba en casa, y el corazón me latía con fuerza dentro del pecho. Me sentía casi tímida, casi insegura. Pero... No, de eso nada; el apartamento era mío. Mi casa, mi hogar, mi territorio. Era él quien había venido a vivir aquí, conmigo. La razón daba igual. Espalda recta, firme, pechos erguidos... aunque fueran pequeños.

—Hola, Anne —me saludó Ben.

—Hola. ¿No está Mal por aquí? —dije con decisión, sin un ápice de duda. Mi facultad para demostrar que no me importaba iba mejorando. No había tartamudeado.

—¡Claro! Está en la cocina.

—Gracias. —Pasé a toda velocidad ante él, tratando de no interrumpir su matanza.

Encontré a Mal mirando por la pequeña ventana de la cocina con el móvil pegado a la oreja.

—¿Qué estás ocultándome? —decía con la mirada fija en el exterior.

Hubo una pausa.

—Sí, está bien. ¿Qué ha dicho?

Otra pausa.

—No. Explícamelo, por favor.

En esa ocasión se mantuvo en silencio durante más tiempo. Después de un rato se agarró al borde de la encimera y apretó los nudillos hasta que se le pusieron blancos. Resultaba evidente que se trataba de algo personal, íntimo, pero aun así no fui capaz de alejarme. La tensión que irradiaba su voz, y las líneas de su cuerpo... Todo era demasiado intenso. Parecía estar sufriendo.

—No, eso no puede ser así. ¿Qué ocurrirá si...?

Un largo silencio únicamente roto por el ruido de fondo de las explosiones y los disparos que llegaban desde el salón.

—Gracias por decírmelo —concluyó y colgó mirando fijamente la pantalla. Lanzó el aparato sobre la encimera. Apretó el borde de la repisa con las dos manos con tanta fuerza que sonó un crujido.

—¿Mal?

Tenía los ojos enrojecidos y las pupilas dilatadas. ¿Qué le estaba pasando?

—Anne... Hola. No te he oído entrar.

—¿Te encuentras bien?

Respiró hondo y asintió con la cabeza.

—Sí. He dormido muy mal. Y salir a correr con Jimmy me ha dejado hecho polvo. Pero todo va bien. Gracias por preocuparte por mí. Una actitud muy de novia —bromeó ligeramente al final. Cómo no.

—Ya... —Sonreí, pero él no me devolvió el gesto.

—Venga, vamos... ¿Has saludado ya a Ben?

—Sí.

Me puso las manos en los hombros y me hizo dar media vuelta para dirigirme al salón.

—Tienes que saludar a nuestros invitados de una forma adecuada, bomboncito. No queremos que piense que eres una maleducada.

—Mal, yo...

—¡Ben, mi maravillosa novia ya está en casa! —exclamó canturreando hacia el salón.

—Hola, maravillosa novia de Mal. —Ben no apartó la vista de la pantalla —. El apartamento es un poco más pequeño que el que tienes en Los Ángeles, colega. ¿Vais a quedaros aquí o comprarás otro más grande?

—Anne ha mencionado la posibilidad de tener un perro, así que con el tiempo seguramente nos mudemos a uno más grande.

Su amigo movió la cabeza, asintiendo, sin la más mínima sorpresa.

No me molesté en corregir a Mal. No cabía duda de que la mejor manera de lidiar con él era dejarse llevar. Además, estaba preocupada por su estado de ánimo.

—Ha llegado el momento de tocar la batería —anunció Mal, frotándose las manos antes de agitar los brazos. Pero seguía sin sonreír. Su inagotable energía estaba presente otra vez, a pesar de que acababa de afirmar que estaba cansado.

En esta ocasión, Ben apartó los ojos del televisor.

—Pensaba que íbamos a ir a cenar con la mujer maravillosa aquí presente.

—Necesito quemar algo de energía. Anne me entiende, ¿verdad, bomboncito?

Pasé por alto la decepción y asentí con la cabeza. Un hombre tiene que hacer lo que es necesario. Me intrigaba saber qué le pasaba. Sin duda aquella llamada no le había traído buenas noticias, aunque sabía que no era asunto mío.

—Es muy comprensiva con mi trabajo. Siempre lo ha sido. Podría decirse que es... mi inspiración, en muchos sentidos. —Me miró con ojos de enamorado.

—¡Pero si hace solo dos días que la conoces! —Ben apagó la consola y dejó el mando a un lado.

—Algunos de mis mejores trabajos los he hecho en menos tiempo.

—Lo que tú digas, colega. Bueno, ¿qué quieres hacer? ¿Tocamos un poco? —Ben observó inexpresivamente a Mal, que daba saltitos a mi lado siguiendo el ritmo en su cabeza, con los ojos semicerrados.

—Eso es lo que he dicho. A ver si me sigues, Benny. —Cerró los puños y empezó a golpear una batería invisible—. Venga, ¡vamos!

—De acuerdo. —La aguda mirada de Ben se clavó en mí como si yo tuviera las respuestas a la excentricidades de su amigo.

Pero yo solo me encogí de hombros.

Como él muy bien acababa de decir, solo conocía a Mal desde hacía

cuarenta y ocho horas. Así que no, no tenía ni idea lo que le pasaba, pero sin duda iba a averiguarlo.

CAPÍTULO 7

Oí a alguien gritar. Una voz de hombre. Otra voz se unió a la primera y el sonido atravesó la pared de mi habitación. Me senté en la cama, desconcertada pero despejada. El despertador que tenía en la mesilla de noche marcaba las cinco y cuarto de la madrugada. ¡Dios! Era muy temprano.

No había dormido bien por culpa de los hábitos nocturnos de Mal.

Cuando por fin regresó, a eso de las once de la noche, estaba empapado en sudor. Yo decidí acostarme pronto, así que me arrastré medio dormida para ver si necesitaba algo. Después de que me dijera que se iría pronto a dormir, regresé a la cama. Pero lo escuché moverse durante horas, dando vueltas por el apartamento. Vio la televisión, habló por teléfono y tarareó por lo bajo durante un buen rato. No es que me importara que canturreara. Al contrario, me gustaba. Tararear *death metal* era casi un logro artístico. Y finalmente me quedé dormida mientras escuchaba Metallica. Supongo que por eso tuve unos sueños muy raros.

Pero ¿por qué Mal seguía despierto?

Los gritos se hicieron más fuertes. Salí de la cama y corrí hacia la puerta con el pijama de franela y el pelo alborotado. En el salón encontré a Mal de espaldas a mí, ante la puerta principal. Él llevaba solo un *bóxer* negro. No se me ocurrió quejarme porque, ¡Dios santo!, menudo trasero tenía ese hombre. Se me hizo la boca agua y casi babeé ante la imagen que tenía ante mis ojos.

—Mira, aunque seas amigo de mi bomboncito..., esta no es una hora

apropiada para visitar a nadie —murmuró Mal.

—¿Quién coño eres tú y por qué llamas bomboncito a Anne? —La voz era de Reece y parecía enfadado. Muy muy enfadado.

Sin embargo, Reece y yo no estábamos saliendo. Solo éramos amigos. Así que no era asunto suyo que un hombre casi desnudo le abriera la puerta de mi apartamento a horas intempestivas. Era mi vida.

—Buenos días —dije, sin avanzar más.

Mal me lanzó una mirada airada por encima del hombro. A pesar de lo mullido que parecía el sofá, seguramente yo también estaría de mal humor si tuviera que dormir ahí. Quizá por eso se quedaba despierto hasta altas horas de la madrugada. Él había enargado otra cama para la habitación de invitados, pero todavía no había llegado, así que esa noche pensaba invitarle a compartir la mía, pero solo como amigos, claro está.

Sus hombros suponían una gran distracción, así como las manos que apoyaba en las caderas. No es que yo fuera ligera, pero si él me hubiera dejado, intentaría subirme a sus hombros. Hace años, antes de que tuviera que dejarlo todo por mi madre, yo era distinta, más atrevida, con más desparpajo. Y había algo en Mal que me recordaba a la chica adicta a la adrenalina que había sido tiempo atrás. Echaba de menos a esa Anne. Sin duda, era más divertida.

—Mira, ya la has despertado, imbécil. —Por una vez Mal no parecía tranquilo y despreocupado—. ¿Sabes lo estresante que ha sido para ella todo que ha pasado? —siguió recriminando a Reece—. Además, ha tenido que trabajar hasta tarde.

El comentario no me pareció apropiado.

—Mal, ya está bien, déjalo. Este hombre es mi amigo y mi jefe. Se llama Reece.

—¿Reece? —se rio—. ¿En serio? ¿No es él con quien hablabas por teléfono la noche de la fiesta?

—Sí.

—Pensaba que hablabas con una amiga.

—Pues no. —Reece apartó a un Mal casi desnudo para ponerme una caja de *donuts* en las manos. Eran de Voodoo. Se me hizo la boca agua a pesar de

lo temprano que era y la discusión que se desarrollaba frente a mí.

Aunque, si he de ser sincera, también babeaba a causa de la pelea.

—¿Qué cojones pasa aquí, A? ¿Quién es este capullo? —preguntó Reece.

—Reece, estás siendo poco amable.

Mi amigo tenía los ojos rojos y brillantes por la ira. Estaba despeinado y el olor a perfume rancio lo envolvía como un aura. También me pregunté si estaría sobrio, porque sus movimientos eran torpes e inciertos. Probablemente ni siquiera se había acostado esa noche todavía.

Al menos no en su cama.

—¿Cómo que A? —se burló Mal, cruzando los brazos. Se dio media vuelta y me guiñó un ojo—. ¿La llamas A? ¿Qué pasa? ¿Decir su nombre entero resulta demasiado comprometedor para ti?

Solté una carcajada, aunque traté de disimular fingiendo que tenía tos. Reece no parecía convencido, pero no me importó. El alivio hizo que se me aflojaran las rodillas. El Mal que conocía estaba ya de vuelta, bromeando y riendo. Una sonrisa de verdad en esta ocasión, no la mueca forzada de la noche anterior.

Era asombroso. Noté que Reece se estaba irritando cada vez más. Aunque Mal le llevaba media cabeza, no tenía una actitud violenta, solo parecía divertirse con la situación. Que no le importara nada era, en realidad, parte de su carisma. Nunca había conocido a nadie como él. Pero eso no quería decir que pudiera pelearse con Reece, aunque estaba segura de que sabría arreglárselas solo.

—Chicos, chicos... ¿Por qué no preparo café, eh? —Di un paso hacia la cocina, con la esperanza de que me siguiera alguno. El que fuera. Como ninguno se movió, me quedé quieta.

Reece arqueó las cejas.

—Incluso aunque se trate solo de un rollo, puedes aspirar a algo mejor, Anne —sentenció Reece.

—¿Qué? —No solo me pareció un comentario muy grosero, es que además no era cierto.

—Ya me has oído.

—¡Reece! ¿Cómo puedes decir tal...? —Miré a Mal con el ceño fruncido

y moví la cabeza. Tenía tanta piel visible... Miré más abajo, hasta la línea de vello rubio que descendía desde su ombligo hacia la tierra prohibida para mí. Un camino hacia el tesoro. Un mapa que llevaba a las delicias ocultas. La caja de *donuts* se tambaleó en mis manos.

Tenía que dejar de mirarlo. Pero no podía, y no lo hice.

—¡Anne! —me llamó Reece, enfadado, arrancándome de mis ensoñaciones no aptas para menores.

—Mmm... Sí, voy. —Mi intelecto no daba para más.

—Ya están haciéndole chiribitas los ojos —comentó Mal, como si se dirigiera a Reece—. Parece que mi bomboncito está listo para la sexta ronda.

¡Oh, no! ¿qué acababa de decir?

Reece frunció el ceño y cerró los puños.

Sí, parecía que había dicho eso mismo.

Apreté la caja de *donuts* contra mis pechos.

—Es una idea fantástica, Mal —le seguí el rollo.

—Bomboncito, si todavía puedes andar, está claro que no he hecho bien mi trabajo. ¡Joder! Ni siquiera hemos intentado romper el sofá nuevo. —Se volvió hacia Reece. Si me fiaba del brillo de sus ojos, parecía estar disfrutando como nunca—. ¿Sabes, Reece? Le preocupa que lo manchemos. Como si no pudiera comprar otro, ¿verdad? En fin. ¡Mujeres...!

No hubo más respuesta de Reece que las líneas de tensión que aparecieron alrededor de sus labios.

Mal suspiró.

—La próxima vez lo compraremos de cuero. Es más fácil de limpiar, y además la piel no irrita tanto como se piensa. Al menos si...

—¡Basta! —grité, sintiendo que aplastaba la caja y todo su contenido.

—¿Hablar de sexo delante de tus amigos es otro de tus límites? —me preguntó Mal.

Moví la cabeza, asintiendo.

—Lo siento —se disculpó Mal—. Lo siento de verdad. Me he equivocado.

Demasiada hostilidad para tan reducido espacio. Era evidente que Reece se había puesto celoso. Estaba de uñas e irradiaba furia como si fueran chispas. No dejaba de mirarnos a Mal y a mí con una expresión airada.

Hay que entender que antes de ese momento, no estaba completamente segura de que Reece se diera cuenta de que yo era una mujer. Sin embargo, allí estaba, mostrándose posesivo como si yo fuera un territorio que debía defender. Y eso era algo que Mal no pensaba permitir, al menos así lo deduje por su maniobra. Los dos me rodearon lentamente, como si fuera una danza salvaje extraña, algo propio de los hombres de las cavernas. Me resultó divertido.

Sin embargo, al primero que intentara marcarme con orina, le cortarían las pelotas.

—Tu amiguito piensa que solo soy un rollo —se rio Mal con una mirada de soslayo—. Oye, bomboncito, ¿por qué no le sacas de su error?

Al escucharlo, Reece dilató las fosas nasales.

Me quedé clavada en el suelo como si mis pies hubieran echado raíces. El corazón empezó a latir tan rápido dentro de mi pecho, que seguramente me rompió alguna costilla. Tuviera el pelo hecho un desastre por la almohada o no, este era un momento inolvidable. Deseaba que lo subieran a YouTube para poder verlo siempre que quisiera... Bueno, quizá no sería bueno tenerlo en Internet, pero ya sabéis a lo que me refiero, ¿no?

Carraspeé, aclarándome la garganta y me enderecé. Me sentía diez veces más alta al ver cómo se peleaban por mí.

—Reece, estoy saliendo con Mal.

—Estamos viviendo juntos —me corrigió Mal.

—Bueno, eso también —aclaré y me dirigí a Reece—: Era mi intención decírtelo ya. Empecé a vivir con él hace dos días.

—¿Este... este es Mal? —Reece se quedó paralizado—. ¿Te refieres a Mal Ericson, el batería de Stage Dive?

—Sí.

Los ojos de Reece brillaron todavía con más intensidad. No dijo ni una palabra más.

—Ahora que hemos resuelto este asunto, creo que me voy a duchar —anunció Mal—. Os dejo a solas para que habléis de lo que consideréis oportuno.

—Gracias —repliqué.

—De nada. —Me dio una palmada en el trasero, haciendo que pegara un brinco. Luego se dirigió al cuarto de baño al tiempo que se rascaba la mandíbula, cubierta por una barba incipiente.

Sentí un hormigueo en la nalga mientras me anotaba mentalmente estrangularlo cuando estuviéramos a solas. O lo mataba o me lo tiraba. Una de dos. Mis hormonas estaban muy revueltas y confusas.

En el momento que Mal cerró la puerta del baño, Reece me agarró del brazo y me arrastró a la cocina. Todavía no había amanecido. La luz del salón iluminaba débilmente su furiosa expresión. Se le habían torcido las gafas de montura de pasta negra, lo cual hacía que su apariencia resultara todavía más alterada. Quizá debería sentirme celosa, pero por primera vez no lo estaba.

—¿De qué cojones va esto, Anne? Me dijiste que lo habías conocido, nada más. ¡Joder!, ya decía yo que me resultaba familiar...

—También ha sido una sorpresa para mí. Pero es guay, ¿no crees? — Aunque estaba tan despeinado como yo, en su caso no era por estar recién levantado. Por eso, no iba a permitirle que viniera a mi casa a echarme un sermón por encontrarme en una situación supuestamente similar a la suya.

—Sí, muy guay —replicó con firmeza y algo de decepción.

—Mal es un tipo muy agradable cuando lo conoces.

—Claro...

—Me hace reír, ¿sabes? Y me hace mucho caso —aseguré, lanzando una directa. Parecía que esa mañana tenía sed de sangre y él se lo merecía por haber sido tan maleducado con Mal. Aunque muchas de las mujeres con las que él salía no me gustaban, yo nunca las había insultado—. Reece, me gustaría pedirte que no vuelvas a insultarlo.

Me miró boquiabierto.

—Anne, pero ¿tú has visto cómo me ha hablado?

—No pensarás decirme que fue él quien empezó, ¿verdad? Uno no llama a una puerta a estas horas y dice al que le abre que es un capullo. Reece, eso no es nada agradable.

—Lo siento —se disculpó mirando a mi maltrecho refrigerador.

—Además, ¿a qué viene todo esto? Jamás te ha importado con quién salgo. Y tampoco es que lo hiciera mucho durante los últimos meses.

—No es nada. Es que esperaba que...

Permanecí en silencio, pero no llegó a terminar la frase. Quizá sería mejor dejar el tema.

—¿Quieres un café? —le sugerí.

—No, me voy a ir a casa.

—Como prefieras. Gracias por los *donuts*. —Puse la caja de cartón sobre la encimera.

—De nada. —En su mirada había una mezcla de enfado y tristeza. No sabía cómo tomármelo... Todavía estaba irritada.

—Reece...

—No pasa nada, Anne.

—Escucha, no quiero que esto afecte a nuestra amistad —aseguré.

Cuadró los hombros.

—No, no lo hará. No te preocupes.

—Muy bien. —Algo en mi interior me impulsó a abrazarlo. Parecía deprimido y necesitaba consolarlo. Mi madre no era demasiado cariñosa, y yo había salido a ella en ese aspecto. Cuando lo rodeé con mis brazos, me sentí rígida y torpe, así que le acaricié la espalda una sola vez y luego me separé con rapidez, antes de que él pudiera reaccionar. Casi podría considerar que mi gesto fue un ataque sorpresa.

—Bueno, cuéntame, ¿qué tal estuvo tu cita? —le pregunté, intentando animarlo.

—Nada especial. ¿Y tú? ¿Qué hicisteis?

—Mal pidió la cena y pasamos una noche tranquila en casa. —En cuando mencioné a mi compañero de apartamento, la expresión de Reece se transformó. Volvía a estar enfadado. Quizá si no apestara a sexo, sería más fácil sentir simpatía por él, aunque se estuviera comportando como un idiota.

—Bueno, me largo —dijo—. Nos vemos después.

—Hasta luego.

Permanecí allí de pie un buen rato, mirando la puerta que Reece, mi eterno amigo, acababa de cerrar de golpe. En el fondo no me sentía enfadada ni triste, pero sí un poco sorprendida al saber que, después de todo, sí parecía interesarse por mí de la manera que yo había deseado durante tanto tiempo.

Lo que no sabía era cómo afectaría esta nueva situación a nuestra relación.

Mal reapareció con el pelo peinado hacia atrás. El color rubio resultaba mucho más oscuro cuando lo mojaba. Los ángulos de su rostro quedaron perfectamente a la vista y se puso unos *jeans* y una vieja camiseta de AC/DC. Sin embargo, no se había calzado; los dedos de sus pies eran largos y tenían un poco de vello. Las uñas estaban perfectamente cortadas.

—¿Un café? —pregunté mientras ya se lo estaba sirviendo. Era la excusa que necesitaba para apartar la mirada de sus fascinantes pies. ¿Quién decía eso de que los pies son feos? Sin duda los suyos no.

—Estupendo, gracias. ¿Se ha ido ya tu pequeño *hipster*?

Dejó la taza sobre la encimera, y se puso a echarle azúcar... Una, dos, tres cucharadas bien colmadas. En ese instante entendí de dónde procedía toda su energía.

—Reece se marchó hace un rato —le comenté, eligiendo un donut. Eran deliciosos.

—Ahora me resulta difícil no pensar mal de ti.

—¿Por qué?

Le vi tomar un sorbo de café mientras me miraba por encima del borde.

—Ese idiota te cae bien. Es más, te gusta.

Di otro bocado al donut. Una excusa como otra cualquiera para no responder. Si masticaba despacio, podía poner punto final a ese tema.

—Lo noto perfectamente aunque a mí me mires con chiribitas en los ojos. —Por desgracia, continuó—: Tienes suerte de que yo no sea nada celoso.

Me atraganté con lo que tenía en la boca.

—Ah, ya. ¿Por eso te pusiste a contar tus hazañas sexuales?

Se rio por lo bajo de forma burlona. No supe de qué estaba riéndose exactamente.

—¿Mal?

—Tu amiguito aparece aquí, después de pasarse la noche bebiendo y follando por ahí, ¿y espera que lo recibas con los brazos abiertos...? No, no. De eso nada. No me gusta.

—Solo somos amigos.

Apartó la vista mientras se humedecía los labios, saboreando el café.

—Anne, por favor...

Me molestó el tono de decepción que había en su voz. Quise buscar alguna disculpa. Sacar a colación las normas que habíamos acordado. Quise protegerme, pero ni siquiera sabía de qué. Mal no me estaba atacando. Sin embargo, sus silenciosos reproches traspasaban mi coraza de una forma que no habían logrado nunca los sermones o las exigencias de Lauren.

—La cuestión es que si los dos sois heterosexuales —explicó—, no podéis ser amigos. Todo ese rollo de la amistad no funciona entre hombres y mujeres. Uno de los dos acaba enamorándose del otro... Siempre es así, está demostrado.

—De acuerdo. Reece me gusta —confesé—. Me gusta desde hace tiempo. Pero él... mmm... no me ve de esa manera. Ya sabes...

—Es posible. Pero te aseguro que a él no le gustó nada encontrarme aquí. —Dejó la taza y apoyó la cadera contra la desgastada encimera gris de la cocina. El cabello húmedo se deslizó sobre su cara, ocultando parte de su expresión—. Oye, no se te habrá ocurrido utilizarme para ponerlo celoso, ¿verdad?

—¿Quieres saber si es mi intención manipularlo a él y ser una bruja contigo? No, no lo tenía pensado, pero gracias por preguntarlo.

—De nada. —Se encogió de hombros—. Es un idiota y se merece lo que le pasa. Mira que venir y actuar como si le debieras algo...

Me rodeé con los brazos.

—Lamento que fuera tan grosero contigo. Pero ya he hablado con él, y no volverá a comportarse así.

Soltó una carcajada.

—No tienes que disculparte, Anne. No soy un tipo delicado.

—Da igual. —Tomé un sorbo de café.

—¿Sabes? Si quieres utilizarme para que reaccione, no me importa. ¡Joder! Así los dos sacaremos provecho de esta situación, ¿no crees?

Noté algo raro en la forma de decirlo. Algo que me retuvo. Si no estuviera ocultando su expresión detrás del pelo, podría sopesar mejor por dónde iba esto.

—Es más, podemos explotar la situación tanto como queramos —aseguró.

—¿Harías eso por mí?

Esbozó una sonrisa de medio lado.

—Si tú quieres, sí. Es muy fácil provocar a ese idiota, y por ti estoy dispuesto a hacer el esfuerzo. Como bien sabes, nací para poner celosos a todos los hombres.

Sonreí como única respuesta, con cautela. Sin comprometerme a nada. La situación exigía una reflexión profunda, y la tentación de aceptar era muy grande.

—Aunque creo que tiene razón en una cosa: puedes aspirar a más. — Tenía clavados en mí los ojos verdes. Como siempre, había en ellos una pizca de diversión, pero también parecía estar desafiándome, presionándome para ver por dónde salía. Así que mi primer impulso fue provocarlo—. De todas formas —continuó al tiempo que movía los hombros—, eres tú la que decide. A fin de cuentas, conoces a Reece desde hace... ¿cuánto?

—Dos años.

—¿Llevas dos años enamorada de él sin hacer nada al respecto? Tendrás algún motivo, ¿verdad?

—Sí —convine, sin sonar demasiado creíble.

Se rio y, en ese momento, me resultó odioso. Nunca había admitido abiertamente la debilidad que sentía por Reece, pero allí, confesándome con Mal, que me lo echaba en cara... La cosa es que lo que tenía con mi jefe era preferible a cualquier otra relación que había mantenido desde los dieciséis años. Si él se enrollaba con otra mujer, no se me rompía el corazón. Además, ¿quién sabe?, quizá algún día terminaríamos juntos.

¿Por qué actuar cuando no hacer nada servía tan bien o mejor a mis propósitos?

El gran batería rubio me miraba de forma burlona y con una sonrisa de satisfacción. Lo sabía. No sé cómo, pero lo sabía. Odiaba ser tan transparente, en especial con él. Lo odiaba con toda mi alma.

—De acuerdo —claudiqué—. Lo haremos.

Dejó de reírse.

—Hablo en serio. Quiero poner celoso a Reece. Por supuesto, si tú estás dispuesto a ayudarme.

—Acabo de decirte que lo haría. Aunque la verdad es que no pensé que estuvieras dispuesta... —Se terminó el contenido de la taza—. Puede ser interesante. A ver, ¿sabes cómo ser una auténtica rompecorazones?

—¿Es necesario que lo sea? —Miré al otro lado del salón, donde estaba abierta la puerta del cuarto de baño. Había una toalla mojada en el suelo, junto al *bóxer* que Mal se había quitado para ducharse.

Era evidente que me tocaba a mí hacer la limpieza.

—¿Pasa algo? —preguntó.

—No.

Siempre tan curioso...

Cuando vivía con Skye también me tocaba hacer la limpieza. No se me había ocurrido hasta ese momento. Otro vestigio más de haberme visto obligada a llevar una casa siendo aún demasiado joven.

—Dime, ¿qué te pasa, Anne?

—Has dejado la toalla mojada y los calzoncillos en el suelo del cuarto del baño. —Los señalé, solo por si se había olvidado de dónde se encontraban.

—Bien, cambio de tema —comentó acercándose a mí y deteniéndose demasiado cerca—. Pero tienes razón. He dejado mis cosas tiradas por ahí, aunque quedan muy bien con la decoración. ¿No te parece?

No dijo nada más.

Ambos miramos la ropa sucia, que parecía estar reprochándonos algo. Y estaba bastante segura de que el silencio de Mal era una recriminación. Eso, o yo era una obsesa del orden. A punto estuve de rendirme.

—¿Qué piensas hacer al respecto, bomboncito? —me preguntó en voz baja.

—¿Sabes? Lo cierto es que no me gusta que me llames así.

Hizo un ruido de desdén.

Suspiré. De todas formas, esta era una guerra que él jamás ganaría. Después de haber criado a una adolescente de trece años, sabía muy bien que debía elegir mis batallas.

—Eso no es un asunto mío —aseguré.

—¿No?

—Si ensucias algo, te ocupas de limpiarlo y dejarlo como estaba —dije

con firmeza.

—¿Es eso otro de tus límites?

Me erguí en toda mi estatura.

—Sí, lo es. No soy tu madre. Tienes que recoger tus cosas, Mal.

Sonrió.

—Lo haré ahora mismo.

—Gracias. —Le sonreí, sintiéndome aliviada—. ¿A qué te referías con que debería ser una rompecorazones?

—A que vas a romper el mío. Por supuesto, después de demostrarle a ese imbécil lo buena novia que puedes ser.

Hasta ese momento solo había sido un buen paño de lágrimas. Pero a la mierda con eso también. Los malos hábitos estaban para romperlos.

—Lo haré.

Mal apartó la vista.

—Por supuesto que lo haré —repetí.

—No lo dudo, bomboncito. Ni por un instante.

CAPÍTULO 8

Lauren apareció en el apartamento un poco antes de las seis de la tarde. O al menos lo intentó, porque primero golpeó la puerta, haciéndola vibrar, y luego llegaron los insultos y las patadas, ante la imposibilidad de entrar.

—¡Anne! ¿Anne? ¿Por qué demonios no se abre la puerta?

Una vez que deslicé el pasador, entró en el salón.

—Tienes la puerta estropeada —aseguró con el ceño fruncido.

—No. Mal ha instalado un pestillo. Le preocupaba la seguridad del apartamento.

Una mañana, poco después de que Mal desapareciera para ensayar con el grupo, llegó un tipo calvo y musculoso. Al parecer, las estrellas del *rock* delegan las tareas domésticas al jefe de su equipo de seguridad. Ese hombre instaló un nuevo cerrojo en un periquete. Fue muy eficiente y amable. De hecho, la experiencia resultó un tanto rara.

—¡Guau! —le dije observando su aspecto impecable—. Estás fantástica. —Llevaba un elaborado peinado con una orquídea blanca detrás de la oreja y un vestido de fiesta—. ¿Por qué te has arreglado tanto? ¿A dónde vas?

—¡Bah! ¿Te refieres a este trapo viejo? —Pasó una mano por el elegante modelo de seda color caramelo—. Gracias. Solo he pasado un momento para decirte que te lo has montado genial enrollándote con Malcolm Ericson. Seguramente no te merece, pero espero que disfrutes con él.

—Mmm... Gracias.

—Cuando me lo contó, no podía creérmelo. Un amor a primera vista. Un flechazo. ¿No es increíble, Anne? —Noté que se le empañaban los ojos. ¡Mierda!—. Creo que hacéis una pareja fantástica. Por cierto, ¿por qué no estás arreglada?

—¿Eh?

Justo en ese momento Mal salió de la habitación que había sido de Skye vistiendo un traje negro de tres piezas. ¿Desde cuándo me parecía excitante que los hombres llevaran chaleco? Noté que se me encogían los pulmones. Era eso, o bien la habitación se estaba quedando sin aire. Mal estaba muy elegante; llevaba el pelo retirado de la cara y sujeto detrás de las orejas, por lo que se podía ver el ángulo de su mandíbula. Todavía no me había acostumbrado a verlo medio desnudo por el apartamento, pero que apareciera con un traje de Armani... No me daba tregua. Imaginé que postrarme a sus pies sería la reacción más adecuada para un espectáculo de este calibre. Todavía no sé cómo me las arreglé para permanecer de pie.

Bond y sus imitadores no le llegaban a la altura de los talones. Un batería con traje de vestir era un asunto muy serio.

Lauren me lo demostró cuando soltó un largo silbido de admiración.

—Malcolm... ¡Guau! ¿Desde cuándo eres modelo de pasarela?

—Perdona, Lauren, pero solo mi bomboncito puede tratarme como un hombre objeto —protestó, estirándose los puños. Unos puños con gemelos.

—¡Joder! —murmuré, aunque luego me cubrí la boca con la mano por haber dicho tal cosa. No solo era idiota, estaba decidida a demostrarlo.

—Cuando quieras... —me respondió, guiñándome un ojo. Menudo mentiroso.

—Creo que tu bomboncito todavía no se ha vestido —intervino Lauren, ignorando el intercambio de frases.

Él me miró y frunció el ceño.

—Anne... Dave quiere que vayamos arreglados. No puedes ir con *jeans* y una camiseta.

—No sé de qué estás hablando.

—¡De la fiesta! Venga, bombón, espabila. No tenemos tiempo para arrumacos.

Sacudí la cabeza. No tenía ni idea de qué estaba diciendo.

—Venga, ya está bien. No sé a qué os referís. ¿Podéis darme alguna pista?

—Ya te lo conté —me dijo mal con gesto de complicidad.

—¿Igual que me contaste que pensabas venir a vivir aquí conmigo?

—¿No le dijiste que ibas a vivir con ella? —preguntó Lauren en voz baja, de una forma letal.

—Era una sorpresa —aseguró él, encontrando una disculpa con rapidez—. Un gran gesto romántico por mi parte. Además, sabía que Anne me quería aquí con ella. Pero es demasiado tímida para decir esas cosas. ¡Mírala!, se podría decir que adora el suelo que piso. Y ya la has escuchado, exigiéndome sexo a todas horas del día. Y es que no puedo dárselo si no estoy con ella, ¿verdad?

Lauren arqueó una ceja.

—Mal, cuando me llamaste me dijiste que ella había dicho que sí, pero que se había olvidado de darte una llave.

—Bueno, era prácticamente la verdad. —Alzó las manos en el aire—. ¡Venga, señoritas!, no tenemos mucho tiempo.

—Anne, lo siento —se disculpó Lauren.

—No pasa nada. Me alegro de que Mal esté aquí. —Y aunque la idea me tentaba, lanzarle algo en este momento no iba a ayudarme demasiado. Respiré hondo e intenté mantener la calma—. Retrocedamos un poco y vais a responder a mi pregunta: ¿podéis darme alguna pista? Esta noche tenemos un acontecimiento de etiqueta, ¿verdad?

—Ya te lo dije —Mal arrastró las palabras mientras sacaba el teléfono del bolsillo y deslizaba el dedo sobre la pantalla antes de ponérmelo delante de la cara—: Soy un buen novio, ¿ves?

En el mensaje se podía leer:

«Tienes la American Express encima de la mesa. Vístete de gala para esta noche».

Sin embargo, mi nombre no estaba a la vista. En efecto, había una tarjeta de crédito negra sobre la mesa del comedor, aunque yo pensé que se la había

olvidado. La idea de que la dejó allí para que yo fuera de compras ni se me había pasado por mi cabeza, ni un solo segundo.

—Perdona. Ahí pone que le has enviado ese mensaje a una mujer llamada Angie —repliqué con firmeza—. No me lo has mandado a mí, Mal.

—¿En serio? —Miró el teléfono sorprendido—. ¡Joder! Qué despiste.

—¿Quién es Angie? —intervino Lauren.

—Ni idea, pero me parece que aún debe de estar buscando la tarjeta —se rio—. Como si se la dejara a cualquiera. Lo siento, Anne. ¿Podrías improvisar algo elegante? Tenemos que marcharnos ya.

—¿A dónde?

—Por ahí.

Fruncí el ceño, pero no me moví ni un centímetro.

—Venga, dime algo más... —lo animé.

—Es una fiesta que dan Dave y Ev con motivo de su aniversario de boda. Ya. Ya sé que no ha pasado ni un año desde que se casaron, pero ¿quién los entiende? La cosa es que Dave se ha volcado en esto y nos ha pedido que vayamos bien vestidos. Lo siento, lo he jodido todo al no avisarte antes. —Se dejó caer de rodillas dramáticamente mientras se llevaba las manos al pecho—. Por favor... Lo siento mucho. Lo siento, soy un puto desastre. ¿Ves? Mírame aquí, de rodillas ante ti, Anne. Me arrastro como un humilde gusano a tus pies.

—De acuerdo, de acuerdo. Iré contigo. Pero la próxima vez asegúrate de que me envías a mí el mensaje.

—Lo haré. ¡Gracias! ¡Muchas gracias! —dijo de forma efusiva, poniéndose de pie de un salto—. ¡Eres la mejor, bomboncito!

Solo tenía un vestido apropiado en mi armario. Un modelo *vintage* de encaje negro, estilo años cincuenta. Lo había comprado el año anterior para celebrar mi vigésimo primer cumpleaños. Siempre que me lo ponía me sentía como si acabara de salir del plató de *Mad Men*. Por suerte, mi pelo no estaba demasiado mal, así que podía dejármelo suelto. Me apliqué algo de corrector, un poco máscara de pestañas y brillo de labios. ¡Listo! Maquillada en menos de cinco minutos, todo un récord. Algún día de estos me arreglaría de verdad para ir a algún evento de los Stage Dive, pero no sería ese día.

En el salón, Lauren y Mal seguían discutiendo.

—No puedo creerme que le enviaras un mensaje a una mujer que no es tu novia —replicaba Lauren, intentando que yo no la oyera.

—Bueno. ¿Mi novia está enfadada? Yo diría que no. Así que... dime, ¿por qué te importa tanto?

—Como le hagas daño, Ev y yo nos turnaremos para sacarte el hígado con una pala. Así que... mucho cuidadito.

Era una imagen horrible, pero no puede evitar sonreír al escucharla por boca de Lauren. Me gustaba la sensación de que mis amigas me protegieran.

—No se puede sacar el hígado de nadie con una pala —se burló Mal.

—Claro que se puede. Solo que habría más sangre.

Mal soltó un gruñido.

—Y ya que estamos, ¿qué hacías en el otro dormitorio? ¿Ya se ha cansado de ti o qué?

—Tengo que guardar mi ropa en algún sitio. El armario de Anne está a rebosar. Las mujeres no sabéis compartir el espacio.

Cerré la puerta de la habitación y empecé a quitarme los *jeans* y la camiseta. Luego me cambié de ropa interior. El escote del vestido era considerable, y los sujetadores que no tenían tirantes me hacían daño... y dado que mis pechos no eran demasiado grandes... La imagen que me devolvía el espejo me gustaba y, por suerte, el vestido aún me quedaba perfecto. Sin embargo, no podía subirme la cremallera de la espalda. Me puse los *stiletos* que guardaba para ocasiones especiales como esta y salí de la habitación, con el vestido puesto pero sin abrochar.

—Lauren, ¿te importa...?

—¡Oye, oye! Eso ahora es cosa mía. —Mal sonrió y se colocó detrás de mí—. ¿A ver? Un vestido perfecto, Anne. Elegante y con clase. Como a mí me gusta.

—Gracias.

Se acercó más y me calentó el cuello con su aliento mientras me subía la cremallera muy despacio. Al instante se me puso la piel de gallina.

—No me había dado cuenta de lo largo que tienes el cuello. Es precioso.

—Mmm...

—Y tienes unas orejas muy suaves —continuó.

—Gracias.

—Por cierto, ¿vas sin sujetador? —preguntó como quien no quiere la cosa.

—Esto... Sí. Con este vestido no puedo, se vería el... Bueno, no es necesario que hablemos de esto ahora, ¿verdad?

Me deslizó los dedos por la columna, justo antes de cerrar la cremallera. Aquel gesto me hizo estremecer y me dejó sin palabras.

—Esto va a ser un infierno, bomboncito. Voy a estar muy distraído —susurró—. Sé que me voy a pasar toda la noche tratando de mirar por debajo de tu escote.

La mirada que me dirigió me hizo sentir calor en unos lugares muy concretos. Ese era mi mayor problema: nunca sabía si hablaba en serio. Sabía que aquella escena era para que pareciéramos una pareja delante de Lauren, ¿no? Pero por alguna razón, no lo tenía muy claro. Algo en su tono me sonaba a que era mucho más personal. De hecho, cuando Mal empezó a tocarme, me olvidé de que ella estaba en la habitación. Aunque estaba muy presente, porque la oí quejarse en voz alta.

—¡Oh, Dios mío! Voy a taparme los oídos.

Él me hacía arder sin proponérselo. Tenía que controlar mis reacciones y no perder la cabeza; solo así funcionaría nuestro acuerdo.

—Gracias —dije cuando finalmente sentí el vestido ceñido en mi cuerpo y bien cerrado.

—Ha sido todo un placer.

Esperé a que se pusiera frente a mí, pero no lo hizo. Incluso se acercó más. El cálido aroma masculino que emanaba de él, su fricción, dura como el hierro al aproximarse más... Traté de alejarme para preservar lo que me quedaba de cordura, pero él continuó acercándose. La palabra «abrumador» no me servía para describirlo por completo.

—¡Eh, vosotros dos! —Lauren golpeó el suelo con el pie—. Lo que sea que estéis haciendo, ya basta, por favor. Sigo aquí.

—No le hagas ni caso, Anne. Está celosa de nuestro amor. —Mal me rodeó la cintura con un brazo, apretándome contra él. Noté su dura erección contra el trasero de una forma inconfundible. Se suponía que éramos una

pareja, pero ¿era necesario que frotara su polla contra mí? No tenía nada que ver con que me gustara... No, eso era algo en lo que no debía ni pensar.

—Sí, Malcolm, envidio muchísimo vuestro amor. Has acertado. —Lauren sacudió la cabeza muy despacio—. Venga, tenemos que salir ya. Nate nos está esperando y no le gusta nada esperar.

—Será mejor que nos vayamos —susurré a Mal, que seguía pegado a mí.

—Sí. —Su voz era tierna y soñadora, y prometía buenos momentos salvajes en la cama. Al ponerse delante de mí me mostró su sonrisa habitual—. Bomboncito, ¿por qué no te despegabas de mí? ¡Hay que ver! No tenemos tiempo para hacerlo ahora. Siempre tan ardiente...

Sin duda, a veces la tentación de golpearle era muy fuerte.

En el apartamento de David y Ev había el doble de gente que la última vez que estuve allí. Gente de todas las edades, desde adolescentes hasta ancianos, conservadores o provocadores... Y todos estaban engalanados para la ocasión. El lugar estaba decorado hasta el último metro. Había velas blancas de todos los tamaños en cada rincón de la estancia. Jarrones llenos de flores en cada superficie libre. El sonido de las copas y los estallidos al abrir las botellas de champán sonaban por encima de los acordes de *rock* clásico. El ambiente de esta noche era sin duda mucho más romántico, más elegante, como más familiar. En el aire vibraba una curiosa expectación. Todo resultaba muy emocionante.

Mal no me soltó la mano en ningún momento. Sentía sus largos y cálidos dedos rodeando los míos. Interpreté a la perfección esas señales y me quedé a su lado. Cuando alguna sirena trataba de acercarse a él, me utilizaba como escudo con un «te presento a Anne, mi novia». Casi me caí las primeras veces que lo escuché, pero una vez que me acostumbré, gané en soltura. Cuando vi venir a la última, simplemente me limité a levantar una mano mientras le soltaba un «está conmigo». Se lo tomó bastante bien.

—He llegado a pensar que iba a pegarme —confesé a Mal, mirando a la decepcionada de turno mientras se perdía entre la multitud—. Ser tu novia es un deporte de riesgo.

—¡Qué quieres que te diga! Soy un magnífico ejemplar de masculinidad. Todas me desean, no puede ser de otra manera. Pero te agradezco mucho que protejas mi honor.

—Eso espero. —Sonreí.

—Ven, quiero presentarte a Jimmy. Te caerá muy bien. —Se abrió paso entre la gente, arrastrándome con él—. Perdón... Perdón... Dejen paso.

Jimmy Ferris estaba junto a la chimenea como si lo hubieran pintado allí mismo. Aquel hombre era puro arte en movimiento. Pelo oscuro y peinado hacia atrás, brillantes ojos azules... Se parecía mucho a su hermano, David, y también era alto y delgado, pero parecía más tranquilo y algo más robusto. Más intenso, si eso era posible. Quizá Ev había sosegado a David. Pero, sin duda, Jimmy no tenía la tierna mirada de un hombre enamorado.

La incisiva mirada que le lanzaba a la chica que tenía al lado no era precisamente amable. Ella erguía la cabeza y no le hacía nada de caso. Estoy segura de que yo no habría sido capaz de mantener tal indiferencia. Jimmy Ferris poseía un magnetismo que hacía difícil no prestarle atención. Circulaban muchos rumores sobre lo que había estado haciendo desde que pasó por rehabilitación. Dado el tamaño de sus músculos, yo apostaría por el levantamiento de pesas. Ben era un tipo robusto, grande como un leñador. Pero Jimmy parecía haberse esforzado en parecer tal cosa.

—¡Hey, Jimbo! —lo saludó Mal, haciendo un sitio a su lado para mí—. Te presento a mi novia, Anne. Anne, este es Jim.

En efecto, Jimmy me dirigió el mismo movimiento de barbilla que los demás. Era una especie de apretón de manos secreto, como un código entre ellos. Así que le respondí con el mismo gesto. Sonrió, pero fue tan fugaz que pensé que me lo había imaginado.

Mal se inclinó delante de mí, justo a pocos centímetros de mi nariz.

—¿A ver? No. No te hacen chiribitas. Tu teoría se ha caído por su propio peso, bomboncito. Solo te salen conmigo.

—Encantada de conocerte, Jimmy —dije, apartando un poco el rostro de mi novio falso.

—¿Sigue haciendo eso con los ojos? —le preguntó Jimmy a Mal.

Sí, las estrellas del *rock* eran muy cotillas. Y aquí tenía la prueba.

—La lujuria no tiene fecha de caducidad, Jimbo. Hola, Lena. Estás muy guapa. —Mal le tendió la mano a la chica que acompañaba a su amigo. La distante actitud de ella se volvió cálida al instante. Qué cosa más rara...

—Hola, Mal. ¿Qué tal va todo? —La joven estrechó sus dedos con suavidad antes de ofrecerme a mí su mano. El cabello castaño le caía sobre los hombros y llevaba unas gafas con la montura de pasta roja—. Tú debes de ser Anne. Es un placer conocerte. Mal nos ha hablado mucho de ti.

—¿En serio? —Le sostuve la mano mientras le devolvía la sonrisa.

—Sí. Durante el ensayo de hoy solo ha hablado de ti —aseguró.

—Ay, Es que es el amor de mi vida —dijo Mal con un suspiro, poniéndome un brazo sobre los hombros.

—¿Lo ves? Eres el amor de su vida. —Lena esbozó una sonrisa. Al parecer solo detestaba a Jimmy.

—Será esta semana... —replicó Jimmy.

Lena volvió la cabeza hacia él con un suspiro. No fue necesario decirle más.

—Lo siento —se disculpó Jimmy con una sonrisa forzada—. No debería haber dicho eso, chicos.

Mal hizo como si no hubiera escuchado eso último.

—Bomboncito, Lena es lo que llamamos una niñera —me explicó Mal—. Por ejemplo, si eres un idiota que no sabe comportarse, consigues que una mujer espectacular como Lena te siga a todas partes para asegurarse de que no te conviertes en un marrón para los relaciones públicas de la compañía discográfica.

—Ya he dicho que lo sentía. —Jimmy escudriñó la sala, frunciendo el ceño de la misma forma que su hermano. Con ese gesto me recordó a James Dean.

—Hola. —Ben apareció a mi lado en ese momento y me miró desde lo alto.

Vi unos cuantos intercambios más de gestos de barbilla entre ellos. Me fijé en que todos los miembros del grupo llevaban el mismo modelo de traje negro, aunque Jimmy había prescindido del chaleco y lo combinaba con una corbata negra. Ben llevaba también corbata y tampoco usaba el chaleco,

aunque tenía las mangas subidas y había enrollado las de la camisa, que asomaban por debajo del traje. Los dos lucían varios tatuajes. ¡Oh, Dios! Tatuajes y trajes de firma eran una combinación letal.

Esta noche la media de hombres impresionantes era muy elevada. Pero Mal era el más guapo de todos, por supuesto.

—Bomboncito, ¿sabes qué?

—¿Qué?

Antes de que pudiera adivinar lo que estaba pasando, me cargó sobre su hombro y vi la sala del revés. ¡Dios! ¿Se me habría bajado el escote? Me aplasté el brazo contra el pecho apoyando la mano en la clavícula, por si acaso.

—¡Mal, bájame! ¿Qué haces?

Al instante me dejó de pie en el suelo. La sangre bajó de mi cabeza y la habitación comenzó a dar vueltas. A nuestro lado, Ben y Lena se rieron. Creo que Jimmy estaba demasiado ocupado pareciendo aburrido, me resultaba difícil adivinarlo con las vueltas que me daba la cabeza. Estaba bastante segura de que me miraba todo el mundo. Si yo hubiera visto a una chica bocabajo lanzando maldiciones por la boca, hubiera alucinado, como mínimo.

—Pero si nadie ha visto nada —aseguró Mal, leyendo mi mente como un libro abierto—. ¿Estás bien?

—Sí —dije al tiempo que me estiraba el vestido.

Comenzó a frotar una mano en el hueso de mi cadera, sin dejar de mirarme.

—Lo siento, bomboncito. Lo he hecho sin pensar.

—De acuerdo.

Me miró con los ojos entornados.

—¿Estás bien de verdad o solo lo dices para que me calle y darme una patada en las pelotas más tarde?

Lo medité un momento para estar segura.

—No. Pero no vuelvas a hacerlo, o te daré esa patada.

—De acuerdo. No volveré a subirte.

—Gracias.

—No volveré a avergonzarte de nuevo, Anne. Lo prometo.

—Te lo agradezco muchísimo.

—Ven aquí —dijo, acercándose más—. La comunicación que tenemos como pareja es cojonuda. ¡Somos la hostia!

—Sí, lo somos —convine, totalmente eufórica.

Todo era muy raro. Apenas hacía unos días que nos conocíamos, pero ya confiaba en él. Me caía muy bien y me sentía feliz de poder pasar tiempo con él. Después del desastre que había supuesto la partida de Skye, estaba encantada con que Malcolm Ericson formara parte de mi vida. Pero ¿qué estaba diciendo? Necesitaba a Mal después de aquellos últimos siete años. Apareció en mi vida como un rayo de sol.

—Claro que sí... —susurró.

Y luego me besó, arruinándolo todo.

CAPÍTULO 9

No fue un simple beso. Mal no se limitaría a rozar mis labios en un casto beso de afecto. ¡Dios, no! Claro que no. Su beso fue como una droga capaz de provocar amnesia absoluta. Borró el recuerdo de cualquier otro beso. Era la pura felicidad hecha química. Y me demostró que no me habían besado nunca de verdad, porque esto era... ¡Dios mío! Me cubrió la boca con la suya y se apoderó de mí, simplemente. Deslizó la lengua por mis dientes al tiempo que enredaba los dedos en mi pelo. Como respuesta, me aferré a su chaleco; quizá al principio fuera por sorpresa... o por enfado. Pero mis emociones cambiaron con rapidez. Noté que se me derretían las rodillas.

Ese hombre estaba besándome hasta anularme el sentido y la razón.

Su lengua acariciaba la mía, animándome a corresponderle. Quizá no fue lo más sensato, pero no pude reprimirme. Gemí contra su boca mientras lo besaba casi con la misma intensidad con la que me besaba él. Tensé los muslos y cerré los puños. Se me puso la piel de gallina. Me apresó con más fuerza, como si no pudiera soltarme. Mientras, podría decirse que le arañaba para llegar a él a través del traje. La necesidad de estar más cerca era enorme. No me importaba nada más.

A nuestro alrededor estallaron los aplausos, lo que me pareció bastante justo. Un beso tan impresionante con este merecía una ovación en toda regla. Y tampoco vendrían mal unos fuegos artificiales. Sin embargo, me pareció un poco extraño que estuviera sonando un cuarteto de cuerda. No me cabía duda

de que un alocado solo de batería hubiera sido mucho más conveniente, algo primitivo que coincidiera con el redoble de mi corazón desbocado.

—Venga, muchachos —nos reprendió Ben al tiempo que nos empujaba—. ¡Ya basta! ¡Basta! ¡He dicho basta!

Me alejé de Mal y traté de recuperar el aliento. Él también jadeaba, con las pupilas dilatadas. Quizá la mejor palabra para describirlo sería «aturdido». Y «ávido» la seguía muy de cerca. Después de todo, nos habíamos devorado la boca mutuamente en público.

Me lo quedé mirando intensamente sin dejar de temblar. ¡Dios! ¿Qué demonios acababa de pasar?

—¡Ha sido divertido! —Sonrió y me miró como si acabara de descubrir un juguete nuevo. Uno que le gustaba de verdad.

No.

De eso nada. No. Ni hablar.

El corazón estaba a punto de salirse de mi pecho como si fuera uno de los bichos de *Aliens*. Me pareció normal que quisiera ponerse a salvo. Era una locura. Tenía que detener todo esto. ¿Qué pasaría si él se diera cuenta de lo que me había hecho sentir? Seguro que ponía fin a nuestro acuerdo en un santiamén.

Había llegado el momento de hacer recuento de los daños.

—Ha sido muy agradable, Mal. —Y le di una palmadita en la mejilla.

Su arrogante sonrisa desapareció de golpe.

A nuestro alrededor todos seguían vitoreando. Aunque miraban hacia otro lado, muchos nos observaban de reojo. Me di la vuelta y me puse de puntillas, para ver qué pasaba. Ev estaba de pie en la puerta con un vestido de color marfil. Incluso desde la distancia a la que estaba pude apreciar la sorpresa en sus ojos. Junto a ella estaba David, con un traje igual que los demás miembros del grupo. Y se puso de rodillas muy despacio. Yo estaba demasiado lejos para oír lo que estaba diciendo y la habitación era muy ruidosa, aunque es evidente que fue algo emotivo: Ev asintió con los ojos llenos de lágrimas.

—Dave quería celebrar una segunda boda sorpresa —me explicó Mal, uniéndose a los aplausos—. Ev no recuerda nada de cuando se casaron por

primera vez, fue una boda rápida en Las Vegas y estaba borracha, por lo que quería volver a casarse con ella. Para que tuviera algo que recordar, ya sabes...

—Es muy... romántico... —Me humedecí los labios, degustando su sabor.

Me rodeó la cintura con los brazos y fue la única forma de que me quedara junto a él, sin alejarme. Quería estar sola un rato, por lo menos hasta que pudiera tener mi cuerpo bajo control.

—Creo que nos ha visto todo el mundo, ¿verdad? —preguntó él.

—Mmm... Eso creo. —Sin lugar a dudas, habíamos dejado claro que éramos una pareja. Seguramente, incluso habíamos logrado eclipsar durante un momento a los novios. ¡Estupendo! Eso haría que no nos volvieran a invitar por aquí.

Por el pasillo apareció un hombre vestido con el típico traje de Elvis, con una cardada peluca negra y todo lo demás, que se puso a cantar *Love me tender*, acompañado por el cuarteto de cuerda. Todos los presentes tenían una sonrisa en los labios cuando Ev se puso a reír y a llorar al mismo tiempo. Repitieron los votos con solemnidad, haciendo que incluso a mí se me empañaran los ojos, aunque recuperé el control enseguida. Me parecía que el acto estaba siendo muy romántico y tierno. Jimmy atravesó la multitud para entregarle a su hermano un anillo. Me sorprendió ver que lucía una sonrisa.

De forma muy paulatina mi alocado ritmo cardíaco recuperó poco a poco la normalidad. Miré a Mal por encima del hombro. Al principio no supe qué era lo que estaba observando con intensidad, pero luego me fijé en que era una pareja de ancianos que había en el otro extremo de la estancia. ¿Eran quizá los padres de Ev? ¿Los de David? Los estudiaba con expresión de tristeza, con una lejanía que acabó formando una línea entre sus cejas. Entonces me pilló mirándolo, frunció el ceño y desvió la mirada al frente.

—¿Puedes creerte que David le ha comprado otro anillo tres meses después? —me susurró al oído—. Está absolutamente loco por ella. Hasta roza el ridículo.

—Están enamorados. Creo que es muy bonito.

—Al ritmo que está regalándole diamantes, Ev podrá montar una diadema antes de Navidades.

Era muy propio de mí ser mordaz para mis adentros, pero odié darme cuenta de que Mal parecía rechazar la idea del amor, de la convivencia en pareja o lo que fuera.

—¿Qué pasa? —me preguntó al ver mi expresión.

—Es que no logro distinguir si estás celoso, amargado o qué.

—Solo estaba bromeando —aseguró con una mirada de recriminación—. Las diademas son algo muy elegante, todo el mundo lo sabe.

—Ya, claro.

Mal parpadeó, pero sus labios, su hermosa boca, no se movió.

Otra ronda de aplausos resonó en la habitación cuando terminó la ceremonia. Considerando que ya estaban casados, no tenía sentido hacer que fuera interminable. O quizá fue solo a mí a quien le resultó rápida. Vi cómo se besaban mientras los *flashes* iluminaban la enorme sala. Después la gente se agolpó hacia ellos para felicitarlos.

Era un momento feliz. Una ocasión alegre.

—Ahora vengo —le dije, apretándole el brazo. Necesitaba aire, espacio... Necesitaba ordenar mis ideas.

Mi exagerada reacción al beso me inquietaba demasiado. En el balcón estaría más fresca y aplacaría mis nervios. Sabía que Mal iba a estar a mi lado en los eventos. Incluso esperaba tener sentimientos, sensaciones, nervios, torpeza... y hasta una leve excitación, pero... ¿quedarme con la mente en blanco? ¿poseída por la lujuria? ¿perder de vista la realidad? No, tanto no. Él tenía razón. Había muchas posibilidades de que *Atracción fatal* acabara convirtiéndose en una referencia.

—¿Qué te ocurre? —preguntó, siguiéndome hasta la terraza.

—Nada. No me pasa nada.

—No mientas.

—Si te digo que no pasa nada, es que no pasa nada —repetí con mordacidad.

—Actúas de una forma muy rara. —Se acercó a mí con una mirada capaz de hipnotizarme—. Por cierto, el beso ha sido increíble —aseguró.

—¿Tú crees? Mmm... Ha sido agradable —mentí con una sonrisa de lo más serena.

—¿Que ha sido agradable? —Arqueó una ceja de forma pronunciada—. ¿Solo eso?

Me encogí de hombros.

—Anne, has estado a punto de arrancarme la ropa. Creo que ha sido más que agradable.

—¡Oh! Perdona... Es verdad. ¿He exagerado mucho? Es que dada la forma en la que has actuado, pensaba que íbamos a por todas. Y te he seguido. Pero quizá me he pasado.

Se quedó paralizado

—¿Ha sido una actuación? ¿Lo has hecho por mí? —preguntó

—Bueno, a mí me ha parecido una actuación bastante convincente. ¿A ti no?

—¿Es eso lo que crees?

Volví a encogerme de hombros.

—Tienes que reconocer que hubo un montón de lengua, como a ti te gusta —admití alegremente.

Mal se acercó más a mí, invadiendo mi espacio personal. Lamenté que los tacones no fueran más altos. Me encontraba ante una de esas situaciones en las que no me quería sentir inferior. Cerré y abrí los puños a mi espalda, presa de los nervios, pero dispuesta a no demostrarlo. Yo no era así. No pensaba permitir que ese hombre me pusiera la vida patas arriba. Ya había pasado por eso y siempre fue horrible.

—Cuando hicimos el trato, te advertí que habría besos con lengua —replicó.

¡Dios mío! Claro que había habido lengua. Y mucha. Todavía podía sentirla, frotándose contra la mía, enredándose con ella. Su lengua, de hecho, se había convertido en un fantasma. Había muchas posibilidades de que Malcolm Ericson me fuera a volver loca. Tenía que detener todo esto. Pero, para empezar, lo mejor que podía hacer en ese momento era mantener la conversación tan alejada como fuera posible de cualquier cuestión relacionada con la boca.

—Claro. Por eso lo hice. Y ya que hablamos del trato... ¿por qué me dijiste que necesitabas una novia?

—Eso ya quedó zanjado.

—No. Yo creo que no.

—Te dije todo lo que voy a decirte al respecto. —Hizo una pausa y frunció el ceño—: ¿Por qué tratas de cambiar de tema? ¿Qué te pasa, Anne? No te habrá puesto a la defensiva ese beso que solo fue agradable, ¿verdad?

—¡No! Claro que no. —Cruce los brazos—. Pero estuvimos de acuerdo en que no iba a haber nada de sexo entre nosotros. Y ya que estamos, cuando dos personas no tienen sexo, no necesitan hablar de lenguas.

—No estoy de acuerdo.

—¿De verdad quieres seguir dando vueltas a ese tema? ¿En serio?

—No sabes cuánto, bomboncito.

—¡Genial! Pues hablemos de ello. —Quizá debería tirarme de cabeza por el balcón... No estaba demasiado alto. Es más, dejando a un lado las leyes de la física, podría rebotar. Nunca se sabe—. Comentaste que me meterías la lengua en la oreja, Malcolm, no en la garganta.

—No te he metido la lengua en la garganta. —Entornó los ojos—. Jamás he tenido ninguna queja sobre mi manera de besar.

No añadí nada, pero él sí.

—¡No seas mentirosa! ¡Te ha gustado! Lo sé.

—Ha sido... agradable. Ya te lo he dicho.

—¡Agradable! —repitió escéptico. Los tendones de su cuello parecían a punto de explotar, como si estuviera a punto de convertirse en el increíble Hulk—. ¿Estás diciendo que ese beso solo te ha resultado agradable?

—Estábamos fingiendo, Mal. ¿Recuerdas? ¿Por qué no te tranquilizas un poco? —Retrocedí un paso al tiempo que esbozaba una sonrisa calmada, pero él avanzó hacia mí con una mirada ardiente en sus brillantes ojos verdes.

—No ha sido solo un puto beso «agradable». Y lo sabes.

—¿No crees que estás exagerando ligeramente? —Traté de reírme.

—No. —No parecía más tranquilo.

—Supongo que no somos compatibles. Eso es todo. No hay química entre nosotros. Y, de hecho, dada la situación, es una suerte, ¿no crees? De esta forma podremos mantener las cosas bajo control, justo como querías.

—De eso nada.

—Cuidadito. —Le apunté con el dedo índice—: Creo que ahora estás proyectando tu ego. No todas las mujeres caen a tus pies, ¿sabes?

—Cierto, pero tú eres de las que sí caen.

—¿Yo? Oh, no, no...

—Sí.

—¡Ya basta! —Lo miré. ¡Dios! No podía creer que las estrellas del *rock* fueran tan infantiles. Menudos niños egocéntricos y mimados...

El silencio se extendió entre nosotros de una forma ensordecedora. Estábamos en un profundo lapsus temporal. Otra vez en una burbuja. No existía el apartamento, ni había ninguna fiesta, ni música, luz o conversaciones. Pero me propuse ser capaz de controlar la situación. No pensaba perder la cabeza por un famoso que acabaría largándose en cualquier momento.

—Quiero repetirlo. Ahora mismo —exigió.

Solté una carcajada nerviosa.

—¿Cómo? Ni hablar. —Le puse una mano en el pecho, tratando de detenerlo. No sirvió de nada. Noté el rápido latido de su corazón contra la mano, a pesar de las tres capas de ropa.

Mal se alzaba cada vez más cerca, más amenazador, mientras se humedecía sus magníficos labios.

—En este momento solo estamos tú y yo, Anne.

—No lo creo.

—Puedo hacerlo mejor que antes. —Se acercó todavía más.

—No es necesario que me demuestres nada, Mal, de verdad...

—Esta vez te gustará más, te lo prometo.

Como sus besos me gustaran todavía más, acabaría teniendo un infarto... u otra cosa.

—En serio, no es necesario.

—Solo uno más —intentó camelarme con una voz grave y tierna. ¡Maldito seas!—. No es para tanto. Solo dame una oportunidad.

Su boca se cernía ya sobre la mía. La anticipación me hacía estremecer. ¡Mierda! No iba a poder detenerlo. Era algo que no se me pasaba por la mente. ¿Estaba loca o qué?

—¿Algún problema en el paraíso? —Jimmy Ferris salió al balcón con su sonrisa burlona, marca de la casa. Gracias a Dios. Lo hubiera besado por su oportuna intervención... claro que habían sido esos besos los que me habían metido en ese lío.

—¿Qué tal? ¿Estás escondiéndote de Lena? —preguntó Mal con tranquilidad.

Jimmy movió la cabeza, haciendo que se agitara su pelo oscuro. Pasó la mirada sobre mí antes de clavar los ojos en las luces de la ciudad. Fue una manera muy clara de ignorar la pregunta.

—Ya, eso pensaba. —Mal resopló. La intensidad que había generado se evaporó en el aire, menos mal—. Estamos bien, colega. Solo hemos salido aquí para elegir los nombres de nuestros futuros hijos. Anne lo quiere llamar Malcolm Junior si es un niño, pero me he negado rotundamente. Cualquier crío debe tener la oportunidad de vivir sin estar constantemente bajo la sombra de su padre.

—Cierto. Es muy generoso de tu parte —sentenció Jimmy.

—Lo sé. Pero cuando uno es padre, tiene que hacer sacrificios, ¿no crees?

Mal me deslizó la mano por la nuca y empezó a masajearme los músculos tensos.

—Relájate —me ordenó—. Esto no es bueno para el bebé.

—No estoy embarazada —le aclaré a Jimmy.

—Ay, es verdad. Era un secreto. Lo siento, bomboncito. —Se dio un golpe en la frente. Me hubiera hecho feliz ser yo la que se lo diera.

—No te preocupes, Anne —intervino Jimmy mirándome fijamente—. Somos amigos desde la infancia. Sé de sobra cuándo está mintiendo.

Ojalá yo también lo supiera.

—¿Quién está embarazada? —preguntó David Ferris, saliendo al balcón de la mano de su esposa. En la otra llevaba una cerveza.

Mal me frotó el vientre con una mirada de orgullo. Cualquier redondez en la zona era fruto de mi debilidad por los pasteles, no un acto de procreación.

—Mal, para ya. No estoy...

—Queríamos mantenerlo en secreto —me cortó Mal—. No era nuestra intención eclipsaros a vosotros dos, tortolitos.

—Un trabajo muy rápido —se rio David.

—Mis muchachitos son francamente veloces —replicó Mal, guiñándole el ojo.

—No creo que se pueda saber tan pronto, capullo. —Jimmy se cruzó de brazos al tiempo que se apoyaba en un ventanal—. Es un tema médico y todo eso.

—Un hombre de verdad sabe cuándo ha dejado embarazada a su mujer, Jimbo. Pero no esperaba que tú lo entendieras.

—Así que un hombre de verdad, ¿eh? —Jimmy se apartó de la ventana y se acercó a Mal muy despacio. Su sonrisa hubiera ahuyentado a un tiburón. ¡Dios! Si los dos lucían la misma sonrisa. ¿Qué les ocurría a los hombres? ¿Es que todos sentían esa necesidad primordial de pelearse por simple placer? ¿Por qué?

—Muchachos, basta ya... —dijo Ev, acercándose a ellos—. Nada de puñetazos en mi boda, ¿de acuerdo? Ni siquiera aunque sean de mentira.

—¿Y qué te parecen unas bofetadas? —preguntó Mal, moviendo la mano frente a la cara de Jimmy.

—Mejor no. —Le agarré la mano y tiré de él antes de que pudiera hacerle daño a alguien—. Además, Jimmy tiene razón. Cuarenta y ocho horas son muy pocas para saberlo. Y tampoco es que lo estuviéramos intentando —me apresuré a añadir.

Mal arqueó las cejas al tiempo que me lanzaba una mirada herida.

—No me puedo creer que te hayas puesto de su parte. Es decir, en mi contra. Eso me ha hecho mucho daño, Anne. Tú, más que nadie, deberías saber que mis espermatozoides son de una calidad superior.

—No te imaginas cuánto me gustaría no oír hablar de tus espermatozoides —intervino Ben, moviendo la cabeza.

—No te sientas mal, colega. Es natural que mis hombrecitos de macho alfa te hagan sentir inferior.

Jimmy se cubrió la cara con las manos al tiempo que emitía un largo gemido.

—Deberías haberme dejado golpearlo —me dijo Jimmy—. Necesita que alguien le meta un poco de sentido común en la cabeza, aunque sea a

golpes...

—Si quieres, te lo sujeto —se ofreció Ben.

—¡Ya basta! —ordenó David.

Mal abrió la boca, con los ojos muy brillantes, así que le tapé los labios con la mano, impidiendo que dijera nada. Lo consideré un acto inteligente por mi parte.

—Venga, Mal... ¿por qué no hablamos después de tus espermatozoides? —le propuse. Me besó la palma de la mano, haciendo que la bajara muy despacio—. Gracias. Y no, no vamos a tener un bebé.

—Está bien, Anne. Lo que tú digas, Anne.

Ben se echó a reír.

—¿Es que te has convertido en una nenaza?

Sin añadir nada más, David alargó el brazo y le dio al enorme Ben una colleja en la nuca.

—¡Eh, oye!

—Gracias, Dave —dijo Mal, atrayéndome de nuevo hacia sus brazos.

—Ha sido por Anne, no por ti —replicó David—. No quiero oír hablar de embarazos con las mujeres cerca. A ver si maduráis, colegas.

—Una pala, Malcolm. Una pala vieja y oxidada. Ese es tu destino si haces daño a mi amiga. No lo olvides. —Ev se acercó y me dio un beso en la mejilla—. Te deseo toda la suerte del mundo con él. Eres una mujer valiente.

—Sí, eso empiezo a pensar yo también —admití.

—Me gusta cómo te mira —susurró—. Es algo nuevo en él.

—Tu segunda boda ha sido muy romántica —comenté con mi sonrisa más grande y brillante, dejando a un lado el tema de Mal.

Ev rodeó el cuello de su marido con los brazos y le dio un beso tierno en la mejilla.

—Oh, ¿verdad que sí? Ha sido increíble.

—Te quiero, cariño. —David le devolvió el beso.

—Yo también te quiero.

Él le susurró algo al oído, y Ev soltó una risita.

—No podemos... Están aquí mis padres. Tenemos que dejarlo para más tarde.

David hizo un mohín.

—¿Vas a venir a la gira, Anne? —me preguntó Ev—. Por favor, dime que sí.

—¡Claro que vendrá! —Mal me abrazó y me apretó con la suficiente fuerza para hacerme jadear. Incluso sentí que me levantaba del suelo.

—No sé nada. Y, desde luego, no he pedido ningún día libre... —Me retorcí hasta que Mal aflojó un poco su agarre. Sin embargo, no me dejó alejarme de él. Daba igual, podía ignorarlo, a él y a los locos sentimientos que me embargaban cuando estaba a su lado. Sería maravilloso experimentar la vida en la carretera, pero nadie me había invitado. Además, estaba mi trabajo, Lizzy, la vida real y todas esas cosas—. Por cierto, ¿cuándo empieza la gira?

—El primer concierto es en Portland dentro de cinco días.

—¡¿Dentro de cinco días?! —exclamé.

No había sido capaz de comprar una entrada cuando salieron a la venta, unos meses antes. Entradas que, por supuesto, se agotaron en cuestión de minutos. Una vez que tuve claro que no iba a asistir, ignoré de forma deliberada el acontecimiento sobre el que hablaba la mayoría de la ciudad.

Pero un momento: el tiempo que se supone que estaría con Mal sería breve. Sentí una opresión en el estómago y me dolió el corazón. Era un dolor fruto de la certeza. No importaba lo idiota que me volvieran sus besos, ya no quería que se alejara de mí. Él hacía que mi vida fuera mejor, más brillante, aunque sabía que era una estupidez que me encariñara con él; no quería hacerlo, pero a las pruebas debía remitirme.

—No te pongas triste, bomboncito. —Me sujetó la barbilla con suavidad mientras me miraba muy serio—. Ya pensaremos algo.

—Venga, preparaos para las fotos. —Lauren apareció en la puerta con una copa de champán en la mano. Después de algunas quejas, Jimmy entró en el apartamento. Ev y David lo siguieron abrazados.

—Por cierto, ha sido una gran actuación —me susurró Mal, besándome en el cuello con delicadeza—. En serio, por un momento he pensado que estabas a punto de echarte a llorar.

No dejaba de ser curioso, porque yo también había pensado que iban a

caerme las lágrimas. Fingí una carcajada y a continuación le mostré mi mejor sonrisa.

—Fui una de las brujas malvadas cuando representaron en el instituto *El mago de Oz*.

—Oh, vaya. Eso lo explica todo.

—Bueno, mi actuación se limitó a hacerme la muerta en el suelo, a punto de ser aplastada mientras llevaba los zapatos rojos.

—Me atrevo a apostar lo que sea a que fuiste la mejor chica aplastada del mundo.

—Gracias. Oye, ¿y eso de embarazada...? ¿A qué ha venido?

Puso los ojos en blanco y me dio un beso suave en la mejilla.

—Lo siento, lo siento... Me dejé llevar. ¿Me perdonas?

—Sí —repuse después de un par de segundos.

—Gracias. Eres muy amable. Lo cierto es que no quería llamar la atención sobre tu delicada situación.

Solté un gruñido, y él se puso a reír.

—¡Chicos! ¿Venís o qué? —gritó David, mirándonos por encima del hombro.

—Yo voy a quedarme un rato aquí —repuse, dando un paso atrás para alejarme de Mal mientras todavía era posible. Al instante, el aire frío de la noche me envolvió, haciendo que me estremeciera.

David movió la cabeza, rechazando mi intención de quedarme allí sola.

—No, Anne. Tú también. Si estás con él, eres parte de la familia. Venga, vamos a terminar con eso para poder relajarnos y descansar.

—Ya has oído al novio. —Mal me agarró de la mano y volvió a atraerme hacia él—. Pero antes... una cosa.

—¿Qué?

Debí de haberlo imaginado por el brillo de sus ojos. Bajó los labios y los apretó contra los míos. Me rodeó con los brazos para estrecharme con fuerza y aprovechó mi expresión de sorpresa para introducirse en mi boca. Resultó que sabía reírse de forma malvada al tiempo que me besaba hasta dejarme sin sentido. Eso tampoco debería haberme sorprendido. A pesar de eso, el beso resultó tierno y conmovedor. Me besó con dulzura hasta que la cabeza me dio

vueltas y el corazón me latió desbocado. Noté que me flaqueaban las rodillas y que mis partes más femeninas pedían clemencia.

Y continuó besándome.

—¿Qué tal esta vez? —preguntó cuando finalmente se separó, mirándome a los ojos que, sin duda, debían de reflejar mi aturdimiento—. ¿Mejor?

—Mmm...

Tomó aire por la nariz y frunció el ceño.

—¡Joder! ¿Todavía no lo he hecho bien? Necesito mejorar. Prometo darte el mejor beso del mundo. Solo tenemos que seguir practicando. ¡No me rendiré!

Dios mío... Estaba acabada.

CAPÍTULO 10

Estudié mi reflejo en el espejo del pasillo mientras en el salón la fiesta estaba en pleno apogeo. Un extremo de mi labio inferior estaba algo más hinchado que el otro. Lo estaba de verdad, y tenía un aspecto ridículo. Mal estaba chiflado. Siempre a punto de volvernos locos a todos. Sin embargo, por un tiempo incluso resultaba encantador presenciar ese comportamiento tan poco habitual.

¿Me gustaban los mordiscos? No, no me gustaban. Tampoco me gustaba que me mordisquearan o que me hicieran chupetones. La marca que tenía en el cuello no me impresionaba y estaba bastante segura de que tenía un hematoma en el trasero, de cuando me apreté contra la encimera de la cocina.

No es necesario decir que su agresivo experimento amoroso no estaba resultando un éxito.

—¡Dios! ¡Maldito psicópata! —dije a mi reflejo en el espejo.

—¿Perdón? —comentó la chica que esperaba a mi lado a que quedara libre el cuarto de baño.

—Nada. Solo estaba maldiciendo en voz alta. —Le mostré una amable sonrisa—. No me hagas caso.

Asintió y volvió a aplicarse el brillo en los labios con la precisión de un artista antes de colocarse bien altos los pechos. ¿Habría alguna posibilidad a mis veintitrés años de que mis senos empezaran a desarrollarse hasta alcanzar ese tamaño? Me gustaría...

—Oye... Has venido con Malcolm Ericson, ¿verdad? —me preguntó.

—Sí. —No alardeé de ello, pero me pasé los dedos por el pelo.

Su sonrisa no parecía sincera, a pesar de extenderse de oreja a oreja.

—Eres muy valiente.

—¿A qué te refieres?

—Porque no pegáis nada juntos. —Sus ojos se encontraron con los míos en el espejo. Eran oscuros y maliciosos, con motitas color avellana—. Me refiero a que tú no estás a su nivel. Pero... disfruta de él mientras puedas, ¿por qué no?

Lo comprobé en el espejo pero, para mi sorpresa, no me salía humo por las orejas. Abrí la boca, aunque tardé un momento en encontrar las palabras.

—¿Me dices eso en serio?

—¿Cómo? —Soltó una risita nerviosa y se atusó el pelo, mirándome en el espejo.

—No me conoces de nada, y yo a ti tampoco.

—¡Eh, tranquila, hermana! Pienso que Mal es guay. ¡Hoy tú, y mañana seré yo!

Menuda envidiosa mentirosa. No iba a permitir que esta zorra me hiciera sentir inferior.

—Para empezar, no somos hermanas. Ya tengo una y jamás me diría algo así.

Sus labios perfectos formaron una O igual de perfecta.

—En serio, cielo —le dije amablemente—. Tus modales dejan muchísimo que desear. Así que ¡vete a la mierda!

En ese momento se abrió la puerta del cuarto de baño y entré, cerrando con más entusiasmo del necesario.

Cuando me uní de nuevo a la fiesta, iba con los hombros bien erguidos; había olvidado ya el latido en el labio. Ni siquiera miré a la zorra que estaba esperando fuera.

¡Maldita fuera esa!

La fuerte música *rock* inundó mis oídos, manteniendo a raya mi incipiente agitación. Necesitaba dar un golpe a algo. ¡Ya! No a alguien, sino a algo. Por ejemplo, aporrear una pobre e inocente pared para dejar salir la presión que se

iba acumulando en mi interior. Contuve el ritmo agitado de mi respiración, intentando sosegar mi mente.

«Tranquila, Anne, todo va bien.»

Mal, Jimmy y Ben estaban a un lado, bebiendo mientras ignoraban las sonrisas llenas de esperanza de las jóvenes que babeaban al tenerlos cerca. ¡Dios! ¿Así era su vida todo el tiempo? Tenía que ser insoportable. A unos metros de ellos, Lena mantenía una conversación con una chica de su edad. De vez en cuando, miraba a Jimmy de una forma que no parecía demasiado profesional. Allí se cocía algo...

Poco a poco fui capaz de respirar con normalidad. Todo estaba bien.

—¿Qué te pasa? —me preguntó Mal cuando me acerqué.

Justo por detrás de nosotros la que me dijo esas cosas salió del aseo con aires de grandeza y le lanzó a mi supuesto novio una enorme sonrisa forzada. Era una desvergonzada.

—Quiero que me prometas una cosa —le pedí a Mal.

—Lo que sea, bomboncito.

Lo miré sonriente.

—Ni siquiera has vacilado.

—Estás enfadada por algo. —Se inclinó, consiguiendo que la conversación fuera privada a pesar de estar en una estancia llena de gente—. ¿Qué te ha ocurrido?

—Prométeme que no te acostarás con ella. —Señalé a la zorra en cuestión, que en ese momento estaba hablando con un señor mayor, al que sonreía mientras asentía amablemente. Seguramente sería prima de Ev o algo así, y no una reina del lado oscuro. Aunque eso no convertía en correcto su comportamiento. Además, no debería insultar a nadie cada vez que abriera la boca. Le iría mucho mejor así.

—No me acostaré con ella —convino Mal.

—Ni mantendrás relaciones sexuales.

Puso los ojos en blanco.

—Era para dejarlo claro —insistí.

—Pero ¿qué te ha hecho esa?

—Me ha insultado. Pero, tranquilo, no pasa nada. —Con saber que no iba

a conseguir acercarse a él, ya estaba en paz conmigo misma—. Sigamos disfrutando de la fiesta.

La expresión de Mal se volvió dura y apretó los labios.

—¿Cómo? ¿Qué cojones te ha dicho?

—Eso no importa. Voy a buscar otra copa. No sé dónde he dejado la mía y, en este momento, beber me parece una idea excelente. Necesito lubricante social. —Me dirigí hacia la cocina, de nuevo satisfecha con mi vida. Se haría justicia. Los pantalones de Mal estaban vetados para esa mujer.

Una mano me retuvo agarrándome por el codo y me arrastró de nuevo al cuarto de baño. Era una estancia bonita. Paredes de piedra color gris oscuro con apliques en cromo. Lo cierto es que era un aseo magnífico, pero no necesitaba pasar tanto tiempo en él.

—¡Mal! ¿Qué haces?

Cerró la puerta. ¡Guau! Menuda mirada tenía. Sus ojos no mostraban ni pizca de diversión.

—Anne, ¿qué-cojones-te-ha-dicho?

—¡Eh! En serio, no ha pasado nada grave. —Apoyé la cadera en la encimera, dando un claro ejemplo de cómo se debían tomar las cosas. No esperaba tal preocupación por su parte.

—Por favor...

—Solo necesitaba saber que esa no va a conseguir nunca lo que quiere, es decir, a ti. La culpa es de mi maligno corazón vengativo —bromeé.

No se rio. Me sostuvo la mirada con una expresión furiosa y se acercó a mí, haciendo que me reclinara contra el lavabo. El borde de piedra impactó justo en el punto dolorido de mi trasero.

—¡Au! —Me froté la zona con una mueca.

—¿Qué te pasa ahora?

—Creo que me di un golpe antes con la encimera de la cocina. Por tu culpa.

Carraspeó de una forma muy sexi. Nunca hubiera pensado que tal clase de sonido pudiera resultar excitante.

—Ya te dije que lo sentía.

Me agarró por la cintura y me sentó en la repisa del lavabo. Me separó las

rodillas todo lo que permitía el vestido y se situó hábilmente entre mis piernas.

—¡Eh, alto ahí! —Le puse las manos en los hombros y sentí el cálido tacto de la tela del traje—. Atrás.

—Dime qué te ha dicho.

—¿Por qué? ¿Quieres desafiarla a un duelo? ¿Quizá pistolas al amanecer?

—Lees demasiados libros.

—Eso es imposible —solté, algo horrorizada.

—No habrá ningún duelo, pero te aseguro que la echaré de aquí.

—Mal, lo digo en serio, ya me he ocupado de ella. No pasa nada.

Se limitó a mirarme fijamente.

—De acuerdo: le he dado las gracias cortésmente por su opinión y le he dicho que se fuera a la mierda.

Su expresión se relajó un poco.

—¿Que la has mandado a la mierda?

—Sí, por supuesto. He recurrido a mi Escarlata O'Hara interior y he pasado de todo lo que me ha dicho.

—Muy bien. Me gusta eso de ti. ¿Y ahora estás bien? —Apoyó las manos en la repisa, a ambos lados de mis caderas, lo cual significaba que estábamos muy cerca. Tan cerca que, si no lleváramos ropa encima, estaríamos juntos, en el sentido bíblico.

—Sí, estoy bien. Aunque tengo el labio un poco inflamado. Así que nada de mordiscos a partir de ahora.

Soltó una carcajada.

—Ya... ya me lo imaginé cuando me tiraste del pelo para que me alejara de ti. No sé si lo sabes, bomboncito, pero puedes llegar a ser muy agresiva. Y me gusta.

Sonreí, y él me devolvió la sonrisa. Todo iba bien de nuevo.

—Sin embargo, prométeme que no te acostarás nunca con ella —repetí, solo para asegurarme. No me gustaba nada aquella mujer—. Lo digo en serio, Mal.

—Mi polla no se divierte con alguien que se mete con mis amigos. No me gusta que hagan eso.

—Entonces, tu polla tiene buen gusto.

Se le nubló la mirada.

—¡Mal...! —le reñí.

—Mmm... Lo siento. Es que me gusta que digas «polla» y «gusto» en la misma frase.

—Ya. —No iba a picar. Me retorcí con discreción encima de la fría superficie—. Gracias por preocuparte por mí. Ahora tenemos que salir de aquí y unirnos a la fiesta. Seguro que hay más gente que quiere visitar el cuarto de baño.

—Hay otros cuatro. —Me rozó los labios con los suyos con la suavidad de una pluma, y cada nervio de mi cuerpo se erizó en respuesta a su contacto—. Voy a hacer que te sientas bien, Anne.

—Ah... Pero ya te he dicho que estoy bien. ¿Recuerdas esa línea que trazaste para que no nos enrolláramos ni tuviéramos sexo? Estás dejándola muy atrás esta noche.

—Tranquila, no pasa nada.

—Claro que pasa. No quiero convertirme en tu juguete, Mal.

—¿En mi juguete? ¿De qué coño estás hablando? —Me metió las manos debajo del trasero y, de repente, me vi alzada contra él. Contra todo su cuerpo. Y por lo que podía comprobar, estaba de buen humor... y de un humor muy duro.

Solté un gritito y le rodeé las caderas con las piernas. Juro por Dios que no fue mi intención, sino un acto reflejo. Cuando apretó la erección contra mí, surgieron en mi mente toda clase de pensamientos. Mis hormonas tomaron inevitablemente el control. Sin duda haber hablado de bebés le había dado ideas. Aun así, hice un esfuerzo, aunque bastante simbólico, por resistirme.

—Está bien, grandullón. Ya es suficiente.

Me besó el labio inferior con suavidad.

—¿Todavía te duele?

—Ya está curado. —¡Oh, me dolía! Claro que me dolía. Sin embargo, si presionaba un poco más la pelvis contra mí, mi mente se quedaría en blanco y le daría vía libre. Me retorcí contra él, incapaz de detenerme. Se me iban cerrando los ojos ante esa sensación tan placentera.

—No te considero ningún juguete, Anne. Eres mi amiga. Y estoy muy interesado en ti por muchas razones.

No lo pude evitar: sonreí.

—Yo también te considero mi amigo, Mal.

—Y por eso, ¿sabes?, está bien que nos relajemos y pasemos un buen rato. —Quiso dar énfasis a sus palabras masajeándome las nalgas—. No tienes por qué estar tan tensa todo el tiempo. No pienso dejar que te pase nada malo, ¿sabes?

Malcolm Ericson podía ser muchas cosas, pero no omnipotente. La triste realidad es que la vida no era un camino de rosas.

—¿Qué estás pensando? —me preguntó, frotándose una vez más contra mí y disipando un poco mi tristeza.

—En nada. —Mentirosa. Pensaba en el sexo, en el estrés que suponía esa situación... En ambas cosas a la vez.

—Me gusta mucho tu vestido. De verdad.

—Gracias. Tu traje es impresionante. Te queda como un guante.

—He estado pensando en el problema que tenemos tú y yo con los besos —dijo.

—No tenemos ningún problema con los besos. Todo el mundo piensa que estamos juntos, así que hemos hecho un trabajo magnífico. Somos un buen equipo. —Levanté la mano para chocársela—. ¡Bien!

Se rio por lo bajo.

—¿Ves? Eres muy divertida.

Le brindé lo que debió de ser una sonrisa estupefacta. Ese hombre era guapísimo, en especial cuando estaba tan cerca. Ladeó la cabeza y me acarició la mejilla con la nariz al tiempo que me besaba la comisura de los labios. Noté que jugaba con la cremallera del vestido. No la bajaba, pero amenazaba tácitamente con hacerlo en cualquier momento. ¡Dios! Me encantaba que me amenazara de esa manera. Se me erizaron los pezones, más que dispuestos a que los atendiera. Sin duda, ellos no poseían ninguna sensatez.

—Anne, he estado pensando... —alegó— ... que debería besarte en otros lugares.

Mal Ericson era un genio.

Muy lentamente, me bajó la cremallera dos centímetros, desafiándome con su sonrisa a detenerlo. Lástima que hubiera perdido todo control sobre mis miembros. Siguió tirando de la cremallera, aflojando el corpiño del vestido, lo que hizo que se abriera por delante. Entonces, deslizó un dedo por el escote, deshaciendo el lazo negro.

—¿No vas a detenerme? —preguntó.

—Claro. Dentro de nada. —Como si existiera tal posibilidad...

Luego bajó la vista. Con un poco de suerte, a ese hombre le gustarían los pechos de todas las clases. Porque si solo le gustaban los grandes, esto no iba a terminar bien.

—Anne... ¡Joder! —Lo vi tragar saliva; eso era una buena señal. Con ternura, dibujó con los dedos el hueco en la base de mi garganta.

—¿Qué pasa?

—Eres jodidamente...

Alguien golpeó la puerta en ese momento, arrancándome de la neblina de lujuria.

—¡Mal, ya es la hora! —gritó una voz masculina.

¡No! ¡No!

—¿Qué coño...? —Mal se dio la vuelta con el ceño fruncido mientras yo me esforzaba frenéticamente en colocar el vestido en su lugar.

Ben asomó la cabeza cuando se abrió un poco la puerta.

—¡Hostia puta, joder! —maldijo Mal en un tono tenso y furioso—. ¡Anne podría estar desnuda!

—Calma, colega. A ti antes eso te daba igual —se burló Ben—. Y si no quieres que vea nada, esta puerta tiene pestillo. Podías haberlo utilizado.

—Las reglas han cambiado, ¿Entendido?

—Joder, colega... —replicó Ben, esbozando una sonrisa que dejó sus dientes al descubierto—. Estás hablando en serio.

—Por supuesto que lo estoy diciendo en serio. Es mi novia, imbécil.

Ben deslizó la mirada por mi cuerpo.

—Ya. Bueno, pues tu novia es muy guapa y, ¿sabes qué?, creo que me gusta.

Mal se puso tenso de pies a cabeza. Sus ojos lanzaban chispas.

—Oye...

—No. —Lo retuve por las solapas del traje—. No os peleéis.

Me miró con las fosas nasales dilatadas. ¿Por qué en las bodas se originaban situaciones tan dramáticas?

—Lo he dicho en serio —recalqué—. Es la noche de Ev y David. Por favor.

Pero, al parecer, Ben encontraba demasiado divertido lo que estaba ocurriendo como para detenerse.

—¡Vamos! ¿Es que ya no te acuerdas de la mujer que compartimos en Berlín? Estuvo muy muy bien. Siempre he pensado que me gustaría volver a hacerlo. ¿Qué te parece a ti, Anne? ¿Te apuntas a un trío? Te prometo que cuidaremos muy bien de ti.

Mal soltó un gruñido y yo me lancé a por él, logrando detenerlo por el cuello. Me quedé colgada de él. ¡Dios! Era un tipo muy fuerte. Era posible que Ben fuera grande, pero si tenía en cuenta el mal humor de Mal, apostaría por él en una pelea. Hasta tenía abultados los músculos del cuello.

—Mal —pronuncié su nombre con un tono muy tranquilo y controlado. En circunstancias diferentes, seguro que habría sido una excelente psicóloga—. ¿Estás escuchándome?

—Sí. —Me sujetó el trasero con las manos y me sostuvo en el aire. Me encantó la sensación. Al parecer, colgarse del cuello de alguien era más fácil de lo que pensaba.

—No pasa nada. No le hagas caso —aseguré—. Ben, lárgate.

El muy idiota arqueó las cejas.

—Ya —le insistí.

—Claro, Anne. No te preocupes. —Cerró la puerta al tiempo que me guiñaba un ojo.

—Mal, cálmate. El tipo malo ya se ha ido.

—Estoy tranquilo —gruñó, sosteniéndome contra su pecho.

—Ben no estaba hablando en serio... Solo te tomaba el pelo.

—¿Es que no has visto cómo te miraba? Claro que lo decía en serio. —Me abrazó con fuerza—. Es un cabrón, a veces incluso es peor que Jimmy.

Debería haberle partido la cara.

—Venga, déjalo ya. Haz que se vaya ese cavernícola que tienes dentro. Esta noche estás muy agresivo.

—No me gusta que la gente diga nada sobre ti. No quiero que soportes esa mierda.

—A veces eres muy tierno. Pero no necesito que te pegues con nadie por mí.

—Los cuatro nos conocemos desde que éramos niños, nos hemos peleado miles de veces. —Mal me subió de nuevo la cremallera del vestido y luego me miró con intensidad—. No querías hacer un trío, ¿verdad?

—Prefiero vérmelas con una erección cada vez. Supongo que es una manía personal...

—Mejor.

Le besé en la mejilla porque ver a Mal celoso era algo impresionante.

—¿A qué se refería Ben cuando dijo que ya era la hora? ¿La hora de qué?

—Dave quiere tocar unas canciones especiales para Ev. Tenemos que salir de aquí. —Suspiró y me sentó de nuevo en el lavabo antes de frotarme la espalda—. ¿Estás bien?

—Sí.

Frunció el ceño.

—Malcolm Ericson, no sé si lo sabes, pero puedes llegar a ser muy intenso. —Me observó en silencio—. Te portas casi siempre como si todo te diera igual, pero en realidad te guardas mucho ahí dentro. De hecho, eres bastante complicado.

—¿Y eso te sorprende?

—Sí... y no.

—Y tú me dices que yo soy complicado... ¿Bailarás conmigo más tarde? —preguntó, despojándose del mal humor.

—Me encantaría.

—Querías tomar otra copa, ¿verdad? Venga, vamos a buscarla antes de que empiece el espectáculo. —Me ayudó a bajar poniendo las manos en mis caderas, tratándome con mucho cuidado.

—Eres el mejor novio del mundo, da igual si eres de verdad o de mentira.

—¿Cuántos novios has tenido?

—Dos. —Levanté un par de dedos, por si le venía bien un poco de ayuda visual. Se me daba bien ser servicial.

—Así que soy el número tres.

—No, tú eres el dos. Eso de las relaciones no es mi especialidad.

—¿Ah, no? —Alzó la barbilla y me miró con orgullo—. Pues en esta lo estás haciendo de puta madre.

—Muchas gracias, cariño.

CAPÍTULO 11

Cuando llegamos a casa, llevaba encima un buen mareo. A eso de las tres de la madrugada compartimos un taxi con Lauren y Nate.

Fue una fiesta increíble. Por fin había escuchado en directo a los Stage Dive, y eran alucinantes en vivo. Las voces de Jimmy y David se fusionaban de una manera espectacular, pero todos, los cuatro, conseguían que su talento particular se uniera al de los demás hasta ponerte la piel de gallina. También Ben, con el bajo, e incluso Mal, aunque allí no disponía de la batería completa, hacían sentir su presencia. Juntos conseguían alcanzar un equilibrio que transmitían con la música.

Aunque mi hora habitual de irme a la cama había pasado hacía ya mucho tiempo, no quería que la noche llegara a su fin. Todavía no. Me quedé tendida de espaldas, mirando fijamente el techo de mi dormitorio, que seguía girando levemente a mi alrededor, pero sin duda, menos que un rato antes. Las cortinas dejaban pasar suficiente luz de las farolas para poder ver en la oscuridad. Años atrás, en noches como estas, en las que no podía dormir, acostumbraba a hablar con Mal, quiero decir, con su versión en póster colgado de la pared. Podía resultar patético y un poco alocado, pero así era. Sin embargo, en ese momento, ese mismo hombre dormía en la habitación de al lado.

La vida es a veces muy extraña, y hermosa. Otras se convierte en un desastre, pero en ocasiones como esa, era la belleza la que ganaba.

Definitivamente.

Me pasé los dedos por los labios doloridos. Me había besado hasta la extenuación. Una vez que a Mal se le metía una idea en la cabeza, no había forma de detenerlo. Y, por lo visto, bailar con él significaba que accedías también a una buena ración de besos. Cada vez que ponía en práctica algo nuevo, me resultaba más difícil fingir indiferencia.

Tengo que reconocer que había muchas formas de besar que desconocía. Con suavidad o con fuerza, con o sin dientes, por no mencionar que la intensidad a la hora de indagar con la lengua era una parte fundamental del asunto. Y también donde estuvieran colocadas sus manos, porque ¡menudas posiciones encontraban! Me hizo de todo: desde acariciarme el cuello con ternura hasta manosearme el trasero. Un hombre que sabe qué hacer con sus manos en cada momento es algo digno de valorar. Y solo lo detuve cuando intentó subirme la falda a medianoche, en plena fiesta.

Lo dicho: una velada inolvidable.

Al llegar a casa se dejó puesto el *bóxer*. Cuando fui al cuarto de baño en busca de una pinza para el pelo, allí estaba él, lavándose los dientes. Nunca pensé que podría considerar sexi a un hombre que le cayera un poco de espuma blanca por la comisura de la boca, pero me equivocaba. Por otra parte, estaba casi segura de que Mal no usaba pijamas. Ni los tenía. No, un hombre como él debía dormir desnudo. Era una brillante deducción científica basada en la idiosincrasia del hombre fuerte y caliente que ocupa en ese momento el sofá. No me costaba nada imaginar su piel, cálida y bronceada, totalmente expuesta ante mis ojos. ¿Cómo dormiría: de espaldas, bocabajo o de lado? Pensándolo bien, de espaldas sería lo más agradable... por varias razones.

Pero si estaba tendido bocabajo, ver la larga línea de su columna sería todo un espectáculo, con el extra añadido de su trasero. Daría algo por ver sus nalgas desnudas. Regalaría mis libros, mi lector de libros electrónico, mi alma... o lo que hiciera falta.

Podía ponerme a pensar en otra cosa cualquiera, pero ¿qué necesidad había?

Sin duda masturbarme sería algo mucho más práctico. Me sentía excitada

y acelerada, tenía los pezones y los pechos duros. De acuerdo. Había llegado el momento de ocuparme yo misma del asunto. Pero de repente...

—Mmm... Nate...

Gemidos.

Algunos quejidos.

Un sonido brusco.

—¡Sí, cariño...!

—Chúpamela, Lauren.

¿Qué? No-era-posible.

Me tapé la cabeza con la almohada y lancé un grito silencioso. Si ponía música para no oírlos, que era la táctica habitual para enfrentarme a las pasiones nocturnas de mis ardientes vecinos, acabaría despertando a Mal.

Más golpes antes de que, en la habitación de al lado, la cama empezara a sonar en mi pared. El ruido era tan fuerte que apenas noté que se abría la puerta de mi habitación.

—¿Bomboncito, estamos en el infierno o qué? —Mal entró y se sentó en el borde de la cama.

—Ya. Lo siento. Este es el primer nivel, y reconozco que el peor de todos. Las paredes son tan finas que se oye follar a los vecinos. —Me encogí de hombros.

Lauren soltó un ahogado gemido, que era su marca de fábrica durante los encuentros sexuales con Nate, y noté que me sonrojaba.

—¿No puedes hacer que paren? —susurró Mal con los ojos muy abiertos por el escándalo—. ¡Joder, no! Esto es horrible.

Empezamos a reírnos por lo bajo. Era la única respuesta sensata.

—Venga, nos vamos a un hotel —dijo, levantándose de la cama.

—Son las cuatro de la madrugada.

—¿Cuánto tiempo suelen tardar?

—Veamos. Han estado bebiendo en la fiesta... así que es posible que estén así un buen rato. No sé... ¿un par de horas? —Doblé las rodillas y las rodeé con los brazos, pegándolas contra mi pecho. No era necesario que Mal se fijara en el estado de mis pezones. La triste realidad era que escuchar cómo alguien disfrutaba de unas sanas y salvajes relaciones sexuales no ayudaba

mucho. Por suerte, me había puesto unos cómodos pantalones y una camiseta vieja. Las prendas eran tan holgadas que lo ocultaban todo. Si no, con Mal tan cerca, la situación hubiera sido todavía más embarazosa.

—¿No te parece que esto no es muy correcto? —preguntó Mal, frunciendo el ceño mientras miraba la pared, como si fueran los muros los que le hubieran ofendido—. Soy el batería de Stage Dive. Soy yo quien no deja dormir a los demás cuando folla de manera salvaje. Yo. Y despierto a barrios enteros.

—¡Joder, nena! —gruñó Nate al otro lado de la pared—. ¡Qué buena eres!

—Pero... ¿Has oído eso? —saltó Mal.

—Sí.

—Bien. Hasta aquí hemos llegado. —Se subió de pie a la cama. Entre el techo y su cabeza quedaban como mucho treinta centímetros—. Están riéndose de mí. Me están pidiendo guerra.

—¿De verdad?

—Menudo capullo...

—Yo siempre he considerado que Nate es un buen tipo.

Me tendió la mano.

—Venga, Anne. Debemos defender nuestra vida sexual de mentira.

—¿Qué? —Pero le agarré la mano y dejé que tirara de mí para alzarme junto a él—. No dejes que me caiga al suelo, ¿eh? Y no te des con la cabeza en el techo.

—No voy a darme ningún golpe. ¿Por qué no te dejas llevar por un momento y dejas de ser tan sensata? Relájate y diviértete un poco. ¡Vamos!

—¡Así, Nate, así! ¡Más fuerte, más, más! —gritó Lauren.

Mal carraspeó.

—¡Oh, Anne! —exclamó Mal elevando la voz y actuando un poco.

—Mal —dije, intentando imitarle.

—Grita más —susurró entre dientes mientras empezábamos a saltar. La estructura de madera empezó a crujir de forma alarmante. Normal, dado que hacía mucho tiempo que no sufría ese tipo de abusos... Por no decir que no los había sufrido casi nunca. Ojalá fuera por estar desnudos y en posición horizontal. Eso sí sería estupendo.

—¡Oh, Mal, Mal! —intenté fingir deseo.

—Eres un encanto, Anne —soltó Mal en honor a nuestros vecinos—. Me gustas mucho. Me encanta, Anne. Sigue así.

—¿De verdad? ¿Es eso lo que dices cuando follas? —exclamé dando saltos cada vez más rápidos en la cama.

—Bien, vamos a decir guarradas. Tú empiezas —susurró.

Pero cerré la boca. No me salía nada.

—Cobarde. —susurró y volvió la cara hacia la pared que compartíamos con Nate y Lauren—: Oh, nena, ¡sabes de puta madre!

—¿A qué? —pregunté gritando entre jadeos, tensando los músculos de las piernas. Ese hombre tenía suerte de que no lo empujara y me montara encima de él—. ¿Cómo es mi sabor, Mal?

—Mmm... A miel, a crema... y no sé... ¿a pan?

Fruncí el ceño y me reí sonoramente.

—¿A pan?

—Sí. A un pan adictivo que podría estar comiendo todo el rato, porque eres deliciosa y casi nutritiva.

Las risitas que solté hicieron que se me tensaran los abdominales, pero seguí dando botes. Era muy raro eso de estar riéndome y saltando mientras me excitaba. Cuando era niña, unos amigos de Lizzy tenían un trampolín, pero no era tan divertido como esto. De pronto, Mal dio un salto con demasiado énfasis y se golpeó la cabeza con el techo. Se dejó caer sobre la cama mientras se frotaba el cuero cabelludo.

—¡Joder! ¡Au!

—¿Estás bien, cariño? ¿Te he hecho daño? —seguí saltando como una niña.

Y de repente la cama se derrumbó.

Un lado de la estructura se estrelló contra el suelo de forma estrepitosa. El ruido fue brutal, igual que el repentino silencio que se hizo en la pared de al lado. Tropecé, perdí el equilibrio y acabé cayéndome sobre su regazo. Permanecimos allí sentados, pecho contra pecho, con una de mis piernas sobre las suyas.

—Hemos roto mi cama —comenté con voz bajita, indicando lo obvio.

—Bomboncito, todas las guerras conllevan sacrificios.

—¿Qué tal tu cabeza? ¿Quieres una bolsa de hielo? —Le aparté el pelo revuelto de la cara. Quizá necesitaba que le curara con sexo. Sin duda estaba preparada para ello y estaba a punto de sugerírselo. Era lo bueno de haber bebido, me sentía desinhibida.

—No, estoy bien. —Sonrió muy despacio.

Nate y Lauren golpearon la pared.

—¿Anne? ¿Estáis bien?

—¡Sí, no es nada! —respondí—. ¡Seguid a lo vuestro! Gracias.

Pude escuchar una risa contenida. Todavía tenía la cara caliente... Muy, muy caliente. De hecho, estaba tan caliente que seguramente se podía haber cocinado un filete en mi piel. ¡Dios! Se iba a enterar todo el mundo. Jamás superaríamos lo que acababa de ocurrir.

—Estarán riéndose de nosotros —le aseguré.

—No digas gilipolleces. Estábamos follando de una forma tan salvaje que hemos roto tu cama. Solo eso. Ellos quieren ser como nosotros. Por fin se ha restaurado el orden natural de las cosas.

Los dos soltamos una carcajada. Todo aquello era ridículo.

Pero luego la risa fue desapareciendo poco a poco mientras seguíamos allí sentados, mirándonos el uno al otro. Tenía el rostro en penumbra, así que no pude leer su expresión. Pero su erección se hizo patente contra mi muslo. Hubiera dado cualquier cosa por saber qué estaba pensando. Todas las ideas que se me ocurrían impactaban directamente en mi entrepierna y... ¡oh, Dios!, me encantaba. Me hubiera gustado que él hiciera algo, porque no estaba segura de que yo pudiera dar el primer paso. Estaba claro que Mal reaccionaba a mí, pero ¿qué significaba eso? Era lo que tenían las pollas... que se ponían duras misteriosamente sin ninguna razón. Pero un momento: el sexo no formaba parte de nuestro acuerdo. Ya hicimos hincapié en ello. Sin embargo, habíamos estado besándonos y metiéndonos mano durante toda la noche...

Nunca me había sentido tan confundida en mi vida. Ni tan confundida, ni tan caliente.

En el piso de al lado los ruidos comenzaron a sonar una vez más, así que

por lo visto, habían seguido mi consejo de seguir a lo suyo.

—Estoy segura de que ahora no están pensando en nosotros —comenté.

—Solo por curiosidad, ¿estás muy borracha?

—La habitación me da vueltas, pero poco. ¿Por qué?

—Por nada. Será mejor que nos levantemos —sugirió con la voz grave. Me ayudó con cuidado y salimos de la cama hecha añicos. Nos quedamos en silencio, soslayando tácitamente el bulto de sus pantalones. No fue un momento incómodo, aunque debo alegar a mi favor que una entrepierna húmeda es más fácil de disimular que un miembro erecto—. Venga, vamos a ver una película —propuso—. Ninguno de los dos vamos a conseguir dormir ahora.

—Buena idea —mentí, pero dejé que me arrastrara lejos del dormitorio—. Pobre cama. Aunque ha sido muy divertido.

—Sí, lo ha sido. No tanto como si hubiéramos follado de verdad, pero aun así, no ha estado nada mal.

Mi curiosidad pudo más que yo. ¿Dijo eso o es que no tenía modales? De hecho, seguía un poco borracha.

—Ya que hablamos de ello, ¿qué fue de tu cita? Pensaba que ibas a quedar con una amiga después de que volviéramos de la fiesta —le dije.

—Bah...

—¿Bah?

¿Lucía una erección y me respondía con esa desidia?

—Entre los preparativos para la gira y encajar esta relación contigo, no he tenido tiempo de mucho más.

—Ya... —No me lo creía.

Y mientras, mi mente bañada en alcohol daba pasos gigantescos y lógicos, aunque la razón no apareciera apenas en mis procesos mentales. ¿Y si su falta de libido con las demás mujeres tenía algo que ver con su «novia de mentira»? Quizá tuviera una novia de verdad en Los Ángeles y a mí solo me usaba para espantar a las pesadas. No, eso no. Esa teoría me hacía daño. ¿O quizá fuera solo por la apuesta que hizo con Ben? Se puso a sí mismo en ridículo con sus alocadas bromas y ahora su orgullo sufriría si se echaba atrás. Otra teoría que me hacía daño. Sin embargo, no había explicación para

ese dolor.

Dejé que me guiara hasta el salón mientras mi cabeza y mi corazón entablaban una batalla no demasiado sobria, ni cuerda.

—¿Y tú? No pensarás de verdad mantener las piernas cerradas hasta que ese idiota de Reece entre en razón, ¿no? —Se sentó en medio del sofá de terciopelo y me acomodó a su lado, muy cerca.

—No, he salido con algunos tipos. Solo que... hace algún tiempo que no lo hago —le expliqué.

—¿Cuánto tiempo? —Levantó el mando a distancia y apretó un botón para que la enorme pantalla volviera a la vida. Después apoyó el brazo en el respaldo del sofá, justo detrás de mí, y empezó a dar golpecitos con los dedos siguiendo un ritmo feroz.

—¿Qué quieres ver? —pregunté.

—¿No me vas a responder?

—Un par de meses.

En la pantalla aparecieron imágenes de una película de terror. Si el corte de pelo y la permanente eran indicativos de algo, era de principios de los años ochenta. De repente vimos un par de tetas rebotando seguido de un grito de mujer.

—Vaya. Esto no está mal —aseguró.

—Mmm...

—No serás de las que se asustan con facilidad, ¿verdad?

—No. Pero lloro cuando Johnny Deep se convierte en puré de tomate.

—Claro... —Sonrió—. ¿Sabes? Lo decía en serio.

—¿El qué?

—Lo que dije de ti. —Fijó la vista al frente, evitando mirarme. La luz azul de la pantalla iluminaba los ángulos de su rostro perfecto—. Me gustas.

—Gracias, Mal.

Entonces, ¿por qué no disfrutábamos del sexo juntos? Era evidente que no le gustaba de verdad, solo le gustaba, sin más. Mi mente comenzó a dar vueltas de nuevo.

—No me has dicho si yo te gusto o no —insistió. Incluso pensé que sonaba un poco inseguro.

—Ah, ya... —Me volví hacia él para mirarlo con los ojos entornados, no haciendo caso de los gritos que emitía la televisión—. Eres...

—¿Soy...?

—Muy...

—Venga, bomboncito, no tenemos todo el día. Dilo de una puta vez.

—Muy...

—¡Hostia! Voy a decirlo yo.

Suspiré de forma claramente audible. Estaba disfrutando mucho de ese juego.

—Vamos... Eres un coñazo —se quejó.

—¿Qué te parece «extraordinario»? ¿Te vale eso?

—Mmm... —Me brindó una leve sonrisa de satisfacción—. Sí. No está mal. Sin duda deja entrever lo magnífico que soy.

—Y creído... También eres muuuy muy creído.

—¡Oye!, eso es mentira. —Me deslizó los dedos por los costados, haciéndome cosquillas. Me retorcí sin control—. En verdad soy muy humilde.

—Para. No me hagas más cosquillas.

—Admite que soy la razón de tu vida. ¡Admítelo! —Me rodeó con un brazo, apretándome contra su cuerpo cuando traté de escapar—. ¡Joder! No te vuelvas a caer. No seré capaz de asimilar más golpes en la cabeza para salvarte.

—Entonces, ¡deja de hacerme cosquillas! —protesté riéndome.

—No estoy haciéndote cosquillas. Por favor... ni que fuera tan inmaduro... —Movié una mano muy despacio y me apretó la cabeza contra su hombro al tiempo que ceñía más el brazo con el que me rodeaba—. Shhh... Ahora tenemos que callarnos.

El mareo que me inundaba era diez veces mejor que cualquiera producido por el alcohol. No, un millón de veces mejor, porque tenía la ventaja de poder oler y sentir a Malcolm Ericson.

—Venga, relájate —me pidió.

—Ya estoy relajada. —En la pantalla ocurrían algunas cosas, pero ninguna era más importante.

Cerré los ojos y me concentré en él. Daba igual cuáles fueran las razones de Mal para estar allí; había muy pocas posibilidades de que yo consiguiera lo que quería. En el fondo es una emoción muy humana desear más de lo que se tiene, aunque debía reconocer que lo que tenía en ese momento era condenadamente bueno.

CAPÍTULO 12

Cuando me desperté vi a dos personas discutiendo, solo que esta vez no hacían a gritos. Por encima de mi cabeza solo había acalorados susurros.

—Entonces, ¿por qué mi hermana está durmiendo encima de ti? —preguntaba Lizzy.

—Porque soy su novio —respondió Mal—. ¿Y tú quién eres? Anne no me ha contado que tuviera una hermana.

—¿En serio?

—No. Y ya que estamos, ¿cuántas personas más tienen las putas llaves de este apartamento? Joder. Uno olvida poner el pestillo una vez y es como si dejara la puerta abierta.

—A ver... Desde que Skye se marchó, solo Lauren, Anne y yo.

—No la menciones siquiera. Anne se pone triste cuando oye su nombre. Y verla triste me afecta mucho.

—¿Qué nombre? ¿El de Skye?

—Sí —gruñó.

—Vaya, vaya... —Hubo una pausa—. Qué cachondo eres, ¿no?

Ahora el gruñido fue de desinterés.

—Oye, no tengo pensado enrollarme contigo, idiota. Anne es mi hermana y lo he dicho con ironía. Por cierto, ¿nos conocemos? Tu cara me resulta familiar.

Noté que los dedos largos de Mal se ahuecaban sobre mis nalgas y me

apretaban el trasero. Por mucho que cavilé, no supe qué hacían allí. Pero me gustaba... ¡Oh, sí, cómo me gustaba! Y también me gustaría dormir en la cama de Mal, y charlar con él sobre lo divino y lo humano.

Pero no pasó nada; me había quedado frita. Era evidente que en algún momento de la sangrienta película de terror me quedé dormida sobre él, porque seguíamos en el enorme sofá de terciopelo. Y si mi hermana estaba allí, significaba que era domingo por la mañana, el día que hacíamos nuestros deberes filiales y llamábamos a nuestra madre. Era una desagradable tarea que realizábamos juntas.

No quería moverme de esa posición por lo menos hasta el miércoles. Tenía una ligera resaca. Pero además, no quería bajarme del cuerpo de Mal.

—¿Qué demonios le has hecho? Tiene un labio hinchado.

—¿De verdad? —Sentí cómo Mal se movía debajo de mí, seguramente para comprobar los daños por sí mismo—. ¡Joder! ¡Oh, sí! Tu hermana es un poco salvaje, ¿sabes? Así que es imposible que supiera si le gustaban los mordiscos si no lo comprobaba.

—No. No le gustan —replicó Lizzy—. O eso creo. Anne no es el tipo de mujer que le guste que le muerdan. Es... más tranquila.

—¿Tranquila, Anne? —Mal se rio por lo bajo—. Sí, ya. ¿Por qué no vas a echarle un vistazo a su cama? Luego podemos discutir sobre lo tranquila y sosegada que es.

Oí unos pasos, que fueron seguidos de una exclamación de sorpresa.

—¡La leche! Pero ¿cómo...? ¡Está destrozada!

—Mi bomboncito es muy visceral cuando se pone a ello.

—¿La llamas bomboncito? —El asombro escéptico era palpable en la voz de mi hermana—. ¿Y te contesta?

—Bueno, lo cierto es que suele fingir que no le gusta. Pero sé que le encanta. Me mira de una manera... así como tierna, ya sabes.

¡Oh, Santo Dios! Ya era suficiente. Se podría decir que básicamente había criado a esa chica, no era necesario que supiera determinadas cosas, o perdería cualquier clase de autoridad sobre ella. Abrí un ojo lentamente.

—Mal, cállate ya, anda... —farfullé medio dormida.

—Soy tu esclavo, ya lo sabes.

—¿Qué hora es? —pregunté justo antes de bostezar de tal manera que casi se me desencajó la mandíbula.

—¿Mal? ¿Tú eres Mal Ericson? —preguntó Lizzy, acercándose a nosotros. Mi hermana y yo no nos parecíamos demasiado. Su pelo era de color miel, no como el mío, que tiraba más a pelirrojo. Sus rasgos eran más delicados, aunque ambas habíamos heredado la terca mandíbula de nuestra madre—. No puede ser.

¡Ja! Esto iba a ser divertido.

—Por raro que parezca, sí. Es cierto —aseguré con un tono bastante presumido—. Mal, te presento a mi hermana, Lizzy. Lizzy, este es Malcolm Ericson.

Mi hermana no había sido una fiel seguidora de los Stage Dive, como yo. Pero eso no quería decir que no le gustara el grupo. Como había sospechado, se puso a chillar como una loca, provocando que Mal y yo hiciéramos una mueca.

—¡Oh, Dios mío! Anne adoraba el suelo que pisas. Tenía la pared de su dormitorio empapelada con fotos tuyas.

—¡No! —¡Mierda! ¿Cómo no lo había visto venir? La vergüenza me ahogó. Tenía que conseguir que mi hermana cerrara el pico. Era necesario que la sacara de allí y la encerrara en un armario o algo por el estilo. Sería tanto en su propio beneficio como en el mío. Traté de tirarme a por ella, pero unos fuertes brazos me lo impidieron—. Lizzy, ¡cállate! Por favor, no digas más. No necesita saber nada de eso.

—Sigue contándome, Lizzy —exigió Mal, tan encantador como pudo—. ¿Has dicho que tenía la pared cubierta de fotos? Me resulta fascinante. Sin duda tengo que saber más detalles.

—No, no lo necesitas.

—Cállate, Anne. Soy todo oídos, Lizzy.

Mis brazos no eran lo suficientemente largos como para tapar la boca de mi hermana, así que tuve que conformarme con las orejas de Mal. Luché contra él, pero se deshizo de mis manos con suma facilidad... Un hombre muy ladino, no cabía duda.

—Pues... A veces escribía tu nombre en su muslo con un rotulador —

soltó mi hermana, la traidora. Ya era oficial: Lizzy estaba muerta, y yo tenía todas las papeletas para acabar siendo hija única si ella seguía hablando. Dado que mi madre rara vez era consciente de que tenía hijos, la pérdida no acabaría con ella.

—¡Es mentira! ¡No le hagas caso, Mal! —grité, notando que empezaba a sudar.

—Guau. Y dime, ¿en el interior del muslo... o dónde se lo escribía? Seguro que sí. Menuda descarada. —Mal me agarró por las muñecas y las apretó contra su pecho, una manera eficaz para impedir que lo golpeará con todas mis fuerzas—. ¿Lo rodeaba con corazoncitos atravesados por flechas?

—Ni idea. A tanto no llego... —Mi querida hermana pequeña se sentó enfrente de nosotros y cruzó las piernas—. Pero sé que escribía miles y miles de veces su nombre con tu apellido. Así: Anne Ericson —Anne trazó unas letras invisibles en el aire.

—Me conmueve que te apropiaras de mi apellido, bomboncito —aseguró intentando besarme los puños—. ¡Joder! Es todo un detalle por tu parte. Lo significa todo para mí. Mi familia te adoraré.

—Tralaralá, tralaralá... —canturreé con todas mis fuerzas, ahogando sus voces como mejor podía. No quería escuchar nada más.

—Y no hacía otra cosa que ver los vídeos de Stage Dive una y otra vez. Salvo ese en el que besabas a una chica. Sí, ese de... —Lizzy chasqueó los dedos mientras se concentraba, con expresión tensa—: ¡Ah, sí! *Last days of love*, eso es. Ese se negaba a verlo. Es más, si lo ponían, se iba de la habitación.

Debajo de mí, Mal se estremecía de lo fuerte que se reía. Parecía estar teniendo un ataque de histeria. Incluso le brillaban los ojos por las lágrimas contenidas. Menudo idiota. Puso la mano en mi nuca y me apretó la cara contra su cuello.

—¡Ay, mi querida Anne! ¿Estabas celosa?

—¡No! —Sí. Estaba tremendamente celosa. Aquel beso rompió mi alma adolescente y me llevó a escuchar baladas tristes durante más de un año.

—Pobrecita mía...

—Cierra el pico, Mal.

—No fue mi intención besarla... Fue sin querer —aseguró, tratando de parecer serio, pero le salió fatal—. Te juro que traté de mantenerme casto y puro para ti. Dime que me crees, por favor.

Le solté una barbaridad que le hizo reír con más fuerza. El sofá se movió.

Dado que no parecía tener intención de soltarme, oculté definitivamente mi cara ardiendo en su cuello. Odiaba a todos los presentes. A todos. Los odiaba con toda mi alma. Me sentí tentada de morderlo, pero era capaz de disfrutarlo. Desde luego, se había pasado un montón de tiempo mordisqueándome los labios y la barbilla después de arrinconarme en cualquier parte durante la fiesta de la noche pasada. Sus besos conseguían ablandarme, pero mi hermana lo había estropeado todo. Mi hermana, mi propia sangre.

Ahora Mal lo sabía todo. Y yo estaba perdida.

—Lizzy, anda, sé buena y ve a buscar un rotulador —le pidió Mal—. Tengo que escribirme el nombre de tu hermana en las pelotas ahora mismo.

Juro por Dios que traté de no reírme, que lo intenté de verdad.

—¿Qué tal si en vez de eso hago café? —sugirió Lizzy poniéndose de pie—. Por lo general, todos los domingos a las diez Anne me tiene preparado ya el desayuno. Mal, eres una mala influencia para ella.

—Esperad a que me vista y os invito a desayunar fuera. —Me pasó la mano por la espalda—. No puedo permitir que mi futura cuñada esté enfadada conmigo.

—¿La gente no te agobiará? —gritó Lizzy desde la cocina.

—Por lo general la gente acostumbra a portarse bien cuando me ve. Pero me pondré unas gafas de sol y una gorra. Y, si fuera necesario, podría llamar a los de seguridad.

—¿Qué os parece si preparo yo algo? —dijo Lizzy desde la cocina—. ¡En algún momento tendré que hacerlo yo!

La declaración llegó acompañada del sonido metálico de cacharros y sartenes. Quizá mi hermana no era tan mala, después de todo.

—¡Gracias, Lizzy! —grité.

—Entonces... —Mal me besó en la cabeza—, no es que solo te gustara un poquito, ¿no?, sino que eres una de mis *fans*, una de las que más me adora.

—Yo no te adoro.

—Me adoras de pies a cabeza. —Me apretó con fuerza—. Lo soy todo para ti. Sin mí te sentirías perdida.

Por suerte, cuando me arrastré sobre él para levantarme, no me lo impidió. Me bajé la vieja camiseta que usaba para dormir y me alisé el pelo, intentando calmarme.

—Solo fue uno de esos amores platónicos típico de adolescentes. No dejes que se te suba a la cabeza —le dije.

—¿A cuál de las dos?

Gemí por lo bajo.

Mal siguió allí tendido, con los dedos entrelazados sobre el pecho desnudo, contemplándome sin decir nada. Pero parecía que sus ojos lo veían todo. Al cabo de un rato se sentó y dejó caer los pies en el suelo. Bostezó y se estiró, haciendo crujir el cuello.

—¿Sabes? Hacía mucho tiempo que no dormía tan bien —aseguró.

—¿Conmigo tumbada encima de ti? No creo que estuvieras muy cómodo.

Sus ojeras habían desaparecido y parecía más relajado. Lo miré mientras estiraba sus largas extremidades y se frotaba la nuca.

—No, no debería. Pero quién sabe realmente qué es mejor. Imagino que a partir de ahora deberíamos dormir en el sofá todas las noches.

—La cama está rota.

Se echó el pelo hacia atrás mientras me sonreía.

—¿Tienes problemas para dormir? —pregunté a bocajarro.

—Creo que sí. A veces.

—¿Te preocupa algo?

—No sé. No es por nada en concreto. —Pero no me miró a los ojos.

—Sí, debe de ser por algo. —Esta era la primera oportunidad que tenía de sacar el tema. O la primera vez que lo veía vacilar. Como fuera, tenía que aprovecharme, y lo hice—: ¿Qué te pasa? ¿Qué es lo que te preocupa? A veces, cuando te miro, pareces tan...

—¿Qué? Parezco tan ¿qué?

—Tan triste...

Se puso pálido. Se llevó las manos a las caderas, y la tensión irradió de su

cuerpo como si fuera un campo gravitatorio.

—No me pasa nada. Ya te he dicho que hay temas que no se tocan.

—Lo siento. Solo he pensado que te gustaría hablar con alguien.

—Cuando digo que hay temas que no se tocan, es que no se tocan. ¿Entendido? —Su voz era dura y la estaba usando como un arma. Y, en consecuencia, me hacía daño.

—De acuerdo —repliqué en voz baja.

Apretó los labios con ira.

—¿Sabes, Anne? Eres la última persona del puto mundo que debería presionarme. Tenemos un jodido trato, un acuerdo.

¡Oh, no! ¿Qué es lo que acababa de decir? Alcé la barbilla.

—Y lo has llevado a rajatabla, ¿verdad?

—¿Qué cojones quieres decir con eso?

—Pues que te acompañé a la fiesta. Hice mi parte.

—Sí. ¿Y qué?

—Y te pasaste toda la noche tratando de demostrar que eres el mejor amante del mundo o algo así. Mira, Mal, la mayor parte del tiempo no había nadie alrededor. Lo único que querías demostrarme es que eras el mejor porque tu orgullo te lo pedía. ¿A qué estás jugando?

—Era mucho más que eso. —Noté que le palpitaba un músculo en la mandíbula. Resultaba bastante impresionante y un tanto escalofriante. Pero a la mierda...

—¿De verdad?

—¡Joder! Pues claro que sí.

Lo miré un poco desconcertada.

—Bien. No me di cuenta. De todas formas, no quiero que me cortes la cabeza por haber pasado por alto algunos límites, cuando tú también los pasas por alto. ¿Entendido? Estoy preocupada por ti. A mí tampoco me gusta verte triste.

—¡Joder! —A pesar de la maldición, su expresión siguió inalterable. Entrelazó las manos detrás de la cabeza y soltó algunos improperios más. Por fin emitió un largo suspiro, todo ello sin apartar la mirada de mí. Su estado de ánimo cambió. La ira se disolvió en el aire cuando, tan tierno como siempre,

alargó la mano y pasó el pulgar por mi todavía algo inflamado labio inferior —. Me da la impresión de que te duele.

—No —dije con voz temblorosa.

—Me excedí un poco. Lo siento.

«Estoy cansándome de todo esto», pensé airada. Mal volvía a mirarme con tristeza, y esta vez estaba así por mí.

—Si lo peor que me pudiera pasar es que consideraras que es divertido besarme y decirle a la gente que estoy embarazada, mi vida sería mucho más sencilla.

Su sonrisa impersonal desapareció al instante.

—Mal, si quieres hablar en algún momento, aquí estoy. —Quizá debería haberme quedado callada, pero no podía.

—De acuerdo. —Él apartó la mirada.

—Y ya que somos sinceros, tampoco me gusta compartir. —Abrí y cerré los puños, flexionando los dedos, como si así demostrara mi posición de fuerza. Me sentía muy incómoda e impotente, y lo odiaba. ¿Por qué no podía soltarlo todo para intentar arreglar lo que iba mal?

—¿Podemos dejar el tema? —preguntó él, mirando a la pared.

—Claro.

—Gracias. —Alargó la mano y tomó un mechón de mi pelo. Luego deslizó los dedos por mi nuca y me atrajo a su lado. ¡Dios, qué bien olía! Sentí vértigo. Quizá el alivio de poner fin a la discusión... No estaba segura. Cuando tenía la mejilla apoyada en su pecho, mi cerebro no funcionaba bien. Le rodeé la cintura con los brazos y lo estreché con fuerza, por si acaso cambiaba de parecer e intentaba alejarme de su lado.

—Ha sido nuestra primera pelea —murmuró.

—Sí. Y he ganado —asentí satisfecha.

—No ha sido así.

—Claro que sí.

—Pufff... De acuerdo. —Me rodeó también con sus brazos y apretó—. Te lo concedo, pero solo porque estás siendo muy infantil al respecto.

—Gracias.

—No quiero que nos volvamos a pelear más —dijo, respirando con fuerza.

—Ni yo... —convine de corazón.

—¿Puedo salir ya? ¿Estáis seguros? —preguntó Lizzy, asomando la cabeza desde la cocina.

Le lanzó una rápida mirada a Mal y luego, dándose cuenta de lo que hacía, apartó la vista. No podía culparla, pero no me gustó. Esto no podía ser. ¡Estaba sintiéndome celosa de mi propia hermana! Ridículo, sobre todo porque aquel hombre tenía un ejército de mujeres persiguiéndolo a todas horas. Si iba a estar con una estrella del *rock*, tenía que empezar a acostumbrarme.

—Ahora a tu hermana y a mí nos toca sellar la reconciliación con una buena sesión de sexo. Es muy importante para el funcionamiento de nuestra relación a largo plazo. —Mal me empezó a empujar a la habitación de invitados—. Pero espero que te aproveche el desayuno y que pases un buen día. Deja los platos en la cocina, me ocuparé de ellos después. Ha sido un placer conocerte, Lizzy.

—Mal, estás ahogándome. —O al menos eso fue lo que intenté decirle. Con la cara presionada contra su pecho, mis palabras eran incomprensibles.

—¿Qué has dicho? —Aflojó sus brazos lo suficiente para que pudiera tomar una buena bocanada de aire. Por fin oxígeno, querido y viejo amigo.

—Mal, ¿por qué no te vistes? Ayudaré a Lizzy a terminar de preparar el desayuno —sugerí.

Lizzy nos miraba con los ojos como platos... algo que me sentaba muy bien. Al parecer, estábamos en un universo paralelo en el que Mal Ericson no era capaz de quitarme las manos de encima. Era una alucinación increíble. Tenía que sacar el máximo provecho antes de que se fuera de gira. Grabar en mi mente todos los recuerdos que pudiera.

—Desde luego... Eres la peor novia que he tenido. —Hizo una mueca. No debería ser tan encantador, pero lo era.

—¿En serio?

—Sí, la peor del mundo.

—Soy la única novia que has tenido. —Ya fuera de mentira o no, era la verdad.

—Sí, lo eres. —Encerró mi rostro entre las manos y lo cubrió de besos.

Posó los labios por todas partes menos en mis pobres y doloridos labios. No sabía qué era lo que había hecho para ganarme tal demostración de afecto, pero me sentía tan agradecida que no iba a cuestionar nada. Mi corazón subió y bajó, renunciando a cualquier batalla. Deseaba que mis bragas fueran a prueba de bombas, pero, después de lo de anoche, lo dudaba mucho.

—¿Todo va bien? —preguntó, rozándome la mejilla con los labios.

—Sí, fenomenal.

—De acuerdo.

—Vístete, Mal.

Se rio y entró en la habitación de invitados. Cerró la puerta dándole una ligera patada, en un paso que era pura imitación de Fred Astaire. A pesar de llevar solo un *bóxer*, ese hombre tenía clase ¡Vaya si la tenía!

—Jamás te había visto sonreír así. —Lizzy apoyó el hombro en el marco de la puerta de la cocina, observándonos—. Hasta pareces un poco drogada.

—Ya. Es que Mal tiene ese efecto en mí.

Mi hermana me miraba con preocupación. Cuando fruncía los labios de esa forma, no solían gustarme nada las cosas que me decía. Siendo yo la hermana mayor, no veía ese gesto en demasiadas ocasiones, pero cuando lo hacía, no auguraba nada bueno.

—Oye... no quise escuchar vuestra conversación, pero el apartamento es pequeño.

—Por favor, no quiero que me hagas ninguna pregunta al respecto.

—Solo una...

No era lo que quería.

—No sé qué está ocurriendo entre vosotros, este acuerdo que tenéis... pero ¿no será perjudicial para ti?

Bajé la cabeza y froté el pie contra el suelo. Mi hermana y yo nunca nos mentíamos. Era una de nuestras reglas. Una que respetábamos por encima de todo. No importaba lo que dijera nuestra madre, Lizzy y yo siempre éramos sinceras.

—No lo sé.

—¿Valdrá la pena?

—Son ya dos preguntas —repliqué con una sonrisa.

—Considéralo un regalo de Navidad por adelantado.

—Lizzy, él es maravilloso. Increíble. Jamás había conocido a nadie así.

Asintió, sacudió las manos y luego las unió, apretándolas una contra la otra. Un rasgo de nerviosismo que habíamos heredado de nuestra madre, la chiflada.

—Es como si él me hubiera traído a mi verdadera hermana. Alejarte de casa te ayudó... pero él te ha rescatado, o algo así —dijo Lizzy.

—¿Que me ha rescatado? Siempre he estado aquí, Lizzy.

—No, desapareciste hace ya mucho tiempo.

Clavé los ojos en el suelo, sin palabras.

—Pensaba que habrías invitado a Reece a desayunar con nosotras.

Abrí la boca, sorprendida. Hablando de cosas extrañas...

—¡Dios! Le dije que lo llamaría, pero lo he olvidado por completo.

—Pobre Reece. Pero, ¿sabes qué?, esto le servirá para que se enfrente a la vida. —Lizzy sonrió y luego empezó a olisquear el aire—. ¡Está quemándose el beicon!

Corrimos a la cocina a tiempo para ver cómo humeaba la sartén, donde había unas lonchas ya negras. ¡Qué desperdicio! Apagué el fogón y vacié los restos del desayuno en el fregadero. Por lo general el frigorífico estaría a rebosar un domingo cualquiera, pero esa semana estuve muy ocupada.

—No importa, podemos hacer tostadas —dije, quitando importancia.

—Lo siento.

—Vendréis las dos al ensayo del grupo, ¿verdad? A los demás les encantará. —Mal entró en la cocina en ese momento, cerrando la cremallera de una sudadera gris con capucha. Parecía recién salido de un anuncio de *jeans*. Su aspecto era inmejorable, y yo seguía dando vueltas por allí en pijama, sin ducharme y con el pelo revuelto. Nos miró cuando vio el desastre carbonizado en el fondo del fregadero.

—A ver si lo adivino... ¿Al final os tengo que llevar a desayunar?

—No, tomaremos unas tostadas. ¿Tenéis ensayo esta mañana, después de la fiesta de anoche? —pregunté. La celebración se había extendido hasta altas horas de la madrugada—. Qué trabajadores...

—La gira empieza dentro de cuatro días. No podemos perder el tiempo. —

Hizo una pausa—. Y vamos a desayunar fuera. No esperarás que viva de pan y agua, ¿verdad? Mujer, tienes que alimentar mucho mejor a tu hombre.

Intenté no derretirme al oír en sus labios las palabras «tu hombre» y acto seguido empujé al movimiento feminista a un rincón de mi mente. La proximidad de Mal era peligrosa para mí.

—Me parece muy bien. Espera, que voy a ducharme.

—¡Qué buena idea! Te enjabonaré la espalda —dijo, siguiéndome por el pasillo.

—¿Por qué no le haces compañía a Lizzy?

—Prefiero hacerte compañía a ti —aseguró bajando la voz—. Podría limpiar ese lugar tan especial con la lengua. Te prometo que lo haré muy bien.

—¡Guau! Eres muy atento. —¡Oh, Dios! Me sujeté en el pomo de la puerta—. Solo te diré dos palabras: *Atracción fatal*.

Su sonrisa era enorme mientras eludía mis preocupaciones.

—Bah, no soy un completo inútil. Y, seamos sinceros, no eres tan fuerte, bomboncito. Si quisiera, podría desarmarte con facilidad. Lo estamos haciendo muy bien... Venga, será divertido.

—¡Aggg! ¡Basta! —grité—. ¡Ni siquiera sé si hablas en serio o no! Estás volviéndome loca. Esto no es parte del trato, Mal.

Se inclinó al tiempo que se acercaba.

—Mírame bien, hablo totalmente en serio. Hoy no estás borracha, Anne, sabes lo que estás haciendo y tengo ganas de follar. Venga, renegociemos... El trato ya no funciona para mí. ¡Quiero hablar con mi abogado!

—Oh, ¿así que tienes ganas de follar...?

—Bueno, sí. No estoy acostumbrado a estar más de dos días sin hacerlo y empiezo a ponerme nervioso. —Hizo un movimiento erótico para demostrármelo—. No me gusta. Venga, Anne... Ayuda a un amigo. Será una obra de caridad.

—Sin duda es lo más romántico que he oído en mi vida. Casi noto cómo se me abren solas las piernas —repliqué sin mucho ánimo.

—¿Qué quieres, algunas de esas frases sentimentaloides de amor?

—No. —«Bueno, sí, estaría muy bien», susurró una voz en mi interior.

Tenía que acallarla.

—¿Quieres una canción? No hay problema. Le pediré a Dave que te escriba una. —Puso una mano a cada lado de la puerta del cuarto de baño—. Sé lo que querías anoche, pero prefería que estuvieras sobria. Ahora ya lo estás. Y te deseo. Tú también me deseas. Venga, follemos.

Se me aceleró el corazón, pero me obligué a calmarme.

—Tienes razón, anoche quería hacerlo. Y sí, todavía lo deseo. Pero este no es el momento, Mal. Mi hermana está aquí.

—Me correré enseguida. —Arqueó las cejas—. Espera, espera, no era eso lo que quería decir. Será uno rapidito pero estupendo. Anne, es posible que te cabreen mis besos, pero ahora te digo que mis facultades para el sexo oral son increíbles. Sé todo lo necesario para hacer algo muy guarro. Te enseñaré... Venga, por favor.

—Mal... —Ni siquiera se me ocurría qué decirle cuando me miraba de esa manera suplicante. Me hacía oscilar entre las emociones con tanta rapidez como cambiaba de estado de ánimo. Irritada, excitada, divertida... todo junto—. Lizzy está en la cocina. Puede oír cada palabra.

—Cerraremos la puerta del cuarto de baño y abriremos el grifo. Con el ruido del agua no escuchará nada.

—¡Dios! Me haces sentir confusa. No creo que la cabeza haya dejado de darme vueltas desde que entramos por la puerta.

—Después podrás seguir confusa, pero antes córrete en mi cara, ¿de acuerdo?

Al decirme eso empecé a jadear. La excitación venció a las demás emociones. Por suerte, la holgada camiseta ocultaba la mayor evidencia: mis erizados pezones. Lo empujé hacia atrás con una mano mientras todavía podía—. Hablaremos de esto más tarde, cuando estemos solos. Ve a ganarte a tu futura cuñada. Por favor.

—De acuerdo. —Se enderezó—. Pero estás perdiéndote algo bueno.

—No lo dudo.

—Después quizá no esté de humor, Anne. Podrías perdértelo y sería una ruina.

—Me considero avisada.

—Última oportunidad. —Sacó la lengua y lamió al aire como si fuera un perro. A pesar de que eso no dejaba en buen lugar a los animales...—. Mmm. Así... Mira qué larga.

—¿Puedes hacerme el favor de alejarte? —Me reí.

En vez de dejarme, me sujetó por la nuca y deslizó muy lentamente su lengua caliente y húmeda por mi rostro. Me quedé inmóvil.

—No es posible que me acabes de hacer eso —dije.

—Es una muestra de afecto. ¿Crees que babearía por otra persona?

—Eee... Ni siquiera...

—Millones de mujeres matarían por que les lamiera la cara. No te imaginas lo afortunada que eres por tener mi saliva. Ahora, lámeme tú. — Señaló su barbilla, de forma imperativa—. Hazlo, Anne. Hazlo ya, mujer, antes de que me sienta ofendido.

Me reí, estremeciéndome de pies a cabeza. Aquello era un peligro.

—Tengo que entrar al cuarto de baño. Vete. No me hagas reír.

—Me gusta hacerte reír.

—Sí, ya, pero que me hiciera pis encima no sería nada agradable, te lo aseguro. Vete.

—Espera. —Me sujetó por la muñeca. Su voz era más calmada ahora. Me resultaba fascinante la forma en que pasaba de ser un payaso a una persona cuerda—. Uno: demasiada información. Dos: os venís al ensayo del grupo.

—¿Estás seguro de que podemos estar ahí?

—Sí.

—Entonces, nos encantaría. —Moví la cabeza, asintiendo. Este debía de ser el momento más loco y perfecto de mi vida. Tenía la vejiga como el corazón, a punto de explotar—. Antes tenemos que hacer una llamada, pero después somos todas tuyas.

—Bien. Y tres: admite que anoche, cuando me dijiste que no te gustaban mis besos, mentiste. —Me sostuvo la mirada.

No tenía sentido negarlo durante más tiempo. Mal me gustaba y lo deseaba con tanta intensidad que me dolía. Siempre que estábamos a solas, me encendía. Sus dedos todavía rodeaban mi muñeca mientras ahuecaba la mano sobre su mejilla, áspera, contra mi piel. Su calidez era increíble, aunque

no suficiente. Tenía que darle algo a cambio. Una pequeña parte de la loca y confusa alegría que él me daba. Se quedó inmóvil mientras yo alargaba el brazo y le besaba en la mejilla.

—Tienes razón, era mentira —admití con una sonrisa.

Las líneas de tensión que rodeaban su boca se borraron.

—Lo sabía.

—Sí. Lo siento. Es que me sentía un poco abrumada y... —Hice una pausa algo larga—. La verdad, eres el mejor.

Movió los puños en el aire.

—¡Lo sabía! ¡Soy el mejor, soy el mejor!

Era una simple constatación de un hecho, pero consiguió que sus ojos se iluminaran.

—Gracias, bomboncito.

Su sonrisa era... No tenía palabras.

CAPÍTULO 13

Llamamos a nuestra madre desde mi habitación, las dos sentadas en el borde del colchón, que estaba en el suelo. Mal se quedó en el salón, viendo la televisión, con una taza de café en la mano.

Hice un gesto para que Lizzy sacara el móvil del bolsillo. Seleccionó el contacto antes de poner el manos libres y sostener el aparato ante nosotras. Notaba un hormigueo en la piel. El aire me parecía frío y caliente a la vez. ¡Dios! Cómo odiaba esto. Lo odiaba con toda mi alma. Pero en mi mente relacionaba a mi madre con sensaciones de ira y frustración, y no podía desvincularla de mis emociones. Esperaba que algún día dejara de ser así.

—Hola, mamá —comenzó Lizzy, que parecía tan alegre como el sol dentro de una botella. Ella había perdonado a nuestra madre. Yo todavía no.

—¡Hijas! ¿Cómo estáis? —Solo oír su voz hacía que de repente lo recordara todo. Me venía a la mente una imagen de mí, sentada en la oscuridad, rogándole y suplicándole que tomara otra cucharada más, que se levantara de la cama y se diera una ducha, que actuara como un ser humano; que empezara a comportarse como una adulta y cuidara de sus hijas. Así yo podría volver a ser una niña.

—Estamos muy bien, mamá —dije, intentando que mi voz sonara normal—. ¿Cómo estás tú?

—Bien. El trabajo va bien.

Moví la cabeza, asintiendo como si pudiera verme. Me sentía aliviada al

saber que todavía conservaba el trabajo, que podía hacerse cargo de sus facturas. ¡Menos mal! Yo había tenido que hacerme cargo de ello durante años, así como de todos los movimientos de su cuenta bancaria, y de cualquier ingreso que nuestro padre tuviera a bien enviarnos.

—En la universidad todo va fenomenal también. —Lizzy cambió el móvil de mano mientras le contaba su día a día en la facultad y todo eso. Mientras, me puso un brazo en la cintura y empezó a frotarme la espalda. Era un gesto de cariño pero, sinceramente, en ese momento no me ayudaba.

Era mi hermana la que llevaba el peso de estas conversaciones. Podía seguir parlotando otros diez minutos... Sin duda, con diez minutos era suficiente para una llamada semanal a casa, ¿verdad?

—¿Y tú qué tal, Anne? —preguntó mi madre una vez que Lizzy agotó el tema.

—Bien.

—¡Anne está saliendo con alguien! —intervino alegremente Lizzy.

Le lancé una mirada de advertencia.

—Pero no es una relación seria —rectifiqué.

—Es un tipo genial, mamá —me cortó Lizzy—. Y está muy enamorado de ella, se nota en cómo la mira.

—Oh... —Mi madre guardó un largo silencio—. Anne, estás teniendo cuidado, ¿verdad?

Eso podía significar muchas cosas, pero yo sabía perfectamente a qué se refería mi madre. Estaba diciéndome que recordara que los hombres son el gran enemigo. ¿Por qué razón? ¡Vaya por Dios! Porque mi padre se largó y nos abandonó. Lo más curioso es que la lección que aprendí en la adolescencia no fue que los hombres eran malos, así que me daba igual cuál fuera la intención de mi madre con ese comentario.

—Claro, mamá. —Me coloqué un mechón de pelo recién lavado detrás de la oreja al tiempo que me tensaba—. Todo va bien.

Ella soltó un suspiro.

—Bien. No me gustaría que...

—La verdad es que él está esperándonos para desayunar, mamá —La corté muy amablemente—. Así que tenemos que dejarte, ¿de acuerdo?

—Bien. Quería preguntaros si os gustaría venir a casa a celebrar Acción de Gracias. —Su voz sonaba esperanzada y suplicante—. Me gustaría mucho veros.

—¿En Acción de Gracias? —preguntó Lizzy como si nunca hubiera oído tal cosa, y me miró—. Lo pensaremos... pero no te aseguro nada.

Ni hablar.

No había ninguna posibilidad de que eso sucediera.

—No creo que me den el día libre en el trabajo, mamá —respondí—. Lo siento.

Mi madre emitió un sonido de tristeza, y se me detuvo el corazón, el mismo corazón que ella había vuelto endurecido durante tantos años. Me sentí un poco culpable, pero no tanto como para rectificar. Ahora tenía mi propia vida.

—Anne, nunca tienes vacaciones —argumentó—. Eso no puede ser bueno para ti.

—Reece depende de mí, mamá.

—Pero tienes derecho a unos días de vacaciones. ¿No estará aprovechándose de ti?

Me limité a mirar la pantalla con intensidad, como si esperara una revelación.

—¡Oh, mamá, lo siento! —intervino Lizzy—. El teléfono está quedándose sin batería. Me olvidé de cargarlo.

—Siempre te olvidas.

—Lo sé. Te queremos. Nos ha alegrado hablar contigo. Te volveremos a llamar la semana que viene, ¿te parece?

—De acuerdo, hijas. Cuidaos mucho.

—¡Adiós! —se despidió Lizzy, continuando la mentira.

Yo no dije nada.

Esto era más de lo que podía asimilar. ¡Gracias a Dios, habíamos superado el paripé una semana más!

Lizzy puso fin a la llamada al tiempo que me frotaba la espalda de forma casi frenética. ¡Como si necesitara su apoyo! Yo, que me había sentado con ella para explicarle qué era el período, y también todo lo relacionado con el

sexo; yo, que era la que la ayudaba con los deberes, asegurándome de que terminaba las tareas a tiempo... No. No podía derrumbarme. Aún no había superado lo que me pasaba con mi madre, pero llegaría a hacerlo.

—No vamos a ir a casa para Acción de Gracias —aseguró Lizzy solemnemente.

—No. —Me levanté, me alisé la camiseta gris y me subí las medias. Abrí la puerta del dormitorio. Mal estaba sentado en el sofá, frente al televisor.

—¿Qué! ¿Estáis preparadas para salir? —preguntó dándose la vuelta.

—Sí. Estamos listas.

Ladeó la cabeza.

—¿Qué te pasa, bomboncito?

Me obligué a sonreír mientras me acercaba a él. Él me impulsaba a la risa... Así que no estaba fingiendo. Sin embargo, siguió mirándome con preocupación.

No pensaba permitir que mi madre arruinara aquel maravilloso día.

Me incliné hacia él apoyando las manos en el respaldo del sofá.

—Hola, guapo.

—Hola —replicó, agarrándome los brazos. A pesar de que no quería que me tocara nadie, algo dentro de mí se tranquilizó con su contacto. Con su cercanía.

—Necesito que me des un beso.

—¿Lo necesitas justo ahora? Entonces tienes suerte, porque para ti tengo infinitos.

¡Dios! Era un cielo.

Apreté los labios contra los suyos y empecé a besarlos con suavidad, pero él deslizó la mano en mi nuca para sostenerme la cabeza. Luego deslizó la lengua dentro de mi boca. Me inundó una felicidad caliente e incontenible. Ese hombre hacía magia. Al menos, su lengua era mágica. En realidad, ¿no es eso en lo que consiste la vida? De acuerdo, lo sé, no tiene ninguna lógica.

—Mmm... —Había encontrado mi paraíso personal.

—Te has esforzado bastante —comentó él, frotándose los labios—. Sin embargo, vas a necesitar más práctica.

—Muy gracioso.

—¿Te han dado malas noticias? —preguntó.

—No, es que mi madre siempre me afecta así. —Sí, para que conste, acababa de compartir parte de mi vida privada.

—¿En serio?

—Sí. Venga, vamos a desayunar. No quiero que llegues tarde al ensayo. Pero él no se contentaba tan fácilmente.

—No quiero que estés tan triste, Anne. No soporto verte así.

—Tú haces que esto sea más llevadero.

—Colega, claro que lo hago. ¿Es que no lo has notado últimamente? —dijo, y me reí a carcajadas cuando sonrió—. Eso está mucho mejor. Venga, vámonos. De lo contrario, vamos a seguir besándonos y no iremos a ninguna otra parte, solo a esa cama.

CAPÍTULO 14

L legamos diez minutos tarde al ensayo, y seguramente los huevos Benedict tuvieran la culpa. Mal se había sentado en la mesa de la cafetería dando la espalda a la sala, con la cabeza cubierta por una gorra de béisbol. Solo lo reconoció la camarera, que le pidió discretamente un autógrafo. Fue evidente que aquel momento lo atesoraría esa mujer toda su vida. De hecho, estoy segura de que sus ojos seguían brillando de amor cuando nos fuimos. Lizzy tampoco andaba muy lejos de esos sentimientos, porque él se volcó para conquistarla, y le hacía preguntas sobre sus estudios y su vida en general. Parecía realmente interesado mientras se inclinaba hacia delante para escuchar sus respuestas con atención. Mi hermanita también se quedó impresionada con su enorme Jeep negro, que poseía todos los extras conocidos y algunos más.

Pero dejando a un lado los todoterrenos de lujo, Mal Ericson era un tipo del que una podía sentirse orgullosa. Mi corazón y mis hormonas se lo tomaban muy en serio. Bajo la superficie, yo ya abandoné cualquier precaución. Me había conquistado, y si la mano que posó en mi rodilla mientras desayunábamos era una prueba, él lo sabía. Por extraño que pudiera resultar, no me preocupaba en absoluto.

A la mierda todos esos sentimientos negativos que provocaba mi madre. Mientras Mal me sonriera, no me importaba nada más.

Los Stage Dive ensayaban en una antigua nave junto al río. Mal se puso en plan profesional en el momento en el que entramos en el enorme espacio. El cambio de actitud era fascinante. Me dio un rápido beso en la mejilla y luego continuó hacia el lugar donde le esperaban sus compañeros. El escenario estaba en un extremo de la nave y por el suelo se esparcían amplificadores y cables, que serpenteaban en todas direcciones. Un par de encargados, técnicos de sonido o lo que fueran, corrían por todas partes.

Mal flexionó los dedos y movió en círculos las muñecas para calentar los músculos. Luego se quitó la sudadera y se sentó detrás de una batería reluciente mientras hacía piruetas con una baqueta en la mano. Era evidente que se encontraba en su elemento, totalmente concentrado. David y Ben afinaban sus instrumentos, haciendo sonar las cuerdas. Me resultó curioso ver que Jimmy hacía flexiones... muchas flexiones. Luego se levantó y les hizo una seña a los demás para que se reunieran alrededor de la batería de Mal.

Lizzy y yo nos reunimos con Ev y Lena, que estaban sentadas encima de algunas cajas en el fondo del local.

—Hola, compañeras. Bienvenidas al equipo de las *groupies* de los Stage Dive. ¿Qué tal va el domingo por la mañana? —preguntó Ev, metiéndose las manos debajo de los muslos y haciendo chocar los pies.

—Bien. —Les devolví la sonrisa a ella y a Lena—. ¿Qué tal va todo, señora Ferris?

—Me siento muy muy casada, gracias. ¿Qué tal te van las cosas con Mal?

—Ah, muy bien. Estupendo. —Todo iba a bien. Me senté en el borde de unas cajas—. Esta es mi hermana, Lizzy. Va a la Universidad de Portland. Lizzy, te presento a Ev, la mujer de David, y a Lena, la... no-se-qué de Jimmy —dije después de una pausa.

—Soy su ayudante. Hola. —Lena saludó a mi hermana alzando la barbilla.

—Hola —respondió Lizzy.

—Encantada de conocerte —replicó Ev—. Anne, un segundo. Antes de que empiecen a tocar, cuéntame cómo ha sido lo tuyo con Malcolm.

La cabeza me dio vueltas. En mi próxima vida iba a agobiarme menos y a prepararme más.

—Bueno, nos conocimos el otro día, en tu casa y... y nos caímos bien.

—¿Eso es todo? —preguntó Ev con los ojos muy abiertos por la incredulidad.

—Sí, eso es todo... Bueno, prácticamente —repliqué.

No pareció muy complacida.

—¿Qué es esto, Ev, un interrogatorio? —Solté una carcajada.

—Sí, lo es. —Me miró con una sonrisa llena de complicidad—. Cuéntamelo todo, por favor.

—Es un tipo genial y... De acuerdo, se ha venido a vivir conmigo. Pero ¿sabes qué? Me encanta tenerlo allí. Es increíble, no sé si lo sabías... — ¡Dios! Esperaba que con eso bastara. Había llegado el momento de cambiar de tema—. Oye, ¿por qué sigues trabajando en la cafetería?

—*Touché* —reconoció—. Es complicado. Les debía dinero a mis padres, y para mí es importante que vean que lo gano yo, y no que mi atractivo y millonario marido se lo devuelve. Las cosas están ahora bastante calmadas en mi familia y voy a empezar a hacer otras cosas. Siempre me resulta gracioso ver cómo reacciona la gente al saber que conservo mi trabajo de antes; es como si pensarán que debería quedarme en casa o dedicarme a gastar el dinero de David, como una esposa ociosa. Pues, ¿sabes qué?, no me da la gana. Me moriría del aburrimiento en dos minutos.

Ev movió la cabeza y continuó.

—No es que todo haya salido a pedir de boca, no. Hemos tenido que pedir una orden de alejamiento contra una loca que está obsesionada con David, y otra contra un *paparazzi*. Así que durante algún tiempo, Sam, uno de los de seguridad, tuvo que acompañarme al trabajo. No me gustaba, pero los fotógrafos me acosaban durante los momentos de descanso. Cuando vieron que no hacía nada interesante, pasaron de mí. Prohibieron el acceso a la cafetería a todo aquel que me molestara. No fue fácil, pero tengo derecho a disfrutar de mi vida privada, ¿no?

—Sí —confirmé—. Por supuesto.

—Seguramente lo averiguarás por tu propia cuenta, pero salir con uno de estos hombres puede provocar dolor de cabeza, aunque vale la pena. Ahora, volviendo a ti... ¿Mal decidió de repente que se iba a vivir contigo? Porque jamás lo habíamos visto dos veces con la misma mujer. De hecho, pensaba

que era imposible—. Hizo una pausa y me miró fijamente para dar más énfasis a esta información. El corazón se me encogió dentro del pecho. ¿Qué ocurriría cuando Mal se cansara de jugar a las casitas y desapareciera la novedad que yo suponía para él?

—¿Anne? ¡Oye! Venga, cuéntenos algo más... —Ev me sacó de mi ensimismamiento.

—Mmm... —Tuve la tentación de escaquearme, pero era demasiado evidente—. Pues es muy persuasivo. Y es... es Mal Ericson. Así que, ¿cómo iba a negarme?

Me miró con suspicacia y esperó un tiempo antes de contestarme.

—¿Así se resume la historia del amor de tu vida? Es la más mala que he oído jamás. Y pensar que te yo he abierto mi corazón...

—No fue así. Qué va. Los ojos de los dos se encontraron en medio de una habitación llena de gente —intervino Lena, que estaba mirando el teléfono móvil.

—¿Así que fue un flechazo? —preguntó Ev.

—Por supuesto. ¿No sentiste cómo se movió la tierra? —bromeé.

—¡Vaya, entonces fue eso...! Ahora lo entiendo todo. —Ev se encogió dentro de la cazadora gris—. Muy bien... Yo a lo mío. Me alegro de que seáis felices.

—Gracias —repuse, ignorando la tristeza que inundaba mi corazón.

Solo tenía que vivir el momento. Disfrutar con él mientras pudiera. Lo tenía todo bajo control.

Lizzy no se sentó, como yo hice, sino que se quedó mirando al escenario ensimismada con algo, o con alguien. Con sinceridad, el espectáculo era impresionante. Los chicos terminaron la conversación y se separaron, dirigiéndose cada uno a su puesto. Mal contó hasta tres y ¡zas! La música inundó la estancia. No era de extrañar que Ev quisiera hablar antes de que empezaran a tocar. Sonó un agudo acorde de guitarra y el bajo la siguió, haciendo resonar las cuerdas. La batería se unió, marcando el ritmo, y yo sentí el compás de la música acompañando a los latidos de mi corazón.

—*Me invade un sentimiento que va y viene. Diez dedos rotos, y la nariz...* —comenzó a cantar Jimmy.

Era una vieja canción del álbum *San Pedro*, una de mis favoritas. Cualquier pensamiento de lo que el futuro podía depararnos a mí y a Mal abandonó mi mente.

El ritmo de Mal y la música me poseían, estaba centrada en la suavidad de sus movimientos, en su concentración. En su energía. Cuando llegaron al final me dolía la cara de sonreír tanto. Las cuatro nos pusimos en pie y estallamos en aplausos. Jimmy se rio por lo bajo e hizo una reverencia. Unas personas que estaban a un lado del escenario nos lanzaron varias miradas raras. ¿Cuál era el problema?

—Ese es el manager, Adrian, y varias personas de la discográfica —me informó Ev. Su voz había perdido cualquier atisbo de calidez—. Te aconsejo que te mantengas alejada de ellos.

—Adrian es un capullo. —Lena se recostó en una de las cajas—. Pero, como manager, es un auténtico genio.

El hombre en cuestión era un tipo de mediana edad, iba con camisa y lucía una gruesa cadena de oro al cuello.

—¿Anoche estaba en la fiesta?

—No. —Ev se pasó el pelo por encima del hombro con un gesto de irritación—. No nos llevamos bien con Adrian. Prefiere que los miembros del grupo se centren en la música y no en conquistas amorosas.

—¡Como si acostarse contigo no hubiera inspirado a David para las composiciones del último álbum! —le recordó Lena.

—Exacto. Adrian debería agradecermelo. —Ev soltó una carcajada—. Anne, si te suelta cualquier cosa desagradable, díselo a Mal. Él se ocupará de ello.

Cuatro horas después acabaron de tocar y entregaron los instrumentos a los técnicos. Tenía la garganta irritada por todo lo que había gritado y las manos doloridas de aplaudir. A saber lo que me ocurriría si tuviera que ir a un concierto de verdad. En el ensayo hubo descansos y repeticiones, ya que la intención era trabajar para perfeccionar algunas partes de las canciones. Luego se reunieron ellos cuatro y algunos empleados de la discográfica. También hicieron ensayos con las voces y los técnicos de sonido, que no dejaban de mover botones y diales. Nosotras nos dedicamos a bailar, a gritar

y a pasárnoslo bien. Cada uno de ellos poseía un talento increíble.

Respecto a Mal... Oh, ¡cuánto deseaba regresar al apartamento y terminar de destrozarse la cama!

Cuando se acercó, tenía el pelo oscurecido por el sudor y hacía mucho tiempo que se había despojado de la camiseta.

—¿Te lo has pasado bien? —me preguntó.

—Claro que sí —repliqué con la voz ronca.

—¡Te has quedado afónica! Ya me parecía que estabas gritando mucho. —Se puso la sudadera.

—¡Oh, Dios mío! ¡Es David Ferris! —gritó Ev poniéndose de pie en una de las cajas. Su marido se limitó a mover la cabeza y a tenderle los brazos con una mirada de diversión. Ella se lanzó a ellos y, sin ninguna dificultad, David la atrapó en el aire. Ella cayó en su cintura con las piernas al tiempo que sus bocas se encontraban.

—Chicos, buscaos una habitación —gruñó Ben.

Mal me entregó las baquetas.

—Toma, un recuerdo de tu primer concierto de Stage Dive.

Alguien se rio, pero me daba igual. Apreté los palos contra mi pecho.

—Los guardaré como oro en paño.

—Nos vio tocar anoche —comentó Jimmy, que se había quedado rezagado, y nos observaba con los brazos cruzados. Cualquier atisbo de buen humor había desaparecido de su cara.

—Lo de anoche fue un acústico —explicó Mal—. No voy a entregarle al amor de mi vida unas varillas endebles, ¿verdad? Para una mujer con sus apetitos, solo palos largos y duros, que recuerden a formas fálicas.

—Por cierto, me han contado algo sobre vosotros dos —comentó David, bajando a su esposa con cuidado, aunque mantuvo un brazo a su alrededor.

—¿Qué? —Levanté la cabeza.

—¡Oh, sí! Cuenta, cuenta... —le pidió Lena, que casi podría decirse que alzó las orejas como si fuera un perrito.

—Se cargaron la cama. —La expresión del rostro de Ev era indescriptible. ¡Dios! Nunca se olvidarían de eso—. ¿Podéis creéroslo?

—Claro que nos cargamos la cama. Y tienen suerte de que el edificio siga

en pie —alardeó Mal con orgullo, haciendo una reverencia.

David sacudió la cabeza.

—Vosotros os cargáis la cama y a nosotros nos llamó Lauren de madrugada para contárselo a Ev. Mudaos de una puta vez.

—A Anne le gusta ese apartamento —explicó Mal—. No tenemos prisa.

—La seguridad da asco, y como la gente se entere de que vives en esa zona, adiós intimidación. Además, ¿no son pequeñísimos esos apartamentos?

—Tranquilo, Dave. Lo pensaremos, ¿de acuerdo? Vosotros parecéis necesitar mansiones de lujo, pero Anne y yo podríamos vivir en una caja de zapatos y no notaríamos que nos falta nada. Nuestro amor es así de extraordinario. ¿Verdad, bomboncito?

—Eee... ¡Claro!

—¿Veis? —se jactó Mal—. Está tan loca por mí que las cosas materiales no significan nada para ella.

David se limitó a mover la cabeza.

—Lo que tú digas. —Ben se pasó la mano por el corto cabello—. Oye, tengo hambre. ¿Vamos a buscar algún sitio donde tomar algo?

—¡Sí! —Era la voz de Lizzy. Una sílaba clara y determinante.

Ben clavó los ojos en ella con repentino interés, y una lenta y pícaro sonrisa le curvó los labios.

—Bien. Estupendo.

¡Alerta roja! No me gustó nada eso. Mi hermanita no iba a salir con un músico que le llevaba ocho o nueve años. Si yo quería poner en peligro mi corazón, dependía de mí, pero no pensaba permitir que Lizzy resultara herida.

—Liz, ¿no tienes que regresar a la universidad? —pregunté.

—No, todavía no.

—Pensaba que tenías trabajos que hacer —solté al tiempo que le lanzaba una mirada penetrante.

—Pues no. —Ignoró cualquier señal.

—Lizzy... —Me obligué a decir su nombre a pesar de la fuerza con la que apretaba los dientes.

—Señoritas..., señoritas... —intervino Mal, percibiendo la creciente hostilidad—. ¿Hay algún problema?

Se acercó una de las mujeres que acompañaba a los ejecutivos de la discográfica. Los tacones de sus botas repicaban en el suelo. Su sonrisa era tentadora. Se trataba de una preciosidad de mujer, con unos pechos mil veces más grandes que los míos (si una se operaba, no era tan difícil) y el cabello rubio con un corte de estilo francés.

—¿Mal?

Él se dio la vuelta y su expresión se iluminó al ver a la joven. Se me revolvió el estómago. Sí, de acuerdo, posiblemente me sentía un poco celosa.

—¡Ainslie! ¿Cuándo has llegado? ¡Qué guapas estás! —Parecía muy contento. Se abrazaron y, en vez de soltarse, volvieron a abrazarse. La joven rio y suspiró mientras se apretaba contra él. ¡Dios!, ¿esa zorra estaba metiéndole mano a mi supuesto novio delante de mí? ¡Si casi estaba montada en su pierna! Dado el comportamiento de los dos, no había duda de su íntima relación. Por fin conocía a una de las amigas de Mal con derecho a roce. Era algo que tenía que suceder tarde o temprano. No tenía de qué sorprenderme, ni tampoco tenía ningún derecho a estar molesta. Lástima que ese pensamiento no hiciera desaparecer el dolor.

Sentía los ojos de las otras sobre mí, perforándome el cráneo. No pensaba devolverle las miradas. Resultaba obvio que Mal había encontrado a alguien con quien quitarse la picazón, pero saber eso no impidió que me pusiera roja. La escena era horrible y humillante.

—Oye, Mal —dijo Lizzy, interrumpiendo aquella reunión de amantes—. Estaba pensando que quizá deberíamos invitar a Reece, el amigo de Anne, a comer. Suele acompañarnos todos los domingos.

¡Oh, qué maravillosa provocación! Gracias, hermanita. Aprecié sus intenciones, pero no eran adecuadas. No necesitaba que me protegiera.

—Creo que Reece me comentó que hoy iba a estar ocupado —intervine.

Mi hermana sabía muy bien cómo fingir que era una joven ingenua. Abrió mucho los ojos antes de hablar.

—¡No lo sabía, Anne! ¿En serio? ¿Por qué no lo llamas y te aseguras?

Sacudí la cabeza.

—Quizá en otro momento...

—De eso nada, Lizzy —respondió Mal algo distraído—. Es decir, no creo

que haya sitio suficiente. —Seguía rodeando con sus brazos a la mujer, completamente ajeno a las expresiones de desaprobación y confusión de sus amigos. Por un momento pareció perdido, hasta que parpadeó y frunció el ceño. Luego la soltó y metió las manos en los bolsillos del pantalón. Hablando de compromisos... ¿Es que nuestra supuesta relación se había borrado de su mente? Movía la piernas de forma inquieta.

Además, parecía que la idea de poner celoso a Reece ya no le atraía como antes; aunque yo no quería llamar a Reece, era feliz con la situación tal y como estaba. Fuera como fuese, no me importaba demasiado. La chica que acababa de aparecer lo alteró todo.

—¿Qué sucede? —preguntó Ainslie a Mal, poniéndole una mano en el brazo.

—Nada —repliqué. No es que estuviera al borde de las lágrimas, es que en el interior de aquella nave había mucho polvo en suspensión en el aire—. ¿Por qué no te vas a tomar algo con tu amiga y os ponéis al día?

—Pensaba que todos íbamos a tomar algo —dijo él.

—Sí, pero...

Mal me miró con precaución, pero luego fue como si me volviera transparente. Ni siquiera estaba presente para él. Lo que fuera que estaba pensando, no aparecía reflejado en su rostro. No debía de ser fácil, para alguien acostumbrado a conseguir lo que quería, rechazar una evidente oferta sexual. Tenía que ser sincera conmigo misma: Mal tenía un control sobre sí mismo bastante limitado.

—Lo siento, ¿nos han presentado? —me preguntó Ainslie. Sin duda era educada, no se podía decir que no tuviera modales.

—Ainslie, esta es la novia de Mal, Anne. Anne, te presento a Ainslie —intervino Ev.

«Maravilloso», pensé con ironía, incluso Ev la conocía. Por lo visto, esa joven era una de las habituales. ¿Y aquella regla estúpida de que nunca estaba dos veces con la misma mujer?

—¿Novia? —Ainslie se rio discretamente antes de mirar a todos los que estaban a su alrededor. Pero nadie sonreía. ¡Dios, qué situación tan incómoda!

Mal se acercó.

—Solo estaba saludando a una amiga —me dijo en voz baja—. ¿Hay algún problema?

—Ninguno. No pasa nada.

—Sí, ya. Es evidente que pasa algo, o no me mirarías de esa forma —repuso él en tono provocador e irritado. Parecía que algo le resultaba incómodo.

—No me hables así —le advertí—. Y menos, delante de otras personas. Vete con tu amiga y pásalo bien. Ya hablaremos más tarde.

—Así que «ya hablaremos», ¿no?

Ainslie dio un paso atrás. La pobre no entendía nada.

Mal miró al grupo, con una expresión que era una mezcla de enfado y confusión. Una de las venas de su cuello parecía a punto de explotar.

—¡Que os jodan!

Se dio la vuelta y regresó a grandes zancadas al escenario mientras le ladraba a uno de los ayudantes para que le diera unas baquetas nuevas. Muy pronto un potente redoble de tambores inundó el aire. Todos miraron hacia otra parte. Menudo desastre.

Dave lanzó una rápida mirada a Jimmy, y su hermano asintió antes de dirigirse de nuevo al escenario. Ben los siguió. Ainslie se escapó, regresando con los directivos de la discográfica.

—¡Oh, lo había olvidado! —Ev se llevó la mano a la cabeza de una forma dramática, como si se hubiera visto asaltada por un pensamiento crucial—: Nosotras tenemos que ir a buscar a Lauren. Lo siento, chicos. ¡Tarde de mujeres!

—¿En serio? —preguntó David.

—Sí —replicó ella con una mirada penetrante—. Además, empezaremos pronto.

David pilló su indirecta.

—Muy bien. Perfecto.

No recuerdo cómo salimos de allí.

Entre Ev y Lizzy me empujaron con rapidez hacia un enorme monovolumen negro que estaba esperándonos. El tipo fornido y calvo que

esperaba al lado me resultó familiar.

—Hola —lo saludé—. ¿No fuiste tú quien puso el cerrojo en mi apartamento el otro día?

—Sí, señora.

—Anne, te presento a Sam. Sam, Anne es una de nosotras. —Ev se sentó en la parte de atrás y se abrochó el cinturón mientras Lizzy ocupaba un lugar en la fila de delante. Al instante, mi hermana se puso a dar saltitos en el asiento de cuero. Era una suerte que alguien disfrutara de todos esos lujos. A mí me daba igual que fuera un vehículo viejo y maloliente.

—Encantado de conocerla, señorita —la saludó Sam—. Señora Ferris, siempre es un placer verla.

Subí y me abroché el cinturón de seguridad.

—No entiendo nada —comentó Lizzy.

—¿A qué te refieres? —pregunté.

Lizzy se movió en su asiento para poder verme.

—A esto. Nunca te había visto más feliz que cuando estás con él. Es como si fueras una persona diferente. Y él te mira como si hubiera hecho el descubrimiento del siglo. Así que no entiendo lo que ha ocurrido ahora.

Me encogí de hombros mientras intentaba mantener una expresión neutra.

—Un romance intenso, que así como vino, se va —dije sin ánimo.

—Sam, vamos a necesitar una pala oxidada —dijo Ev.

—Ahora mismo se la busco, señora Ferris —repuso el guardaespaldas mientras salía del aparcamiento.

—Estupendo. Vamos a recoger a Lauren. Seguro que querrá participar en esto.

—¿Y qué es esto? —pregunté—. No había ninguna tarde de mujeres, ¿verdad?

Pero su expresión me decía que sí íbamos a tenerla.

—La verdad es que no estoy de humor, pero es un detalle por vuestra parte —dije.

—¿Saaam? —canturreó Ev casi con alegría.

—¿Sí, señora Ferris?

—Si necesitara tu ayuda para secuestrar a Anne y obligarla a beber con

nosotras, ¿habría algún problema?

—Por supuesto que no, señora Ferris. Haría lo que fuera por usted.

—Eres un buen hombre —ronroneó ella—. Anne, no sé si lo sabes, pero Sam perteneció a las Fuerzas Especiales de la Marina. Si yo fuera tú, no le provocaría, pero puedes hacer lo que consideres.

—Cuando te pones, puedes llegar a ser un tanto malvada. —Miré por la ventana, clavando los ojos en el paisaje sin verlo.

Ev se mantuvo en silencio durante un momento.

—No sé en qué coño estaba pensando Mal cuando dejó que esa arpía se le echara encima —dijo Ev.

—No sé si ni siquiera podía pensar en algo —resopló Lizzy.

Yo opinaba igual, pero no abrí la boca.

Lo cierto era que Mal y yo podríamos haber roto. La relación que se suponía que manteníamos podía haber terminado. ¿Cómo podía saberlo? La idea era horrible y espantosa. Parpadeé. Se me debía de haber metido algo en el ojo. Francamente, no era de la clase de mujeres que lloraba. Así que me obligué a no pensar en él.

La vida seguía adelante. Daba igual lo que Lizzy supiera o creyera saber, no podía decir ni una palabra. Y yo tampoco tenía ningún comentario sobre el tema.

Nada.

Esa era la razón de por qué no era inteligente encariñarse con la gente. Si cuando estabas con alguien, había alguna posibilidad de que su ausencia te desgarrara, era mejor alejarse cuanto antes. Ninguna persona debería tener el poder de hacer caer a nadie en un estado maníaco-depresivo capaz de impulsarle a beber un camión de ginebra (era el método favorito de mi madre para enfrentarse a esa clase de situaciones). Suponía que era una lección que conviene asimilar en algún momento. Y yo lo acababa de aprender. Simplemente era eso.

Mal no regresó a casa esa noche. No es que mi apartamento fuera su casa, pero... yo me entendía.

A pesar de todo lo que bebí, no conseguí dormir demasiado.

CAPÍTULO 15

Cuando le envié el quinto mensaje del día, había pasado ya la hora de la comida.

Yo: si quieres, puedo darle tus cosas a David o a Ev. Solo tienes que decírmelo.

Al igual que los mensajes anteriores, tampoco respondió a este. Nada. Ni una palabra. Ante eso, debí dejarlo, pero no podía evitarlo. Tenía que intentarlo de nuevo.

Yo: Espero que podamos seguir siendo amigos.

Y enseguida me arrepentí de enviarlo. No se podía decir nada más aburrido, vulgar y tonto. ¿Por qué los llamados «teléfonos inteligentes» no vienen con la tecla de DESHACER? Debería haber sido más original... Quizá si hubiera sido ingeniosa, añadiendo algo sobre su batería, me habría contestado. Pero seguí sin obtener respuesta.

—¿Sigues mandándole mensajes? —preguntó Reece desde donde se encontraba colocando libros de acción y aventura.

—Mmm...

—¿Todavía no te ha respondido?

—No. Nada de nada.

Era el peor lunes de la historia.

Había logrado convencer a Reece para que me permitiera reorganizar la trastienda por la mañana, y así eliminaba cualquier necesidad de entablar una conversación. Solo había dormido dos horas, tres, como mucho, y no me sentía humana. Más bien era una bola de tristeza molesta y machacona. ¿Habría Ainslie satisfecho las necesidades sexuales de Mal? Mi cabeza estaba llena de imágenes de sus cuerpos desnudos y enredados. Y como ya había visto casi todo el cuerpo de Mal, los detalles eran muy vívidos.

Sí, mis delicados sentimientos habían resultado heridos. No podía más que darle las gracias a Dios de que Mal se hubiera ido pronto de mi vida. Si hubiéramos estado más tiempo juntos, me habría quedado destrozada cuando empezara la gira.

Mi teléfono seguía sin recibir ningún mensaje y lo había revisado dos veces para asegurarme. No era ninguna broma lo que dije sobre *Atracción fatal*, pero hasta el momento solo le estaba acechando con mensajes de texto. Por suerte, él ni siquiera se había bajado los pantalones, y aun así, su presencia me arrollaba lo suficiente. La idea de que podía perderlo por completo me hacía llorar y desear golpear algo (preferentemente a él). La ira y la tristeza se iban adueñando poco a poco de mí.

«A ver. Calma. ¿Cuántos días hace que lo conozco? No muchos», pensé.

—Esto es ridículo —me dije a mí misma, pero me salió en voz alta.

—¿Qué has dicho? —preguntó Reece, lanzando una mirada nerviosa hacia unas chicas muy modernas que examinaban algunos libros en la sección de Reformas en el Hogar.

—Nada, nada. Hablaba conmigo misma.

Reece se acercó al mostrador, y yo me puse a escribir en el ordenador, simulando que hacía facturas. Quizá si lo ignoraba, finalmente Mal se marcharía de mi casa. Solo necesitaba un par de días para volver a estar bien. Sin embargo, en ese momento necesitaba algo de espacio para mí misma. No aguantaba escuchar a mi jefe dándome detalles sobre sus polvos del fin de semana. No es que tuviera celos; de hecho, era la primera vez que no los tenía. O ¿era la segunda? El encaprichamiento que sentía por Reece había

desaparecido súbitamente de forma misteriosa (o no tan misteriosa). Mal Ericson era una distracción poderosa.

—Estás muy cabreada con ese hombre, ¿verdad? —preguntó, casi como si fuera algo que desafiara la lógica.

—De verdad, Reece, no quiero hablar de esto.

—Mira... —Suspiró y puso las manos en el mostrador—. ¿Qué te parece si te invito a salir esta noche a tomar unas copas? Hay un sitio nuevo en Chinatown. Podemos ir a echar un vistazo.

—Te lo agradezco de todo corazón, Reece, pero ¿qué te parece si vamos otra noche?

—¿Es que tienes planes?

—Algo así... —Porque sí, sentarme a solas poseída por la melancolía tras haberme puesto una camiseta de Mal era un plan, el mejor, por supuesto.

Reece se frotó la barbilla con la mano al tiempo que fruncía el ceño.

—Anne, si somos realistas, deberías saber que esto iba a ocurrir. Se trata de Malcolm Ericson. Es una leyenda viviente.

—Sí, lo sé. —Dejé caer los hombros. Si hubiera medido medio metro, no me hubiera sentido más pequeña.

—Los hombres como él no tienen precisamente esa reputación por haber mantenido relaciones estables.

—Ah, ya... Lo sé y lo entiendo, ¿de acuerdo? Déjalo ya, ¿quieres?

—Oye, tú eres genial. Él se lo pierde.

Gracias.

Aggr... Cuando vi lástima en los ojos de Reece, quise morirme. En ese momento incluí una botella de tequila en mis planes para esa noche. ¡Estupendo! Esta era la razón por la que no me había dejado de quedar con hombres, justo por eso. ¡Pollas, fuera! ¡Amor propio, regresa! Aunque tampoco es que hubiera desaparecido.

Solo necesitaba poner mi vida en perspectiva. Mal era un capullo. Realmente no había hecho nada malo, salvo no saber manejar una situación difícil, claro está.

—Creo que deberíamos volver al trabajo. —Lo cierto era que no me podía concentrar mucho, pero debía fingir que me esforzaba. Él era quien me

pagaba el sueldo.

Reece cruzó los brazos y luego los dejó caer, contemplándome con interés.

—Mira, ¿por qué no te tomas el resto del día libre? Cierro yo.

—¿En serio?

—Sí —sonrió, mostrándome sus hoyuelos—. Bien sabe Dios que te debo muchas horas. Nunca te pones enferma, la verdad.

—Gracias, Reece. No sabes cuánto te lo agradezco.

Mi vieja bañera con patas en forma de garras era el mejor lugar del mundo. Definitivamente. Nada se podía comparar a ese enorme recipiente. La vida parecía mucho mejor cuando te sumergías en sus cálidos límites jabonosos. Si tuviera que mudarme en algún momento, esa bañera sería lo que más echaría de menos.

Llevaba allí más de media hora, por lo menos, y sinceramente no tenía ninguna intención de salir. Me sentía muy satisfecha reposando en sus profundidades mientras fijaba la mirada en los azulejos de la pared sin pensar absolutamente en nada.

Grandes y vastos mares furiosos llenos de... nada. Justo hasta que la puerta de la calle sonó como un estruendo. Me puse rígida y la adrenalina inundó mis venas.

—¿Qué demonios...?

—¿Anne? —gritó Mal.

A continuación se abrió la del cuarto de baño de la misma manera, estrepitosamente. Por instinto, agarré la toalla blanca que colgaba sobre mi cabeza y me tapé el pecho. Al instante, la tela se empapó completamente.

—Anne... —Mal entró a grandes zancadas, lleno de rabia, lo cual hacía que tuviera el pelo electrizado y las pupilas dilatadas. La puerta se cerró de golpe a su espalda.

—¡Mal!

—¿Qué coño es esto? —gruñó, poniéndome su teléfono justo delante de la cara.

—Mmm... ¿Tu teléfono? Y, oye, ¿qué haces aquí dentro?

—Me refiero a los putos mensajes que me has enviado.

—¿Cómo? —Lo miré con los ojos muy abiertos, completamente estupefacta—. Fuera de aquí.

—No pienso irme.

—Si quieres discutir sobre mis mensajes, puedes esperar hasta que salga del baño y esté vestida.

—No. Lo discutiremos ahora mismo.

Para esta conversación necesitaba una coraza, y la toalla no servía para eso. Crucé los brazos sobre los pechos y me encogí sobre mí misma.

—Yo... Con esos mensajes solo trataba de ser amable después de lo que ocurrió ayer. Sin embargo, viéndote entrar aquí de esta manera, no me siento nada amigable. ¡Maldita sea, Mal! ¡Fuera de aquí!

—¿Estás cortando conmigo con un mensaje de texto? —No era una pregunta, sino una afirmación. Una que hizo que me pusiera pálida, aunque aquel despliegue de portazos y gritos podía haber ayudado también.

¿Mal se había vuelto loco? No, realmente... ¿estaba loco?

—¿Ha sido una sugerencia de ese idiota de Reece?

—No —repliqué secamente—. Reece no ha tenido nada que ver con esto, y lo cierto es que no puedo cortar contigo porque... ¿Recuerdas que en realidad nunca hemos salido juntos, que solo estábamos fingiendo?

—Eso crees, ¿no? —Se arrodilló junto a la bañera y agarró el borde con tanta fuerza que se le pusieron los nudillos blancos.

—Sal de aquí, Mal.

—No pienso moverme hasta que hablemos de esto.

Desaparecieron las señales de autocompasión y fueron reemplazadas por una intensa ira. ¿Cómo se atrevía?

—Si quieres hablar sobre esto, deberías dejar de actuar como un inmaduro. No es demasiado inteligente por tu parte que irrumpas aquí gritándome y acusándome de memeces.

—¿De verdad? ¿Y por qué no me dices tú, ya que yo no soy demasiado inteligente, qué es lo que debo hacer? —Me acercó la cara con una mirada desquiciada—. Dímelo. Vamos, dime cómo debo manejar esto, Anne. Y usa palabras sencillas, ¿de acuerdo?

Al intentar enderezarme, derramé agua por los bordes. Mal no podía haber elegido un lugar y un momento peores. Además ¿desde cuándo se había convertido en la víctima de la situación?

—No quería decir que... —intenté buscar las palabras adecuadas para explicarme, pero... ¡bah, qué más daba! Me aclaré la garganta y volví a empezar—: La situación es la siguiente: no has venido a dormir a casa. No regresaste al apartamento anoche, así que he supuesto que te marchaste con Ainslie. Tus amigos se habrán dado cuenta de todo, ¿no es cierto? Con lo cual nuestro supuesto noviazgo estará ahora en entredicho.

—No he estado con Ainslie —gruñó.

Me quedé paralizada.

—¿No?

—No. Estuve tocando la batería hasta que me calmé, luego me tomé unas cervezas con los chicos. Dave me dijo que te diera tiempo para tranquilizarte. He pasado la noche en la habitación de Ben en el hotel.

—Te voy a dar un consejo. La próxima vez que tengamos un problema, cuéntamelo a mí en vez de a David.

—Está bien —suspiró muy despacio.

—¿Has pasado la noche en la habitación de Ben? —Esta versión de la realidad se diferenciaba tanto de la que yo me había imaginado que al principio no lo entendí.

—Sí. —Desplazó aquellos intensos ojos verdes por mi rostro—. Cuando Ainslie se acercó a mí, después del ensayo, no pensé en lo que podía ser... y todo eso. No pensé en absoluto, y después ya no supe cómo actuar.

Mal permaneció en silencio, y yo tampoco dije nada. Intenté no empezar a llorar de alivio, aunque si comenzaban a caerme las lágrimas, no admitiría ante él por qué eran. Culparía al síndrome premenstrual, da igual que no estuviera en esos días del mes.

—Metí la pata y te hice daño —afirmó, desanimado—. Lo siento mucho, Anne.

—Oh, no, no me has hecho daño —le aseguré con los ojos cerrados, tratando de mantener la calma—. Quiero decir, que podrías haber contestado a alguno de mis mensajes pero... no, no me he sentido dolida exactamente.

Arqueó las cejas y no dijo nada durante un momento.

—Pues lo parecías.

—Estaba bien. De verdad.

Se limitó a mirarme.

—En serio —insistí.

Volvía a tener ojeras. Parecía que él no había dormido más que yo.

—Tranquilo. Todo va bien —repetí. No me lo creía, pero esperaba que él sí lo hiciera. Y mientras, seguía dentro de la bañera, desnuda y terriblemente expuesta—. Y ahora, ¿puedes salir de aquí, por favor?

Mal arqueó las cejas.

—¿Seguro que estás bien?

—Sí. Ahí está la puerta. —Le indiqué con un gesto de barbilla.

—¿No te he hecho daño?

—No.

—De acuerdo —admitió por fin, golpeando con el pulgar el borde de la bañera—. Entonces ¿sigue en pie nuestro trato? ¿Todo está como antes?

—Claro... Supongo. ¿Por qué no? —Le brindé mi sonrisa más brillante mientras seguía aferrando la toalla contra mis pechos. Había doblado las rodillas para ocultar la parte inferior.

Respiró con fuerza por la nariz y se sentó en cuclillas. Todo iba bien. Él aceptaba lo que había ocurrido y seguíamos adelante. ¡Gracias a Dios!

—Mal, no pasa nada... No te preocupes —insistí de nuevo con un tono cansino.

Lo miré mientras movía la cabeza y me repasaba de arriba abajo.

—¡Dios, Anne! Estás mintiendo tanto que no sé qué decirte.

—¿Cómo? —El grito rebotó contra los azulejos y resonó en eco a nuestro alrededor.

—Ya me has oído.

—Pero...

Puso la mano en mi nuca con firmeza y apretó la boca contra la mía. Y cuando deslizó la lengua entre mis labios, provocándome, me olvidé de todo lo dicho. Me acunó la cabeza con los dedos, sosteniéndome fuera del agua. Entonces me entregué por completo a ese beso, a la incitante presión de sus

labios y el áspero contacto de su barba incipiente. Moví la cabeza para acercarme más, para que profundizara el beso y hundiera más la lengua. Si me ahogaba, valdría la pena.

No había delicadeza, era puro arrebato lo que tomó el control.

Ni siquiera me di cuenta de que empezaba a meterse en la bañera conmigo hasta que la mitad del agua rebotó por los lados. No eran unas simples gotas, no. Vaciamos casi la bañera. Se coló con los *jeans*, la sudadera y las botas, y enredó las piernas con las mías. Me agarró la cintura con uno de sus fuertes brazos y me estrechó contra su pecho mientras se apoyaba con el otro en el borde de la bañera. Era evidente que uno de los dos tenía que mantenernos a flote, pero yo estaba demasiado ocupada deslizando las manos por debajo de su camiseta. Podría haberlo besado durante días enteros, aunque mi prioridad era desnudarlo.

—Quítate la ropa —le ordené, tirando de la tela hacia arriba.

—Espera. —Se apoyó en las rodillas, y mis dos manos y una de las suyas se deshicieron de su ropa.

Oh, sentir el tacto de su piel era una delicia. Me dio la impresión de que no podía tocarlo lo suficiente, quería conocer cada centímetro. Nuestras bocas volvieron a encontrarse y gemí cuando me apretó con más fuerza. Era como si intentáramos fundirnos en un solo cuerpo, piel contra piel. Le rocé el pecho con los pezones.

Sí, me friccioné contra él.

Era una idea estupenda, pero su *jeans* mojados se interponían. Deslicé una mano por la cinturilla del pantalón y le acaricié el trasero. Arqueó las caderas, impulsándose hacia mí, contra mí. Había muchas posibilidades de que la bañera no fuera lo suficientemente grande para eso, aunque íbamos a intentarlo. ¿Por qué no? Me di un golpe en el codo contra el borde y sentí la vibración en el hueso. Me dolió mucho, y él debió de notarlo, porque a continuación me cambió de postura. El agua volvió a derramarse en una gran cascada hacia el suelo.

—Ponte arriba —gruñó.

—De acuerdo.

Deslizó las manos por mi piel, intentando sujetarme.

—Joder, estás muy resbaladiza.

Aquel hombre sabía cómo utilizar su cuerpo, así que solo me quedaba esperar, enredando los dedos en su pelo. Deslizaba la boca sobre mi clavícula, por mi cuello, hasta terminar con los dientes en mi mandíbula. Se me erizó cada centímetro de la piel. Se me tensó el vientre. Sentí sus largos dedos en el trasero cuando me lo apretó. Después de todo, decidí que los *jeans* mojados no eran tan malos. Frotar mi sexo contra su rígida erección me hacía sentir muy bien. No tanto como si estuviera desnudo, pero casi.

—¿Has oído algo? —preguntó de repente y se detuvo.

—No. ¿El qué? —Lo único que podía escuchar era mi corazón desbocado. Y, de todas formas, ¿a quién le importaba? No era el momento de oír. Era el momento de sentir, y me sentía genial completamente mojada, desnuda y a horcajadas sobre él. Por suerte, sabía dar prioridad a lo más importante. Coloqué los labios sobre los suyos y lo besé con intensidad.

Me separó y movió la cabeza a un lado.

—Espera —me dijo, y permaneció en silencio, escuchando—: ¡Joder! ¿Qué es eso?

En la distancia, desde muy lejos (más o menos la habitación de al lado), llegó una voz femenina.

—¿Malcolm? ¡Cielooo! —Canturreó una mujer, acercándose por el pasillo.

Por lo visto, teníamos compañía.

—¿Mamá? —dijo Mal, levantando la voz, con expresión de incredulidad.

¡La leche! Mal había dejado abierta la puerta de la calle.

—¡Al final hemos adelantado el vuelo! —explicó su madre a gritos. La verdad era que sonaba como una mujer muy agradable. Aunque, ¡Dios!, no quería que me conociera en ese momento. ¡Menuda primera impresión se llevaría de mí!

—¿Ah, sí? —gritó Mal, dirigiendo su cara a la puerta.

—No supone un problema, ¿verdad?

—¿Han venido tus padres de visita? —susurré con furia—. ¿En este momento?

Él cerró los ojos con fuerza.

—Me he olvidado de decírtelo. Perdona —musitó como única respuesta.

—¿Mal? Cielo... —lo llamó su madre—. ¿Te pasa algo?

—No, no. No pasa nada, mamá, estoy bien.

—Estamos encantados con todo lo que nos has contado sobre Anne.

—En eso estoy de acuerdo contigo —aseguró Mal al tiempo que le lanzaba un largo repaso a mis pechos—. ¿Sabes, bomboncito? Esto es jodidamente excitante.

—De verdad, solo queríamos llegar cuanto antes para conocerla. Quizá deberíamos haberte avisado —dijo la madre.

La sonrisa de Mal era tan demoníaca que el propio Belcebú se pondría celoso.

—¡Oh! ¿De verdad? ¿Tenéis tantas ganas de conocer a Anne? Porque está en...

Le tapé la boca con las dos manos.

—Ni se te ocurra, ¿lo has entendido? —farfullé.

Mal encontraba divertidas algunas situaciones que a las personas normales nos ponían al borde del infarto. Pero en ese momento no tenía ninguna duda: era su vida la que estaba en juego. A pesar de la alegría que brillaba en sus ojos, asintió y me dio un beso en la palma de la mano. La retiré lentamente, mientras entornaba los ojos.

—¿Cómo dices, Mal? —preguntó su madre.

—Decía que está a punto de llegar, mamá.

—¡Genial!

—Lo siento —me dijo, riéndose por lo bajo.

—Eres tonto —respondí.

Me puso la mano en la nuca y posó los labios en los míos. Ojalá no me gustara tanto besarlo.

—Hijo... —Una voz profunda sonó cerca, demasiado cerca de nosotros.

—Hola, papá. —dijo Mal, hablando a la puerta, y apoyó la frente en mi hombro—. Una cosa: no se os ocurra entrar en el cuarto de baño, ¿de acuerdo?

—No, no.

—Hijo, hay mucha agua por el suelo —comentó su madre, poniendo los

hechos en palabras—. ¿No eres un poco mayor para estar chapoteando en la bañera? ¿Qué demonios estás haciendo ahí dentro? ¿Dónde tiene Anne la fregona?

—En el armario de la cocina —susurré.

—Ah, está en la cocina, mamá, en el armario. Gracias. Creo que me dejé llevar por el entusiasmo. —Apoyó la cabeza en el borde de la bañera y miró al suelo—. Mira lo que has hecho, mujer.

—Pero si has sido tú quien se metió en la bañera —respondí por lo bajo. El suelo estaba inundado y el agua se había esparcido por todas partes, llegando a colarse por debajo de la puerta hacia el pasillo y el salón—. Menudo desastre... Será mejor que lo sequemos ya.

—Lo siento, bomboncito. No me importa recoger mis cosas, pero soy una estrella del *rock*. Y las estrellas del *rock* no pasan la fregona. Es así de simple.

—Tú has sido el que provocó este jaleo, así que me ayudarás a limpiarlo. Es uno de mis límites, Mal. ¿O es que ya lo has olvidado?

—No lo entiendes. —Cerró los ojos con el rostro rígido, fingiendo desesperación—. Son las manos de un artista. ¿Crees que Bonham pasaría la fregona?

—¿Quién? —pregunté, confundida.

—John Bonham.

—Ah, ya. Bueno, si John Bonham hubiera mojado el suelo, sí, esperaría que pasara la fregona.

—No puede, está muerto.

Incliné la cabeza hacia un lado.

—¿De quién... de quién estamos hablando exactamente?

—¿No sabes quién es John Bonham? —preguntó Mal, pareciendo bastante escandalizado.

—Shhh —le indiqué que no elevara la voz—. Van a oírnos tus padres.

—Lo siento. Pero ¿hablas en serio? Te estás quedando conmigo, tienes que saber quién es Bonham. Estás puteándome, ¿verdad?

—Lo siento. No tengo ni idea.

—¡Dios mío! —Sacudió la cabeza al tiempo que suspiraba con tristeza—.

No sé si podría metérsela a una mujer que ni siquiera sabe quién es John Bonham.

—¿Metérmela? —pregunté con las cejas tan arqueadas que seguramente me llegaban al nacimiento del pelo—. ¿En serio has dicho eso?

—Hacer el amor. Me refería, por supuesto, a hacer el amor. Jamás te la metería, sin más. Haría el amor de una forma tierna y apasionada a este precioso cuerpecito tuyo. Y lo haría durante días... No, semanas... Sería una pasada, bomboncito. Habría angelitos y pajaritos cantando a nuestro alrededor... revoloteando y mirándonos. Unos pervertidos todos ellos.

—Entiendo... Pero ya has metido la pata hasta el cuello. —Sonreí lentamente antes de ponerme en pie.

—¿Y a Kerlaske lo conoces? ¿Y qué me dices de De Wilk? ¿Lo has escuchado?

—Me gusta Grohl. Es genial.

—¡Oh, no! Ni de coña, cariño. Dave Grohl no. No digo que sea un mal tipo y que no tuviera destellos geniales, sobre todo mientras estuvo con Nirvana. —Me puso las manos en la cintura y las fue bajando lentamente hasta los muslos, impidiendo que me moviera—. Eee... ¿dónde está?

—Mmm... Mal, tienes que parar.

Me miró directamente el sexo, estudiándolo con atención. Vi que se formaba una pequeña línea entre sus cejas y pensé que podría vivir perfectamente sin saber lo que estaba pensando en ese momento. Sus padres estaban al otro lado de la puerta. La mujer que lo había traído al mundo se afanaba secando el desastre que habíamos provocado. Así que no era el momento de familiarizarse con mi cuerpo. Y también podíamos hablar de baterías célebres en otro momento.

—Por favor, ¿podrías dejar de hacer eso? ¿Y dónde está qué? —Pasé una pierna por encima del borde de la bañera y pisé con cuidado el suelo mojado, alejándome de su intensa mirada. Por suerte, tenía la bata colgada en la puerta. No había pensado en traer ropa para cambiarme y la que llevaba puesta estaba empapada en un rincón, donde la había dejado caer al desnudarme.

—Tu vello púbico —dijo con tono de angustia—. ¿Dónde está?

—Es que me hago la cera.

Frunció la nariz con gesto de disgusto.

—Bueno, pues no lo hagas más. Quiero ver si es color zanahoria, como el de tu cabeza. Me lo merezco.

Contuve una sonrisa.

—Te lo has imaginado muchas veces, ¿verdad?

—Durante más de una semana. Tengo que relajarme.

—¿Te has masturbado pensando en mí? —pregunté, excitada. Sin duda, con sus padres al otro lado de la puerta, aplaudir estaba fuera de lugar.

—¿Acaso no soy un hombre, Anne? —Mal salió de la bañera con los *jeans* chorreando y las botas llenas de agua. Un desastre despeinado y mojado, pero muy muy guapo.

—Dado el bulto que adorna tus pantalones, diría que sí, Malcolm.

—Entonces sí, claro que he pensado en ello. Me he imaginado tu coño constantemente. Cómo es, a qué sabe, cómo sería sentir que estoy dentro de él... —Se dirigió hacia mí, medio desnudo y empapado. El agua caía por todas partes—. ¿Por qué te crees que me fui a dormir anoche al sofá de Ben? Porque no quiero follar con otra mujer. Solo contigo.

—Ah... —susurré.

—¿No vas a decirme que no suena romántico? —preguntó.

—No.

—¿No? —Me agarró la solapa de la bata. No para abrirmela, solo para retenerme.

Me sujeté a la cinturilla de sus *jeans* y alcé la cabeza para pegar mis labios a los suyos.

—He leído entre líneas y solo he oído: «Blablablá, he pensado en ti todo el rato», «Blablablá, solo puedes ser tú». Y eso es romanticismo en estado puro.

Se rio.

—Estás loca.

—Quizá tengamos eso en común, sí.

—Bueno, creo que es ya es hora de que conozcas a mi polla. —Me rozó la línea de la mandíbula con los labios, haciéndome estremecer.

—¿Me la podrías presentar luego?

—Ya que me lo pides tan educadamente... —Se alejó—. ¡Joder! No vamos a ponernos en plan tortolitos como Dave y Ev, ¿verdad?

—¿No es así como se supone que debemos comportarnos?

—Sí, pero era divertido cuando lo fingíamos. Si lo hacemos de verdad... —Dejó la frase inacabada.

Mi lujuria se enfrió de forma significativa, y me tranquilicé. Porque si esto era de verdad, podíamos resultar heridos. Más yo que él, estaba claro. Aunque él también podría sufrir. Sin embargo, las posibilidades se inclinaban más a mi favor. Era consciente de que poner fin a una relación de mentira iba a dolerme, pero ¿y si era real? Sería mucho peor.

—Mmm... ¿por qué no nos lo tomamos con calma y vemos cómo va? —dije.

—Ahora ya no puedo parar. —Apoyó la frente contra la mía—. Anne, necesitamos acostarnos de una puta vez.

—Sí, pero si lo hacemos, no tiene por qué cambiar nada.

—¿No?

—No, todo saldrá bien. —Dios no podía castigarme. ¿Quién sabía?, incluso podía ser verdad.

—¡Estupendo! —repuso. Su mejor sonrisa regresó con fuerza y, alzando una mano, esperó a que se la chocara—. ¡Joder! ¡Qué buenos somos!

Choqué su mano y entrelacé los dedos con los suyos para aproximarlos a mí.

—Claro que lo somos.

CAPÍTULO 16

Respecto a la visita de sus padres, Mal se entregó completamente.

Se vistió con ropa seca y pasó la fregona por el cuarto de baño mientras yo me ocultaba en la bañera, detrás de la cortina. Después, no tardó en abandonar el apartamento con sus padres. Oí que su madre le preguntaba por la cama rota (sí, también estaban de par en par las puertas de las habitaciones). Al parecer, nuestra relación —que pasaba intermitentemente de ser falsa a verdadera— estaba destruyendo poco a poco el contenido de mi casa. Sin embargo, en esta ocasión las consecuencias del agua derramada no eran exageradas. Así que Mal masculló una explicación sobre la cama, y su padre cambió de tema. ¿Qué demonios había dicho? Conociéndolo, sus padres estarían pensando en ese momento que yo era una especie de ninfómana. Y aunque la verdadera razón era que habíamos estado saltando sobre el colchón como un par de adolescentes chiflados, no me hacía gracia que lo supieran sus padres.

Me sequé y terminé de pasar la fregona. A los quince minutos, recibí un mensaje suyo.

Mal: La limusina te recogerá dentro de un cuarto de hora.

Yo: A dónde vamos?

Mal: Sorpresa!!!!

Yo: No me gustan las sorpresas. A dónde vamos??!! Como no me

respondas, te haré daño mientras duermes. Dímelo, tengo que saber qué ropa ponerme.

Mal: No te pongas nada.

Yo: ... casi cuela...

Mal: Vamos a un restaurante. Ponte una falda.

Por favor.

Yo: Tus deseos son órdenes.

Mal: Jajajaja... Ojalá...

Me detuve en la calle y el aire helado me congeló las rodillas. Me aterraba lo que los padres de Mal pudieran pensar de mí y de mis escasos estudios. De pronto una elegante limusina se detuvo frente a la acera.

«¡Oh, Dios!»

Mis ojos se abrieron como platos. Era la primera vez que subía en un vehículo semejante. Me perdí el baile de graduación, igual que tantas otras cosas. Mi primer novio siguió adelante con su vida, y buscó a otra que tuviera tiempo para ir a animarle a sus partidos y acompañarle a las fiestas.

Un joven con un moderno traje gris y una gorra a conjunto bajó de la limusina.

—¿Señorita Rollins? —preguntó.

—Sí, soy yo. —Abrí la puerta, deseando echar un vistazo al interior, pero me detuve—. ¡Dios! Perdona, debía esperar a que me la abrieras tú, ¿verdad?

—Exacto, señorita. —Se colocó junto a la puerta y esperó a que entrara en el interior para cerrarla. Por suerte, la falda me llegaba hasta las rodillas, pues dado el tamaño del vehículo no existía ninguna manera de entrar allí de forma elegante.

Me recibieron unos asientos de cuero reluciente, una brillante licorera de cristal y un juego de vasos. Por hablar de algo elegante...

La limusina me llevó hasta un lugar de la *jet set* en Pearl District. Últimamente siempre acabábamos en esta parte de la ciudad. Se trataba de un restaurante donde no había estado, pero sí había oído hablar mucho de él. Algunos meses atrás Reece llevó allí a alguno de sus ligues con intención de

impresionar a la chica de turno. Y le funcionó. Aquel sitio rezumaba estilo; estaba dividido en reservados rojos con una iluminación tenue. Sinceramente, las lámparas parecían más bien obras de arte, con esas tulipas enormes de cristal tipo copa. En cuanto ganara mi primer millón, pondría una como esas en mi casa.

Di el nombre de Mal, y el atractivo *maître* me miró de arriba abajo. Es evidente que la segunda mirada ya no podía considerarse un vistazo casual y sí grosero.

—Cuando quiera —lo presioné, sin intención de mostrarme amistosa.

Mal estaba sentado de espaldas al salón, con el pelo en una coleta. Me resultó tentador preguntarle si su madre le había mandado recogerlo, pero cada vez que nos enfrentábamos en una batalla dialéctica, acababa siendo yo quien perdía, así que me contuve. Ya estaba suficientemente nerviosa por el hecho de conocer a sus padres, así que era mejor mantener la boca cerrada y centrarme en admirar sus pómulos marcados.

—Ya ha llegado. —El orgullo que destilaba la voz de Mal me sobresaltó y me calentó a la vez. Salió del reservado y me rodeó la cintura con un brazo —. Mamá, papá, os presento a Anne.

La madre de Mal era una señora pequeña, con una sonrisa capaz de iluminar todo su rostro. Neil, su marido, se levantó para saludarme. Era alto y con el pelo rubio; parecía de sangre vikinga, lo cual tenía bastante sentido, viendo a su hijo.

—Encantada de conocerles —dije, intentando proyectar alegría, optimismo y confianza en mí misma. Ningún hombre me había presentado a sus padres. Era evidente que estaba forjando un nuevo camino con Mal. Crucé los dedos, deseando no defraudarle.

Su madre me tendió la mano. Enseguida noté unos huesos frágiles y delicados.

—Hola, Anne. Soy Lori. Y este es mi marido, Neil. Nos alegra mucho conocerte.

—¿Qué tal, Lori? Es un placer conocerte.

Terminadas las presentaciones, me senté en el reservado, seguida de Mal. Apretó su muslo embutido en unos *jeans* contra el mío y me cubrió la rodilla

con una mano. Después de mucho tiempo intentando decidirme, había elegido un vestido de punto azul marino y unos botines. Un estilo más conservador con unos zapatos apropiados para patear traseros. Quizá había sido una mala elección. A fin de cuentas, ¿qué sabía yo de las familias de las estrellas del *rock*? Neil llevaba una camisa *Oxford* y corbata; Lori lucía una blusa de lino blanco y pantalones a juego. No es que esperara encontrarme a una mujer llena de *piercings* y tatuajes, pero tampoco lino blanco. Me temblaban tanto las manos que si hubiera sujetado una copa, habría derramado el líquido.

—Tranquila —me susurró Mal, inclinándose hacia mí.

No quería estropear este encuentro, pero tenía un nudo en el estómago. No mantenía una relación fluida con mi propia madre, así que ¿cuántas posibilidades tenía de metérmelos en el bolsillo? Sentía las manos empapadas por el sudor. Siempre me pasaba lo mismo, era enfrentarme a una situación de estrés y podría competir contra un rinoceronte con problemas de transpiración; suponiendo, claro está, que los rinocerontes tuvieran problemas de transpiración.

Mal me besó justo debajo de la oreja.

—Bomboncito, respira hondo. Todo va bien.

—Sí. —Yo puse los pulgares hacia arriba.

—Ya veo. No va nada bien, ¿no? —Miró a su alrededor y levantó la mano para llamar a un camarero—. Hola, ¿podrías traerle un...? Bueno, le servirá cualquier bebida consistente, ya me entiendes.

—¿Qué tal un Rocket Fuel, señor?

Mal batió palmas.

—¡Magnífico! Que sea un Rocket Fuel. Doble.

El camarero abrió los ojos como platos.

—Eee... De acuerdo, señor.

De repente la mesa se llenó de fotografías esparcidas, un verdadero mar de bebés rubios. Había caras redondas y manos extendidas como estrellas de mar en abundancia. Lori esbozó otra de sus cálidas sonrisas.

—Son nuestros nietos, Anne.

—No sabía que Mal era tío.

—Ocho veces ya, cielo. —Su madre comenzó a decir nombres según señalaba algunos rostros. Dado que sus tres hermanas eran tan prolíficas, tomé nota mental para abastecernos de muchos condones. Fuera cual fuese el carácter de nuestra relación, ni él ni yo estábamos preparados para tener un pequeño Mal, a pesar de sus bromas. Es más, ni siquiera sabía si quería tener hijos. Era algo que tenía guardado con la etiqueta de «se lo preguntaré algún día».

Las anécdotas de Lori sobre sus nietos regaron la conversación mientras pedíamos y cenábamos. Ella hablaba sin parar mientras los demás comíamos. Debo reconocer que el Rocket Fuel me relajó bastante. Por lo que pude comprobar, se trataba de una bebida compuesta por algún tipo de licor blanco con limonada. Seguramente se consideraba ilegal, porque estaba segura de que si acercaba una cerilla encendida, empezaría a arder.

Tras tomar unos cuantos sorbos, la dejé a un lado para que Mal la apurara. Él me robó algún bocado de mi plato al tiempo que bebía de mi vaso. Ese sentimiento de unión y complicidad me encantó. Estaba segura de que se trataba de un gesto cotidiano y normal para él, pero la forma en que lo llevó a cabo, distrayéndome con su sonrisa o guiñándome un ojo, hizo que el juego valiera la pena.

Ese hombre me tenía a sus pies, ni siquiera necesitaba esforzarse demasiado.

—Así que tienes tres hermanas mayores —comenté—. ¿Sabes? Sí, tienes pinta de ser el pequeño.

Su madre soltó una buena carcajada. Era posible que fuera menuda, pero se reía a lo grande. Contó anécdotas muy divertidas sobre la infancia de su hijo; evidentemente lo adoraba, y su forma de mirarlo lo demostraba. Por mi parte, ni siquiera podía recordar cómo sonaba la risa de mi madre. Había pasado demasiado tiempo desde la última vez que la escuché.

—¿Por qué lo dices, bomboncito? —preguntó Mal, mirándome con intensidad—. No estarás insinuando que soy un capullo ruidoso e inmaduro, ¿verdad? Porque me parece de puta pena que saques esa mierda en la conversación.

Su madre carraspeó, reprendiéndolo con la mirada por sus palabras

malsonantes.

Mal estaba con el brazo apoyado en el respaldo del asiento que compartíamos. Se había puesto una camisa negra para cubrir sus tatuajes. Intentaba no mirarlo fijamente, aterrada de que mis ojos hicieran chiribitas, como le gustaba decir a él. Todavía estaba fresco en mi memoria lo que habíamos hecho en la bañera antes de que llegaran sus padres.

—Vamos, explícamelo —me ordenó.

—Quiero decir que eres muy... creativo. Y eso es propio de los hermanos menores.

—Ahá... —Arqueó una ceja y miró a su familia. Sin embargo, su mano se aventuraba por debajo de mi falda. Le retuve los dedos y se los apreté como advertencia antes de que siguiera subiendo a primera base, pero su sonrisita lo delataba—. Anne es la mayor. Mamá, deberías ver cómo se ocupa de su hermana. La palabra «protectora» se queda corta. Me sorprende que no la tenga en una burbuja.

Su madre esbozó una sonrisa.

—No soy tan protectora como insinúas —alegué—. Mi hermana tiene veinte años. Ya es adulta y cuenta con mi apoyo. Eso es todo.

—¿En serio? —Maldita sea, pero me gustaban sus bromas. Me gustaba la familiaridad que se percibía en su mirada—. Pues Ben me dijo que temió por su vida cuando lo pillaste mirando a Lizzy. Me preguntó si sería necesario que protegiera las joyas de la familia, ya sabes.

Lori chasqueó la lengua al oírle mencionar los testículos de Ben, pero Mal no le hizo caso.

—De hecho, me comentó que parecías preparada para destrozarlo.

Esa información me gustó menos.

—¿Ben te ha hablado de Lizzy? —Entorné los ojos. Mi buen humor desapareció. No quería que Ben Nicholson supiera que ella existía—. Es muy joven para él. Lizzy tiene que concentrarse en la universidad.

—Tranquila, mamá osa. De hecho, estoy de acuerdo contigo. —Mal sonrió de oreja a oreja mientras me frotaba la nuca, haciendo que me relajara al instante. ¡Dios! ¡Qué manos! Aunque sus padres me parecían unas personas encantadoras, esperaba que no fuera una cena interminable. El

camino que me esperaba después era demasiado apetecible; Mal y yo teníamos cosas que hacer.

—Mantendré a Benny Boy alejado de tu hermanita —me prometió—. No te preocupes.

—¿Qué es de tu madre, Anne? —preguntó Lori—. ¿Dónde vive?

Me estremecí, y Mal detuvo el masaje que estaba haciendo en mi cuello. No necesitaba mirarlo para saber que tenía los ojos clavados en mí. Me tocaba responder y cambiar de tema.

—Está en... eee... en el sur de California. Está bien. Gracias.

—¿Y tu padre?

—Oh, se fue de casa hace muchos años. —Era mejor eso, que decir «qué narices sé». De todas formas, ¿por qué me molestaba en suavizar los hechos? Lo que había ocurrido estaba ahí. Tomé el trozo que me quedaba de pan y mordisqueé la corteza. Estaba muy bueno, pero me sentía llena. Necesitaba hablar de un tema neutral, pero el plato vacío no me ofrecía inspiración alguna. Mi cerebro parecía haberse quedado en blanco.

—¿Os vais a quedar a los primeros conciertos? —preguntó Mal.

Qué alivio. Deseé haberle besado los pies por haberme salvado.

—Ya veremos... —dijo su padre.

—Claro que nos quedaremos. Al menos para el primero —le corrigió Lori—. Nos encanta verte tocar con los muchachos. ¿Cómo están? ¿Jimmy va mejor?

—Ya está recuperado, mamá. Todos están bien. Dave quiere presentarte a Ev en cuanto sea posible.

Su madre soltó un suspiro de felicidad.

—Me encantará conocerla. Siempre supe que David sería el primero en sentar cabeza. Tiene un alma sensible, mucho más que el resto del grupo.

—Yo también soy sensible, mamá. Guardo dentro una enorme bola de sentimientos. Díselo tú, bomboncito.

—Su hijo es muy muy sensible —repetí obedientemente.

—Eso no suena muy convincente —dijo Mal, tirándome del pelo con suavidad y acercándose a mí—. Has herido mis sentimientos. Me has hecho daño. Tienes que besarme para curarme.

—Perdóname. —Le di un besito en los labios.

—¿Ya está? ¿No me vas a dar nada mejor? —Frotó los labios contra los míos, con intención de profundizar el beso—. Debería darte vergüenza. Creo que puedes hacerlo mejor, mucho mejor. Has despreciado mi boca por completo.

—Después... —susurré, intentando que la situación no se nos fuera de las manos delante de sus padres, aunque ¡maldito Mal! Era muy difícil.

—¿Me lo prometes?

—Síii.

—Anne, es una pena que no estuvieras en casa cuando pasamos por allí —comentó Lori—. Aun así, debo decirte que tienes un apartamento precioso.

—Gracias.

—Pero eso sí. Tienes que conseguir que Malcolm deje de romperte los muebles y de inundar el cuarto de baño.

Mal soltó un gruñido.

—Un hombre debe tener libertad para saltar en las camas y bañarse como le dé la gana, ¿no? —replicó Mal.

—Cielo, ya tienes veintisiete años...

—¿Y?

—¿No ha llegado el momento de que empieces a comportarte como un adulto?

—Pago mis facturas y cumplo con mis responsabilidades. ¿Crees que importa algo más? —Mal se sentó más recto y miró a su madre con una sonrisa. Tuve la sensación de que era una conversación que habían mantenido muchas veces.

—Es extraño —comentó Neil, tomando la palabra por primera vez—. El caso es que habría jurado que escuché dos voces en el cuarto de baño.

—Las paredes son muy finas —replicamos Mal y yo al unísono. Sí, yo sonreí... Dudaba mucho que resultáramos creíbles. ¡Mierda, lo que faltaba!

Su padre farfulló algo por lo bajo mientras Lori intentaba disimular la sonrisa limpiándose los labios con la servilleta.

Nos habían pillado. Seguro.

—Come algo más, cariño. —Neil empujó el plato hacia Lori. Los demás

habíamos devorado la comida, pero ella apenas había tocado la suya.

—No tengo hambre. —Acarició la mano de Neil.

Los dedos de Mal, que estaban acariciándome el cuello, se quedaron paralizados.

—Pero... —Neil se inclinó para susurrarle a su mujer algo al oído.

Un momento después Lori lo silenció con un beso y compuso una sonrisa, que resultó bastante fingida. Era una expresión que conocía muy bien. No es que la suya fuera mala, pero resultaba evidente que no salía del corazón. Supuse que no lo esperaba de ella. ¿Qué pasaba aquí? Podría haber mil y una explicaciones... A fin de cuentas, todas las parejas se peleaban.

En el extremo opuesto del salón empezó a sonar una entusiasta interpretación de *Cumpleaños feliz*. Un enorme grupo de jóvenes de la edad de Lizzy empezaron a gritar, montando follón. El *maître* los contempló con reprobación.

—Malcolm, tienes que traer a Anne a casa para la fiesta. Así podrá conocer a tus hermanas —sugirió su madre—. Vamos a hacer una reunión familiar la semana que viene en Coeur D'Alene y no podéis faltar. Será entre los conciertos de Seattle y Chicago, así que quiero veros a los cuatro allí, ¿de acuerdo?

—¿Sois de allí? —pregunté a Mal sin pensar. Era algo que sabría cualquier novia, pero con él no lograba mantener conversaciones normales, aunque el pasado no era un tema que me preocupara. Por suerte, Lori no pareció darse cuenta.

—Sí. —Mal asintió, con los ojos clavados en su padre.

—¿Cómo es? —insistí.

Mal siguió mirando a sus padres sin sonreír.

—Hay árboles, un lago y par de bares decentes. No está mal —me explicó muy serio.

—Es una maravilla, en especial en otoño —añadió Lori de forma entusiasta—. Anne, tienes que venir.

—Veré lo que puedo hacer. —Me moví inquieta en el asiento. Allí pasaba algo. El ambiente había cambiado, ya no era el mismo. Mal y su padre parecían apagados, preocupados. Ninguno de los dos me miraba a los ojos.

La conversación se había enfriado, y no entendía por qué.

—Vas a asegurarte de que ella venga, ¿verdad, cielo? —Lori se inclinó y apretó la mano de su hijo, ignorando cualquier incomodidad. Su sonrisa era más grande que antes, como si estuviera intentando compensar algo—. Anne, lo pasaremos genial enseñándote los alrededores.

—Claro que sí —respondió Mal con la voz vacía. Parecía que alguien había pulsado su botón de apagado. No parecía él. No lo reconocía.

—Bueno, será mejor que regresemos al hotel —anunció Neil—, no quiero que tu madre se canse demasiado.

Lori sonrió con tristeza.

—Sí. Supongo que será lo mejor. Anne, ¿crees que mi hotel está realmente encantado? He visto que hay un *tour* para ver fantasmas. ¿No sería increíble?

—Ya lo creo, sí.

Mal sacó el teléfono del bolsillo y envió un mensaje.

—He pedido que traigan la limusina —comunicó a sus padres.

Retiró el brazo de mis hombros y salió del reservado. De repente aparecieron de la nada unas muchachas de unos dieciocho años. Mal dio un paso atrás por la sorpresa.

—¡Oh, Dios mío! Sabíamos que eras tú —dijo la primera, riéndose tímidamente.

—Somos tus mayores *fans* —dijo otra.

—Ah... Hola. Gracias. —Mal agarró el bolígrafo que le ofrecían y plantó su autógrafo en las servilletas y libretas. Movía la mano con rapidez. Era evidente que había hecho eso millones de veces. Salí detrás de él mientras Neil acompañaba a Lori sujetándola por el codo.

Algunas personas de la mesa donde se celebraba el cumpleaños volvieron la cabeza y se unieron a las muchachas que acosaban a Mal. La gente lo rodeó con rapidez. Comenzaron a brillar los *flashes* y tuve que levantar una mano para protegerme los ojos de la luz. Había dos o tres personas interponiéndose entre nosotros en ese momento. Me empujaron a un lado y acabé golpeándome la cadera contra una esquina. Un vaso cayó a mis pies y, por supuesto, Mal apareció junto a mí.

—¿Estás bien? —me preguntó, estudiándome detenidamente.

—Sí. Solo me ha pillado por sorpresa. —Me sentía avergonzada.

—Venga, vámonos. —Me acercó a su lado mientras la gente que nos rodeaba empezaba a quejarse y a asediar un poco más. Un hombre colocó su teléfono móvil delante de Mal. Pero él no hizo caso y siguió avanzando a la fuerza entre la multitud. Cuando me gritó a la cara, el corazón me dio un vuelco y mi piel se cubrió con una pátina de sudor frío. La gente está loca, no importa que tengan dinero o no. ¿Qué habría ocurrido si lo hubieran reconocido en un restaurante de comida rápida?

Salimos corriendo del restaurante en medio de gritos. Neil dejó entrar primero a su mujer en la limusina y luego la seguimos nosotros. Montones de manos golpearon los cristales mientras el conductor intentaba cerrar la puerta sin hacer daño a nadie. Un minuto después la limusina se incorporó al tráfico y pude respirar de nuevo.

Por fin estábamos en marcha. Nadie decía nada y el silencio estaba matándome. Ni siquiera Lori podía esbozar más que una ligera sonrisa; parecía estar perdiendo fuerzas, tal y como Neil había pronosticado. Al haber entrado tan rápido, Mal no pudo elegir sentarse a mi lado. Una pena, porque podríamos haber tenido las manos juntas.

—¡Uf! Ha sido muy emocionante —comenté.

—La mayoría se contentan con mirar. Pero de vez en cuando se dejan llevar —explicó Lori—. No permitas que te asusten, Anne.

Nadie volvió a hablar en todo el trayecto.

Cuando llegamos al hotel, y antes de que sus padres bajaran de la limusina, Lori me besó en la mejilla. El estado de ánimo que había quedado tras la cena no había cambiado en ninguno de los presentes. Una vez nos quedamos a solas, contemplé a Mal detenidamente, deseando que me mirara. No había tenido tiempo de afeitarse y la barba incipiente le cubría la mandíbula. Examiné su boca... La necesidad de besarlo, de cerrar la distancia que nos separaba, hizo que se me acelerara el corazón.

—¿Estás bien? —le pregunté.

—Sí. ¿Y tú? —replicó, ocupando el asiento que se extendía frente a mi a lo largo de toda la parte trasera. Era la imagen despreocupada de la fama,

calmado y al margen de todo—. Lamento la escena en el restaurante.

—No pasa nada. Estoy bien.

Se frotó la cara con las manos.

—Son cosas que pasan.

—La cena ha sido fantástica. Gracias por invitarme.

—Mmm...

—Tus padres son unas personas maravillosas. Tu madre me encanta.

—¡Guay!

—Y tu padre parece también muy agradable.

Él asintió con una mirada vacía y lejana.

—En serio, Mal. ¿Qué te ocurre? —insistí. Necesitábamos ir al apartamento y meternos en la bañera. Allí nuestra comunicación era mucho mejor.

—Nada.

Mentía.

En algún momento la conversación se había torcido y ya no supo cómo enderezarla. No tenía habilidades para ello. Deseaba sentarme a su lado, pero algo me contenía. Por alguna razón, no estaba segura de que fuera bien recibida. Esta debía ser nuestra gran noche, al fin estaríamos piel con piel, disfrutando del sexo sudoroso y salvaje. Sin embargo, ya no estaba tan segura de que fuera a ocurrir. No se trataba de si lo deseaba o no, porque la necesidad que sentía por él me tenía al límite. Lo que ocurría era que no quería ser la única en sentirse así.

Empezó a llover.

—Me voy a tocar la batería un rato —comentó—. Pero te dejaré antes en el apartamento, ¿de acuerdo?

—¿Tenéis ensayo esta noche?

Su sonrisa no se reflejó en su mirada.

—No. Es que tengo ganas de tocar.

—¿No te apetece venir a casa conmigo? —pregunté. Él sabía a qué me refería. Lo sabía perfectamente.

Lo vi encogerse de hombros.

¡Oh, no! De eso nada. No iba a permitir que se encogiera de hombros ante

la idea de acostarnos por primera vez. Esa no era una situación en la que pudiera tolerar ni una pizca de ambigüedad, me daba igual la forma o el tamaño. La limusina se detuvo, sin duda mientras el conductor esperaba a que le dijéramos nuestro próximo destino.

Mal sacó el teléfono móvil del bolsillo y comenzó a trastear con él. Crucé los brazos. Bien, parecía que quería jugar. Fuera, el centro de Portland sorprendía por su belleza. Los árboles de un pequeño parque estaban engalanados con bombillas encendidas que brillaban bajo la lluvia. Diminutas líneas de agua resbalaban por las ventanillas, ocultando la vista.

De acuerdo, si realmente quería marcharse a tocar la batería, que se fuera. Era evidente que Mal no estaba de humor para tener compañía. Abrí la boca para aceptar el plan, pero no me salió ni una palabra. Aquello no funcionaba. Lo cierto es que ser una zorra testaruda y excitada no era lo mío. Quizá podría tomármelo mejor si me diera un poco el aire.

—¿Puedes pedirle al chófer que se detenga? —Me aparté un mechón de pelo de la cara—. No es necesario que te desvíes. Encontraré el camino por mi cuenta. Nos veremos después en casa.

Entornó los ojos.

—No pienso dejarte en medio de la calle bajo la lluvia, Anne. Te llevaré hasta casa.

—De acuerdo. Gracias.

Abrió la boca y, al instante, volvió a cerrarla

—¿Qué? —indagué.

No me respondió.

Agg... Era una maniobra evasiva. Lo conocía muy bien. No podía seguir exigiéndole que se abriera conmigo cuando yo tampoco tenía intención de contarle mi triste historia. Nadie necesitaba escucharla.

Aun así, no nos merecíamos esto. Nosotros éramos mucho más.

—A la mierda todo... —murmuré.

—¿Qué has dicho?

—A-la-mier-da-to-do.

Movió la cabeza a un lado.

—La seguridad de los vehículos en movimiento es un poco exagerada.

—¿Cómo...?

Me senté a su lado y luego tomé una decisión todavía mejor: me subí a su regazo y me senté a horcajadas. Parpadeó, llevando las manos a mis caderas como si no supiera donde ponerlas. El teléfono cayó al suelo, olvidado. Por suerte, llevaba falda. Era corta y elástica, algo que resultaba útil en ocasiones como esta.

—Anne...

—Mal...

—¿Qué pasa?

—La noche no va a terminar así —le comuniqué con perfecta calma—. No pienso permitirlo.

Me miró como si hubiera empezado a hablar en otro idioma, lo cual en realidad era una idea excelente, dado que yo no sabía cuál era el problema.

Deslicé las manos por su cuello. Ahora entendía por qué él lo hacía siempre; la piel de esa zona era muy suave y cálida. La verdad es que no sabía de qué hablar, por lo que besarlo tenía mucho más sentido que decir algo que pudiera estropearlo todo. Así que le rocé los labios, perfectos y suaves, con los míos. Oír que contenía el aliento fue como música para mis oídos. Ahora que tenía la oportunidad, podría rendirle homenaje durante toda la noche. Tenía una boca perfecta. No conocía a ningún otro hombre que estuviera hecho para besar como él.

—Odio verte triste —le dije.

Nos miramos muy de cerca. Lo que fuera que le estuviera pasando, le hacía daño, y necesitaba dejarlo salir, allí, en ese mismo momento. Mal y yo nos habíamos ganado lo que quería que ocurriera, solo que él lo había olvidado en algún punto del camino, y lo había desviado. Por suerte, a mí no me ocurría lo mismo.

—Sea lo que sea, deja que intente ayudarte. Aunque solo sea por un rato...

Me incliné y lo besé, recorriendo sus labios con la lengua. Su sabor era maravilloso. Moví las caderas sobre su regazo, deseando más. Estaba ardiendo y todo era por su culpa, así que a Mal no le iba a quedar más remedio que lidiar con ello. Se rindió con un gemido y me ofreció su boca. ¡Dios! Adoraba la sensación de su lengua, su sabor dulce. Iba directo a mi

cabeza y me mareaba de placer.

Ya no dudó más. Deslizó las manos por mis piernas, subió la falda hasta la cintura y fue directo al grano. ¡Lo adoraba!

—¿Necesitas algo? —me preguntó, sin dejar de acariciarme los muslos.

—A ti.

—Joder, Anne... —Se apoderó de mi boca en busca de más, hundiendo la lengua profundamente. Y, ¡Dios!, me sentí muy feliz entregándome. Las puntas de sus dedos, largos y elegantes, rozaron mi entrepierna, haciendo que se me erizara cada célula de mi cuerpo. Si algo nos detenía esta vez, no sería responsable de mis actos.

—Sigue haciendo eso —supliqué, deshaciendo su coleta.

—¿No prefieres esto? —La yema del pulgar se apretó contra mi clítoris, y la empezó a mover trazando pequeños círculos.

—¡Oh, Dios mío! —Dejé caer la cabeza hacia atrás mientras la sensación me atravesaba. Estaba tan excitada que resultaba humillante. La humedad de mis bragas lo decía todo, pero tampoco se podía negar que llevábamos días y días de preliminares de lo más tentadores. Lo deseaba desde mucho antes de conocerlo, aunque la realidad superaba con creces mis expectativas. Mal Ericson era mi sueño hecho realidad. La maratón de besos en casa de Ev y David, haber permanecido despierta echándolo de menos... Todo me había empujado al límite. ¡A la mierda la seguridad y la prudencia! Disfrutaría con él tanto como pudiera durante el tiempo que estuviéramos juntos.

—Así... —murmuró. Me arqueé contra su mano, buscando más. Ahuecó la mano sobre la parte posterior de mi cabeza y me obligó a mirarlo a la cara —: Eres guapísima, ¿te lo he dicho ya?

No, no me lo había dicho. Y si estaba esperando a que le respondiera, iba a aburrirse.

—Debería habértelo dicho —continuó.

Me limité a mirarlo, aturdida. No había duda de que era el hombre más guapo que había visto nunca. Las elegantes líneas de su rostro me impulsaban a escribir poesía, aunque fuera mala. El sonido de su voz, sus palabras... Todo en él era perfecto. En aquel momento me sentí vacía, mi interior se tensó sin nada a lo que aferrarse.

—Necesito... —Hablar quedaba descartado, así que me puse a desabrocharle la hebilla del cinturón, y a continuación le abrí el botón y la cremallera de los *jeans*. Sentía cómo se tensaba cada parte de mis muslos que él tocaba. Si la limusina se detuviera, iba a tener un serio problema.

—Puedes tener lo que desees, Anne. Solo tienes que pedírmelo.

—Te deseo a ti.

Movió los dedos por la hendidura de mi sexo, haciendo que me diera vueltas la cabeza.

—¿Cómo me deseas? —insistió mientras me arrancaba un gemido. Apoyé la mejilla contra la suya, intentando conseguir oxígeno—. ¿Mmm...? Dime.

—Te deseo... dentro de mí. —Las palabras eran un incordio y también lo era su cremallera—. Mal, por favor... deja de jugar.

—Pero a ti te gusta que juegue.

Encerré su cara entre mis manos con los labios apretados.

—¡Basta!

Menos mal que estaba sentada, porque si no hubiera sido así, su adorable sonrisa me habría hecho colapsar. ¡Capullo arrogante!

—De acuerdo... —Sacó la mano de debajo de mi falda. Aunque hubiera protestado por tener que prescindir de las sensaciones que provocaba en mí, era mucho más importante tenerlo en mi interior tan pronto como fuera posible.

—Espera un segundo —dijo.

Me indicó que me pusiera a un lado y saco un preservativo del bolsillo del pantalón antes de empujarlo hacia abajo, acompañado de los calzoncillos. Me quedé paralizada al ver su erección, que sobresalía enorme y poderosa. Necesitaba un tiempo para estudiarla. ¿Era una locura que quisiera hacerle una foto? Sería solo para mi disfrute personal, por supuesto.

—Anne —me llamó, arrancándome de mis fantasías—. Quítate las bragas.

—Sí. Es verdad... —Ya tenía la falda alrededor de la cintura, así que deslicé los dedos por el borde y las bajé hasta los tobillos. Me deshice de ellas al mismo tiempo que de las botas. Desde luego, no era una mujer ágil y coordinada, pero solo me importaba quedarme desnuda de cintura para abajo.

Abrió con los dientes el envoltorio del condón y se lo puso.

—Ven aquí. —Me agarró por las caderas con sus grandes manos y me acopló de nuevo en su regazo. Me sujeté en sus hombros para mantener el equilibrio y lo miré a la cara, memorizando su expresión. Quería que cada detalle de ese momento se me quedara grabado en la memoria. Desde la curva de sus pómulos a la línea de su mandíbula, incluso la forma de su labio superior, que deseaba besar y lamer durante toda la eternidad. No quería olvidarme de nada.

Introdujo un dedo en mi interior. La sorpresa hizo que mis músculos lo ciñeran con fuerza.

—¿Estás preparada? —preguntó sin retirarlo.

Asentí.

—Es que me has pillado por sorpresa.

Muy despacio, profundizó la intrusión, haciendo que me retorciera en su regazo. Con su habilidad habitual, me empezó a llevar más arriba. Me frotó el clítoris a la vez que acariciaba un punto sensible en mi interior. No sabía cómo, pero parecía conocer todos los secretos de mi sexo. No recordaba que nadie hubiera logrado excitarme con tanta facilidad.

—¡Joder! Eres increíble —gimió—. Sentirte en mis dedos es lo máximo.

—Mal, por favor... —Ni siquiera sabía qué estaba pidiéndole. Quería sentir sus dedos, su polla, todo su cuerpo... Ese hombre me hacía ser codiciosa.

Retiró el dedo de mi interior, pero lo mantuvo cerca, extendiendo con suavidad toda aquella humedad. Mi pelvis comenzó a moverse de forma involuntaria y se frotó contra su mano. Comencé a jadear con tanta fuerza que el chófer debía de estar oyéndome a pesar de la mampara divisoria, aunque no me importaba.

—Estamos preparados —anunció Mal.

Sí, allá vamos.

Me agarró la cadera con una mano mientras colocaba su erección dentro de mí. Cuando sentí la presión entre mis pliegues, vi fuegos artificiales. Estaba segura de que no iba a aguantar mucho tiempo. Me hundí en él lentamente pero con firmeza. Vi cómo se dilataban sus fosas nasales cuando lo introduje más profundamente. No me detuve hasta estar sentada sobre sus

muslos desnudos, notando las cosquillas que me hacía el vello de sus piernas.

—Vamos allá. —Estaba concentrado en mí por completo, me recorría el rostro con los ojos, sin perder detalle. No podía ocultarme, esconderme de él, lo cual suponía un problema porque de repente sentí el estúpido impulso de llorar o algo así.

¿Desde cuándo había empezado a significar tanto el sexo para mí?

—Quiero moverme —anuncié. Pero me tenía inmovilizada con sus manos en mi cintura. La sensación que me provocaba sentirlo en mi interior, llenándome por completo, era indescriptible. «Demasiado» se quedaba corto.

—Espera. —Se inclinó hacia mí para besarme con ternura—. Dame un minuto. Eres la puta hostia y llevo toda la vida esperándote.

Convulsioné sobre él, desesperada.

Seguíamos vestidos de cintura para arriba, pero, ¡oh, Dios mío!, lo que estábamos haciendo allí abajo...

—Mal —susurré—. Ya...

Me clavó los dedos en el trasero y me alzó a través de su dura longitud muy despacio antes de volver a llevarme hacia abajo, permitiendo que me acostumbrara a la sensación. Y repitió el mismo movimiento una y otra vez, sin parar. Era lo más intenso que había sentido en mi vida. Que se deslizara en mi interior hacia que me hirviera la sangre. Y su lentitud conseguía que fuera todavía más salvaje. Hacía que se me derritiera la mente.

Poco a poco, encontré el ritmo adecuado con la ayuda de sus manos. Me moví más rápido y con más firmeza, empezando a cabalgarlo. No había nada comparable a sentir su sólida calidez en mi interior, fundiéndome. Me hundí en su dureza, esforzándonos ambos con frenesí. Estábamos cubiertos de sudor. Me estremecía de pies a cabeza, temblando de necesidad. Aquí estaban reunidas la vida, la muerte y un millón de cosas más que no sabía que existían. La tensión en mi interior creció hasta alcanzar unas proporciones tan grandes como exquisitas. Al mismo tiempo deslizó el pulgar por mi clítoris y el mundo se abrió de golpe. Me quedé rígida y oculté el rostro en su hombro cuando me corrí con tanta fuerza que le mordí la camisa. La tela amortiguó un poco el grito que salió de mi garganta. El orgasmo se alargó hasta que me derrumbé inerte contra él. Me había perdido y encontrado a la vez.

Él jadeó, manteniéndome inmóvil sobre su polla. Gemía algo que podría ser mi nombre, y aprecié el sentimiento. Cuando pudiera, me aseguraría de darle las gracias.

No quería volver a moverme nunca más. O al menos, hasta la siguiente ronda.

Permanecimos sentados en el asiento de cuero en silencio, con nuestros muslos y nuestros sexos pegados por el sudor y demás fluidos corporales. Me temblaban todos los músculos. ¡Madre del amor hermoso! Aquello había sido épico.

—¿Sigues viva? —me preguntó un rato después, colocándome el pelo detrás de la oreja.

Lo miré. Me sentía floja y ebria por aquel polvo. Era la mejor sensación del mundo.

—Supongo... supongo que ha estado bien.

¡Dios! Apenas podía vocalizar. Era como si mi lengua se hubiera vuelto de trapo.

—¿Sí? —No se molestó en contener la sonrisa.

—Estoy segura de que lo has intentado...

—Aprecio el voto de confianza.

Gruñí de una forma impropia en una dama, sin energía.

—Cielo, bomboncito... ¡Pero si has gritado tan fuerte que me siguen pitando los oídos! Si te digo la verdad, apenas puedo escuchar lo que estás diciendo ahora mismo. Ya me lo repetirás después, cuando me den un par de puntos en el hombro, ¿de acuerdo? —Se rio y el sonido retumbó en mi pecho de forma agradable—. Gritona y mordedora... Y mira que pareces una chica tranquilita y buena. Me has sorprendido...

Le aparté el cuello de la camisa a un lado y le inspeccioné el hombro.

—No estás sangrando. Como mucho, te aparecerá un moratón.

—Lo luciré con orgullo.

¡Dios! ¡Qué bien olía! Esperaba que la limusina siguiera dando vueltas por la ciudad, así podría seguir llenándome los pulmones con su aroma. Sexo, sudor y hombre.

—¿Sigues queriendo ir a ensayar? —pregunté. Educación ante todo.

Deseaba tenerlo para mí, rodeándole el cuello con los brazos hasta casi estrangularlo. Pero si quería marcharse, lo soltaría. Los orgasmos tenían la cualidad de ponerme de muy buen humor—. No me importaría nada volver a oírte tocar.

—¡Joder, no!

—¿Cómo que «joder, no»?

Resopló y curvó los labios como si estuviera loca.

—A casa. Cama. Ahora mismo.

—Lo he pillado. —Sonreí.

CAPÍTULO 17

Salimos de la limusina, todavía arreglándonos la ropa. Sentía la entrepierna hinchada, húmeda y pegajosa. Lo cierto es que no creía que fuera una buena amazona porque mis muslos seguían temblorosos. Tendría que retomar las clases de Pilates. Sin embargo, aquel desgaste muscular no borraba la sonrisa de idiota que lucía en la cara. Necesitaba practicar más mis recién adquiridos conocimientos y, por suerte, la forma en que Mal me tocaba indicaba que no le importaría repetir a él tampoco.

—Mira cuántas estrellas hay. Está muy despejado. —Alcé la cara hacia arriba para inspeccionar el cielo. ¡Acababa de tener un orgasmo con Mal Ericson! Sin duda, el mundo era perfecto.

Mal me besó en la barbilla al tiempo que deslizaba un dedo por la cinturilla de mi falda para arrastrarme hasta la puerta del edificio donde estaba el apartamento.

—Venga, pareces incómoda con esa blusa. Deberías quitártela.

—Pero la naturaleza es maravillosa y todo eso...

—Lo único maravilloso son tus tetas, y estoy dispuesto a pasar mucho, muchísimo tiempo mirándolas. ¿Te parece bien?

—Sí.

Se rio.

Metí la llave en la cerradura con torpeza, por las prisas. La puerta se abrió, haciendo que nos estrelláramos contra la pared con un fuerte golpe seco. El

sonido resonó en el pasillo y subió por las escaleras. A este paso acabaríamos causando graves destrozos en el edificio antes de entrar. La señora Lucía se iba a enfadar; vivía en el primer piso y la considerábamos un sargento de guardia. Nadie tenía el valor suficiente para llevarle la contraria, pero si no me quedaba más remedio, me enfrentaría a ella. Sí, señor.

Lo que no supe cómo tomarme fue la imagen de Reece sentado en las escaleras con un ramo de flores. Eran de todos los colores del arcoíris. Me detuve bruscamente y Mal se paró a mi lado.

De vez en cuando Reece me traía *donuts*. O venía con una botella de vino para celebrar mi cumpleaños o el suyo. Pero nunca me había traído flores. Ni me lo solía encontrar en las escaleras con expresión de desesperación y un mechón sobre la frente.

—Reece... —Subí los peldaños hasta él.

Mal me soltó la mano y se espero atrás, algo alejado.

Al vernos, Reece se había quedado muy pálido, tan blanco como una hoja de papel. El estado de mi pelo y el de Mal no podía interpretarse de muchas formas. Reece parecía un niño que se había quedado sin su juguete favorito. No creía que se hubiera dado cuenta de todas las diferencias que había entre él y Mal hasta ahora. Porque a pesar de todas sus bromas, Mal tenía la cabeza y el corazón de un hombre, y Reece era un niño. Eran tan distintos que no podía explicarlo. Sencillamente jugaban en ligas diferentes.

—Anne, yo... —Reece lanzó una mirada perpleja a las flores, como si no supiera cómo habían llegado a sus manos—. No se me ocurrió que pudieras tener compañía. Lo siento.

Le tendí las llaves a Mal discretamente. Sus labios se habían convertido en una línea. Me hizo un gesto con la cabeza cuando recibió el llavero. ¿Qué esperaba que hiciera? No podía dejar a Reece sentado en las escaleras sin más. Mal clavó en mí los ojos con intensidad y le sostuve la mirada sin palabras, rezando para que lo entendiera. ¡Dios, se trataba de mi mejor amigo! Después de un momento apretó las llaves en el puño y siguió adelante, pasando junto a Reece. Entró y cerró la puerta, sin dar un portazo, menos mal.

Reece forzó una sonrisa.

—Ha sido muy incómodo.

Menudo eufemismo. Me senté a su lado y apoyé los codos en las rodillas.

—Son unas flores preciosas, Reece.

—Para ti. —Me las tendió sin mirarme a los ojos. El olor era dulzón y embriagador.

—Gracias. Me encantan.

—Estaba preocupado por ti.

La declaración parecía más bien una acusación, y no supe qué decir. Transmitir emociones no era mi punto fuerte y, por desgracia, no estaba preparada para la mezcla de tristeza y culpa que conllevaba aquella situación. Mi madre me había enseñado hacía mucho tiempo a jugar a lo seguro y mantener la boca cerrada.

—Parece que habéis arreglado las cosas —afirmó él, con un gesto de barbilla hacia la puerta de mi casa.

—Sí. —Por otro lado, mi madre no era un modelo demasiado adecuado a seguir. Reece se merecía algo mejor—. Reece, ¿qué te pasa? Dime.

—Me he puesto a pensar... en nosotros. —Se pasó una mano por el pelo, retirándolo de la frente. Siempre me había encantado la forma en la que hacía eso, acompañándolo de un movimiento de cabeza. Pero al verlo esta vez no se me derritió el corazón, ni me dio un vuelco el estómago. Ahora eso me pasaba cuando lo hacía Mal. Reece había llegado tarde.

—¿En nosotros?! —exclamé, entre enfadada y perpleja.

Su sonrisa no podía considerarse feliz.

—Pensaba que ya no estabas con él —comentó, señalando de nuevo la puerta de mi apartamento con la cabeza.

—Yo también lo pensaba. Pero solo interpreté mal las cosas.

—Supongo que es mejor para ti. ¿Crees que vais a durar? —No podía decirse que su voz fuera desagradable, pero la pregunta provocó en mí una respuesta inmediata.

Respiré hondo, no era el momento de dar una respuesta sincera. Mi euforia sexual todavía no se había disipado lo suficiente para ser brutalmente sincera, y menos, con Mal esperándome arriba. De hecho, no quería saberlo. Mi madre siempre decía que el amor te vuelve idiota. Imagino que, después de

todo, no llegué a aprender esa lección.

—No lo sé, Reece. Espero que sí.

Todavía era temprano, pero el edificio estaba silencioso. Nuestras voces apenas se oían.

Reece se puso en pie muy despacio y abatido, como si lo hubiera golpeado.

—Me voy. Nos vemos mañana.

—Reece. —Mi voz era firme y decidida. En ese momento estaba rompiéndose algo que, como tantas otras cosas, no tendría fácil arreglo, pero no podía darle a Reece lo que él había decidido, justo en ese momento, que quería—. Lo siento.

Agachó la cabeza.

—Es culpa mía, Anne. He sido un imbécil. He estado ciego y no he visto lo que tenía ante mis ojos hasta que ha sido demasiado tarde.

No dije nada. Tampoco era necesario.

Esperó un momento y apretó los labios, quizá por la decepción. Luego empezó a andar.

—Buenas noches. —Bajó las escaleras de dos en dos, parecía ansioso por marcharse.

—Adiós.

Me quedé allí sentada, con las flores en la mano, mirando al vacío. Necesitaba un momento para recomponerme.

El mundo era un lugar extraño. Nada tenía sentido.

Un minuto después Mal salió y se sentó a mi lado. Se inclinó para oler las flores antes de dar unos golpecitos en las rodillas con los dedos sin decir nada. Aquel gesto significaba que se sentía inquieto o que estaba sopesando lo que acababa de ocurrir. Era una pieza de percusión diferente a otras.

—Se acaba de marchar —comenté, rompiendo el silencio.

—Mmm...

—Ha sido un día muy extraño —aseguré en lo que debía ser el eufemismo del siglo.

—Sí, extraño, pero ¿bueno o malo?

—Creo que todo a la vez.

—Mmm... —Se frotó la nuca al tiempo que inspiraba intensamente—. ¿Quieres romper conmigo?

—¿Es eso lo que tú quieres? —pregunté, alzando rápidamente la cabeza.

No me respondió. Durante un par de minutos ninguno de los dos dijo nada. Al parecer, estábamos participando en un desquiciado concurso de voluntades. Cuando le lancé una mirada inquisitiva, se limitó a arquear una ceja, esperando a que fuera yo la que hablara.

—Mal, no podía dejarlo aquí sentado sin hablar con él. Reece es un buen amigo.

Movió la cabeza, asintiendo.

—¿Debería haber permitido que os pusierais a pelear por mí o algo así? —continué—. Porque no estaba por la labor...

—Primero follamos en la limusina y luego me despides con una palmadita. —Su voz era fría y grave, lo cual no era de ayuda.

—No —repliqué, imitando su tono—. Venga ya, Mal. Sabes que no ha sido eso lo que ha pasado. Al que despedí fue a Reece. A ti te pedí que me esperaras en casa. Solo quería hablar con él a solas.

Me miró y seguí con el mismo tono acusador.

—No me hagas esto —le pedí.

—¡Joder! —Se frotó la cara con ambas manos al tiempo que lanzaba un gruñido de frustración—. ¡Mierda! Odio estar celoso. Lo odio.

—¿Me lo dices o me lo cuentas? —Alcé las manos, presa de la misma frustración—. ¿Eres consciente de lo que quiere hacerte la parte de la población que tiene vagina? Por no pensar en lo que quiere hacerte parte de los que tiene pene, porque son muchos los que van también detrás de ti.

—Menudas tonterías dices... —Se rio—. ¡Mierda!

La tensión parecía haber terminado, menos mal. Apoyé la cabeza en su hombro; necesitaba tenerlo cerca, y él me lo permitió.

—¿Sabes? No suelo meterme en peleas —confesó, frotando la mejilla contra mi cabeza—. De hecho, soy yo quien evita que los chicos del grupo se destrocen entre sí. Es mejor aligerar el ambiente con una broma y hacerlos sonreír.

—Eres el pacificador, lo sé. Pero la otra noche parecías a punto de pelearte

con Ben.

—Por ti. Es que pones mi mundo patas arriba, bomboncito.

Fruncí el ceño.

—No sé a qué te refieres.

—Ya. Pero eso no me hace sentir mejor.

Permanecimos allí sentados en silencio. Finalmente agarró las flores, se levantó y bajó las escaleras. Lo único que se oía eran sus lentas pisadas en la desgastada madera. Dejó el ramo con cuidado ante la puerta de la señora Lucía, y se sentó a mi lado de nuevo. Ese gesto era toda una declaración de intenciones, pero ¿qué significaba en realidad? Ese era el quid. En aquel instante era él quien estaba poniendo mi mundo patas arriba, e iba a marcharse de gira dentro de un par de días. Sería una estúpida si ignoraba ese hecho tan relevante.

Tiré de las hebillas de mis botas, agitada. En mi interior había demasiadas emociones bullendo sin parar. Y eso era culpa de él.

—Cuando aquel día entré en el apartamento a esperarte se me pasaron por la cabeza un par de cosas —dijo mirando al suelo.

—¿Cuáles?

—Bien. Ahora eres mi novia, pero de verdad.

Contuve el aliento, sorprendida.

—Creo que necesitaba oírtelo decir.

—Llevas un tiempo siéndolo. No era mi intención que te convirtieras en mi novia, pero resulta que ya lo eres. Y me toca acostumbrarme a la idea.

Claro está, cuando se lo oía decir así, me daban ganas golpearlo o algo. Pero decidí esperar allí sentada a ver por dónde salía.

—No te enfades —me pidió—. Solo estoy constatando un hecho.

—No estoy enfadada.

—Mientes muy mal. ¿Ves? Por eso deberíamos haber ido a terapia cuando te lo sugerí.

—¿De qué hablas? —Fruncí la nariz—. ¿Cuándo sugeriste tal cosa?

—El día después de mudarme. Cuando estábamos coqueteando por medio de mensajes de texto.

—No estábamos coqueteando, solo intercambiábamos mensajes. Así que

no pensé que dijeras en serio que debíamos ir a terapia.

La lenta sonrisa que apareció en sus labios hizo que notara una cálida y deliciosa sensación en mi estómago.

—Bomboncito, cuando se trata de ti, siempre hablo en serio. Incluso cuando te tomo el pelo. Da igual lo que necesites o lo que tenga que hacer. Ha sido así desde que nos conocimos. ¿Es que todavía no lo sabes? Estamos destinados o algo por el estilo. Contigo no puedo contenerme. Es patético, en serio.

—Oh... —Deslicé las manos debajo de los muslos, buscando un poco de tiempo para asimilar sus palabras—. ¿Y dices que te diste cuenta mientras me esperabas en el apartamento?

—Sí. —Se acercó un poco más, apretando su pierna contra la mía—. Piénsalo. Todo era una mierda hasta que te conocí en esa fiesta. Me lo pasé bien y quería pasar más tiempo contigo. Entonces le vi sin querer una teta a Ev, y Dave me puso de patitas en la calle. No me quedó más remedio que venirme a vivir aquí, contigo. Me moría por dormir contigo y tuve la suerte de que nos pusiéramos a saltar sobre la cama. Como la rompimos, acabaste durmiendo conmigo en el sofá. Por fin quería follar contigo. ¿Y qué ha pasado? Que te has lanzado sobre mí en la limusina. ¿No lo ves? Es el destino. Todo encaja.

Solté una carcajada.

—Es una pasada, pero no sé si tiene sentido.

—Anne, es el destino. O está escrito en las estrellas. Lo que sea, pero acéptalo.

—Estás loco de remate. —Bajé la cabeza y suspiré. ¿Acaso podía hacer otra cosa?

—Eso está mejor. Yo tampoco llevo bien verte triste. —Me puso el brazo sobre los hombros y me apretó contra él mientras me daba su mano, sujetándome en silencio.

Mejor así. Todo iba a ir bien. Pero todavía sentía curiosidad por una cosa.

—Mal, ¿por qué me pediste que fingiéramos ser novios?

Se encogió de hombros antes de desviar la mirada.

—Quería pasar más tiempo contigo. Me haces sentir bien.

—¿Solo por eso? —Fruncí el ceño.

—Eso es muy importante. Supongo que ahora que Dave tiene pareja, me sentía un poco solo. Se me ocurrió que podíamos llegar a ser amigos.

Lo miré con intensidad.

—Así que necesitaba una coartada para conocerte. Y... ¿había una manera mejor que estando a solas? Ir a vivir contigo me pareció lo más adecuado. Además, tú necesitabas ayuda con el dinero. ¿No es así?

—Sí, así es.

Permanecimos en silencio un rato más.

—Lo que sea que estés pensando, ¡basta! —dijo.

—¿Qué pasa? ¿A qué te refieres ahora?

—A Reece. —Apoyó la cabeza en la mía—. Estás preocupada por él, así que déjalo.

—Mal... —¿Cómo podía explicarle la situación? Se trataba de palabras que no podía ni pronunciar. No estaba pensando en Reece, pero ahora que lo mencionaba...

—No le has hecho nada malo —dijo.

Me moví, necesitaba ver mejor su expresión. ¿Desde cuándo leía mi mente como un libro abierto, y por qué yo no podía hacer lo mismo? Parecía tranquilo y sereno, atractivo como el pecado. Tenía los labios entreabiertos y los ojos brillantes. De pronto, ya no me resultó difícil hablar.

—Le he hecho daño.

—Es posible. Pero te tenía en vilo, siempre pendiente de él. Reece pensaba que siempre estarías disponible. Y también te hizo daño así.

—Sin embargo, a mí me gustaría arreglar las cosas —expliqué—. Soy así.

—Pues esto no lo vas a poder arreglar. —Notaba cómo jugaba con mi pelo, que enroscaba alrededor de sus dedos.

—¿Por qué?

—¿Me vas a poner de patitas en la calle?

—No. Ni hablar.

Sonrió y se encogió de hombros.

—Pues ahí lo tienes.

—Haces que todo parezca muy sencillo.

—Porque es muy sencillo. Soy tu novio, así que en esta ecuación no hay sitio para un pretendiente. Tendrá que ir por ahí a lamerse sus heridas, mientras nosotros nos lamemos otras cosas. —Arqueó una ceja de forma sugerente.

Eran muchas las preguntas que daban vueltas en mi cabeza. Cien y una maneras de pedirle un poco de estabilidad, compromiso... Pero ninguna de ellas salió por mis labios. Mal era perfecto y las retuve en mi interior. Mi cuerpo comenzó a vibrar con los recuerdos y empecé a excitarme. Lo deseaba de nuevo. Quizá debería encadenarme a su tobillo y acabar de una vez. A lo mejor esa era la única respuesta.

—No quería que te enfadaras —lo tranquilicé—, pero necesitaba hablar con él.

—Sí, lo sé. He sido un idiota —gimió, mirando al techo—. ¿Te valdría con una disculpa?

—¿Lo lamentas de verdad?

—Sí. Entiendo que Reece forma parte de tu vida, así que trataré de ser más amable con él.

—Gracias.

Le cayó el pelo sobre la cara y se lo coloqué detrás de la oreja con ternura antes de ahuecar las manos sobre sus mejillas.

—Escúchame bien, chiribitas, la Operación Noviazgo Falso queda anulada —murmuró—. Por si acaso te lo preguntabas.

—Así que queda anulada. ¿Lo dices en serio?

—Por mi parte, estamos juntos hasta que decidamos lo contrario. Es mejor no darle demasiadas vueltas. Deja que se asiente todo por sí solo, ¿de acuerdo?

Era un buen plan, sobre todo si teníamos en cuenta que habíamos empezado a acostarnos juntos hacía menos de una hora.

—Me parece muy bien.

—Me alegro de que vayamos en el mismo barco, señorita Rollins. —Me cubrió las manos con las suyas y las apretó contra su cara—. Por cierto, no quiero resultar grosero ni nada, pero me preocupa mucho algo.

—¿El qué?

—Tu blusa.

Abrí la boca, pero la cerré.

—¿Mi blusa?

—Es que creo que está irritándote, aunque no te des cuenta. —Su mirada era intensa y su expresión muy seria.

—¿La blusa está irritando mi carácter?

—No, está irritando la delicada piel de tus pezones, y también la que los rodea... ¿cómo se llama esa parte?

—¿Areola?

—Eso es. Seguro que porque es rosada y muy sensible, ¿sabes? Eres muy delicada en general, por lo que creo que no está de más la preocupación que siento porque la tela de la blusa te irrite. Pero primero tienes que reconocer que está causándote mucha incomodidad.

—No sé si lo sabes, pero eres un camelador nato. —Resultaba tan convincente que casi noté cómo el suave algodón de la blusa me estaba lacerando la piel—. La verdad es que llevo sujetador. De todas formas, mis pezones agradecen tu interés.

—Sí, es que el sujetador contribuye a esa irritación. Los dos tejidos están contra ti.

—¡De eso nada! —dije, tratando de reprimir la risa.

—Estoy seguro. Es una suerte que esté aquí para ayudarte a luchar contra ellos.

—¿Qué te parece si subimos y me quito la blusa y el sujetador? ¿Eso te tranquilizaría?

—Sí. Sin duda me sentiría mucho mejor si lo hicieras.

—De acuerdo, está bien. Entonces te echo una carrera. —Me levanté y salí corriendo escaleras arriba, riéndome. Mal me alcanzó desde atrás con un brazo y me levantó del suelo para apretarme contra su pecho.

—He ganado yo —aseguró, y me llevó al apartamento, donde los dos ganamos... mucho.

CAPÍTULO 18

U nos dedos jugueteaban conmigo. Y eran muy habilidosos.

Todavía no había sonado la alarma, estaba empezando a amanecer. Sin embargo, dormir no era una opción cuando Mal me despertaba de esa forma. ¿Quién iba a pensar que era un hombre madrugador? La única respuesta posible es que quería sexo.

Y que Dios lo bendijera por sus perversos deseos.

Estaba tendida bocabajo y él a mi lado. Sentir su cuerpo duro y caliente a mi lado era algo maravilloso. Me acariciaba entre las piernas con la misma suavidad de siempre. Primero pasaba los nudillos por mis pliegues, haciendo que me tensara ante la expectativa, por lo que arqueé la cadera para que tuviera mejor acceso. Habíamos arrastrado el colchón al salón, lejos de la inservible estructura de la cama, y nos estábamos perdiendo en él.

—¿Estás despierta? —preguntó con voz grave por el sueño.

—No.

Comenzó a trazar un camino de besos por mi espalda, haciendo que empezara a estremecerme. El roce de su barba incipiente me provocaba escalofríos a pesar de que seguía medio dormida.

—De acuerdo, me da igual —dijo Mal—. Necesito algo, pero no tardaré mucho tiempo y además intentaré no molestarte mucho.

—Mmm... gracias.

Noté su erección contra el muslo antes de que deslizará una de sus fuertes

manos por debajo de mis caderas, levantándome.

—Arriba... —dijo mientras colocaba una almohada bajo mi pelvis—. Una imagen adorable. Anne, en serio, no sabes las ideas que se me ocurren al ver así tu trasero.

Unos dedos húmedos se deslizaron por mi clítoris, excitándome como nadie. Trazó círculos, me acarició y estimuló con cada uno de ellos a conciencia. Tensé los músculos de las piernas y clavé las rodillas en la cama. ¡Dios! Ese hombre sabía lo que hacía. Me aferré a las sábanas entre jadeos. Era inútil tratar de explicar cuánto disfrutaba cuando me tocaba, en especial si dejaba la mente en blanco. Gemí decepcionada en el momento que se puso a masajearme las nalgas y a recorrerme los muslos de arriba abajo.

—A ver..., separa más las piernas —murmuró, moviéndome. El colchón se hundió cuando se arrodilló en el hueco que había creado. Aquella no era mi posición favorita, pero estaba segura de que Mal conseguiría hacerme disfrutar. Era un hombre con muchas habilidades.

Se oyó el envoltorio del condón mientras seguía estimulándome con una mano. Era bueno incluso con una sola. Luego sentí el glande rozando mi sexo, y cerré los ojos al tiempo que me empujaba hacia atrás. Solté un largo gemido cuando se hundió en mi interior, llenándome hasta tal punto que ya no podía pensar, tan solo sentir.

Era jodidamente bueno.

Me agarró las caderas, hundiendo los dedos en mi cuerpo mientras me penetraba, provocando un pequeño estremecimiento de dolor. Era una experiencia completa, que sentía en todo mi cuerpo, e incluso en el plano astral. Estaban implicados los cinco sentidos habituales y alguno más que no era capaz de describir. Era algo adictivo que solo él podía proporcionarme. Si mi cerebro hubiera estado a pleno rendimiento, quizá me habría preocupado por ello.

Me acarició la espalda con sus largos dedos y luego me cubrió con la calidez de su cuerpo hasta morderme la oreja. Una pizca de dolor hizo que encogiera los hombros y que tensara todo mi cuerpo.

—¡Oh, sí! ¡Joder! ¡Qué placer! —Mal se clavó con fuerza en mi interior, como si quisiera llegar hasta lo más profundo de mi cuerpo—. Eres muy

perezosa a estas horas de la mañana, ¿lo sabías?

—Mmm... Anoche en la limusina hice yo todo el trabajo.

Se rio entre dientes y noté la vibración de su torso en la espalda. Luego flexionó las caderas y volvió a hundirse en mí. Se retiró, haciendo que me estremeciera y, colocando los brazos a cada lado de mi cuerpo, empezó a follarme sin pausa contra el colchón. Notaba cómo me movía y no me importó lo más mínimo. De hecho, teniendo a Mal enterrado en mi interior, nada más me importaba. Tardó lo suyo en incrementar el ritmo... ¿Era él quién me llamaba vaga? Necesitaba más. Arquee las caderas hacia él, animándolo a continuar. Recibió el mensaje con claridad porque empezó a moverse más rápido, con más firmeza. Algunas gotas de sudor cayeron sobre mi espalda.

Un sonido sordo inundó mis oídos y una luz blanca me cegó. Estaba tan condenadamente cerca que casi lo podría saborear. Aquel sublime nudo de anhelo se tensó todavía más, pero no era suficiente.

Sí...

¡Sí!

¡Más!

Pero no. ¡Dios! ¡Maldito seas!

Se aplastó contra mí, gruñendo y noté cómo su erección convulsionaba en mi interior. Ni siquiera me di cuenta de que me estaba sujetando hasta que colapsé bocabajo sobre el colchón. Me costaba un poco respirar. Volví la cabeza hacia un lado para recuperar el aliento y relajar mis ansias. Estuve a punto de correrme por primera vez en esa posición. No me importaba, solo tenía que pensar en cosas alegres. Pensamientos positivos. No se podía ganar siempre.

Mal se retiró de mi interior y rodó sobre la cama, a mi lado. En el exterior los pajaritos piaban. Se escuchaba también el leve zumbido del tráfico en la calle. Oí los pasos de Nate en el apartamento de al lado.

—¿Anne?

—¿Sí? —Rodé sobre mi espalda y me di la vuelta.

Estaba quitándose el condón usado y cerrándolo con un nudo. Luego se levantó y entró en el cuarto de baño.

—¿Qué quieres, Mal?

Tiró de la cadena y regresó a la cama con una expresión neutra. Era la primera noche que dormíamos juntos y la situación era extraña. Aunque es evidente que todas las relaciones tienen sus momentos bajos en cuestión de sexo, una pregunta me rondaba por la cabeza. ¿Él se daría cuenta? Yo no era capaz de adivinarlo. Quizá debería preguntar por el desayuno o hablar del tiempo.

Tiré de la sábana hasta arriba para cubrirme.

—¿Qué ocurre? —insistí.

—¿Te pasa algo? —preguntó, inclinándose sobre mí.

—¿Qué? ¿A mí? No.

—¿Estás segura?

—Sí. —Tan segura como podía estarlo.

Se arrodilló sobre el colchón y me observó.

—Tenemos que hablar.

—De acuerdo.

—Esto no vas a necesitarlo —aseguró, tirando de la sábana y dejándome expuesta.

Muy bien. Comencé a incorporarme para alcanzar una posición más digna, pero el muy bruto me agarró por los tobillos y me arrastró hacia abajo. Reboté en el colchón y me sonaron los dientes.

—¡Eh! —grité.

—Voy a explicarte a qué me refiero cuando digo que tenemos que «hablar».

Deslizó las manos por mis piernas, separándolas. Como si nada, se acostó sobre el estómago de forma que su cara quedó al nivel de mi sexo, frente a él.

—Mal...

—No voy a hablar contigo —me explicó, separando con suavidad los pliegues de mi sexo.

—¿No?

—No. Ya has tenido una oportunidad de comunicarte conmigo y has elegido no hacerlo. Has dejado que la relación falle. Anne, deberías sentirte muy mal. —Su aliento me hizo cosquillas en mi sexo, todavía sensible.

Sinceramente, hacía que me resultara muy difícil sentirme mal.

Y cuando empezó a lamerme el clítoris con la punta de la lengua, ya fue imposible. Arqueeé las caderas, separando las nalgas del colchón, pero sus manos me retenían, bien sujeta.

—Hola, clítoris de Anne. Soy yo, Malcolm, tu amo y señor.

—¡Oh, Dios, no! —Me cubrí la cara con las manos—. Por favor..., no.

—Shhh... Es una conversación privada. —Fue depositando cálidos besos en los labios de mi sexo. Me tensé tanto que empezó a resultar doloroso—. Mírate, estás todo hinchado, rosado y excitado... No te preocupes, te trataré muy bien.

—Como no dejes de hablar con mi coño, voy a matarte. —Bajé una mano, tratando de cubrirme, pero él me lo impidió con una dura palmada. Más tarde me pagaría eso también.

—Coño de Anne, eres muy bonito. En una palabra: precioso. Yo no soy tan malo como ella, yo estoy contigo y te adoro porque me encanta cómo te siento alrededor de mi polla.

—Malcolm, en serio. Estás arruinando el sexo oral para siempre jamás. ¡Basta!

—No mientas. Estás empapada... Como sigas así, no conseguirás limpiar las sábanas.

—¡Oh, Dios mío! —Me arqueé involuntariamente cuando arrastró la lengua por mi centro, finalizando la caricia con una floritura en la punta. Vi las estrellas—. ¡Dios! Es demasiado.

—Qué va. Si ni se acerca...

Gemí, haciéndolo reír.

Me cubrió el clítoris con la boca y me volvió loca con la lengua. Me retorcí, dejando atrás cualquier rastro de control, pero no se detuvo. Me sostenía los muslos con las manos y me resultaba imposible escapar de aquel placer voraz e irrefrenable. Me chupó, pasando la lengua por cada pliegue, mostrando una gran pericia en el sexo oral para la que no estaba preparada.

Era un capullo.

¿Quién imaginaría que se podían usar los dientes de esa manera?

Me corrí menos de un minuto después, gritando su nombre. Los latidos de

mi corazón estallaban con fuerza en mi cabeza mientras convulsionaba. Me quedé abatida sobre el colchón, dejando que las réplicas del orgasmo me recorrieran. Las endorfinas inundaron mi mente y las lágrimas resbalaron por mi rostro. El clímax fue brutal. Nunca había sentido algo así. Me las sequé con rapidez. De repente, era como si el corazón fuera demasiado grande para mi pecho. El orgasmo lo había hinchado de alguna manera. Eso no podía ser saludable.

En el apartamento de al lado hubo un golpe en la pared.

—Anne, ya sabemos cómo se llama Mal. Pero gracias por recordárnoslo.

Usé las pocas reservas que me quedaban para hacer un gesto obsceno con el dedo hacia la pared.

—¡Buenos días, Lauren! —dije en voz alta.

En la lejanía se escucharon risas, tanto masculinas como femeninas. Nuestros vecinos eran idiotas.

—O los matamos o nos mudamos —sugerí—. Estoy dispuesta a lo que prefieras.

—¿Sabes? Eres una chulita hablando —comentó Mal—, pero por dentro eres tierna, húmeda y deliciosa.

Reprimí una risa.

—Me alegra que te guste.

Gateó hacia arriba, deteniéndose solo a secarse la boca con la sábana. Apoyó la cabeza en mi hombro y se acurrucó sobre mí. Mmm... Bien, necesitaba sentirlo cerca. Aquellas emociones descontroladas eran más fáciles si lo tenía cerca, aunque él era el causante de todo aquel caos.

—Creo que tengo las piernas rotas y que no van a funcionar. —Aunque no había intentado andar, me sentía demasiado drogada como para hacer ningún movimiento.

Me besó en la mejilla.

—La próxima vez pídemelo lo que quieras, de verdad.

—Eres una auténtica bestia —susurré.

—Sin duda. —No parecía preocuparle.

—Lo digo en serio.

—Mmm...

—Lo peor es que siento algo por ti —dije, porque lo que era justo, era justo. Amor era una palabra tonta, se la había oído a muchas personas y era raro que significara lo que uno creía. En algún momento de mi vida esa palabra se había convertido en un cumplido, no alcanzaba el valor profundo e importante que debería haber tenido. No, «amor» no tenía sentido aquí. Esto era algo diferente y más complicado. No se me ocurría la palabra apropiada—. Siento, no sé, algo... pero seguramente sea debido a este brutal orgasmo, así que no le des importancia, se me pasará.

Con un suspiro, se apoyó en un codo y me rodeó con un brazo, acercándose a él. Cuando rodó hasta quedar de espaldas sobre el colchón, me arrastró también y quedé tumbada encima de él. No había nada mejor, dejando a un lado lo que me había hecho sentir, por supuesto. Me acarició la espalda con una mano mientras ponía la otra en mi nuca.

—En realidad es algo minúsculo. —Froté su pecho con los dedos una y otra vez. Parecía haber caído en una especie de marea que me arrastraba sin remedio y no era capaz de luchar contra ella—. Seguramente no podrías verlo ni con un microscopio.

Volvió a suspirar.

—Bueno, quizá con uno de laboratorio sí, pero no con uno de juguete. Habría que ampliarlo tanto...

De repente, rodamos otra vez y me quedé abajo, clavada contra el colchón por el peso de Mal.

—Hola... —Estaba un poco desconcertada por el brusco cambio de posición. Apenas había dado tiempo a que me dejara de dar vueltas la cabeza después del movimiento anterior.

—He estado pensando... —dijo, y me miró con intensidad—. Quiero pedirte algo.

—De acuerdo.

—Necesito que me acompañes durante la gira, al menos unos días. Mira a ver si lo puedes arreglar, ¿te parece?

Mi hinchado corazón estalló. Era oficial, estaba hecha un lío.

—¿De verdad es lo que quieres?

—Sí, lo necesito. —Frunció el ceño—. Está ocurriendo algo, y aunque sé

que te haces preguntas, no me las hagas ahora. Solo es que... te necesito a mi lado. Me enfrento mejor a las cosas cuando estás cerca.

—¿Cosas como el otro motivo por el que me querías cerca? ¿El que no quisiste admitir anoche?

—Sí —confesó, con expresión culpable.

—Vamos a tener que hablar de ello en algún momento.

—Sí. De lo mío y de lo tuyo. De todo.

Me quedé paralizada debajo de él y no respondí. Pero tuvo la suficiente paciencia para esperar a que me salieran las palabras que se habían atascado en mi pecho, con todas las demás emociones. Era difícil dar con ellas.

—Tienes razón. Lo sé. Intentaré arreglarlo para poder acompañarte a la gira.

No habría problemas en el trabajo; Reece me lo debía. No le iba a gustar, pero tendría que claudicar. Entre Tara y el nuevo, Alex, podrían cubrir mis turnos.

—Gracias. —Asintió al tiempo que esbozaba una sonrisa—. Y me gusta que sientas algo. Lo entiendo.

—¿Lo entiendes? —Qué alivio... porque yo todavía le daba vueltas. Aunque jamás lo admitiría en voz alta.

—Sí. Así que no sigas farfullando al respecto.

—No farfullaba.

—Claro que lo hacías. Pero no pasa nada. —Jugueteó con mi pelo—. Ahora no es el momento adecuado para mí, bomboncito. No necesito complicarme la vida. Así que, como te dije anoche, vamos a ver a dónde nos lleva esto. ¿De acuerdo?

Me parecía un buen plan.

—Claro.

—Eres una buena influencia para mí. Aceptas mi humor, sea cual sea. No tengo que estar siempre contento o animado cuando estoy contigo. Te tomas mejor que nadie cualquiera de mis tonterías. No me permites andar mangoneándote si no quieres hacer algo, y no me has pedido que te compre nada.

Arqueeé las cejas.

—¡Oh! Qué lenta soy, ni siquiera se me había ocurrido. ¿Me regalas un Porsche?

—Por supuesto. ¿De qué color?

¡Dios! Me lo compraría aunque solo fuera para fastidiarme. Respiré hondo y dejé salir el aire poco a poco al tiempo que sacudía la cabeza.

—Jamás vacilas cuando te pido algo.

—No sueles pedirme nada. Imagino que si lo haces, es porque se trata de algo que realmente te interesa.

Volvieron a llenárame los ojos de lágrimas. Supuse que sería una alergia o algo así, seguramente a los sentimientos. Ese hombre me hacía sentir un millón de cosas diferentes.

—En realidad no necesito un deportivo, pero gracias.

—Si cambias de opinión, dímelo. —Sonrió con placer, seguramente sabía que contar con su conformidad me volvería loca. Muy listo...

—Ev quiere organizar esta noche una cena con mis padres —me comentó—. ¿Te apetece venir?

—Claro. Son muy agradables y el apartamento de Ev es una maravilla.

Se mantuvo en silencio, analizando mi expresión.

—Sí, son muy agradables. Me alegro de que te caigan bien, significa mucho para mí.

—Son estupendos. —El despertador comenzó a sonar en el dormitorio, con un antiguo tema de los setenta—. Tengo que levantarme.

—¿Ya te funcionan las piernas? —preguntó con gesto pícaro.

—Creo que sí. —Me reí.

—Llámame más tarde. Quiero saber qué tal te van las cosas con Reece.

—Llevo mucho tiempo lidiando con él. —Apreté los dientes—. Puedo manejarlo.

—Oye, estuviste colada por él casi dos años. Es normal que me sienta un poco vulnerable e inseguro con respecto a él. Así que deja de atrofiar mi desarrollo emocional, ¿de acuerdo?

—Pensaba que ibas a tratar de ser amable con él. ¿Atrofiar tu desarrollo emocional? ¿En serio? ¿Cómo se te ocurren esas cosas?

—Con él no, con respecto a él. Y es un don. —Dado que uno de sus dones

se manifestaba una vez más contra mi cadera, no solo buscaba amor y comprensión—. Por cierto, tengo otro para ti.

—No tenemos tiempo para eso. Además, tu buena amiga, mi vagina, necesita un poco de descanso.

Dejó de sonreír antes de apoyarse en los brazos para sentarse en el colchón. Se levantó y me tendió una mano.

—Llámame. No quiero traspasar tus límites ni nada de eso, solo necesito saber que estás bien.

Me puse en pie con facilidad.

—De acuerdo, te llamaré.

—Gracias.

Ladeé la cabeza.

—¿Tú me llamarás a mí si las cosas no salen como esperas con respecto a eso que te preocupa?

Una profunda línea apareció entre sus cejas. Quizá ahora se diera cuenta de lo difícil que podía resultar intimar tanto con alguien. Desvió la mirada y alzó la barbilla.

¡Qué dos! A veces sentía que era necesario un milagro para que lo nuestro funcionara. Pero ya había entregado mi corazón por completo, a pesar de que normalmente era mucho más cuidadosa.

—Gracias. —Le puse una mano en el pecho—. No es necesario que te preocupes por Reece.

—Lo sé, lo sé... No me llega ni a la suela de los zapatos. —Me acarició los dedos con los suyos mientras me miraba con ternura—. Solo por curiosidad, ¿qué opinas de la idea de tatuarte mi nombre en la frente?

CAPÍTULO 19

Estaba a dos manzanas del trabajo cuando vi a Reece dirigiéndose a mí entre la multitud que poblaba la calle por la mañana. Tenía una expresión preocupada. Es cierto que yo llegaba cinco minutos tarde, o siete, como mucho, pero ¿por qué había salido a mi encuentro? Menos mal que no había ido a buscar el café para no perder tiempo. Miles de excusas dieron vueltas en mi mente, alentadas por las muchas veces que yo había tenido que quedarme a cerrar porque él tenía una cita. Debería haberlas contado; ahora mismo me hubieran sido de mucha ayuda.

—Reece, lo sien...

—Date la vuelta. —Enlazó nuestros brazos y me hizo regresar por donde había venido—. No te pares. Hoy no vas a la librería.

—¿Qué ha ocurrido? —Me vibró el teléfono móvil en el interior del bolso y, cuando lo encontré, vi el nombre de Mal en la pantalla—. ¿Mal? ¡Hola!

—¡Oh, hola! Tengo buenas y malas noticias. ¿Qué prefieres que te cuente primero? —dijo Mal al otro lado de la línea.

—¿Tienen algo que ver con que Reece esté llevándome lo más lejos posible de la librería?

—Sí, me ha llamado hace unos minutos. —Hizo un sonido de pesar—. Al parecer, han salido en Internet varias fotografías que nos hicieron anoche en el restaurante. Alguna persona te reconoció y llamó a un periodista, que ahora mismo se encuentra delante de la librería, esperándote para conseguir una

exclusiva de nuestro romance.

—De acuerdo. —Me había quedado en blanco: lo nuestro ya era oficial. Reece me hizo cruzar la calle con rapidez y seguir nuestro camino por la siguiente manzana—. ¿Y las buenas noticias?

—Ahora ya lo saben todo. No tenemos que ocultarnos.

—Ya, pero la cosa es que jamás nos ocultamos.

—Cierto. Lo siento, bomboncito. Entonces no hay buenas noticias. Esto va a convertirse en una locura durante algún tiempo.

—Tienes suerte de que te tenga tanto aprecio. ¿Qué ocurrirá después? —Reece y yo nos metimos en una cafetería. Había una mesa disponible en una esquina, y nos dirigimos hacia ella.

—Los periodistas intentarán conseguir cualquier información sobre ti, y si no, se lo inventarán. Lo que sea, con tal que tener una historia que contar. Van a querer algo rápido. En el momento en que eso vea la luz, la noticia se esparcirá y habrá más gente metiendo las narices en tu vida privada. No creo que lleguen a los extremos que llegaron con Ev, dado que no hemos hecho nada tan impactante como casarnos en Las Vegas. —Respiró hondo—. Así que sigue mi consejo: no llares la atención y perderán el interés. Mientras tanto, ¿qué te parece que nos mudemos unos días a un hotel?

—¿Y qué pasa con mi trabajo? —pregunté al tiempo que movía la cabeza. Quizá fuera mejor que se lo preguntara a mí jefe, así que me volví hacia Reece—. ¿Qué pasa con el trabajo?

Reece arqueó las cejas ante mi pregunta mientras Mal carraspeaba en mi oído.

—Bueno, eso es mejor que lo hables con Reece —dijo.

—Sí, eso haré.

—Una cosa, Anne: por una vez olvídate del dinero, ¿de acuerdo? Ese tema lo tengo controlado. Déjame a mí.

Mmm... No estaba segura al respecto. Pero siendo realistas, si me iba con Mal a un hotel, estaría en su habitación. Tenía el alquiler pagado y, salvo las comidas, no iba a necesitar demasiado dinero en efectivo.

—De acuerdo. Dame un minuto, Mal, por favor. —Alejé el móvil de mi oreja—. Reece, lo siento, todo este jaleo...

—Ya he hablado con él —replicó Reece—. Me ha dicho que seguramente la próxima semana será una locura, pero que luego todo se calmará.

—Siento que haya aparecido un periodista por la librería. De todas formas, iba a preguntarte si podía tomarme unos días libres. Ya sé que te lo pido con poca antelación, pero dadas las circunstancias...

Reece hizo una mueca y el pánico me inundó como un maremoto. No parecía enfadado por lo de anoche, pero eso no significaba que aquello le resultara indiferente. También podía decidir que ya había aguantado suficiente y despedirme. Sí, todo podía irse al garete con demasiada rapidez.

Sin embargo, suspiró y se relajó.

—¿Tienes pensado acompañarle a la gira?

—Me gustaría, sí. Serán solo unos días. Así también daremos tiempo a que las cosas se calmen.

—Imagino que sí. Aunque no sé si se te ha ocurrido que si sigues saliendo con él, esta situación, toda esta locura de los periodistas, podría seguir así.

—¿Me estás pidiendo que presente mi renuncia?

—Claro que no.

—Reece, voy a seguir saliendo con él.

Apartó la mirada.

—Anne, solo puedo darte una semana libre. Con tan poca antelación no puedo disponer de más.

—Está bien. Lo entiendo. Una semana me parece suficiente.

—Ya deberías haber disfrutado de tus vacaciones, y no puedo tener a los *paparazzi* revoloteando por la librería y asustando a los clientes. Reorganizaré los turnos con Tara y Alex.

—Muchas gracias, Reece, de verdad.

Hizo una mueca.

—Eres un amigo maravilloso —insistí.

—¡Oye! Aquí el único maravilloso soy yo —dijo Mal por el teléfono—. Mucho más maravilloso que él. Ni siquiera... Vamos, es que no hay comparación posible. ¿Cómo puedes usar esa palabra con él?

—Tú cállate —ordené.

—Pero te quiero de regreso para tu cumpleaños, ¿de acuerdo? —me pidió

Reece con una sonrisa tímida—. Iremos a cenar, ¿verdad?

—¡Dios! Ni me acordaba. Sí, estaré de vuelta para entonces. —Siempre iba a cenar con Reece cuando era el cumpleaños de alguno de los dos. Era una tradición. Mal todavía seguiría de gira, así que podía celebrarlo antes con él. Debía aprovechar esa oportunidad para arreglar la situación con Reece, para seguir siendo amigos—. Claro, Reece, me encantaría ir a cenar contigo. Como manda la tradición.

—¿Qué? ¿Cómo? —soltó Mal—. ¿Cuándo dices que es tu cumpleaños, bomboncito?

—Cuídate —me deseó Reece—. Y si necesitas algo, llámame.

—Gracias. En serio, eres un buen amigo.

—Un buen amigo... De acuerdo —dijo secamente antes de inclinarse y besarme en la mejilla—. Adiós, Anne.

—Oye, oye, ¿acaba de besarte? —gritó Mal en mi oído, haciendo que me vibrara el tímpano.

Hice una mueca al tiempo que alejaba el teléfono.

—Vaya nivel de agudos, colega.

Reece caminó entre la gente hacia la puerta. Ojalá nuestra amistad pudiera sobrevivir, y eso que la noche pasada no daba nada por ella.

—¿Cuándo es tu cumpleaños? —preguntó Mal.

—El veintiocho de octubre.

—Dentro de diez días. Tengo que comprarte un regalo.

—Vamos a tener que celebrarlo antes. Reece solo me ha dado una semana de vacaciones. Y he tenido suerte de que me la diera con tan poco tiempo.

—No me puedo creer que se atreviera a besarte. Le ha echado huevos, pero es hombre muerto. —Murmuró un par de amenazas más—. Por si acaso, no te pases por casa. Le pediré a Lauren que me ayude a hacer tu equipaje. Dirígete a The Benson, ¿te parece? Cuando llegues habrá una habitación esperándote.

—Gracias.

—Anne, ¿no te molesta que haya puesto tu vida patas arriba?

—Ya soy mayorcita, Mal. Sabía quién eras y fui testigo de lo que ocurrió con Ev. Esto era algo que podía suceder en cualquier momento.

—¿Te cansarás de mí y me dejarás si siguen ocurriendo estas cosas?

Me rebelé ante tal pensamiento.

—Por supuesto que no. Buscaríamos alguna solución.

—Sí, así es —convino—. Después de una noche de sexo increíble eres muy fácil de convencer. Tomaré nota.

—Deberías, colega.

Se rio.

—Nos vemos dentro de un par de horas, en la habitación. Entonces hablaremos, pediremos algo de comer y ya se nos ocurrirá algo para entretenernos, ¿te parece?

—Buena idea. —Me recliné en la silla con una sonrisa. Estaba de vacaciones, claramente. Las últimas que tuve fui con mis padres y Lizzy a Florida. Tenía catorce años, y fue justo antes de que todo se fuera a la mierda. Pero no necesitaba recordar el pasado.

Tenía que centrarme en lo que ocurría allí, en ese momento, y la vida con Mal era como una montaña rusa. Aterradora y divertida a la vez. Daba igual lo extrañas que fueran las circunstancias, pensaba disfrutar a tope.

La cena con el grupo y los padres de Mal fue estupenda. Después fuimos a un tugurio en Chinatown.

Estaba situado al fondo de una estrecha escalera, en un sótano. No estaba demasiado limpio, pero tampoco llamaba la atención por la suciedad. Había máquinas de *pinball* y un par de mesas de billar, y también una máquina de discos donde sonaba un tema de Joy Division. Los clientes parecían *hipsters* y, salvo un par de miradas, nadie nos prestó demasiada atención. Supuse que todos se consideraban demasiado fantásticos para emocionarse ante la presencia de unas aburridas estrellas del *rock*. Aunque por si acaso, nos acompañó Sam, el guardaespaldas del grupo.

Mi teléfono móvil había estado sonando sin parar por culpa de mi reciente fama. Aunque recibí muchos mensajes, solo leí los de Lizzy. Me preocupaba que estuviera bien, y en realidad no era necesario que hablara con nadie más. Ev me daba muchos consejos para que supiera lidiar con aquella atención

desmesurada, y el más importante fue que mantuviera la cabeza en su sitio y que no alimentara al monstruo. En algún momento perderían el interés en mí y buscarían nuevas presas.

Cuando Mal se reunió conmigo en el hotel, vimos algunas películas y nos relajamos. Fueron momentos estupendos. Lori me había invitado a tomar una cerveza en el bar del vestíbulo antes de la cena. Lo cierto es que parecía más preocupada que yo por la presión mediática. No obstante, me las estaba arreglando bastante bien para dar esquinazo a los periodistas. Y le aseguré que tanto Mal como yo estábamos perfectamente bien.

Pese a todo, aquel fue un día increíble. El pub de Chinatown era un lugar estupendo y tranquilo. Ocupamos una mesa al fondo, junto a la pared más alejada de la entrada. Ben pidió cervezas para todos, salvo para Lena y Jimmy, en la barra.

—El dueño es amigo mío —me explicó Mal—. Algunos días venimos a jugar al billar. —Acercó la silla a la mía. Noté que tamborileaba los dedos sobre la mesa, siguiendo el ritmo que marcaba su cabeza. Parecía excitado, y su humor era contagioso.

No había adivinado hasta ese momento lo unidos que estaban los miembros del grupo con su familia. Durante la cena fue evidente que tanto David como Jimmy adoraban a Lori. La trataban como si fuera su propia madre. Incluso Ben le mostraba mucho afecto. Además, todos parecían respetar a Neil, el padre de Mal. Tanto el padre como el hijo estuvieron muy pendientes de Lori durante toda la velada, estando muy atentos de cada uno de sus gestos. La mujer se volvió a agotar enseguida, y su marido se la llevó al hotel.

Entonces intuí qué era lo que preocupaba a Mal y lo mantenía despierto por las noches. Aun así, estábamos haciéndolo bastante bien. Me había pedido que no le hiciera preguntas, al menos por el momento, y yo tampoco me sentía preparada para contarle mis problemas, la verdad. Así que por ahora decidí permanecer callada. Sin embargo, era consciente de que se acercaba el día que tendríamos que sincerarnos el uno con el otro. Lo presentía.

Faltaban solo unos días para comenzar la gira y todos parecían demasiado

nerviosos como para poner punto final a la velada cuando se marcharon Lori y Neil. Era un poco temprano, apenas pasaban de las nueve.

David y Jimmy intercambiaron unas extrañas miradas antes de clavar los ojos en Mal y cuchichear algo entre ellos. Me daba la sensación de que él era consciente de ello, por cómo seguía dándoles la espalda, tan solo dirigiéndoles algunas miradas gélidas.

—Venga —me susurró Mal con una sonrisa—. Vámonos al hotel a romper otra cama.

—Pero si acabamos de llegar...

—Sí, pero he cambiado de idea. Quiero estar a solas contigo. —Comenzó a mover un pie contra el suelo con un ritmo frenético—. ¿Qué me dices? Primero nos desnudaremos y luego vemos lo que pasa, ¿te parece bien?

—Me parece una buena idea. ¿Me dejas terminarme antes la cerveza? Sería una grosería que nos marcháramos tan pronto.

—Pufff... Cuando Dave y Ev desaparecen, nadie dice nada.

—Venga, me la beberé con rapidez —prometí, antes de ventilarme de un trago la mitad. Me bajó un reguero por la barbilla que cayó sobre mi jersey verde. Sin duda no era muy femenino beber así. Pero Mal acababa de proponerme que nos pusiéramos a jugar desnudos, y ¿alguien podía reprochármelo?

¡Dios, no!

Con todas aquellas sugerencias provocadoras excitando mis sentidos, no noté la acalorada conversación que mantenían los hermanos Ferris, al otro lado de la mesa.

Jimmy golpeó la mesa con un puño, haciendo que los vasos tintinearan y llamando la atención de los demás clientes.

—¡Hostia, Dave, pregúntaselo tú! —gruñó.

—Te he dicho que por ahora lo dejáramos en paz —replicó su hermano.

Ben se reclinó en la silla y cruzó los brazos sin decir nada, observándolo todo. Comenzaron los acordes de una nueva canción, unas notas demoledoras.

—¡Sí! —gritó un tipo tatuado desde la barra. Me alegré de que alguien estuviera pasándolo bien, porque el ambiente alrededor de nuestra mesa era

muy sombrío.

Noté que a Mal le palpitaba un músculo en el cuello mientras miraba a los hermanos Ferris con una expresión airada.

—¿Qué cojones está pasando? —les preguntó firmemente.

—¡Ya lo sabes! —gritó Jimmy, para que le oyera por encima de la música. Mal extendió las manos.

—Jimbo, tengo muchos, muchísimos talentos, pero leer lo que pasa por tu puta cabeza no es uno de ellos.

—¿Qué le sucede a Lori? —preguntó Jimmy sin vacilar.

Ev me miró con rapidez, alarmada. Yo no sabía más que ella. Al menos de momento.

—¿Estás insinuando algo, Jimbo? —preguntó Mal, inclinándose hacia delante—. Porque si es así, adelante, ¡suéltalo!

—No te hagas el idiota, Mal. —David apoyó los codos en la mesa mientras lo miraba furioso—. Estamos preocupados por tu madre. Ha perdido mucho peso y parece que podría llevársela una leve brisa. Tu padre y tú estáis pendientes de ella todo el rato. Sabes perfectamente a qué se refiere Jimmy.

Casi se oía el rechinar de los dientes de Mal.

—Creo que tenemos derecho a saberlo —aseguró Jimmy.

David se mordió el labio.

—Venga, colega, cuéntanoslo.

Mal se puso rígido a mi lado y luego empezó a temblar. ¡Dios! Teníamos que marcharnos ya. Le puse una mano en el brazo, que vibraba de tensión. No sabía cómo tranquilizarlo, pero tenía que intentarlo.

—Mal...

Me apartó sin ni siquiera mirarme.

—Ha estado algo indispuesta —dijo vagamente—. Eso es todo. No os preocupéis.

Jimmy se incorporó de golpe.

—No. Es más que eso. No nos mientas, joder.

—Eso es lo que te ha estado preocupando, ¿verdad? —intervino David—. Tu madre está enferma. Muy enferma, ¿no es cierto, Mal?

—No sé de qué cojones hablas. —La risa de Mal sonó muy forzada—.

Esto es ridículo. Jimmy ha debido de meterse algo, pero ¿cuál es tu excusa, Dave?

Lena se levantó de repente, agarró su jarra de cerveza y la volcó sobre la cara de Mal. El líquido frío me salpicó a mí también. Mal retrocedió sorprendido.

—¿Qué cojones...?! —gruñó, levantándose con rapidez.

Delante de él, Jimmy también se puso en pie y protegió a la beligerante Lena con su propio cuerpo. Todos los presentes se quedaron paralizados y las conversaciones se fueron apagando lentamente. La idea de tomar unas cervezas tranquilamente se había ido a la mierda.

—¡No le grites! —dijo Jimmy con los puños apretados.

Noté cómo temblaban los hombros de Mal. Él y Jimmy se enfrentaron furiosos por encima de la mesa. Poco a poco, Ben y David también se pusieron de pie. En menos de un segundo allí iba a desatarse un auténtico infierno.

—Venga, Mal —intervine—. Dale tiempo para relajarse.

Nuevamente, no me hizo ni caso.

—Márchate, colega —le sugirió Ben con la voz tan calmada que resultaba amenazadora.

Mal estaba empapado de cerveza. Su camiseta se pegaba a su torso. A nuestra espalda brilló un *flash*. Había un tipo con un teléfono, haciendo fotos. ¡Menudo idiota!

Sin decir nada, Mal se dio la vuelta y se dirigió hacia las escaleras hecho una furia, empujando a su paso a una joven que llevaba una copa.

Me quedé allí sentada, anonadada por la sorpresa, sintiéndome inútil y pegajosa por la cerveza. Ben y Sam lo siguieron.

—Anne, déjanos a nosotros —me dijo David.

David y Jimmy también se alejaron corriendo hacia las escaleras, oscuras y estrechas. Pero no pensaba quedarme de brazos cruzados, como él me había pedido.

Mal había olvidado la cazadora en la silla y se iba a congelar en el exterior. Pero cuando la recogí, Ev me puso una mano en la muñeca.

—Por favor, déjales hablar un rato, a solas —me pidió, acercándose a mí

—. Son amigos desde hace mucho tiempo.

Agarré el bolso y me apreté la cazadora de Mal contra el pecho.

—No vayas —insistió Ev.

—Pero...

No tenía tiempo para esto. Tenía que encontrar a Mal y ver si se encontraba bien.

Corrí escaleras arriba y salí por la puerta. El aire frío me hizo estremecer por culpa de la humedad que me empapaba el jersey y los *jeans*. Tenía el corazón acelerado. ¡Mierda! No los vi por ninguna parte. El Jeep de Mal no estaba aparcado al otro lado de la calle. Podía haber ido a cualquier parte.

—¡Joder!

¿Qué podía hacer? ¿A dónde habría ido? ¿Quizá regresó al hotel? Sí, seguramente. Justo en ese momento pasó un taxi y levanté el brazo. El vehículo se detuvo lentamente.

Abrí la puerta de atrás y entré.

—A The Benson, por favor.

Estaba decidida a encontrarlo.

CAPÍTULO 20

A las once menos cuarto recibí un mensaje de texto de Ev. Llevaba ya un buen rato despierta, mirando al techo, porque mirar las paredes se había vuelto aburrido. Mal no había regresado al hotel, y estaba esperándole.

Ev: Lauren me dio tu número. Los chicos hablaron con Mal, pero luego se marchó. No saben a dónde.

Yo: Ok.

Ev: Sabes dónde puede estar?

Yo: Si lo encuentro, te lo diré.

Ev: Gracias.

Podía estar dando vueltas en el Jeep por la ciudad, pero dado lo alterado que estaba cuando se marchó, lo más probable es que estuviera desahogándose con la batería.

Llamé a un taxi. No tenía demasiado dinero, pero tampoco pensaba quedarme esperando a que regresara. Esperaba que David y el resto del grupo lo hubieran tranquilizado un poco. Ahora me tocaba a mí.

Me senté en el asiento trasero del taxi concentrada en lo que pensaba decirle. Después de todo, las palabras no eran lo mío.

Una neblina comenzaba a extenderse por el ambiente justo cuando llegué

a la nave donde ensayaban. El aire era húmedo y mi aliento formaba una nube cuando respiraba. ¡Oh, Portland! Nunca decepcionaba, pensé con ironía, sin duda se podía disfrutar del mejor clima del mundo. Enseguida vi el Jeep de Mal aparcado junto al edificio. ¡Gracias a Dios, estaba allí!

El frenético ritmo de la batería traspasaba las paredes de la nave, y la sacudía hasta los cimientos. Algunos insectos revoloteaban alrededor de la tenue luz que se filtraba por encima de la puerta metálica. Por suerte, estaba abierta. Entré en medio del estruendo. Allí, en el escenario, estaba Mal, sentado bajo una potente luz cenital, creando una ensordecedora vorágine de sonido. A su alrededor había un montón de baquetas rotas. Eran muchísimas las que había destrozado en tan poco tiempo.

Subí a la tarima y me acerqué. Él continuó sentado frente a la batería con los ojos cerrados. Movía tan rápidamente las manos que eran imposibles de seguir. Brillaba de sudor, que le cubría la parte superior del cuerpo. Tenía el pelo pegado a la cara y había junto a él una botella de Johnny Walker etiqueta negra, en el suelo. La fuerte luz del foco resaltaba las duras líneas de sus músculos y sus pómulos.

Parecía perdido en su propio mundo, totalmente abstraído. Dudé durante un momento y luego me senté en el suelo con las piernas cruzadas. Me cubrí las orejas con las manos, pero supuso una escasa diferencia ante el ensordecedor estruendo de la batería. No me importó. El choque agudo de los platillos me puso los pelos de punta y el fuerte ruido del bombo me golpeó el corazón. Continuó tocando, cambiando de cadencia, pero sin detenerse. Ni siquiera para beber; agarraba la botella y la sostenía con una mano mientras continuaba moviendo la otra y los dos pies, sin perder el ritmo.

Sin embargo, después del segundo trago de *whisky* soltó la botella antes de que llegara al suelo, por lo que esta se volcó, derramando el contenido. Me moví para ponerla bien, de nuevo a su lado. Fue entonces cuando percibió mi presencia por primera vez. Movié la barbilla para saludarme, o quizá como señal de reconocimiento, no lo sé. O simplemente me lo imaginé todo. Luego se concentró en la música, con más energía todavía.

Saqué el teléfono móvil del bolsillo y vacilé. Ev me había hecho enfadar, me quería retener. Pero ellos eran su familia. Merecían saber que Mal seguía

sano y salvo.

Yo: Está en la nave donde ensayan.

Ev: Gracias.

Quince minutos después David Ferris entraba por la puerta. Me saludó con un gesto antes de agarrar una guitarra y conectarla. Cuando resonaron los primeros acordes, Mal abrió un ojo y vio a David frente a él, pero no dijo nada. El tiempo pasó con lentitud y con rapidez, no sabría explicarlo. Tocaron durante horas, haciéndome caer en una especie de aturdimiento. Me llevó un rato darme cuenta de que se habían detenido cuando por fin lo hicieron.

—Hola —me saludó Mal con la voz grave. Sus palabras sonaban raras, como si estuviéramos bajo el agua. Era posible que el ruido me hubiera destrozado los tímpanos.

—Hola.

Se llevó la botella casi vacía a los labios y dio otro sorbo. Su mirada estaba clavada en mí. Puso el tapón de nuevo lentamente, y tuvo que intentarlo dos veces.

—Estoy un poco jodido, bomboncito.

—No pasa nada. Te ayudaré a regresar al hotel.

Asintió y se olió las axilas.

—Huelo mal.

—También te ayudaré a ducharte. —Me acerqué y me arrodillé entre sus piernas—. No es ningún problema para mí.

Ahucó las manos sobre mis mejillas, acunando mi cara. Se inclinó y apretó los labios contra los míos.

—Mmm... Siento algo por ti, Anne. Y es jodidamente impresionante que me de cuenta de ello, considerando lo exhausto que estoy ahora mismo.

—Es impresionante, sí —convine.

—Por lo general no suelo beber tanto. Quiero que lo sepas.

—Lo sé, Mal. No pasa nada.

No me respondió.

—Lo superaremos —dije casi imperceptiblemente.

—Anne... —Después de un brusco movimiento, cayó sobre el taburete y lo agarré por los pantalones, tratando de conseguir que se mantuviera erguido. No fue una buena idea. Una de sus zapatillas impactó contra un lateral de mi cabeza. Y la otra chocó con los plátanos, que cayeron al suelo.

—¡Joder! —Unos pasos se acercaron.

Mal estaba tendido a lo largo en el suelo, riéndose.

Me senté en los talones y me froté la cabeza en el punto en el que acababa de golpearme. ¡Menuda nochecita!

—¿Estás bien? —me preguntó David, poniéndose en cuclillas a mi lado.

—¡Estupendamente! —exclamó Mal, sin dejar de reírse.

—No estoy hablando contigo, idiota. Le has dado a Anne una patada.

—¿Qué? —Mal se volvió, agarró el taburete y lo lanzó a un lado antes de lanzarse sobre mí. Empujó a David para acercarse—. Bomboncito, ¿te encuentras bien?

—Sí. No ha sido un golpe demasiado fuerte. No me has hecho mucho daño.

—¡Hostia puta! ¡Mierda, Anne! —Me rodeó con los brazos y me estrechó con tanta fuerza que casi me estranguló—. Lo siento. Lo siento mucho. Te llevaremos al hospital y te harán un enfece... enfece... Una de esas cosas de la cabeza, ¿de acuerdo?

—No hace falta que me llevéis al hospital ni que me hagan cosas en la cabeza. Solo ha sido un golpe.

—¿Estás segura? —preguntó David, comprobando el estado de mis pupilas.

—Sí. Ha sido un accidente. Mal, tranquilízate. Por favor.

—Soy el peor novio del mundo.

—No pienso llevarte la contraria —intervino David.

—¡Que te follen, Dave!

—Vamos, la fiesta ha terminado. Ha llegado el momento de que cada uno se vaya a su casa. —David me quitó a Mal de encima y le ayudó a ponerse en pie.

Mal parecía sorprendido de estar en aquel lugar, como si no recordara cómo había llegado. Se quedó de pie y se tambaleó, frunciendo el ceño.

—¿Estás bien? —le pregunté.

—Sí.

—Lo siento mucho, bomboncito. ¿Quieres que me de una hostia en la cabeza? ¿Eso te hará sentir mejor?

—Mmm... no. Gracias, pero no.

David puso el brazo de Mal sobre sus hombros y lo bajó casi a rastras por las escaleras del escenario. Era difícil saber si solo le sirvió de apoyo o cargó por completo su peso.

—Un momento, ¿y su camisa? Se va a congelar ahí fuera —exclamé.

—Se lo tiene merecido —dijo David.

—Cállate, Ferris. Eres un llorón de mierda —replicó Mal.

—Sí, y tú estás como una cuba.

Me adelanté y les abrí la puerta para que pasaran. Mal tropezó y casi se cayeron, pero David consiguió que siguieran avanzando en vez de perder el equilibrio, aunque estuvieron a punto.

—Estoy bien, colega —aseguró Mal, alejándose de él para caminar a tumbos, tambaleándose de forma peligrosa. Le agarré la mano para sostenerlo y acabó apoyándose en mí—. ¿Ves? Todo va bien.

David asintió, pero no se alejó demasiado.

—He hecho trabajar mucho a mi batería esta noche. Y me he cargado un montón de baquetas. —Me rodeó con el otro brazo, sosteniéndome más cerca. Sin duda necesitaba ducharse—. Unas baquetas American Hickory, los platillos Zildjian están hechos para ser golpeados con fuerza, pero he roto al menos ocho baquetas, seguramente diez. Me ocurre a menudo en los conciertos, pero nadie se entera. Simplemente me pasan otras y digo «adelante», sin perder el compás. Es así como se hace. Se rompen y no importa, hay que seguir tocando.

Suspiró, cambiando de posición. Separé más los pies, sosteniéndolo con firmeza por la cintura. Su cuerpo pesaba bastante.

—Estoy perdiendo el ritmo, Anne. Lo noto. Y eso no está bien —dijo, arrastrando las palabras, al igual que su cuerpo.

Levanté la vista hacia su hermoso rostro. Mi corazón lloraba por él.

—Lo sé, pero no pasa nada. Te ayudaremos. Ya verás.

Frunció el ceño.

—Yo te ayudaré —repetí.

—¿Estás segura?

—Completamente.

Asintió despacio.

—De acuerdo. Gracias, bomboncito.

—Pero ahora regresemos al hotel.

Por suerte, había dejado de llover.

David se acercó de nuevo y me ayudó a llevar a Mal hasta el Jeep, donde lo dejó apoyado. Había un Escalade negro aparcado muy cerca.

—Colega, ¿dónde has metido las llaves? —preguntó David al tiempo que metía la mano en los bolsillos de Mal.

—¡Dios, Dave! Lo que estás tocando es solo para Anne, ¿entendido?

—No me interesa tu polla, solo quiero saber dónde están las putas llaves.

—Tranquilo, colega. No te enfades, hombre. Te quiero, pero no de esa manera.

—Dios... ¡Ya las tengo! —El mando a distancia colgaba ahora de un dedo de David—. Anne, ¿puedes conducir tú? Yo os seguiré y te ayudaré a subirlo a la habitación.

—¡Estupendo! Gracias —concluí.

—Esto es increíble —murmuró Mal. Dejó caer la cabeza hacia atrás y cerró los ojos al tiempo que abría mucho la boca—. ¡Te quiero, Anne!

Me sobresalté, sorprendida por el sonido.

—Dios...

—¡Te quiero! ¡Te quieeroo!—repitió Mal gritando con los ojos cerrados.

David me miró con una ceja arqueada.

—Eee... Está muy borracho —dije, y David sonrió levemente. Mejor sería que no hiciera caso del vuelco que me había dado el corazón al escuchar las palabras de Mal.

—¡Te quiero de la hostia, Anne! —continuó Mal como en un trance.

—Sí, de acuerdo. Ahora cállate. —David intentó ponerle la mano en la boca.

—¡Anne! ¡Anne! —Mi nombre se convirtió en un aullido largo e interminable, que quedó amortiguado cuando David consiguió taponar la boca. A partir de ese momento solo se oyeron gruñidos ahogados y murmullos varios.

—¡Joder! —maldijo David—. Me ha mordido.

—¡No quiero que nadie silencie mi amor!

Intenté no reírme.

—Mal, aún me duele la cabeza por ese golpe que me diste sin querer. ¿Te importaría estar callado? —intervine.

—¡Oh, mierda, joder! Lo siento, bomboncito. Lo siento mucho. —Al fin abrió los ojos y miró al cielo—. Mira, Anne, hay estrellas y toda esa mierda. Es bonito, ¿verdad?

Alcé la cabeza y noté que las nubes se habían ido, permitiendo que viéramos a un par de estrellas brillantes.

—Es cierto, Mal. Pero ahora debemos regresar al hotel.

—Mmm... Sí, vamos. ¿Sabes? Quiero mostrarte algo que llevo en los pantalones. —Sus torpes dedos se deslizaron por la cintura de los *jeans*—. Mira, es muy importante.

Le agarré los dedos y se los apreté con fuerza.

—¡Estupendo! Pero me lo enseñarás en la habitación, ¿de acuerdo?

—De acuerdo. —Suspiró feliz. El aire que nos envolvía estaba lleno de efluvios de *whisky*.

—Por cierto, gracias por avisar a Ev. —David abrió la puerta del copiloto, agarró a Mal por el brazo y empezó a empujarlo al interior—. Si crees que esto ha sido divertido, espera a que salgamos de gira. Entonces sí que va a estar interesante. Es la primera vez que nos van a acompañar novias o esposas.

—Ya. ¿Estás diciéndome que debo preocuparme y asustarme?

Mal golpeó la ventanilla del copiloto.

—Anne, me aprietan mucho los pantalones. Creo que tengo alergia. Venga, ayúdame a quitármelos.

No le hicimos ni caso.

David se pasó la mano por la cabeza.

—Solo creo que va a ser algo nuevo para todos, ¿no crees?

—Sí. —El futuro era un vacío enorme y potente sobre el que no tenía ni una pista. Y, por primera vez en mi vida, me parecía bien.

CAPÍTULO 21

Resonó un largo y agudo quejido, manifiestamente doloroso. Si prestabas atención, parecía el de un animal herido, aunque ningún animal habría soltado tantas palabras malsonantes. Los sonidos provenían de algún lugar en mi espalda y no eran precisamente divertidos, sino el fruto de un infierno particular que se llamaba «mañana de resaca después de una noche cargada de alcohol».

—Bomboncito. —Hundió la cabeza en mi cuello, apretándose contra mí y haciéndome sentir su piel caliente—. Hostia...

—¿Mmm?

—Me duele mucho.

—Mmm...

Movió los dedos que tenía enterrados en la parte delantera de mis bragas, comenzando a presionar todo tipo de zonas interesantes. Empecé a retorcerme.

—¿Por qué has metido mi mano en tus bragas mientras dormía? ¿Qué es esto? —murmuró—. ¡Dios, mujer! Estás muy salada. Me siento violado.

—No he sido yo, cariño. Lo has hecho tú solito.

Gimió otra vez.

—Has insistido mucho en que querías tener la mano ahí, así que pensé que podría moverme después de que te durmieras. Pero no fue así. —Froté la mejilla contra la almohada, que no era otra que su bíceps.

—Este coñito es mío. —Estiró los dedos, tensando la tela de las bragas y acariciándome también la parte interna de los muslos. Sin embargo no era el momento adecuado para excitarnos, porque teníamos una charla pendiente.

—Sí, eso decías. Y muchas veces.

Gruñó y bostezó antes de frotar las caderas contra mí. Noté su erección matutina contra las nalgas.

—No deberías haberme dejado beber tanto. Ha sido muy irresponsable por tu parte.

—Mucho me temo que eso también lo has hecho tú solito. —Intenté incorporarme, pero me retuvo por el brazo.

—No te muevas todavía.

—Mal, necesitas tomar un ibuprofeno y un vaso de agua.

—De acuerdo.

Retiró la mano de mi entrepierna y rodó sobre sí mismo hasta quedar tendido de espaldas, jadeando y resoplando. No había conseguido meterlo en la ducha la noche pasada, así que los dos apestábamos a sudor y a *whisky*.

Fui a buscar un par de pastillas y una botella de agua y me senté en el borde de la cama para dárselas.

—Anda, siéntate para tomarlas.

Abrió un ojo con legañas. Le costaba enfocar.

—Las tragaré si tú también lo haces.

—De acuerdo.

—Será mejor que lo digas en serio. A este hombre no le gusta nada que le mientan con respecto a algunas cosas. —Se sentó lentamente y el pelo rubio cayó lacio sobre su cara. Abrió la boca y dejó las pastillas en su lengua, luego le entregué el vaso de agua. Me miró mientras tragaba. No era capaz de imaginar lo que vendría a continuación, ni qué debía decir. Sin duda era más fácil hacer bromas estúpidas que intentar soltar algo profundo y significativo. Y además, le ayudaría más.

—Lo siento —dije para romper el silencio.

—¿Por qué? ¿Qué has hecho? —preguntó en voz baja.

—Me refiero a lo de tu madre.

Encogió las piernas, apoyó los codos en las rodillas y bajó la cabeza. No

se oía nada más que el zumbido del aire acondicionado y el tintineo de los cubiertos en la habitación de al lado. Cuando por fin levantó la mirada, vi que tenía los ojos rojos pero claros. Lo miré con empatía; sufría por él.

—No sé lo que sientes, así que no voy a fingir que lo sé —aseguré.

Mantuvo la boca cerrada.

—Pero lo siento mucho, Mal. Sé que no te ayuda, que no sirve de nada. Que no cambia nada.

Siguió en silencio.

—No puedo ayudarte, y lo odio.

Lo cierto es que cuando uno intenta aliviar el dolor de otra persona, sobre todo lo hace por sentirte útil. Pero nada de lo que yo dijera calmaría su dolor. Podía abrir mi corazón, verter todo mi ser, y aun así no podría detener lo que le ocurría a Lori.

—Yo ni siquiera tengo una relación normal con mi madre, así que no sé qué decirte. Admito que hubo una época en la que solo deseaba su muerte, pero ahora me conformo con que me deje en paz. —Lo solté de golpe y luego me detuve, estremeciéndome ante mi propia estupidez—. ¡Mierda! Eso era justo lo que no debía haberte dicho.

—No pasa nada. Sigue.

¡Dios! Lo decía en serio.

Abrí la boca, pero se me cerró la garganta. Las palabras salían casi arrastrándose por la fuerza.

—Ella... —Hice una larga pausa—. Mmm... Ella nos dejó a Lizzy y a mí. Mi padre se largó de casa y ella se recluyó en la cama. Esa su fue solución para encarar el problema al que se enfrentaba nuestra familia. No trató de buscar ayuda, ni fue a ver a un médico; simplemente se tumbó en la oscuridad sin hacer nada. Permaneció en su habitación durante casi tres años. Algún tiempo después vinieron los de servicios sociales, y nos las arreglamos para convencerlos de que la situación no era tan mala. ¡Ridículo!

Me miró fijamente con los labios tan apretados que habían perdido el color.

—Un día, cuando llegué a casa, mi madre estaba sentada en el borde de la cama y en la mesilla de noche había preparado una larga fila de pastillas de

colores. La pillé con un vaso de agua en la mano. Temblaba tanto que se había salpicado el camisón y lo tenía mojado. No hice nada, al menos al principio. —Ese instante estaba muy claro en mi cabeza: atravesar el umbral de la puerta de su habitación sin saber qué hacer. Mantenerme al margen y dejar que ocurriera habría sido igual que matarla. Y algo así deja marca—. Es decir, aquello era... muy tentador... —confesé muy bajito y con la voz quebrada—, no tendría que seguir lidiando con ella ni con nada más. Pero luego pensé en Lizzy; se la llevarían a una casa de acogida, y seguramente nos habrían separado, para siempre. No podía arriesgarme. Mi hermana estaba mejor en casa, conmigo.

Me miró con tristeza, con la cara pálida.

—Así que a partir de entonces me quedé en casa para cuidar a mi madre. Intentó suicidarse un par de veces más, pero luego también se rindió en eso, como si incluso matarse supusiera demasiado esfuerzo. A veces pienso en cuánto deseé haber llegado cinco minutos más tarde. Me pregunto si se las habría arreglado para poner fin a todo. Pero luego me siento culpable por pensarlo.

Ni siquiera parpadeó.

—La odio por habernos hecho pasar por todo eso. Sé que sufría una depresión, que es una enfermedad muy grave y terrible, pero ni siquiera buscó ayuda. Pedí citas para que fuera a ver a un médico, busqué información... y nada. ¡Tenía dos hijas, por el amor de Dios! No tenía derecho a desaparecer sin más, a abandonarnos. —Comenzaron a caerme las lágrimas de una forma descontrolada—. Mi padre no era mucho mejor, pero al menos nos enviaba dinero. Supongo que debería sentirme agradecida de que no nos olvidara por completo. Cuando se marchaba, le pregunté por qué lo hacía, y me respondió que no aguantaba más. Fue una excusa estúpida. Como si hubiera marcado la casilla equivocada en un formulario o algo así, y se arrepintiera de ello. Se largó. ¿Y la familia? ¡Oh, no! ¿Por qué dijo que sí? ¡Qué idiota! Como si decir «lo siento» cambiara el hecho de que estaba marchándose. —Otra pausa más larga, en la que él no dijo nada, tan solo me miraba muy atento—. No te imaginas la cantidad de tiempo que implica llevar una casa; hay que pagar las facturas, cocinar, limpiar... Y todo

dependía de mí. El chico con el que salía duró conmigo un par de meses, pero luego se cabreó porque no podía salir los sábados por la noche, ni ir a las fiestas. Éramos jóvenes, y quería salir y divertirse, no quedarse en casa cuidando de una maníaca depresiva y de una niña de trece años. Así que lo entendí perfectamente.

Agaché la cabeza, tratando de rebuscar los detalles más importantes. Y no era fácil, teniendo en cuenta la cantidad de tiempo que había pasado tratando de olvidarlos.

—Luego Lizzy se volvió más rebelde y todo se puso más difícil todavía. Odiaba a todo el mundo. ¡Como para no hacerlo! Aunque por lo menos cuando se comportaba como una inmadura y egoísta, tenía razones. Un día la pillaron robando en una tienda. Me las arreglé para convencer al propietario de que no presentara cargos contra ella. El susto la hizo reaccionar. Se moderó y volvió a concentrarse en la escuela. Una de las dos tenía que ir a la universidad. Y aunque yo lo había intentado, no había manera de que me pusiera al día con la materia que llevaba atrasada. —Menuda escena tan dramática estaba presenciando Mal. Parpadeé y me sequé las lágrimas con furia—. Lo siento. No sé si lo sabes, pero mi intención era animarte. Ya ves...

Su silencio me estaba destrozando.

—Bien, esa es mi trágica historia. —Le brindé una sonrisa algo forzada. Sin duda, era tan patética como mi estado de ánimo.

—Mi madre tiene cáncer de ovarios —confesó con la voz grave—. Le dan dos meses, en el mejor de los casos.

Sentí que se me detenía el corazón; que el tiempo no pasaba; que todo se paralizaba.

—¡Oh, Mal!

Se echó el pelo hacia atrás y entrelazó los dedos detrás de la cabeza.

—A ella le hace muy feliz que estés conmigo. Se pasó la cena hablándome de ti, de lo maravillosa que le pareces. Dice que eres un sueño hecho realidad, la mujer que yo necesitaba. Llevaba mucho tiempo esperando a que al fin sentara la cabeza.

Asentí, tratando de esbozar una sonrisa.

—Es una mujer increíble —dije, más para mí misma.

—Sí. Sin embargo, ¡joder, Anne!, no es esa la razón de que estemos aquí. Es decir, al principio sí, pero ahora no. —Se pasó la mano por la nuca al tiempo que movía a ambos lados el cuello—. No se trata solo de hacerla feliz antes de que... —Forzó una pausa e hizo una mueca con los labios, incapaz de seguir—. Sabes que hay algo más, ¿verdad? Que ya no es mentira. Lo sabes, ¿no?

—Lo sé, Mal. —Esta vez esboqué una sonrisa de oreja a oreja—. Esto es de verdad.

Aunque nuestros comienzos habían sido dudosos, nos habían traído a donde estábamos ahora.

—¿Vienes a ducharte conmigo? —Me tendió la mano.

—Será todo un placer.

Esbozó una valiente pero vacilante sonrisa.

El cuarto de baño del hotel era amplio, de mármol blanco con filamentos dorados. Había incluso un piano en el centro de la habitación. Al parecer, sus padres estaban alojados en la *suite* presidencial, por lo que nos habíamos tenido que conformar con la siguiente categoría. Aunque, sin duda, era magnífica.

Se despojó del *bóxer* mientras yo dejaba que el agua adquiriera la temperatura adecuada. Sentí sus manos desde atrás, bajándome las bragas y quitándome la vieja camiseta de Stage Dive. Era la única prenda que me dejaba usar cuando estaba ebrio.

El vapor llenaba lentamente la estancia y formó un mundo perfecto cuando Mal se colocó bajo la ducha y se mojó el pelo. Unos riachuelos se deslizaron por su hermoso cuerpo antes de que le rodeara la cintura con los brazos y apoyara la cabeza en su pecho. Cuando me imitó, la escena mejoró todavía más.

Podíamos hacer frente a cualquier situación por separado. Claro que podíamos. Pero hacerlo juntos sin duda era mucho mejor.

—Lo peor son las jodidas mañanas, al despertar —dijo, apoyando la barbilla en mi cabeza—. Durante unos segundos todo está bien. Pero después me acuerdo de que está enferma, y es... No sé cómo describirlo siquiera.

Lo abracé con más fuerza, sosteniéndolo contra mí como si fuera un salvavidas.

—Mi madre siempre ha estado ahí. Nos llevaba a los conciertos, nos apoyaba para que saliéramos a escena. Siempre ha sido nuestra mejor admiradora. Cuando conseguimos el disco de platino se tatuó «Stage Dive» para celebrarlo. ¡En serio! Tenía sesenta años, y se hizo igualmente el tatuaje. Y ahora está enferma. No puedo creerlo. —Sentí cómo su pecho se llenaba de aire y luego se vaciaba muy despacio.

Le acaricié la espalda, toda la longitud de la columna, de arriba abajo, pasando luego las manos por las curvas de sus nalgas y subiendo hasta las costillas. Permanecimos de pie, quietos y abrazados, debajo del chorro caliente, e intenté tranquilizarlo lo mejor que pude.

Le hice saber que lo amaba.

Luego tomé la pastilla de jabón y la pasé por su piel como si fuera un niño pequeño. Primero recorrí la parte de arriba, desde las líneas de los hombros a los músculos de sus brazos, lavando cada centímetro de su torso y su espalda. Llegar hasta el pelo era más complicado, debido a la diferencia de altura.

—Agáchate. —Vertí un poco de champú en la mano y la froté contra su pelo. Le masajeeé el cuero cabelludo durante un buen rato—. Deja que te lo enjuague.

Hizo lo que le pedí sin decir nada, colocando la cabeza debajo del agua. Luego le puse un poco de acondicionador y lo peiné con los dedos.

—No puedes cortarte el pelo —le hice saber.

—De acuerdo.

—Nunca. ¿Me oyes?

Casi sonrió. Sin duda, cada vez estaba más cerca de arrancarle una sonrisa.

Cuando acabé con la parte de arriba, me arrodillé sobre los azulejos y me dediqué a los pies y los tobillos. El agua caía sobre mí como un rocío, impidiendo que me enfriara. A pesar de tenerla justo enfrente de mi cara, no me fijé en su erección. No era el momento de prestarle atención. Los músculos de sus largas piernas estaban finamente esculpidos. Noté que se estremecía cuando me concentré en las rodillas.

—¿Tienes cosquillas? —pregunté con una risita.

—Soy demasiado hombre para tener cosquillas.

—Oh... —Deslicé mis manos enjabonadas por la longitud de los muslos, de un lado a otro. Cuando saliera de allí, iba a ser el batería más limpio y brillante del mundo entero. El agua caía por su cuerpo, destacando crestas y valles, la curvatura de sus pectorales y la piel satinada. Solo faltaba que lo llamara pastel y me lo comiera a cucharadas.

—¿No subes un poco más? —El deseo hacía que su voz sonara más ronca.

—Más tarde. —Me enjaboné las manos y dejé la pastilla de jabón a un lado—. ¿Por qué?

—Por nada.

Aquél «por nada» apuntaba directo a mí, inflamado y exigente. Lo sostuve con una mano al tiempo que deslizaba la otra en su entrepierna. Su erección me calentaba la palma. Una mujer con más paciencia que yo no habría cerrado los dedos alrededor, no lo habría apresado con fuerza. Pero a mí no me gustaba esperar.

Mal contuvo el aliento, contrayendo los abdominales.

—Me encanta tu trasero —aseguré, moviendo mis dedos resbaladizos entre las nalgas antes de acunar sus testículos. Cada parte de él era perfecta. Las buenas, las malas y las difíciles. A veces lo prefería serio, y otras no sabía por dónde iba a salir. Pero daba igual, siempre me hacía estar muy agradecida por lo que me ofrecía.

Porque lo tenía a él. Y yo estaba allí, en su mirada.

—No sé cómo he llegado a ser tan afortunada. —Le acaricié la cadera con la nariz al tiempo que deslizaba los dedos por la suavidad de su pene.

—¿Tanto te gusta mi trasero?

—No, más bien es un «me gusta todo de ti».

Volví a apretar su polla y se le extravió un poco la mirada, justo como a mí me gustaba. Entre mis piernas también estaba despertando algo, pero esta vez me centré solo en él. Me rozó las mejillas con los dedos de una forma tierna y reverente.

Llegaba la hora de ponernos serios.

Me metí su pene en la boca y lo chupé con fuerza. Hundió los dedos en mi pelo mojado y me mantuvo la cabeza quieta. Jugué con la lengua,

estimulando la sensible zona antes de sumergirla más profundamente en mi boca. Lo introduje hasta el fondo, succionando una y otra vez. Movi6 las caderas para hundirse todavía más. Jamás había perfeccionado el arte de relajar la garganta, y en ese momento lo lamenté. Mal hacía que quisiera aprender más. Algo me decía que no se opondría a que practicara con él. Ahuequé una mano bajo sus testículos y los masajé, mientras movía la otra sobre la base de la erección, deteniéndolo antes de que llegara más lejos y me atragantara. Pero lo albergué todo lo que pude, retirándolo para provocarlo con la lengua, trazando las venas antes de jugar con su hendidura.

Tensó los dedos en mi cabello, clavándome las uñas, aunque no pasaba nada, todo estaba bien. Adoraba ser capaz de regalarle ese momento.

Seguí metiéndolo en mi boca y succionando, hasta que se corrió con un grito y se hundió en mi garganta tanto como le permitía mi mano. Me lo tragué todo.

¡Y decían que el romanticismo había muerto...!

Siguió allí de pie, jadeando, con los brazos colgando y los ojos cerrados. Perfecto, de pies a cabeza. Me incorporé lentamente, con las rodillas temblorosas. Después del sexo oral siempre suele haber un instante de timidez... Quizá debería haberme sentido un poco arrogante. Pero de todas formas no había lugar para eso debajo de una ducha.

Mal abrió los ojos y me miró con intensidad antes de rodearme en un intenso abrazo. Me estrechó con fuerza antes de cubrirme la cara con múltiples besos.

—Gracias. —La palabra quedó amortiguada contra mi piel.

—De nada.

—Lamento lo de tus padres, bomboncito. Lo siento muchísimo.

Le clavé los dedos en la cadera de forma involuntaria. Algún día dejaría de reaccionar así, pero por ahora no.

—Y yo lamento lo de tu madre.

—Sí. —Me frotó los brazos y me besó en la coronilla—. Necesitamos pensar en cosas felices. Y pedir un montón de beicon con huevos. Y también gofres. ¿Te gustan los gofres?

—¿Hay alguien a quien no le gusten?

—Así es. Si a alguien no le gustan, deberían meterlo en la puta cárcel. Encerrarlo y tirar la llave al mar.

—Exacto.

—No pensemos más en cosas tristes —sugirió con la voz ronca.

Recogió la pastilla de jabón y empezó a lavarme, deteniéndose en mis senos.

—Solo deberíamos hablar sobre una cosa —sugerí mientras él seguía frotando un punto imaginario en mi pezón izquierdo. Lo cierto es que resultaba muy placentero.

—¿Sobre qué? —preguntó.

—Bueno, sobre lo que me dijiste anoche, cuando regresamos al hotel. Eso de formar una familia.

Detuvo los dedos, cubriendo con ellos mi pezón derecho.

—¿Formar una familia?

—Sí. Comentaste que era algo que estabas pensando muy seriamente. Incluso tiraste los condones por la ventana y las píldoras anticonceptivas por el inodoro.

—Eso es muy serio, Anne. ¿Anoche follamos? No me acuerdo de nada.

Agité las pestañas y lo miré con diabólica inocencia.

—No. Por supuesto que no. —Estallé en una carcajada.

Sus ojos se iluminaron.

—¡Dios...! Has estado a punto de provocarme un ataque cardíaco.

—Lo siento —susurré, besándole el torso—. Pero te deshiciste de todos los condones lanzándolos por la ventana, y no pudiste encontrar mis píldoras. Después, ya en la cama, te pusiste a nombrar a nuestros futuros hijos.

—¿De nuestros... hijos? —se atragantó.

—¿Eso quiere decir que ya no vamos a tener trece afortunadas criaturas?

Arqueó mucho las cejas.

—¡Joder...! Mmm... quizá sea mejor que no, ¿verdad?

—Sí, seguramente sea lo mejor, porque se te ocurrió que tres podían llamarse David. Y eso podría resultar muy confuso.

—Solo por curiosidad, ¿dije muchas más tonterías anoche?

—No demasiadas. Te bajaste de la cama un par de veces y trataste de

besarme los dedos de los pies, antes de quedarte dormido.

Retiró el jabón de las manos y recogió el champú, que frotó en mi cabello hasta formar espuma.

—Ay... —jadeé—. Hazlo con más suavidad.

—¿Qué pasa?

—¿Es que no te acuerdas?

Buscó mi cara y me miró de reojo.

—Y ahora ¿qué?

—Me diste una patada sin querer en la cabeza cuando te caíste del taburete. Pero no fue muy fuerte.

—¡Oh, no! ¡Mierda, Anne!

—No fue mucho. Fue un golpe pequeño.

Con el rostro compungido, retiró suavemente el champú de mi pelo y esparció el acondicionador. Durante todo el proceso estuvo moviendo la cabeza con el ceño fruncido.

—Oye... —Le alcé la barbilla—. Estoy bien, en serio.

—Te compensaré.

—Ya lo has hecho. —Puse una mano sobre su corazón, sintiendo cómo latía contra mi palma—. Mal, has escuchado mi historia sin juzgarme. Y me has contado lo que te pasa. Han sido dos hechos increíbles. De verdad que lo son. Estamos bien.

—Te lo compensaré todavía más. No volverá a pasar.

—No importa.

—Lo digo en serio —aseguró.

—Lo sé.

Me lanzó una mirada irritada y sonrió repentinamente.

—Ya sé lo que voy a regalarte. Llevo un tiempo pensándolo.

—No tienes que darme nada. Aunque unos gofres no me parecen una mala idea, tengo hambre. —Terminó de enjuagarme el pelo y me preparé para salir.

—Tendrás tus gofres. —Me rodeó desde atrás con los brazos y deslizó una mano entre mis piernas. Comenzó a acariciar mi sexo con los dedos—. Pero antes vas a correrte tú también.

—De acuerdo.

Se rio entre dientes en mi oreja.

—Así que aceptas tus orgasmos. Me parece genial.

Le rodeé el cuello con los brazos y lo apreté con fuerza. Llevó la mano a su boca y humedeció algunos dedos. Luego los deslizó en mi sexo, provocándome. Sentí que me estremecía de pies a cabeza. Poco a poco fue presionando en el interior, luego los retiró y dibujó la entrada de mi cuerpo, extendiendo la humedad alrededor. Me estimuló sin apresurarse, y mi respiración se hizo más rápida y agitada. Me arqueé contra su mano.

—No te muevas, Anne —me advirtió, poniendo la otra mano en mi vientre. Deslizó dos dedos en mi interior, frotándolos de tal manera que me hizo sentir algo increíble—. Venga, ni siquiera te estás esforzando.

—No puedo.

—Tienes que poder. No puedo hacerlo bien si no estás quieta.

—Oh... —Jadeé cuando deslizó el pulgar sobre mi clítoris, irradiando placer a cada rincón de mi cuerpo.

—¿Ves? Me has hecho salirme.

La forma en que se burlaba de mí era a la vez una maldición y una bendición. Cuando retiró los dedos, me sentí vacía. Dirigió entonces toda la atención a mi clítoris, que acarició por ambos lados a la vez. Gemí sin control.

—Estate quieta.

—Eso intento.

—Pues inténtalo con más ganas. —Golpeó con suavidad la parte superior de mi sexo. La reacción fue involuntaria e inmediata: arqueé las caderas hacia delante. Nadie me había hecho nada así. Mis terminaciones nerviosas estaban a punto de estallar.

—¿Te gusta este acorde? —preguntó.

—Mal. Por favor...

Me dio otro pequeño golpe y reventé. Grité. Mi cuerpo cedió. Si no me hubiera sujetado, me habría caído al suelo. Por el bien de las mujeres, ese hombre debería estar encerrado en una prisión de máxima seguridad.

Cerró el grifo. Me envolvió en una toalla y me sentó en la encimera del

lavabo como si fuera una muñeca.

—Eh, mírame... —me pidió, inclinándose a mi lado.

—Hola.

Me colocó un mechón de pelo detrás de la oreja.

—Creo que deberíamos hablar a fondo sobre esta relación nuestra. Seguramente debería decir algo profundo en estos momentos, aunque no estoy de humor para ello. En especial, esta mañana. —Soltó el aire—. Es increíble follar contigo, eres una mujer alucinante y odio verte triste. Además, me gusta tenerte cerca. Incluso estoy acostumbrándome a las peleas y lo dramáticamente que te lo tomas todo, porque el sexo de después es la hostia. Además, para mí eres única.

Me rozó el labio superior con la punta de la lengua.

—Eso es todo, básicamente. Aunque no tiene por qué ser por ese orden.

—Entendido. —Me reí un poco. Después de todo, estaba siendo sincero.

—Esa es mi Anne. Tienes que saberlo. —Sonrió y me puso las manos en las rodillas—. ¿Necesitas algo más de mí?

—¿Nuestra relación es exclusiva? —pregunté después de una pequeña pausa.

—Sí.

—Vamos a ver a dónde nos lleva esto.

—Ahá...

—Entonces, está bien.

Asintió y me apretó las rodillas.

—Si necesitas saber algo más, espero que me lo preguntes.

—Lo mismo te digo. Lo que sea.

—Gracias, bomboncito. —Sonrió, se inclinó y me besó—. Señorita Rollins, ¿preparada para empezar una gira?

—Sin duda.

CAPÍTULO 22

El primer día de nuestras vacaciones, mejor dicho, de la gira, lo pasamos en la cama. Pedimos y comimos gofres hasta que se hizo de noche, momento en el que dejamos la habitación para ir a cenar con sus padres en la *suite* que ocupaban.

Una vez más, Neil estuvo silencioso y servicial, pendiente de su mujer en todo momento. Ella se convirtió en el alma de la fiesta, contando algunas historias sobre la niñez de Mal, que a él le molestaron y a mí me hicieron llorar de risa.

La que más me gustó fue una de cuando Mal tenía once años y su padre le montó una pequeña rampa para hacer *skate* en el patio trasero. En los dos meses y medio siguientes Mal se rompió un brazo, dos dedos y una pierna, así que su madre le ordenó a su marido que la desmontara y la convirtiera en leña. Mal se declaró en huelga de hambre, aunque solo duró un par de horas. Para compensarlo, su madre le prometió que le compraría una batería.

Y así empezó su leyenda.

Fue una noche magnífica. Lori no mencionó su enfermedad, así que nosotros tampoco lo hicimos. Si ella no hubiera estado tan frágil y sus hombres tan tensos, casi podríamos haber fingido que no pasaba nada. Cuanto más tiempo estaba con ella, más entendía la desesperación de Mal. Hubiera destruido o no la rampa para practicar *skate*, la señora Ericson era una persona maravillosa. Y ahora que sabía qué le pasaba, me parecía obvia

la silenciosa desesperación que leía en los ojos de Neil. Ese pobre hombre estaba muriendo por dentro mientras pasaba por esto con ella. Ese era el problema del amor: no dura. De una forma u otra, siempre llega a su fin. Y las personas sufren por ello.

Cuando regresamos a nuestra *suite*, Mal se mostró retraído y callado. Encendí el televisor y puse una película de acción con muchas explosiones. La vimos juntos, con su cabeza apoyada en mi regazo. Cuando terminó, fue cuando comenzó la noche de verdad. El sexo fue intenso y pausado. Y duró tanto tiempo que al final casi no recordaba mi propio nombre. Mal me miró a los ojos mientras se movía en mi interior como si el tiempo no transcurriera. Como si pudiéramos estar así para siempre.

El segundo día trasladó el equipo y los instrumentos desde la nave donde practicaban al estudio de Portland. Mal tenía pruebas de sonido y luego debía asistir a una reunión de negocios. Por mi parte, yo tenía mis planes. Había quedado con Lizzy para pasar un rato; por lo que me dijo, un par de *paparazzi* revoloteaban por la tienda y el apartamento con la esperanza de conseguir alguna exclusiva. Pero solo consiguieron una vieja foto mía del instituto, que por cierto ya habían publicado en la prensa.

Por suerte, dada la fascinación que sentía por Ben, Lizzy tenía una cita esa noche y no podía quedarse al concierto. Y esa misma noche comenzaba la gira.

Una semana más tarde tendría que volver al trabajo.

Nos quedamos con ellos entre los bastidores hasta que llegó Adrian, el representante.

—¡Cinco minutos, colegas! —informó, dando palmas con las manos—. ¿Estáis preparados para empezar?

Detrás de él apareció un hombre con unos auriculares y una *tablet*. A nuestro alrededor había bastantes personas con el mismo equipo, lo cual me hizo preguntarme cuántas personas eran necesarias para que los Stage Dive dieran un concierto en la ciudad.

Ev y yo lo presenciamos desde un lado del escenario, junto a una larga fila

de amplificadores. ¡Dios! El rugido de la multitud y la energía que llenaba aquel espacio enorme eran increíbles. Yo no era una persona particularmente religiosa o espiritual, pero estar allí de pie, entre miles de personas, tenía algo supremo. En el aire flotaba una energía extraordinaria.

Las entradas para el concierto se habían agotado en un tiempo récord. La gira incluía nueve ciudades en Estados Unidos y luego se irían a Asia. Tocarían también en varios festivales en Europa durante la primavera y el verano, además de tener contratados varios conciertos más. Además, en ese tiempo se las arreglarían para grabar en un estudio. David estaba escribiendo más canciones, la mayoría sobre lo bueno que era hacerlo con su esposa. Vaya... Sobre el amor verdadero y todas esas cosas.

Escuchar la música en directo y tan cerca era sorprendente, y me lo pasé realmente bien hasta que me di cuenta de que una de las jóvenes de la primera fila tenía el nombre de mi novio escrito en las tetas con pintura roja. Pensándolo bien, lo difícil hubiera sido que no lo viera, dado lo mucho que se esforzaba por exhibirlas.

—Digiérello y sonríe —me aconsejó Ev, con una sonrisa que dejaba sus dientes a la vista.

—Que le den... —Concentré mi atención en Mal, que tocaba la batería con intensidad al tiempo que balanceaba la cabeza, cubierto de sudor. Su pelo rubio flotaba alrededor, haciendo que mi corazón se acelerara. No es necesario mencionar lo que provocaba en mi sexo.

Hora y media después los padres de Mal se unieron a nosotras. Los dos usaban tapones para los oídos. Permanecieron atentos y muy sonrientes. Las miradas de orgullo que le dirigían a su hijo consiguieron que se me empañaran los ojos. Lori debió de darse cuenta, porque me rodeó la cintura con un brazo mientras el grupo tocaba otra canción más, y otra, y otra... Lentamente se iba apoyando más en mí. No es que pesara mucho, pero cuando empezó a tambalearse, le lancé a Neil una mirada llena de nerviosismo.

Él le puso una mano en el codo y se inclinó hacia ella con una sonrisa. Lori se repuso y le quitó importancia con un ademán, irguiéndose más. Pero de repente, se le doblaron las rodillas y ya no le respondieron. Neil y yo la

sujetamos, impidiendo que cayera al suelo. Por desgracia, eso sucedió entre dos temas. Jimmy estaba hablándole al público, en la parte delantera del escenario, y, a pesar de las luces brillantes, Mal la vio tambalearse. Entonces se levantó del taburete y se quedó de pie, mirándonos con una expresión de pura ansiedad.

Sin esperar más, Neil tomó a Lori entre sus brazos y se la llevó. Yo le hice una seña a Mal mientras movía la cabeza, esperando que entendiera que los quería acompañar y que haría lo que pudiera. Debió de pillar la idea, porque volvió a sentarse después de asentir.

—Vamos —me dijo Ev, tomándome la mano.

Corrimos detrás de los padres de Mal, sorteando a la gente y al equipo. Lena nos recibió ante la puerta de la habitación donde habíamos estado antes, en los camerinos. Junto a ella estaba Adrian, con una evidente infelicidad, aunque jamás le había visto de otra manera.

—Si queréis que llame a un médico, avisadme —nos dijo.

—Gracias, Adrian.

Neil dejó con sumo cuidado a Lori en un sofá y le sostuvo un vaso con zumo ante los labios. Bebió menos que un pajarito. Se la veía muy pálida y cansada, parecía aturdida.

—Vamos, Neil, no es necesario montar tanto alboroto —le dijo a su marido. Cuando me vio, abrió la boca, consternada—. Oh, Anne, no era necesario que vinieras. Estabas disfrutando tanto del concierto...

—Ya debe de haber terminado. Y a Mal le gustaría que viniera a ver cómo estás.

—Bien, pues ya lo has comprobado. Estoy bien. Ahora regresa allí, por favor. —Intentó sonreír, pero le costaba mucho.

Sí, sabía a qué se refería con eso de «estar bien». Cuidar a mi madre fue un buen aprendizaje; me convertí en la reina del «estoy bien». Me senté en el borde del sofá mientras Neil se ponía en cuclillas a nuestro lado. De cerca, noté que su piel tenía un matiz grisáceo.

—Sé que estás enferma, Lori. Mal me lo ha contado.

Soltó el aire con un leve silbido.

—Le pedí que no se lo contara a nadie, no quería que se armara ningún

revuelo. La vida es así, cielo. Todos nos iremos en algún momento.

—Me contó que te quedaban un par de meses —comenté. La mirada que intercambió con su marido no me gustó nada—. ¿Tienes que decir algo más a tu hijo?

—Es posible que me quede menos tiempo. Estuvimos en el médico, en Spokane, antes de venir aquí. —Alzó la barbilla y forzó una sonrisa—. Pero... ¿sabes? Da igual. No pienso pasarme mis últimos días en el hospital.

Noté un nudo en la garganta.

—¿Tus últimos días?

—Semanas —corrigió—. Creen que me quedan un par de semanas, en el mejor de los casos. Mañana por la tarde nos vamos a casa. Quiero estar allí...

Neil tomó aire con fuerza y se dio la vuelta. Deslizó la mano sobre la de su esposa hasta entrelazar los dedos con los de ella.

—Tienes que decírselo a Mal —dije con sencillez. Era como si tuviera una cuchilla de afeitar en la garganta, un alambre de púas, clavos o cualquier otro instrumento afilado. Resultaba muy incómodo.

—Sí, supongo que tienes razón.

Neil apretó sus dedos una última vez con un gemido y se levantó.

—Cariño, se lo diremos en cuanto baje del escenario —le dijo con delicadeza a su mujer—. No podemos pedirle a Anne que se lo oculte.

—No, claro que no —aceptó Lori—. Ayúdame a sentarme, que va a entrar todo el mundo y me van a encontrar aquí acostada como una tonta.

¡Dios! No podía estar ocurriendo.

Con sumo cuidado, ayudé a Neil a sujetarla para que la acomodara al sillón. Luego se marchó a esperar a su hijo. Me encargué de rellenarle el vaso de zumo; al menos así tenía algo que hacer.

—Me alegro mucho de que mi hijo te tenga a ti —susurró Lori, alisando la falda de su vestido verde—. Sé que ya te lo he dicho antes, pero mi ausencia será algo que le afectará mucho. Parece fuerte y resistente, pero tiene un corazón de oro, ese es su punto débil. Va a necesitarte, Anne. Y mucho.

Me apretó la mano. Yo la tenía sudada, pero ella no.

—Tu hijo me gusta mucho, Lori —comenté, porque era necesario decir algo. Pero lo que salió de mis labios fue algo totalmente inadecuado, cuando

lo que allí importaban eran los sentimientos.

—Ya lo sé, cielo. He visto cómo lo miras.

—¿Con chiribitas en los ojos?

—Eso mismo. —Se rio por lo bajo y casi sin aliento—. Con chiribitas en los ojos.

Fuera rugía la multitud, y el ruido de pisadas casi sacudió el edificio. Era curioso. Allí, tras el escenario, la música era casi un sonido insignificante. O quizá solo lo pareciera por el zumbido de preocupación que me martilleaba el cráneo. Se avecinaba una jaqueca. Esta situación era demasiado intensa, y el peso que cargaba sobre mis hombros me paralizaba. No era algo que pudiera mejorar o arreglar.

La gente comenzó a entrar a la habitación y prepararon una larga mesa llena de refrescos y aperitivos. La fiesta posterior al concierto iba a celebrarse allí. Adrian se encontraba en la puerta, estrechando manos y riéndose a carcajadas con cualquiera que se acercara. Aquello era surrealista. Seguramente en ese mismo momento Neil estaría hablando con su hijo.

—Todo irá bien. —Lori me dio una palmadita en la mano. Resultaba extraña la forma en la que pronunciaba mi frase favorita. Quizá hubiera algo de verdad en eso de que se busca una pareja que tenga algo en común con tus padres. Lo cual me resultaba increíble y terrible, a la vez. Bueno, no quería pensar en ello. Además, Mal no se parecía en nada a mi padre.

Entonces llegó él. Mal, no mi padre. Tenía la mano derecha envuelta en una camiseta y la sangre le goteaba por los dedos.

—¿Qué te ha pasado? —Salí disparada hacia él.

Neil regresó al lado de Lori mientras Jimmy se dirigía hacia la mesa repleta de licores y delicias de *gourmet*. Con decisión metió la mano en el cubo de las cervezas de importación.

—Jimmy, ¿qué haces? —Lena le sujetó el brazo.

Con una mirada que era irritación pura, Jimmy se inclinó hacia ella para decirle algo al oído. Lena miró a Mal antes de dejar caer la mano, y deslizó los ojos por encima de la mesa como si buscara algo.

—¡Mal! ¿Qué ha pasado? —exclamé.

—Hola, bomboncito. No es nada. —No buscó mis ojos ni tampoco

sostuvo la mirada preocupada de su madre.

Jimmy regresó con algo en las manos. Lena y él habían convertido una servilleta de lino en una bolsa de hielo.

—Toma.

—Gracias. —Mal desenvolvió muy despacio la camiseta manchada de sangre y dejó al descubierto los nudillos, con heridas en carne viva. Lo vi apretar los dientes mientras hundía la mano en el hielo.

Adrian, que cada vez me parecía más idiota, se abrió paso a codazos hasta llegar a él.

—Mal, colega, me han dicho que ha ocurrido un incidente.

—Ah... sí. Adrian, ¿te importaría encargarte de ello? Mal ha hecho un agujero en la pared. Ha sido sin querer. Es una de esas cosas que pasan... — David le puso una mano en el hombro, apartándolo un poco.

Dada la precisión, dudaba mucho de que se tratara de un simple accidente.

—Tienen que verle la mano —le dijo Adrian a David.

Siguieron hablando, pero no hice caso a sus palabras. Puse la mano sobre la mejilla de Mal, intentando que me prestara atención.

—Eh, Mal...

La congoja que vi en su mirada iba a convertirse en el tema central de mis pesadillas. Se inclinó hacia mí y capturó mis labios con los suyos para besarme con intensidad, con desesperación. Su lengua invadió mi boca, exigiéndome todo. Y se lo di, claro que sí.

Cuando por fin se tranquilizó, apoyó la frente en la mía.

—Esto es un puto desastre.

—Lo sé.

—Le queda una semana, dos como máximo.

No había nada que decir.

Cerró los ojos con fuerza. El sudor de su rostro me humedeció la piel. Estaba desnudo de cintura para arriba, pero no hacía calor en la habitación. El aire acondicionado estaba puesto, a saber por qué. No era necesario en esa época del año.

—Ven, toma algo de beber —le dije, agradeciendo poder ocuparme de él—. Y vamos a buscar una camiseta, ¿de acuerdo? Si no, acabarás cogiendo

un resfriado.

—De acuerdo.

—Quédate tú con él, Anne —me sugirió Ev, poniéndome una mano en el hombro—. Iré yo.

—Ev... —Mal me puso los brazos encima de la cabeza en un torpe abrazo, sin soltar el hielo—. Prepárame algo fuerte, por favor.

Ella frunció el ceño.

—Un *whisky* escocés o algo así —insistió él—. Por favor...

Ev se dio la vuelta con un suspiro y se perdió entre una multitud cada vez mayor. Era el peor momento del mundo para una fiesta.

—Será mejor que hablemos —dijo Mal, volviéndose hacia sus padres.

Neil estaba sentado en el reposabrazos del sofá, rodeando a su esposa por un lado. Lori tenía los labios apretados por la preocupación.

—Hola, mamá —dijo Mal, sin soltarme—. Me alegro de que pudierais venir. Resulta que acabo de tener un pequeño accidente.

—¿Estás bien, hijo?

—¡Oh, sí! No te preocupes.

Los demás miembros del grupo no estaban muy lejos, intentando mantener a los admiradores, los directivos discográficos y cualquier otra persona, alejada de ese rincón de la habitación. Poco después se acercó Sam con otro tipo vestido de negro y se hicieron cargo de la tarea. Ben y Jimmy se mantuvieron cerca, hablando con la gente y relacionándose con todos. Pero de vez en cuando miraban a Mal.

Ev se dio prisa, porque al poco rato regresó con una camiseta de la gira de Stage Dive para Mal, una botella de Smirnoff y un Gatorade.

—No he encontrado *whisky*. Lo siento.

—Eso me servirá igualmente. —Mal me entregó la servilleta llena de hielo mientras se ponía la camiseta, que tenía un caramelo con forma de cráneo estampado en la parte delantera—. Gracias, Ev.

—Hijo... —lo llamó Neil, expresando todo un mundo con aquella única palabra.

—Papá, todo va bien —aseguró Mal, cambiando de repente a un estado eufórico. No me dio buena espina su entusiasmo—. Así nos lo montamos

después de un concierto. ¿Sabes? Pura locura.

Su padre no dijo nada. La música del último álbum y las múltiples conversaciones de los presentes flotaban y se mezclaban en el aire. Mal se bebió la mitad del Gatorade de un tirón, y luego me la pasó para apurar largos sorbos de vodka.

¡Dios! Eso iba a ser como presenciar un accidente de tráfico.

—Cariño —le dije, deslizándole los brazos alrededor de la cintura y atrayéndolo hacia mí—, para un momento y respira hondo.

—Anne, me has llamado «cariño». —Sonrió.

—Sí.

—Y el otro día me dijiste «cielo».

—Eras tú el que quería que nos convirtiéramos en unos románticos, ¿no?

—Sí, mi Anne. —Frotó la mejilla contra la mía como si estuviera marcándome. Me arañó la piel con la barba incipiente y sentí que me ruborizaba de pies a cabeza. La emoción era brutal, realmente abrumadora.

—Mal...

—No frunzas el ceño. No es necesario que te preocupes. Hazme el favor de hablar con mi madre, ¿de acuerdo? —me dijo, mirándola de reojo—. Entretenla un poco. Yo no puedo hablar con ella en este momento... Todavía no. —Se llevó la botella a los labios al tiempo que echaba la cabeza hacia atrás. Bebió mientras yo tragaba saliva. Al parecer, el alcohol era su medicina en esta situación. Pero mentiría si dijera que no estaba asustada. Abrió los ojos solo cuando paró para respirar—. Esto está mucho mejor. Jodidamente mejor.

—Adrian ha ido a buscar un médico para que te mire esa mano —dijo David, apareciendo de pronto a nuestro lado.

—No es necesario.

Traté de aclararme la garganta.

—Mal, debes dejar que te miren la mano. Te has dado un buen golpe.

—Pero bomboncito...

Oh, no. Ya había tenido suficiente.

—¿Quieres que no me preocupe? —exclamé, alzando la voz—. Pues deja

que te examinen la maldita mano. ¿De acuerdo?

Me evaluó lentamente con la mirada.

—Me encanta cuando te pones dura. De acuerdo. Si eso te hace feliz, dejaré que me vea el médico.

—Estupendo. Gracias.

Tomó otro largo trago.

Ev se arropó bajo el abrazo de David y ambos lo miraron con ansiedad. Todos mostraban una expresión de tensa preocupación al ver que seguía bebiendo. A ese ritmo solo se detendría en el fondo de la botella. Por alguna razón, eso me molestó.

—Ya es suficiente, Mal. —Le arranqué la botella de la mano. Fue evidente que no se lo esperaba, porque no opuso resistencia alguna. Me miró con sus grandes ojos verdes y parpadeó antes de entornarlos con furia.

—¿Qué cojones...? —dijo por lo bajo.

—Busca otra manera de lidiar con esto.

—Esto no es algo que te corresponda decidir a ti.

—¿De verdad? —Le miré fijamente—. ¿Quieres que uno de sus últimos recuerdos sea verte borracho?

—¡Oh, venga, por favor! Mi madre ha estado con nosotros desde el principio. Conoce perfectamente las fiestas después de los conciertos. ¿Quieres que me comporte con normalidad? Pues eso es lo que estoy haciendo.

—Hablo en serio. Déjalo ya, Mal.

Me siguió mirando con furia. Pero me daba igual. Si quería que estuviéramos toda la noche lanzándonos miradas fulminantes, me parecía perfecto. Le había dicho que lo cuidaría. Y eso significaba que lo protegería incluso de sí mismo, si fuera necesario.

—Mira a tu alrededor —le pedí, alzando la bebida—. Todos han visto a Jimmy pasar por esto. Están aterrados por ti, Mal.

—Eso no es lo mismo —gruñó.

—Todavía no lo es.

—No es asunto tuyo decirme cómo debo comportarme, bomboncito. Ni hablar.

—Mal...

—¿Cuánto tiempo llevamos juntos, una semana? ¿Y ya sabes lo que es mejor para mí? —Me miró con los dientes apretados—. ¡Oh, sí! Anne es la que manda, Anne lo sabe todo...

—¡Joder! —intervino David, dando un paso adelante—. Cierra el pico, mamón, antes de que digas algo de lo que acabes arrepintiéndote. Anne tiene razón. No quiero ver cómo tú también tienes que ir a rehabilitación.

—¡Venga ya, colega! Déjame en paz —protestó Mal, riéndose—. ¿A rehabilitación? ¿No te parece que exageras un poco, Dave?

—No. —David se acercó más al rostro de Mal—. Ayer estabas tan borracho que golpeaste a tu novia en la cabeza sin querer. Estás tan loco que hoy golpeaste la pared con un puño. ¿Qué te parece eso? ¿Es propio de alguien que lo tiene todo controlado?

Mal se estremeció.

—Están pasando algunas cosas...

—Lo entiendo. Todos te comprendemos. Pero Anne tiene razón, beber hasta emborracharte cada noche no es la respuesta.

Mal hundió los hombros, rindiéndose.

—Vete a la mierda, Ferris.

—Lo que tú digas. Pero ahora pídele perdón a tu novia. Y hazlo bien.

Se volvió hacia mí con una mirada muy triste.

—Lo siento, bomboncito.

Asentí, tratando de sonreír.

—Venga, necesitas tomar el aire. —David le puso una mano en la nuca y lo empujó entre la multitud.

Por suerte, Mal no se resistió. Se alejó con relativa calma. Claro, todo iría bien. Pero, a pesar de lo que estaba pasando, no quería darme la vuelta. Sentía la mirada de Lori como un rayo láser en mi espalda. Neil y ella lo habían visto y oído todo. ¿Qué podía decirles?

No se me daban bien las familias y las relaciones íntimas. Ojalá Lizzy estuviera allí; ella sabría qué hacer. A ella se le daba mucho mejor tratar con la gente.

—Todo irá bien —me aseguró Ev, apretando mis manos entre las suyas.

Mi frase preferida, y un pensamiento agradable, pero no creía que fuera real.

CAPÍTULO 23

—¡Fiesta, fiesta! —Una hora después Mal estaba poseído por un estado eufórico.

Por suerte, las palabras que le habíamos dicho David y yo le calaron, y solo tenía una botella de agua en la mano. Al igual que la noche en que lo conocí, se había subido a una mesita de café y desde allí le hablaba a la gente. Eran muchas las mujeres que miraban a mi hombre con avaricia y deseo. Iba a tener que acostumbrarme; no podía matarlas a todas. Es decir, ¿dónde podría ocultar tantos cadáveres?

Salir con una estrella del *rock* era más complicado de lo que parecía.

Una joven trató de subirse a la mesa con él.

¡Ni hablar! La agarré por el brazo.

—Ni se te ocurra.

—Hey, no me toques —me espetó.

—¡Bomboncito! —gritó mi atractivo novio desde lo alto.

¡Dios, mis oídos! No dejaba de escuchar un zumbido.

La mujer lo miró y le dirigió su sonrisa más zalamera, aunque cuando me tocó el turno, su expresión no contenía ni pizca de afecto.

—Lo siento —dije, mintiendo descaradamente—. Mal no está disponible.

—¿Quién eres tú?

—Soy su «bomboncito». —El «chúpate esa, zorra» fue silencioso, pero no nos engañemos: estaba ahí y ella lo entendió perfectamente.

La vi entornar los ojos de una forma extraña antes de darse media vuelta, desapareciendo entre la multitud. Hubo un brillante destello de tacones de aguja antes de que se esfumara. Sin duda, unos *stilettos* impresionantes. Por mi parte, yo me había puesto unas botas, como de costumbre, y una falda, en esta ocasión acompañada por una camisa negra de manga larga y algunas piezas de bisutería. Lo cierto era que no sabía cómo debía vestirse la novia de una estrella del *rock*, así que me había inclinado por algo cómodo e informal. No obstante, me gustaría saber dónde podía conseguir aquellos zapatos, aunque sospechaba que las posibilidades de que me lo dijera habían descendido de forma considerable.

Lori y Neil seguían en el sofá. David y Ev les hacían compañía mientras yo intentaba proteger a mi novio de otras mujeres, más o menos. Sinceramente, no estaba en mi mejor momento. Estaba tensa por culpa de la discusión y además sentía que no encajaba con la gente de allí. Habían llegado periodistas del mundo de la música y ejecutivos de la industria discográfica, una mezcla de gente importante con ricos y famosos, que se habían reunido para celebrar el inicio de la gira.

—¡Bomboncito! —me llamó Mal otra vez.

Me volví hacia él.

—¡Oh, estás ahí! Escuchad todos. Tengo que decir algo —gritó Mal—. ¡Atención!

La multitud se quedó en silencio y todas las cabezas se volvieron hacia él. Aquello no me daba buena espina.

—Han pasado muchas cosas malas últimamente, y eso me ha hecho reflexionar. —Miró a sus padres y luego repasó a todos los asistentes con una mirada intensa—. La vida es corta, y debemos hacerla valiosa, dedicar el tiempo a estar con la gente que queremos. Mantenerla cerca. Así que... Bueno... He tomado una decisión. Ahora mismo, y aquí mismo.

Me miró con el ceño fruncido. Luego puso una rodilla encima de la mesita. Me tendió una mano y me agarró los dedos, paralizados por la sorpresa.

—Cásate conmigo, Anne.

Se me detuvo el corazón. ¡Santa madre de Dios! No podía estar hablando

en serio.

—¿Qué?

—Sí, casémonos esta misma noche —dijo con suma claridad—. Nos iremos a Las Vegas en un vuelo nocturno. Estaremos de vuelta para desayunar.

A nuestro alrededor empezaron a centellear un montón de *flashes*, cegándome. No existía nada más. Solo su atractivo rostro, lleno de esperanza, que se iluminaba con la luz parpadeante.

—Qué suerte. Qué romántico, ¡por Dios! —expresó alguien en algún lugar cercano.

—Los chicos pueden acompañarnos —continuó Mal—. Recogeremos a Lizzy también. Incluso puedes decírselo a Reece.

No podía respirar.

—Te compraré el anillo más grande que jamás hayas visto.

No, en serio, ¿es que se había acabado el oxígeno en aquella habitación?

—Sé que es muy pronto, y que tienes algunas ideas en contra del matrimonio, pero somos nosotros. Estamos hechos el uno para el otro. Y lo sabes.

No, no era así. Acabábamos de pelearnos. Siempre estábamos discutiendo o... follando. ¿Cuánto tiempo más duraríamos? Sí, estábamos bien juntos, pero acabábamos de empezar. No estábamos preparados para dar un paso tan importante.

—Venga, Anne...

—Solo ha pasado una semana... —dije, en la voz más baja que pude emitir.

—Lo necesito.

—¡Si ella no quiere, yo me casaré contigo, Mal! —gritó una zorra al fondo. Otras la corearon. Todo el mundo se rio.

—Pero ¿por qué? —Busqué su cara con el corazón acelerado.

—Hay muchas razones.

Moví la cabeza, estupefacta.

—Por favor... —suplicó, mirándome a los ojos.

Lori se apoyaba en Neil, de pie, a menos de cuatro metros, observándolo

todo. El corazón me dio un vuelco al ver la esperanza que brillaba en la cara de su madre. Se había llevado las manos al pecho y sus ojos brillaban por las lágrimas a punto de ser derramadas. Ev estaba justo detrás, con David. Tenía los labios pálidos, pero sus ojos... ¡Dios! ¿De verdad todo el mundo pensaba que esta locura podía funcionar? Bueno, imagino que Ev sí lo creía, pues ya había cometido alguna que otra similar en Las Vegas.

Pero no, eso no era romántico para mí; era sencillamente una locura.

—Necesito que lo hagas, Anne —insistió Mal—. Vamos, arriésgate. Vamos...

¿Arriesgarme a amar y perder, a que me abandonara? ¿A sufrir todo el dolor que conocía tan bien? Apenas sabía mantener una relación y él quería convertirla en algo legal que nos uniera para siempre hasta que uno de los dos decidiera que ya había soportado suficiente.

Hundí los hombros.

—Mal, no. No me hagas esto.

Su mirada se clavó en mi cara.

—Tú y yo en Las Vegas. Venga, será divertido —sostuvo una sonrisa que ya se estaba quedando sin fuerzas.

Me acerqué a él, buscando un poco de privacidad.

—No puedo casarme contigo solo para hacer feliz a tu madre.

—Anne, es más que eso.

—No. Si no fuera porque está enferma, no me lo estarías proponiendo.

—Pero...

—Lo siento. No puedo.

—Anne...

Supe en qué momento exacto se dio cuenta de que no me iba a convencer, de que no iba a salirse con la suya. Endureció su expresión y me soltó la mano. Saltó de la mesa con un suave movimiento y se dirigió hacia la puerta. Cualquier palabra se quedó atascada en mi garganta.

Se iba. Se iba. Se iba... Se marchó.

Desapareció.

Todos los presentes clavaron su mirada en mí.

David siguió a Mal, y Ev apareció junto a mí. Ahora les tocaba a ellos

manejar la situación, un drama al más puro estilo Stage Dive. Jimmy y Ben impidieron que Adrian siguiera a David y a Mal. El representante me lanzó una mirada tan intensa que me dieron ganas de acurrucarme y dejarme morir. De repente me sentí agotada.

Algo se rompió en mi interior. El dolor era insoportable.

Pero tenía que enfrentarme a ello.

Lori me miraba con tristeza y vacilación.

—Oh, Anne...

—Lo siento, Lori —dije antes de desaparecer corriendo.

Esa noche Mal no regresó a la habitación del hotel. Tampoco me envió ningún mensaje al día siguiente. Así que recogí mis cosas y regresé a mi apartamento.

CAPÍTULO 24

Pasé el resto de mis vacaciones limpiando y poniendo en orden mi casa, casi obsesivamente. Lizzy y Lauren se turnaban para sentarse en el sofá y observar cómo me volvía loca. Pero lo que de verdad estaba volviéndome loca era lo que pensaban ellas, no yo. En mi opinión, me encontraba perfectamente cuerda y me comportaba con normalidad, sobre todo considerando mi estado. No pensaba meterme en la cama como mi madre, negándome a salir. Era una mujer fuerte y además mi casa estaba muy muy limpia.

—¿Te has fijado en el wáter? —señalé, haciendo un gesto en dirección al cuarto de baño con un cepillo en una mano de goma rosa—. Podrías comer en él.

—Cariño, hazlo tú misma. Yo no pienso examinar tu cuarto de baño. — Lauren cruzó las piernas y balanceó nerviosamente el pie.

—No me fastidies. Está reluciente. Entra y míralo.

—Sí, te creo.

En ese momento se abrió la puerta de la calle, dando paso a Lizzy.

—¿Sigue igual? —le preguntó a Lauren por lo bajo.

Sí. Durante algunos períodos especialmente desafortunados, estaban presentes las dos, comentando y riéndose en mis propias narices. Sin duda, la familia y los amigos eran lo peor. Aunque también eran lo mejor, y me ayudaban a pasar este horrible bache. Gracias a Dios.

—Sí, sigo igual —respondí yo misma—. Y por favor, llama antes de entrar.

Mal se hubiera enfadado. Odiaba que la gente se presentara como si nada. Tampoco es que pensara pasar por aquí de nuevo o le importara lo que me ocurriera, así que me daba igual. Quizá debería fregar una vez más la cocina. Me vendría bien volver a trabajar, me ayudaría a mantenerme ocupada. El día anterior Reece me había traído un par de productos de limpieza nuevos para todo tipo de uso, y una fregona (porque había gastado la anterior). Él entendía a la perfección mi necesidad de estar ocupada en ese momento. Y, si no lo entendía, al menos era lo suficientemente sensato como para mantenerse alejado de mi camino y no mencionar a ningún batería famoso.

—No has cerrado bien la puerta, Lizzy.

Mi hermana me miró por encima de las gafas de sol.

—Es que está a punto de llegar otra invitada. Espero que seas más agradable con ella.

—Soy agradable con todo el mundo.

Hizo una mueca.

—No —replicó Lizzy—. La verdad es que no. De hecho, últimamente te comportas como una bruja. Pero te queremos, y entendemos que estás dolida, así que aquí estamos.

Parecía que el ceño fruncido se había convertido en parte de mi cara, así que tal vez tuviera razón. Había llegado el momento de pasar página. Sí, solo había estado con él una semana, así que llorar su pérdida durante cuatro días quizá fuera lo más correcto. Era una pena que mi corazón no opinara igual.

—¡Hola! —gritó Ev, que apareció en ese momento en la entrada—. Vaya... Bueno... ¡Dios, Liz! Sí que necesita ayuda.

—Te lo dije —convino Lauren, levantándose para darle un abrazo.

—Mmm... ¿Anne? —Ev se acercó a mí con mucho cuidado al tiempo que se quitaba el abrigo—. Venga, deja los guantes a un lado y ponte alguna prenda que no esté rota. Bueno, es mejor que antes te duches, te laves el pelo... ¿Qué te parece eso? ¿No suena bien?

—Estoy limpiando —expliqué, sosteniendo en alto el cepillo como prueba evidente—. Solo se usa ropa gastada para limpiar.

Lizzy me obligó a darme la vuelta en dirección al cuarto de baño.

—Mira, Anne, cuando llega el momento en el que señalas con una escobilla de baño y haces hincapié sobre tu inodoro, es hora de parar y reconsiderar tu vida.

—Vamos, vuelve ahí dentro y aséate —ordenó Lauren—. Te llevaré ropa limpia.

—Espera un momento... —Miré a Ev—. ¿Cómo es que estás aquí? ¿Por qué no has ido a la gira?

Hizo un mohín.

—La gira se ha cancelado. La han pospuesto para el año que viene. Es lo mejor. A Lori le quedan solo un par de días, así que todos se han marchado a Coeur D'Alene.

¡Oh, Dios! ¡Pobre Mal! Me empezaron a doler las costillas por la presión que hacía en ellas el corazón.

—¿Y por qué no estás con ellos? —pregunté.

—Tomaré un avión esta tarde —dijo lentamente, con cautela—. Pero quería hablar contigo, preguntarte si quizá te gustaría venir conmigo.

La miré con intensidad.

—Creo que él apreciaría mucho tu presencia, Anne. Sé que no acabasteis muy bien, pero es posible que Mal necesite tu apoyo en estos momentos. Además, a Lori le gustaría despedirse de ti.

—Rechacé una propuesta de matrimonio de su hijo, así que... lo dudo mucho.

Ev se encogió de hombros.

—Aunque eso hizo que se sintiera triste, Lori no se enfadó contigo. Nunca lo haría.

—De todas formas, no importa. No puedo ir. —Me dirigí al cuarto de baño y coloqué la escobilla en su lugar antes de quitarme los guantes. Ev, Lauren y Lizzy se quedaron en la puerta, desde donde me observaron lavarme las manos, que me enjaboné a fondo—. Mirad, aprecio vuestra preocupación, pero no es necesaria. Solo intento entretenerme estos días que no tengo que trabajar.

—Claro —intervino Lizzy—, por eso fregaste hasta el techo.

—Había polvo.

—Chicas, centraos, por favor. —Lauren hizo chasquear la lengua—. Anne, tienes que acompañar a Ev. Deberías hablar con Mal, y apoyarle.

Me sequé las manos con una toalla. La imagen que me devolvía el espejo mostraba una mujer en su peor estado, con el pelo sucio y lacio y la piel brillante. Tenían razón en todo, no estaba en mi mejor momento.

—Estabais bien juntos —aseguró Ev—. Mal se emocionó con la idea de la boda, pero ahora ha recapacitado. Eso es todo.

—Oh... No sé. No creo que haya muchos hombres que sepan asimilar que su novia ha rechazado una propuesta de matrimonio. —Resoplé—. No estoy segura de que podamos volver al punto en el que estábamos. Pero gracias por la idea, Ev. Estoy segura de que no quiere verme allí.

—Eso no lo sabes... —Sacudió la cabeza.

—Sí, claro que lo sé. —Puse los brazos en jarras, pero no me sentí cómoda y al final los crucé firmemente sobre el pecho—. Le envié el otro día un mensaje de texto preguntándole si podía hacer algo por él; si quería que estuviera a su lado, aunque fuera como amiga. Y me respondió que no.

Y sí, aquella sílaba suya, aquella palabra con solo dos letras, me dolió y enfureció tanto que al día siguiente me compré un móvil nuevo como regalo de cumpleaños; hecho que estaba relacionado directamente con que tuviera que tapar con pintura una marca en la pared de mi dormitorio. Al final resultó que se me daba mucho mejor de lo que pensaba el lanzamiento de teléfonos.

Ev, Lauren y Lizzy me miraron con sorpresa. Me dije que podía superar esto sin exponer de nuevo mi pena. Vaya pensamiento más estúpido.

—En serio, gracias por todo. Ahora voy a seguir vuestro consejo y me voy a dar una ducha.

—Intentar acercarte a él ha tenido que precisar de mucho valor —aseguró Lizzy.

—Tenía que intentarlo.

Lauren frunció el ceño mirando el suelo.

—Necesitamos bebida... y comida.

—Sí —convino Lizzy con un suspiro.

Forcé una sonrisa. Podía conseguirlo.

—Me parece muy bien.

Ev asintió en tono sombrío, luego se quedó quieta.

—Anne, por favor, actúa con más inteligencia que él. Si Mal significa algo para ti, dale otra oportunidad... No te des por vencida a la primera. Os acabáis de conocer.

No respondí. Me limité a clavar los ojos en ella con la mirada perdida, sin saber cómo reaccionar o qué decir. Así es cómo me sentía desde la noche en que Mal se fue.

—Vamos, dúchate. —Lizzy me abrazó desde atrás, me rodeó con sus brazos y me apretó con fuerza—. Me encargaré de pedir algo de comer y beber, ¿de acuerdo?

—No, ya lo haré después de...

—Anne, por favor, déjame que sea yo la que cuide de ti, para variar...

Moví la cabeza, asintiendo muy despacio, a punto de llorar otra vez.

—De acuerdo. Gracias, hermanita.

Lizzy apoyó el mentón en mi hombro sin soltarme.

—Eres mi hermana mayor favorita y te quiero mucho. Pero a pesar de lo fuerte que eres, también necesitas ayuda de vez en cuando. No es necesario que te encargues tú sola de todo, ¿sabes?

—Lo sé. —Sin embargo, no lo sabía exactamente, pero empezaba a sentir que era así. Y resultaba maravilloso, enternecedor y todo lo que debería ser. No estar sola, tenerlas aquí era genial—. Gracias, muchas gracias a todas.

Llegó el día de mi cumpleaños, aunque no parecía que lo fuera. Los últimos años había sido una fecha estupenda, en la que salía de compras con Lizzy y a cenar con Reece. Pero este año no era así. De hecho, me resultó muy parecido a volver a cuidar de mi madre y forzar una sonrisa por el bien de Lizzy; a hacer un pastel y luego querer vomitarlo tras comer la mitad.

Hacía tres días que había regresado al trabajo. La intervención de mis amigas había funcionado perfectamente; al menos, ya no hacía maratones de limpieza. Siendo sincera, el apartamento no podía estar más limpio, aunque lo intentara. No volví a saber de Mal y no esperaba hacerlo. Había llegado el

final de la historia.

Mi vestido de punto a rayas era perfecto para salir a cenar con Reece. Me hacía feliz. Sin duda, la pena podía enmascararse con un millón de cosas, incluso con un pastel de cumpleaños y un fabuloso vestido a rayas.

Malditas fueran las estrellas del *rock*, y malditas fueran también sus peticiones de matrimonio, y maldito su olor, su rostro, su cuerpo, su voz, su sentido del humor, su mentalidad, su espíritu generoso... y maldito fuera todo lo demás, y no necesariamente en ese orden. Que les dieran a todos, pero en especial al maldito Malcolm Ericson.

Reece llegaba un cuarto de hora tarde. Repiqué repetidamente en el suelo de madera con la punta de mi bota de caña alta a ritmo frenético. No es necesario mencionar de quién podía haber adquirido ese hábito. Quizá fuera mejor que esperara fuera, bajo la gélida brisa. Salí por la puerta y bajé las escaleras mientras escribía un mensaje de texto a Reece para asegurarme de que no se le había estropeado el automóvil o algo así.

Y, definitivamente, no era eso lo que le pasaba.

Lo supe porque lo vi enfrascado en una pelea, rodando con alguien por la hierba del jardín que había enfrente. Aunque no sentía éxtasis, sino agonía. Si me fiaba de las quejas y gruñidos, era mucha agonía. Al lado, en el suelo, había un ramo de flores olvidado. ¿Qué estaba pasando?

—¡Reece!

No obtuve respuesta.

Parpadeé para comprobar si era cierto lo que veía. Pero ¿qué demonios...? ¿Ese era realmente...?

—¿Mal?

En efecto, Reece estaba peleándose con Mal en el jardín. Mal sangraba por un corte en la ceja, y Reece por el labio. En la mejilla de Mal había una marca oscura, y la camisa de Reece estaba desgarrada. Se golpeaban a puñetazos y emitían ruidos guturales que sonaban bastante salvajes.

—Pequeño cabrón... —Mal clavó el puño en el estómago de Reece. Este gruñó y contraatacó con una patada que iba directa a su entrepierna, pero lo alcanzó en el muslo. Dada la manera en que arrugó la cara, le había dolido.

—Y lo dices tú, el capullo que la dejó —replicó Reece con desprecio.

Se enfrentaron de nuevo, y los puñetazos hicieron que sangraran por más sitios. Noté que la bilis me hacía arder la garganta y la tragué como pude. ¡Dios! ¡Dios! ¡Dios! ¿Qué podía hacer? Marqué el número de Lauren.

—Hola, Anne.

—¿Estáis aquí? Necesito que venga Nate ahora mismo, por favor. De prisa —dije de carrerilla, lo más rápida que pude.

—¿Qué ha pasado?

—¡Mal y Reece están intentando matarse!

Oí insultos y murmullos.

—Estamos de camino. Llegaremos dentro de cinco minutos.

Colgué. ¡Cinco minutos! Podían hacerse mucho daño en cinco minutos, podían lastimarse de verdad, si no lo habían hecho ya. No podía esperar cinco minutos. Necesitaba actuar ya.

Ahuequé las manos alrededor de la boca y me detuve en el primer escalón.

—¡Atención! ¿Qué creéis que estáis haciendo, idiotas?

Reece me miró y Mal aprovechó la distracción para darle un puñetazo en la barbilla. Enfurecidos de nuevo, cayeron el uno sobre el otro.

Bien. Eso no había funcionado.

De pronto, Reece le lanzó un poderoso golpe de derecha y alcanzó a Mal en la cara, haciendo que retrocediera. Mal se detuvo, sorprendido por un momento. ¡Ni hablar! No pensaba quedarme allí quieta, viendo cómo seguían lastimándose. No era propio de mí. Reece echó el brazo hacia atrás al tiempo que curvaba los labios, mostrando sus dientes manchados de sangre.

—¡Reece, no! —grité, y entonces no pensé en nada más. Me limité a salir disparada, poniéndome en ridículo al empeñarme en defender a mi novio.

Mal se dio la vuelta.

—Anne...

Corrí hacia él, pero el puño de Reece fue más rápido y me impactó en el ojo, cayendo desplomada al suelo. Mi mundo se llenó de dolor, dejándome la mente en blanco. ¡Mierda, cómo me dolía!

—Anne... ¿Estás bien? —me preguntó Mal.

—Mmm... —Al parecer era todo lo que podía decir.

—¡Anne, joder! Lo siento mucho —balbuceó Reece.

—Tranquila, cariño —intervino Mal. Me levantó la cabeza con cuidado y la apoyó sobre un muslo firme embutido en unos *jeans*.

—¿Mal...? Yo... hola... —dije con cierto aturdimiento y confusión. Me cubrí el ojo dañado con ambas manos, y respiré hondo para soportar el intenso dolor.

—Bomboncito, ¿cómo cojones se te ocurre meterte así, en medio?

—Yo... quería salvarte. O algo así. ¿Sabes que...?

Habían dejado de pelear, lo cual en cierto modo suponía un éxito para mí.

Oí unos entusiastas gemidos que procedían de una caja de cartón que había junto a mí. Asomó una cabeza peluda por el borde, pero luego desapareció. ¿Qué era eso? En realidad era una pregunta retórica, ya que no podía dirigirla solo a una de las cosas que estaban ocurriendo. Notaba la hierba fría y húmeda bajo mi espalda. Estaba bocarriba, mirando el cielo nocturno. Me palpitaba la cabeza. Y Mal me miraba desde lo alto, con los ojos entornados por la preocupación. Tenía la cara ensangrentada.

—¿Qué tal estás? —preguntó.

—Au....

—Anne, lo siento mucho —intervino Reece, que parecía realmente arrepentido y devastado—. ¿Te encuentras mejor?

—Sobreviviré. —Eso era todo—. Seguramente me vendría bien un poco de hielo y un ibuprofeno.

—Sí, te ayudaremos a levantarte. —Mal me apartó con cuidado el pelo de la cara.

En esta ocasión, los jadeos que salían de la caja llegaron acompañados de un sonido agudo.

—Tranquilo, *Killer*. Mamá está bien. —Mal metió la mano en la caja y sacó un pequeño animalito cubierto de pelo negro y blanco. Tenía un collar que lucía un bonito lazo rojo. El lazo era más grande que el perro—. Mamá estaba intentando salvar a papá del malvado tío Reece. Sí, cierto, es una buena acción. Pero aun así, papá va a castigar a mamá por haber sido tan tonta como para meterse en medio de una pelea. Y lo va a hacer porque papá es el mejor.

—¡Oh, por Dios! —murmuró Reece, y se dio media vuelta.

—¡Feliz cumpleaños! Te he traído una sorpresa. —Mal sostuvo al cachorro ante mi cara, y al instante el animal me lamió la barbilla con su húmeda lengua rosada. Tenía unos ojos oscuros y tiernos—. Le he puesto de nombre *Killer*.

¿Asesino? Vaya, muy oportuno.

—¡Guau! —¡Dios mío! Eran preciosos, el hombre y el perrito—. Mal, no puedes llamar *Killer* a una cosita tan pequeña y tan adorable.

—Se lo ha ganado a pulso. Asesinó a una de mis Chucks justo después de que lo recogiera esta tarde. Le hizo un agujero enorme.

El cachorro me volvió a lamer la cara, llegando esta vez a mis labios.

—Qué asco, no hagas eso —dije sonriendo—. Sé perfectamente dónde metes esa lengua.

Mal esbozó una sonrisa y luego le entregó el perrito a Reece.

—Toma, sujétalo un momento. Pero no lo dejes caer, ¿entendido?

—Claro —dijo Reece con un gesto de resignación.

—Como se te caiga al suelo... —bromeó Mal.

Hubo más quejas de Reece y algunos ladridos de *Killer*. Sin duda la situación comenzaba a parecer surrealista.

—Un momento, Mal, ¿qué tal está tu madre? —pregunté—. ¿Cómo se encuentra?

Apretó los labios y frunció el ceño.

—No demasiado bien. No le queda mucho tiempo.

—Entonces, ¿qué estás haciendo aquí? ¿Por qué no estás con ella?

Hizo una mueca al tiempo que me miraba con tristeza.

—Es una larga historia que prefiero contarte en casa. Aquí no.

Justo en ese momento aparcó un vehículo frente a la casa con un chirrido de frenos, y Nate y Lauren se bajaron apresuradamente. Los saludé con un ademán todavía aturdido.

—Estoy bien, chicos. Ya han dejado de pegarse.

—¡Oh, mira qué perrito más mono! —gritó Lauren.

—Vaya dos idiotas. ¿Qué le habéis hecho? —Nate se agachó a mi lado y me examinó el ojo, que se hinchaba con muchísima rapidez. Por ese lado de la cara, solo veía manchas difuminadas—. ¿Te duele la cabeza, Anne? ¿Ves

bien?

Nate se volvió hacia Lauren, que seguía canturreando y jugando con el perrito.

—Lauren, deja al perro y llama a esa enfermera que conoces. Si llevamos a Anne al hospital en este estado, allí le harán muchas preguntas que no va a querer responder.

—Lo siento. Sí. Buena idea. —Lauren sacó el teléfono del bolso.

—No, por favor no —intervine—. Estoy bien. De verdad.

Lauren dudó y nos miró a los tres.

—De verdad —insistí, intentando parecer más animada—. Se me va a poner el ojo morado, pero estoy bien.

—Yo la llevaré en brazos —gruñó Mal cuando Nate intentó cargar conmigo.

—Puedo andar. Solo ayúdame a levantarme. —Le tendí las manos y Nate tiró de mí con suavidad. A mi espalda, Mal también se puso en pie y me sujetó por las caderas, sosteniéndome con firmeza mientras el mundo giraba a mi alrededor.

—Dios... —Mi cabeza daba vueltas sin parar.

—Tranquila. —Mal se mantuvo a mi espalda, dejando que me apoyara en él hasta que recuperé el equilibrio—. ¡Joder, Anne! Lo siento mucho.

—Vaya, jamás había tenido un ojo morado. —Intenté quitar hierro a la situación.

—Podrías haber seguido sin tenerlo. Todo ha sido por mi culpa. —Me rozó la oreja con los labios—. Deja que te lleve en brazos, por favor.

—De acuerdo. —Luchar contra él era una tontería. La pelea entre él y Reece había cubierto el cupo por una buena temporada.

Me alzó entre sus fuertes brazos como si me hubiera desvanecido, cual protagonista de una novela romántica.

—Estaba pensando que mi carrera como boxeadora ha sido un visto y no visto. —Reposé la cabeza en su hombro, inhalando su aroma familiar. ¡Dios, cómo lo había echado de menos! Mal se limitó a mover la cabeza. No creo que estuviera preparado para encontrar gracioso que me hubieran golpeado.

Nate abrió la puerta del edificio, y el resto le seguimos; Reece con el

perrito, y Lauren a su lado, tratando de acariciarlo.

—¿Has vuelto para regalarme un cachorro? —pregunté a Mal. La idea me resultaba muy extraña. Podría ser debido a mi reciente herida en la cabeza. Le rodeé el cuello con un brazo, tomándome todas las libertades que podía. ¿Quién sabía cuánto tiempo se quedaría esta vez? Y tampoco era capaz de adivinar por qué había regresado.

—Lo traje porque no tuviste uno cuando eras pequeña.

—Mal, no me dejen tener mascotas en el apartamento.

—Ya lo sé. Por eso también he comprado otro apartamento —dijo, como si nada, con una gran sonrisa de oreja a oreja—. Es que no tiene sentido hacer las cosas a medias, ¿no crees?

—Cierto... —Tuve la sensación de que no estaba bromeando, y también de que estaba en una nube, ¿seguramente a causa del golpe?

Subimos las escaleras. Nate metió la mano en mi bolso y sacó las llaves para abrir la puerta.

—Déjame en el sofá, por favor —pedí—. Hay hielos en el congelador.

Sin decir una palabra, Mal me dejó en el asiento y fue en busca del hielo. No me dolió demasiado que se alejara. Al menos me dolió menos que el ojo. Mantuve una mano sobre él, protegiéndolo de la luz brillante.

—Gracias por venir al rescate —les dije a Lauren y a Nate—. Lamento haberos arruinado la velada.

Se limitaron a mirarme; parecían algo sorprendidos. Lauren llevaba unos zapatos de tacón y unos *jeans*, iba arreglada para salir por la noche.

—Siento haber interrumpido vuestra cita romántica. Y tú, Reece..., tranquilo, no te preocupes —me dirigí a él moviendo la cabeza—. Ha sido un accidente.

Me miró con expresión culpable.

Mal regresó con un montón de hielos envueltos en una toalla, una botella de agua y un bote de ibuprofeno.

—Gracias. —Tomé un par de pastillas y me sujeté la toalla haciendo presión en el ojo—. Reece, Mal, no quiero que os peleéis. ¿Podéis hacerme ese regalo por mi cumpleaños, por favor?

Mal le tendió a mano a Reece con rapidez, dispuesto a estrechársela.

—Claro, Anne. —Reece movió al perro al otro brazo, y apretó sus dedos con los de Mal.

—Gracias.

—Toma —me dijo Reece, entregándome el cachorro. El enorme lazo rojo se le había caído sobre la cara y lo mordisqueaba entre gruñidos. Era una cosita muy tierna. Ni siquiera estaba segura de si quería un perro, pero a pesar de que eso hacía que me palpitara el ojo, no podía dejar de sonreír. Reece lo depositó en mi regazo. Al instante, se puso de pie y trató de lamerme la barbilla. Entre todos los presentes, era mi macho en esos momentos, a pesar de que era el más asustadizo.

—Tranquilo, pequeñín. —Mal se sentó a mi lado en el sofá y movió la mano para bajar a *Killer*.

—¿Seguro que estás bien? —preguntó Lauren, acercándose para rascar al animal una última vez entre las orejas.

—Sí, me encuentro bien. Gracias.

—¿Quieres que desaparezcamos para poder echarle la bronca a Mal? —me dijo susurrándome al oído.

—Por favor...

Ella asintió, apretó la mano de Nate, que tenía el ceño fruncido, y lo arrastró hasta la puerta. Las mujeres nos entendemos perfectamente entre nosotras, aunque a los hombres no tanto.

—Escucha, Anne —intervino Reece—. Lamento la escenita de ahí fuera, en el jardín... Y todavía siento más haberte golpeado y todo eso.

—Sé que lo lamentas, Reece, pero ahora mismo necesito soltarle un par de gritos a Mal. ¿Podemos hablar otro día?

—¿No vas a gritarme a mí también? —preguntó abriendo mucho los ojos.

—No. Prefiero gritarle a Mal porque estoy enamorada de él. ¿Te importaría dejar nuestra cena para otro momento mejor?

Mal se puso tenso a mi lado, y la mano con la que acariciaba a *Killer* perdió el ritmo.

—Cierto —convino Reece, como si Mal no estuviera escuchándolo todo a su lado—. Eso significa que no estás enamorada de mí, ¿verdad?, y que debería rendirme y retirarme.

—Lo lamento, Reece.

—No pasa nada. —Me brindó una sonrisa triste antes de inclinarse y besarme en la mejilla—. Lo recordaré la próxima vez. ¿Puedes hacerme un favor? No vengas a trabajar durante unos días. Descansa. Quédate en casa y dale tiempo a tu ojo para que se cure, y así también me curaré yo.

—De acuerdo.

—De verdad, Anne, perdóname por lo sucedido esta noche. Yo solo...

—Lo sé —le interrumpí—. Fue un accidente, Reece. No te guardo ningún resentimiento.

—Sí, sin resentimientos —repitió con suavidad. Luego se despidió con la mano de forma desganada y se largó, cerrando la puerta tras él.

Y allí nos quedamos Mal, *Killer* y yo.

En el apartamento reinaba un gran silencio que solo se veía roto por los jadeos y ladridos del perro. Mal lo apartó de mi regazo y lo dejó con mucho cuidado en el suelo.

—Me gustaría gritarte por abandonarme de la forma en que lo hiciste, por desaparecer sin más —dije, separando el hielo de mi ojo—. Pero no puedo, porque la situación de tu madre es horrible y sé que estás pasándolo mal. Y, por alguna estúpida razón, me siento culpable por no haber aceptado casarme contigo, a pesar de que pedírmelo fue una argucia descarada y ridícula que no tenía nada que ver conmigo. Lo sabes, ¿verdad?

—No es cierto. Y no te quites el hielo.

Me cubrí enseguida mi herida de guerra.

—Es que no puedo verte si sigues sentado de ese lado. Ponte ahí.

Suspiró y se sentó delante de mí, con las manos en las rodillas.

—¿Ahora me ves?

—Sí. Dime, Mal, ¿por qué has venido? ¿Por qué no estás con tu madre? Es allí donde deberías estar.

—Ella quería que estuviera contigo el día de tu cumpleaños. Y yo también quería. Ninguno de los dos deseaba que salieras a cenar con otro hombre. Solo de pensarlo me volvía loco. —Bromeó, pero realmente se tensó, aunque sus manos eran suaves cuando las deslizó por mis muslos—. Mi madre y yo hemos hablado de ti... y sobre muchos otros asuntos. Me ayudó a darme

cuenta de algunas cosas.

—¿Como cuáles?

—Le acabas de decir a Reece que estás enamorada de mí —dijo tímidamente.

—Sí. Pero ¿qué te ayudó a entender tu madre?

Llegaban algunos gruñidos desde el zapato de Mal, pero ninguno de los dos prestó atención al travieso cachorro.

—No sé... Lo que implica una relación de pareja, lo que es el amor. Muchas cosas. Verla con mi padre estos últimos días ha sido... —Me separó las piernas y se acomodó entre ellas, acurrucándose en mi regazo—. ¿Sabes? Yo también estoy enamorado de ti, pero te presioné de manera equivocada, en el momento equivocado y por la razón equivocada. He cometido un montón de errores, bomboncito.

—Bueno...

Movió la cabeza, asintiendo.

—Eres la mujer perfecta, pero todo lo demás estaba equivocado.

Me cayó una lágrima del ojo sano; el otro ya llevaba un tiempo llorando, pero había una buena razón para ello.

—Gracias. Pero las cosas se complicaron y tú desapareciste una vez más. Tienes que dejar de hacer eso, Mal. Ese es uno de mis límites. No puedo seguir soportando que lo hagas.

—No volveré a desaparecer. Te lo prometo. Resolveremos todo juntos.

—Está bien. —Sorbí por la nariz mientras sonreía—. Y ahora es mejor que regreses con tu madre.

—Mañana por la mañana. Tengo contratado un *jet* privado para que nos lleve a los dos. A ella... Bueno... Creen que le quedan un par de días. —Cerró los ojos con fuerza y apretó la frente contra mi regazo—. Está siendo la semana más dura de toda mi puta vida. Apenas he podido pegar ojo. ¿Quieres dormir conmigo, Anne? Lo necesito, por favor...

Le puse la mano en la cabeza y acaricié con suavidad varios mechones de su pelo.

—Tus deseos son órdenes.

Apagamos las luces y nos metimos en la cama (todavía tenía el colchón en el suelo). Cuando abrí los ojos, el despertador marcaba las once y cuarenta. El ibuprofeno me había dejado noqueada, como siempre. Estaba sola y no sabía a dónde había ido Mal. Oí pasos en las escaleras y, cuando se abrió la puerta, unas pequeñas pezuñas repicaron en el suelo. Lo siguiente fue que *Killer* saltó sobre mí, pletórico de energía. Tras haberme saludado de forma apropiada, saltó sobre mi vestido de rayas. La noche anterior lo había lanzado a la cómoda, pero al final había caído al suelo, donde formaba, por lo que pude comprobar, una cama perfecta para un cachorrito.

—Nuestro hijo necesitaba salir a hacer pis —dijo Mal mientras se quitaba la cazadora y las botas.

—Eres un padre magnífico.

—Lo sé. Soy el mejor, ¿verdad? —Después se deshizo de los pantalones y vi que no llevaba nada debajo, solo la piel. Mmm. Ojalá hubiera más luz para poder verlo bien. Se subió al colchón y se arrastró por debajo de las sábanas hacia mí—. ¿Qué tal te encuentras, bomboncito? Tu ojo sigue un poco hinchado.

—Lo sé. Con ese ojo no veo nada. Pero se supone que tienes que decirme lo guapa que estoy, aunque no sea cierto.

—Eres y estás guapa, da igual qué aspecto tengas. Y también tienes un ojo a la funerala. Así que, en el futuro, intenta no meterte en más peleas. —Me besó con ternura, primero, y luego hundió en mi boca su húmeda lengua. Era como volver a casa, y sentir sus manos ahuecándome la cabeza suponía la perfección absoluta. Le pasé los dedos por las costillas y por los hombros, familiarizándome de nuevo con su cuerpo. Tensé los muslos al notar que mi sexo se excitaba y se humedecía. Sentí su gruesa erección contra la cadera. Era condenadamente bueno no estar sola.

—Feliz cumpleaños —susurró.

—Lo es ahora que estás aquí.

—¡Joder, cuánto te he echado de menos!

—Yo también te he echado de menos.

—Anoche te quedaste dormida muy rápido. Por cierto, ¿qué llevas debajo de esto? —Jugó con el borde de la camiseta que usaba para dormir.

—¿Ya lo has olvidado?

Me quitó la camiseta por la cabeza y la lanzó a un lado.

—Oh, tetas... El mejor regalo de todos. Gracias, bomboncito.

—De nada. Ya sabes, soy de las que hace regalos en su propio cumpleaños. —Contuve el aire cuando se puso a lamerme un pezón, y luego continuó con el otro. Se pusieron duros de deseo—. Pues espera a ver qué más tengo para ti.

—¿Ah, sí? Enséñamelo. —Buscó el elástico de mis bragas para bajármelas—. Muy bonitas, pero lo siento... Necesito echar un vistazo más de cerca.

Se colocó entre mis piernas y deslizó los dedos con suavidad por el interior de mis muslos. Muy lentamente, trazó un camino lamiendo desde mi sexo al esternón. Sentía hormigueos en todo el cuerpo. Entonces me cubrió la boca con la suya mientras me estimulaba el clítoris con el pulgar y deslizaba un dedo profundamente en mi interior

—Creo que te gusta, ¿verdad? —me susurró al oído.

—Cállate y bésame.

Se rio y movió el dedo que tenía dentro de mí, frotando un punto sensible hasta volverme loca. Jadeé. Arquee el cuello y abrí mucho los ojos, clavándolos en el techo.

—Dios, Mal...

—Así, muy bien... —Trazó círculos sobre mi clítoris hasta que me temblaron las piernas. Esto iba a ser muy rápido e intenso, no cabía duda. Es posible que tuviera algo que ver con la falta de orgasmos que había sufrido durante su ausencia. Mi libido se había largado de vacaciones durante unos días, pero nuevamente estaba de vuelta, y más fuerte que nunca. Cerró los labios sobre un pezón y succionó con fuerza mientras lo estimulaba con la lengua.

Jadeé y lo apreté contra mí.

—Más, dame más...

Otro dedo se unió al primero, dilatándome con suavidad y consiguiendo que el placer fuera todavía más grande. Hundí los talones en el colchón. Estaba segura de que iba a matarme, pero valdría la pena morir así.

—Dime que me quieres —me pidió sin dejar de jugar con mi pezón.

—Te quiero.

—No, no es cierto. Lo dices solo porque quieres correrte. —Se levantó para mirarme al ojo sano con una sonrisa diabólica. Oh, no. Estaba acabada —. No me creo nada, bomboncito.

Le apreté el rostro y busqué sus labios, aplastándolos con los míos en un beso salvaje. Le demostré cómo me sentía. La mano que tenía entre mis piernas no dejó de moverse ni un segundo, volviéndome loca. Siguió hundiendo los dedos en mi interior una y otra vez. Estaba al borde del abismo, pero no era suficiente. ¡Dios! Estaba formándose un nudo en mi interior... Estaba tan cerca...

—¿Me quieres, Anne? —Se sentó sobre los talones y comenzó a deslizar los dedos dentro y fuera, incrementando la presión.

—Sí.

Cogió un condón que había dejado en el borde de la cama y abrió la envoltura con los dientes.

—¿Mucho? —insistió.

Asentí, intentando respirar.

—¿Cuánto: mucho mucho, o poco mucho?

—¿Qué?

Se puso el preservativo rápidamente con una sonrisa.

—¿Cuánto me quieres? ¿Cuánto es «mucho» para ti?

—Mal... —No le encontraba ningún sentido a la pregunta. Llevé las manos detrás de la cabeza y apreté la almohada con los puños.

—¿Ves? A eso me refiero.

Apoyó un brazo junto a mi cabeza y se colocó encima de mí. Retiró lentamente los dedos de mi sexo y situó su erección. Intenté mantener los ojos abiertos, pero fue una batalla perdida. Me pesaban los párpados. Me perdí en la sensación que provocaba su sexo al penetrarme, dilatándome sin remisión. Era su sitio; sencillamente encajábamos.

—Pues yo te quiero más —añadió antes de deslizar los dedos sobre mi clítoris para darme lo que necesitaba, aplicando la presión perfecta para hacerme arder. Y exploté. El fuego de mi interior se extendió sin control. Me aferré a él todo el tiempo, lo sostuve con las piernas y lo anclé a mí con las

manos, rodeándole el cuello. Los músculos de mi sexo ciñeron su polla, con codicia y necesidad.

Gruñó, apretando la mejilla contra la mía.

Regresé a la realidad muy lentamente, recuperando la conciencia de forma gradual. Mal empezó a moverse; despacio al principio, entrando y saliendo de mí. Cada embestida hacía que me viera atravesada por pequeños escalofríos.

—Eres un mentiroso —susurré, recordando lo que acababa de decir—. Yo te quiero más, mucho más.

Sonrió al tiempo que empujaba en mi interior.

—¿Ah, sí? Demuéstramelo.

Le rodeé con los brazos y las piernas, buscando su boca para dárselo todo. Para confiárselo todo. Porque por fin había encontrado a alguien que me aceptaba en lo bueno y en lo malo, en la tristeza y en la alegría. Y deseaba hacer lo mismo por él.

Estaba siendo muy tierno, pero aún se guardaba mucha emoción en su interior. La sentía, circulaba por debajo de su piel, ardía en sus ojos, pero no la dejaba salir.

—Más fuerte —lo animé.

Aceleró el ritmo.

—Deja de contenerte.

—Anne... —Tensó la mandíbula. Sus ojos despedían llamas verdes.

—Venga, entrégate. Podré resistirlo.

No necesitó que lo animara más.

Me apretó contra él, friccionando la piel contra la mía mientras se movía dentro de mí a un ritmo frenético. Nuestras caderas chocaban cada vez que su polla se hundía en lo más profundo de mi cuerpo. Era como estar de pie en mitad de una tormenta, muerta de terror pero fascinada por la belleza. Jamás había confiado en nadie así, para que fuera salvaje, para que me llevara al límite. Se clavó en mí una y otra vez. Hundió los dientes en mi cuello, marcándome con ellos, y al mismo tiempo me apretaba las nalgas, sujetándome contra él. Cuando por fin se corrió, se estremeció de pies a cabeza y se entregó profundamente una última vez. Gritó mi nombre con la boca apretada contra mi piel.

Seguí rodeándolo con los brazos y las piernas, dejando que colapsara sobre mí. Su peso me anclaba a la cama. Podría haberme quedado así por siempre jamás.

Permanecimos en silencio. Notaba la cara mojada donde él apoyaba la mejilla. No sabía si era sudor o lágrimas, pero se estremeció durante un buen rato. Le acaricié el pelo y la espalda, deslizando lentamente los dedos de arriba abajo por su columna.

—Te quiero, Mal —dije—. Te quiero tanto que no puedo describirlo con palabras.

Dibujó mi barbilla con los labios.

—Te creo. Yo también.

EPÍLOGO

UN MES DESPUÉS...

—**N**o estoy segura. —Me senté en el borde de la cama, acunando a *Killer* entre mis brazos. El animalito me lo permitía solo períodos de tiempo muy cortos y, por cómo se retorció, ese estaba llegando a su fin. Dada mi limitada experiencia, percibí que los cachorros tienen dos estados: movimiento o pausa, por lo que no era raro encontrarlo profundamente dormido encima de su plato después de haberse pasado el día jugando.

—¿Qué te apetece hacer? —preguntó Mal.

—No lo sé.

Miró a nuestro alrededor, y finalmente apoyó la cadera en una de las columnas del dosel de la gigantesca cama que acabábamos de adquirir. Había insistido en que la necesitábamos y detalló de forma concienzuda los planes que tenía para su uso. Al parecer, yo iba a interpretar el papel de virgen sacrificada, por lo que me iba a atar con regularidad para ofrecerme a los dioses del sexo oral. No me pareció un destino demasiado terrible, la verdad. Además, la estructura era mucho más resistente que la de mi apartamento. Si nos pusiéramos a saltar sobre esta, no se rompería... o eso me aseguraba él.

Mal conseguía que la vida fuera más divertida. Pero el asunto de aquel día era completamente diferente.

—Llegarán enseguida —dijo—. Has estado trabajando muchísimo. La

comida ya está preparada. Lo tienes todo organizado y has sido tú la que querías hacerlo. Es idea tuya. Pero si piensas que es mejor retroceder y salir corriendo como una gallina, me parece bien. Incluso te ayudaré a sobrellevar la vergüenza y el arrepentimiento durante el resto de tu vida.

Me desplomé encima de la cama.

—¡Oh, Dios! Eres un capullo.

—Te quiero, bomboncito.

—Yo también te quiero. Es que no se me dan bien estas cosas... —Dejé a *Killer* en el suelo y de inmediato el cachorrito se puso a perseguir una botella de Coca-Cola vacía. Era su juguete favorito desde que le obligamos a renunciar a comerse las Chucks de Mal. Sus tías (Lizzy, Ev y Lauren) le habían comprado, cada una, un juguete para mascotas, pero ni así lo pudieron conquistar. Era el mejor perro del mundo.

Alguien llamó a la puerta en el salón.

Killer era mi primer regalo de cumpleaños, pero el regalo de verdad, el gran regalo, era el apartamento donde vivía con Mal, que por cierto estaba justo al lado del de David y Ev. En ese edificio sí dejaban tener mascotas. Además, ¿qué se le puede decir a un hombre que te compra un apartamento para que puedas tener el perro que no tuviste cuando eras niña? En realidad no le dije nada, pero le hice una buena mamada cuando dejé de llorar por la emoción. Creo que le gustó. Además, ya le había dicho que lo amaba. De hecho, se lo decía a todas horas.

Llamaron a la puerta otra vez. Parecían insistir.

Enderecé los hombros.

—¿Preparada? —preguntó.

Asentí. Me tendió la mano y se la agarré con fuerza, dejando que me guiara por el pasillo hasta el salón.

—No me dejes sola, ¿de acuerdo? —le pedí al notar que me temblaban las rodillas.

—No, no te dejaré sola. Estaré a tu lado todo el rato.

—Muy bien. —Sonreí—. Odio sentirme así, no quiero parecer una patética cobarde que te usa de muleta o de guardaespaldas.

—Oye... —me llamó mientras me sujetaba la barbilla con ternura—.

Durante el último mes y medio tú has sido mi única muleta, ¿de acuerdo? Me has apoyado cada vez que lo necesitaba. Esto es algo recíproco, bomboncito. Es una relación de verdad. Nos apoyamos el uno al otro. Así de sencillo.

—Gracias.

Hizo una reverencia.

—Gracias a ti.

Esto era realmente ridículo. Era mi mente la que me jugaba malas pasadas, porque con él a mi lado podría matar dragones, si fuera necesario. Me enderecé con la espalda recta y respiré hondo.

—Vamos allá. Todo va bien. Estoy bien.

—Sí, claro que lo estás. Van a venir todos nuestros amigos; todo el mundo te apoya, Anne —me recordó—. Será el mejor día antes de la cena de Acción de Gracias.

Pasaríamos ese día en casa de su hermana mayor, en Idaho. Lori falleció poco después de que regresara con él a Coeur D'Alene, justo el día después de nuestra reconciliación. Aquello le afectó mucho, de hecho, todavía estaba mal, pero por lo menos no había vuelto a pegar puñetazos a las paredes ni a beberse botellas enteras de Jack Daniel's por las noches. En ocasiones se quedaba en silencio y se mostraba retraído, pero al final siempre regresaba a mí.

—Vamos, Anne. Lo vas a hacer muy bien —me repitió. Y le creí.

Cuando abrió la puerta, vi a Lizzy con mi madre, que me dirigió una sonrisa tímida. Su pelo color calabaza, como el mío, tenía más canas de las que recordaba, y las arrugas suavizaban su expresión, haciéndola más tierna. En cualquier caso, estaba más nerviosa todavía que yo. Eso pensé viendo cómo se retorció los dedos.

—Hola, mamá. —Me adelanté un paso para casi besarla en la mejilla, aunque me limité a inclinarme hacia ella. Quizá la próxima vez...—. Mamá, te presento a Mal. Mal, ella es mi madre, Jan.

—Hola, Jan. Es un placer conocerte. —Se acercó para saludarla con una sonrisa, sin soltar mi mano ni un instante.

Al ver a mi novio, la expresión de mi madre se volvió todavía más precavida, aunque sus palabras fueron bastante agradables y corteses. Todo

iba a salir bien. Superaríamos esto porque el hecho era que ahora mi vida era buena, muy buena. Ya lo era antes de conocer a Mal, pero desde entonces había mejorado más. Increíblemente más. Si mi madre y yo podíamos seguir adelante y conseguir que funcionara algún tipo de relación entre nosotras, sería fantástico. Pero si no era así, sobreviviría.

—Mamá, vamos a ver el apartamento de Anne. Es precioso. ¿Sabes? Mal se lo regaló por su cumpleaños. —Lizzy me guiñó un ojo mientras se llevaba a nuestra madre por el pasillo para mostrarle la casa.

Estaba dándome un momento para recuperar el aliento. Sin duda, era afortunada de contar con mi hermana. Y también porque nuestro piso era, como bien había dicho Lizzy, precioso. El suelo era de baldosas italianas negras no demasiado brillantes. Las paredes lucían un blanco immaculado, que quedaba muy bien con los muebles grises con algunos toques turquesa. A pesar de que la distribución era la misma, el ambiente era diferente al de Ev y David, que, por cierto, eran unos excelentes vecinos. Adoraban cuidar de *Killer*, o al menos lo adoraba Ev. David le guardaba cierto resentimiento porque el perrito le había mordisqueado algunas correas de cuero de las guitarras y se había hecho pis en la alfombra. Algunas personas eran demasiado rencorosas.

Mal pasaba mucho tiempo con David, y Jimmy y Ben solían acompañarlos en ocasiones. Los miembros de Stage Dive me habían aceptado con los brazos abiertos, algo que les agradecía muchísimo. Incluso habían recibido bien a Lizzy, a pesar de que su encandilamiento por Ben me daba mucho que pensar.

—¡Mira, mamá! Menuda bañera, ¿no crees? —La voz de Lizzy flotó en el pasillo, seguida de frases de admiración de mi madre. Era una bañera estupenda, y Mal y yo la aprovechábamos a fondo. Apenas echaba de menos la de patas que dejé en el otro apartamento.

—¿Va todo bien? —me preguntó Mal, ignorando los arañazos de *Killer* en sus piernas embutidas en unos *jeans*.

—Sí. —Me volví hacia él y le deslicé la mano por el cuello. Sin decir una palabra, se inclinó y capturó mi boca, dándomelo todo y un poco más. Cuando terminó, yo jadeaba y noté que me había sonrojado.

—Estaos quietos de una vez —gimió Ben, que sostenía un ramo de flores en la mano—. Tenéis invitados, ¡joder!

—¿Me traes flores, Benny? ¡Oh, qué bonitas! —se burló Mal, mientras me acariciaba la espalda de arriba abajo.

—Claro que no. Las he traído para tu novia, que está muy buena —replicó, poniéndome el ramo en los brazos.

—Gracias, Ben. —Sonreí, encantada.

—Bueno, ella está muy buena, y su hermanita también.

Lo miré con los ojos curiosos y él sonrió. ¡Capullo provocador!

—¿Dónde está el resto? —preguntó a continuación. Se agachó para recoger a *Killer* y luego se sentó en una esquina del sofá, desde donde encendió el televisor. Con una mano en el mando a distancia fue pasando canales mientras con la otra jugaba sin parar con el cachorro. Al poco rato unos ladridos agudos y frenéticos inundaban el aire. *Killer* adoraba a Mal, pero Ben no se quedaba muy atrás en sus afectos perrunos.

—Deben de estar a punto de llegar —respondió Mal.

—¿Te has enterado? —dijo Ben sin apartar los ojos del televisor—. Lena ha presentado su renuncia. Quiere dejar de trabajar para Jimmy.

Lo miré estupefacta.

—¿Cómo? No es posible. ¿Cuándo? —pregunté, acercándome a él.

—Hace un par de días. —dijo Ben y me miró—. Jimmy está que se sube por las paredes.

Mal soltó un silbido por lo bajo, pero no añadió ningún comentario. Miró al pasillo, donde Lizzy y mi madre terminaban el recorrido, lentamente, tras haber examinado toda la casa.

—Ven, rápido... —me instó Mal, acercando su cara a la mía.

—¿Qué?

—Esto. —Me cubrió la boca con la suya y deslizó la lengua dentro, besándome hasta volverme loca. Me olvidé de cualquier burla que seguramente pronunciaría Ben; solo me importaba besar a Mal. Ahuecó las manos sobre mi trasero y procedió a masajearme las nalgas. Me puse de puntillas, loca de deseo. Cuando se retiró, tenía los labios tan húmedos como otra parte de mi cuerpo. Me llevó un buen rato recuperarme.

—No podemos hacerlo delante de tu madre —me explicó—. ¡Uy... ! Te he quitado el pintalabios. Se te ha corrido más que la última vez. Lo siento.

—Da igual. Ha valido la pena.

—¿En serio? —preguntó. Sus ojos verdes brillaban con ardiente afecto y otras cosas más.

—¡Oh, sí! Eres el mejor —aseguré con una sonrisa.

—Nunca lo dudes, bomboncito. ¡Por supuesto que soy el mejor!

Agradecimientos

Las letras de las canciones son cortesía de Sovietic X-Ray Record Club. Si estáis interesados en este grupo, su página web es esta: <https://sovietxrayrecordclub.bandcamp.com>

Muchas gracias a mi agente, la increíble Amy Tannenbaum; a mi editora, la maravillosa Rose Hilliard, de St Martin's Press; a todo el equipo de Macmillan UK: Cate, Haylee, Danielle y de Macmillan Australia (sois geniales); a Joel, Mark y Tara de Momentum. Además, gracias también a Chas y a todos los de Rockstar PR y a los de Literary Services, por su duro trabajo.

Gracias también a mis lectoras cero, mis reinas de las críticas: Jo (no eres tan mala como finjo casi siempre), Sali Benbow-Powers, Kendall Ryan y Hang Le. Agradezco mucho el tiempo que me dedican y las ganas que ponen al darme su opinión tan sincera.

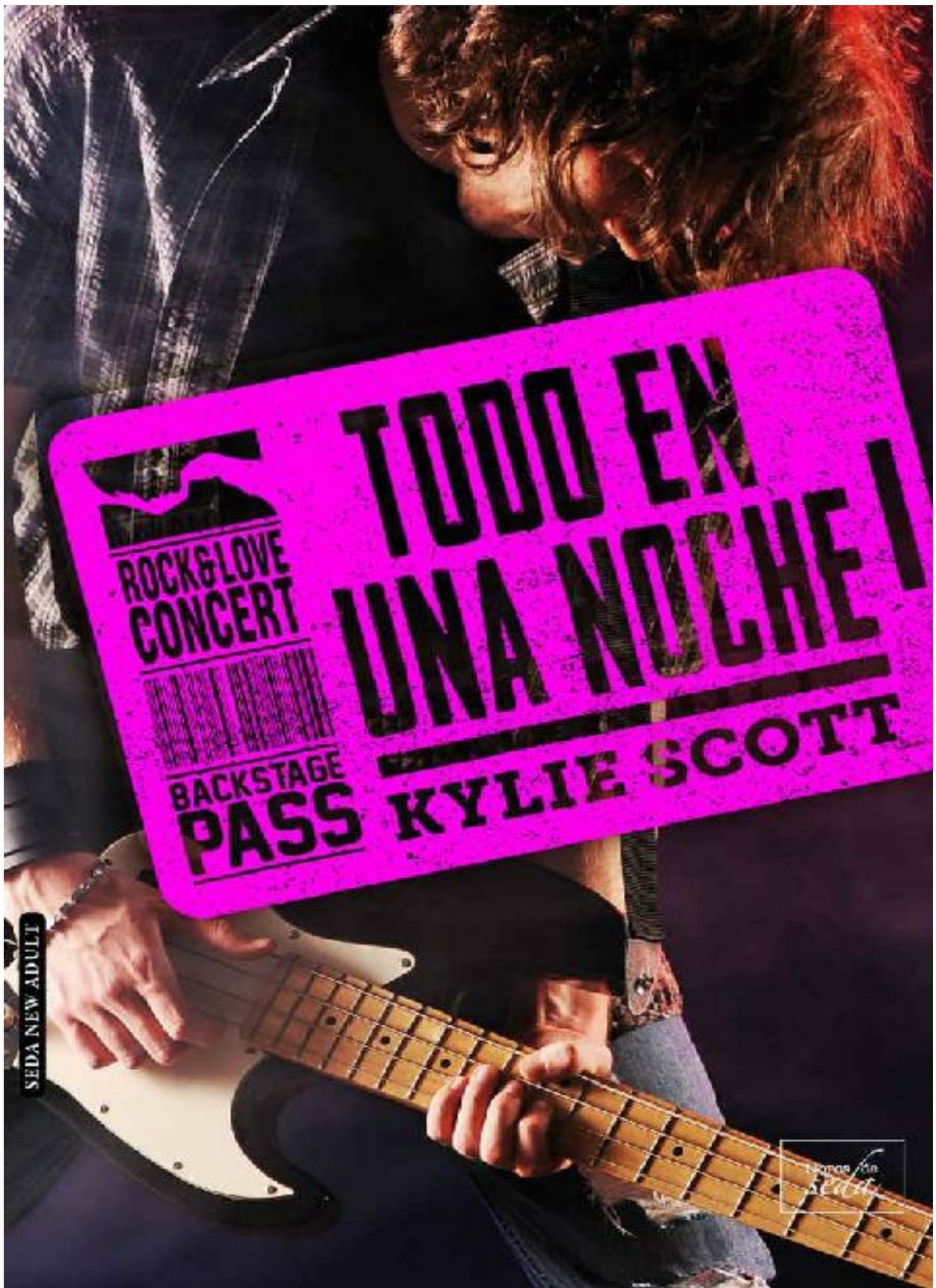
Gracias a mis amigas: Joanna Wylde, Kim Karr, Katy Evans, Kim Jones y Renee Carlino, por la cordura y el apoyo que me proporcionan.

Gracias a todos los bloggers y lectores. En especial, a *Dear Author*, Jen y Gitte de *Totally Booked*, *Aestas*, *Natasha is a Book Junkie*, *Maryse*, *The Rock Stars of Romance*, *Smut Book Club*, *Shhh Mom's Reading*, *Up All Night Book Blog*, *Smexy Books*, *The Book Pushers*, *Twinsie Talk*, *Book Chatter Cath*, Katrina, Dawn, *Under The Covers*, Kaetrin, Amber, Angie, Lori y todas las de mi grupo de *fans*. Sin duda me olvido de muchas personas importantes que me han prestado su apoyo y amabilidad. Mis disculpas a ellas y muchas

gracias. Desearía poder regalarles su propia estrella de *rock* por Navidad.

NOTAS

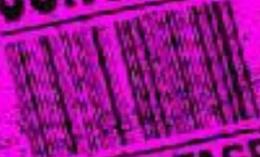
- * N. del T.: En castellano en el original.



SEDA NEW ADULT



**ROCK & LOVE
CONCERT**



**BACKSTAGE
PASS**

**TODO EN
UNA NOCHE!**

KYLIE SCOTT

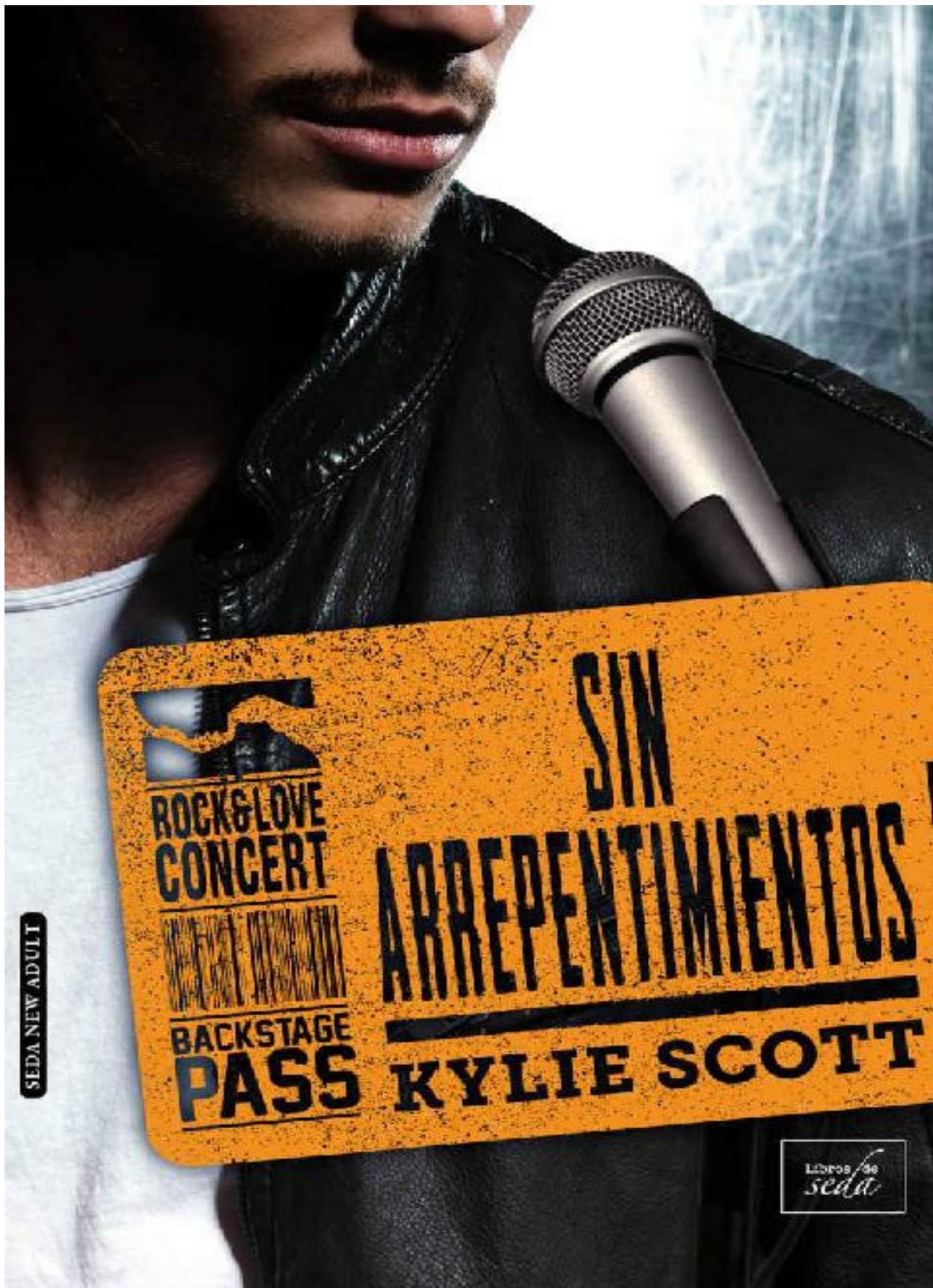


TODO EN UNA NOCHE

Casada sin preaviso: ¿y él es una estrella de la música?

Los planes de Evelyn Thomas para celebrar su veintiún cumpleaños en Las Vegas eran increíbles. Lo más. Pero en ellos no estaba despertar en el suelo de un cuarto de baño con una resaca peor que la peste negra y junto a un atractivo desconocido tatuado, además de con un diamante en el dedo anular que hubiera asustado al mismísimo King Kong. Si al menos pudiera recordar cómo sucedió todo...

Una cosa está clara: amanecer casada con una estrella del rock promete ser duro.



SEDA NEW ADULT

ROCK & LOVE
CONCERT



BACKSTAGE
PASS

SIN
ARREPENTIMIENTOS
KYLIE SCOTT

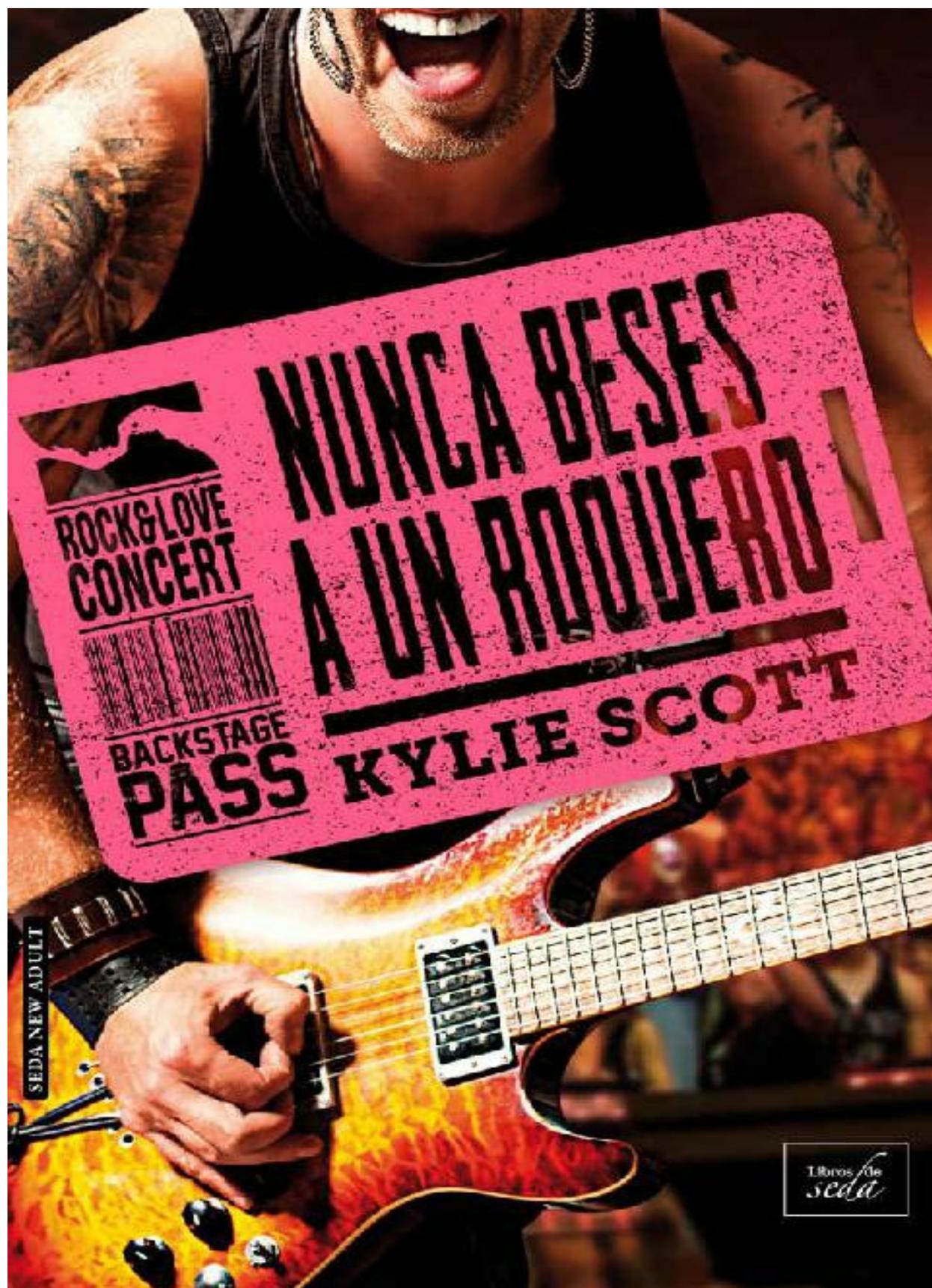
Libros de
seda

SIN ARREPENTIMIENTOS

¿Y si ella fuera realmente la chica de tus sueños? ¿La dejarías escapar?

Jimmy, el cantante de los Stage Dive, está acostumbrado a conseguir lo que quiere y cuando quiere, ya sean drogas, alcohol o chicas. No obstante, un pequeño desastre que surge en forma de accidente le obliga a recapacitar: tendrá que replantearse la vida, ir a rehabilitación, y ahí conocerá a Lena, la nueva asistente que se encargará de evitarle problemas.

A Lena no le apetece la basura que puede ofrecerle el roquero sexi, y tiene muy claro que su relación con él será meramente profesional. Pero la química entre ambos le pide otra cosa... Sin embargo, cuando él va demasiado lejos, ella se marcha y es entonces cuando Jimmy se da cuenta de que, tal vez, haya perdido lo mejor que le había pasado nunca.



ROCK & LOVE
CONCERT



BACKSTAGE
PASS

NUNCA BESES A UN ROQUERO

KYLIE SCOTT

SEDA NEW ADULT

Libros de
se da

NUNCA BESES A UN ROQUERO

Una noche de desliz con una estrella de la música unirá sus destinos. ¿Llevará eso a que sus corazones se unan también?

Positivo. Dos rayitas en un test de embarazo y la vida de Lizzy Rollins cambiará para siempre. Solo por un error, uno de los grandes, cometido en Las Vegas con Ben Nicholson, el irresistible y sexi bajo del grupo Stage Dive. Pero ¿qué pasa si Ben es el único hombre capaz de hacer que se sienta segura, querida y al mismo tiempo le hace perder el control? Lizzy sabe que el roquero no busca nada serio, solo pasar un buen rato, y no importa cuánto ella desee que eso no sea así.

Ben sabe que Lizzy está fuera de su alcance. Es la hermana pequeña de la novia de su mejor amigo, así que no importa lo fuerte que sea la química entre ellos, ni lo dulce que sea ella. Se resistirá. Pero cuando se ve forzado a sacarla de un lío en Las Vegas, es incapaz de controlar su deseo. Las consecuencias de ese desliz van a unirles, pero... ¿para siempre?

¿QUIÉNES SOMOS?

Libros de Seda nació de la ilusión y el esfuerzo de un grupo de profesionales que llevaban trabajando en el mundo editorial más de veinte años. Un equipo que tiene en común una amplia experiencia en este ámbito en lengua española.

Nuestra línea editorial se fundamenta en la reivindicación de la novela romántica y erótica, por medio de una dignificación del libro de ambos géneros, al igual que de la novela juvenil. En 2014, además, abrimos una nueva línea de novela sentimental de crecimiento personal, que vamos ampliando poco a poco.

Nuestra producción se dirige a ofrecer al mercado editorial un producto de calidad que cubra la elevada demanda que de este tipo de narrativa que existe en el mercado, tanto en el ámbito español como hispanoamericano.

En la actualidad, nuestros libros llegan a países como España, Estados Unidos, México, Guatemala, Colombia, Ecuador, Perú, El Salvador, Argentina, Chile o Uruguay, y seguimos trabajando para que cada vez sean más los lectores que puedan disfrutar de nuestras cuidadas publicaciones.

Si quiere saber más sobre nosotros, visite nuestra página web, www.librosdeseda.com, o síganos por cualquiera de las redes sociales más habituales

